

ROZANDO EL
NIRVANA

ARANTXA ANORO

NIRVANA, 1



zafiro 



ÍNDICE

[Portada](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que me han ayudado a conseguir que este sueño se haga realidad, a todas esas personas que han creído en mí desde el principio.

Y también agradecerles a aquellos que no lo hicieron, porque eso me ha ayudado a esforzarme más y a no desistir cada vez que una puerta se cerraba, logrando de esta manera que reuniera la fuerza necesaria para seguir intentándolo.

A Marina A., por su gran trabajo y por darme el impulso que me hacía falta.

A todas esas blogueras que, gracias a sus blogs de literatura, comparten con todo el mundo su gran pasión y promocionan nuestros libros de forma desinteresada, en especial, a Alejandra A., por ser la primera.

A Esther E., mi editora, por la gran oportunidad que me ha dado.

Gracias a mis padres por su apoyo incondicional.

A mis «Colegialas» Idoya R. y Arantxa B. que nunca han dejado de animarme. Y en especial a mi alma gemela por ilusionarse con la idea tanto como yo. «Cuki, nunca dejes de ser tú misma porque simplemente así eres genial.»

Al Equipo Nirvana, un apoyo indispensable y unos asesores de categoría en todo lo referente a mi mundo Nirvana.

A mis primas, Silvia G. y Noelia G., por revisarme el manuscrito y ver aquello que yo no veía, a mi hermano, por su sinceridad, a Maite B., por sus consejos, y a Raquel G., por escucharme cuando me hizo falta. Pero sobre todo a mi marido, por ser fuente de inspiración en todo momento; sin él todo esto no habría sido posible.

Y por último a vosotr@s, gracias por descargaroslo, espero que disfrutéis tanto leyendo esta historia como yo he disfrutado escribiéndola.

Besos,

ARANTXA

PRÓLOGO

La vida es como un sendero por el que tenemos que caminar, y a lo largo de éste te puedes encontrar de todo. Lo importante es que sigas adelante, porque a lo largo del camino se aprende a amar, a llorar y a reír; se aprende que hay que luchar por lo que se quiere, por tu pareja. Y si uno de los dos se rinde, si uno de los dos cae, el otro tira de él y, si es necesario, lo lleva en brazos. Porque lo principal es seguir al lado de la persona que deja sus huellas junto a las tuyas en ese sendero que es la vida. Lo fundamental es compartir con ella cada minuto de tu existencia.

CAPÍTULO 1

Cuando, a lo largo de la vida, tus pequeños problemas y las diferentes situaciones se van resolviendo, todo marcha bien. Vas viendo las soluciones a las dificultades que se te plantean, superando obstáculos y creciendo como persona. Eres más o menos feliz. Pero llega un día en el que todo eso se esfuma. La seguridad que te producía tu entorno y, sobre todo, tu pareja, se desvanece. Y tú te sientes frágil como una flor. Eso te entristece, hace que tus entrañas se contraigan por un dolor incomprensible que no sale al exterior. Tú deseas gritar, pegar, y que toda esa porquería desaparezca. Pero no, no es así, se queda allí, comiéndote poco a poco por dentro.

Todo esto es lo que experimento ahora, una sensación indescriptible que se adhiere a mi piel, que está pegada como una segunda piel y me impide distinguir lo irreal de lo real. No entiendo

cómo puede ser que la persona a la que amo y he amado a lo largo de mi vida me haga sentirme así, que cuanto más pequeño va haciéndose su amor, más se derrumba todo mi mundo.

Creo que él me producía seguridad, que me sentía protegida y me veía a través de sus ojos como una diosa. Sé que todo depende del cristal con el que se miran las cosas, y ahora me he debido de poner el de verlo todo negro, ¿o no? Tal vez siempre ha sido así y no lo he querido aceptar porque en otros campos de nuestra relación nos hemos entendido tanto... La vida sexual que tenemos es, ¡uau!, fantástica, siempre lo ha sido. Igual ése ha sido nuestro problema, que lo hemos resuelto todo en la cama, a través del sexo. Nosotros somos de pocas palabras y más acción, y hasta este momento eso era suficiente, nos llenaba. Pero ahora no lo sé, puede que quiera más palabras o más besos o más abrazos. No lo sé, no sé lo que quiero ni lo que me pasa, sólo sé que lo sigo queriendo y su indiferencia, su pasividad, me producen dolor.

Y él, ¿me querrá? Lo ignoro. La verdad, lo

desconozco. No sé si es mi cabeza la que va a explotar dentro de poco, no sé si es mi corazón o qué coño es. Estamos mal y punto, ¿o no? Llevamos tanto tiempo juntos...

Tengo treinta y dos años y estoy acurrucada en mi cama como una niña de cinco. De repente entra él, tan guapo, irresistiblemente sexi, y en estos momentos sexualmente intocable. Pelo castaño y revuelto, ojos claros de un gris azulado que le otorgan una mirada profunda y expresiva. Tiene las facciones muy marcadas, pero sin llegar a ser duras. Sus labios son perfectos, carnosos en su justa medida y bien dibujados; son unos labios que continuamente piden ser besados. Y tiene una sonrisa que me vuelve loca, entre pícara y juguetona.

Juan es alto, delgado y con un cuerpo bien formado, por gracia divina, ya que no va mucho al gimnasio. Su culo me quita la respiración. Todo en él me fascina. También tiene treinta y dos años como yo y, aunque no es un chico extremadamente

guapo, sí es muy atractivo. Tiene un encanto que a más de una le gusta y eso me mata.

No me dice nada. Entra, sale y nada. Veo cómo pasa de mí, noto que no le importo una mierda. En otros tiempos me cogería, me arrancaría la ropa y me haría el amor. ¡Oh, cuánto echo de menos eso, sus manos sobre mi piel...! «¡No, olvídate de eso, no va a pasar! ¿No lo ves?», me digo a mí misma.

Se va, cierra la puerta de casa y desaparece. Y yo sigo aquí acurrucada en la cama y ahora es cuando me sale todo, cuando exploto. Antes, por orgullo, no me permitía llorar, no quería que él me viese, pero ahora ya no me puedo aguantar. ¡¡Joder, cómo me duele esto!!

No. No podemos terminar así, tengo que hablar con él. Cojo mi móvil para mandarle un wasap. Siempre me he comunicado mejor con él por escrito. Cuando está delante de mí, me intimida mucho y me bloqueo; las palabras no consiguen salir de mi boca y a veces digo

justamente lo contrario de lo que quería decir.

África: «Dices que me escuchas, pero ¿ves como no? Estoy deseando hablar contigo, estar contigo, que me abracés, pero tú te escapás. En cuanto estoy mal, ya no luchas por mí, y eso me duele más. Fomentas mis dudas y mi ánimo cae y cae. Me gustaría sentirme como la mujer de tu vida y en la cama me siento así, la verdad, pero ahora no. A veces creo que ése es el mal de nuestra relación, lo que nos ha unido tanto y a la vez lo que ha evitado que hablemos, que nos digamos lo que realmente pensamos. Pero no lo hemos hecho, solucionamos nuestros problemas entre las sábanas, y ya está. No hay más palabras».

Suena el wasap. La respuesta de Juan no se hace esperar.

Juan: «Con lo que yo te quiero, África... ¡pero me vuelves loco! Tus celos infundados me desquician y ya no aguanto más».

«¿¿Que yo lo vuelvo loco?! No sé por qué lo dirá. Bueno, sí lo sé, siempre terminamos

discutiendo por esa bruja con escoba que trabaja con él», pienso.

Mis dedos teclean una respuesta. Quiero tenerlo cerca de mí. Se acaba de ir y ya lo echo de menos.

África: «No quiero discutir más, vuelve a casa».

No contesta. Pasa un minuto, dos, y sigue sin sonar el móvil. Igual sí es cierto que tengo celos, pero no son infundados. De eso estoy segura. Y es que no lo puedo remediar, no puedo pensar en sus manos encima de una piel que no sea la mía.

África: «De verdad, lo voy a intentar esta vez. Por favor, vuelve a casa».

Suena el móvil y mis nervios afloran.

Juan: «No. Necesito tiempo».

«¿Lo ves? Tú y tus celos —me reprendo a mí misma mentalmente—. Siempre igual. ¿No te ha demostrado cuánto te quiere a lo largo de todo este tiempo?»

Juan y yo nos conocimos hace cinco años, y tan intensa fue nuestra atracción que al poco vino a vivir a mi apartamento y desde entonces hemos

sido inseparables, hasta que comenzó a trabajar con Andrea, esa arpía que no quiere más que meterse en su bragueta.

Me levanto de la cama. Esto no puedo seguir así, esto se me va de las manos. «¿Qué hago?», me digo en voz alta. Voy al salón y del salón a la cocina, doy vueltas por la casa sin saber qué hacer. «¡Menos mal que es pequeña, si no haría los mil metros lisos!», pienso para mí con una media sonrisa.

El salón está separado de la cocina por medio de una puerta corredera. La cocina no es muy grande, lo justo para cocinar, pero, aunque es pequeña, dispone de todo. Los muebles son de color blanco y los electrodomésticos, de un azul metalizado que le da un contraste muy moderno. El salón es muy amplio, es la estancia más grande de la casa. Tiene un sofá naranja en forma de ele en el centro. Detrás hay una mesa de comedor como para seis u ocho personas y, enfrente de aquél, una bancada marrón *wengué* en el que hay una tele de plasma impresionantemente grande. ¡Oh, los buenos momentos que hemos pasado aquí,

plantados delante de la tele, acurrucados el uno sobre el otro y metiéndonos mano! «No pienses en eso ahora, África —me riño—. ¿Qué hago, qué hago?»), digo en voz alta.

No aguanto más, me voy. Cojo el móvil y las llaves y salgo de casa, pero... ¿hacia dónde? No lo sé.

Camino sin rumbo fijo, necesito aclarar mis ideas. Él me dice que me quiere y yo a veces lo siento así, pero, cuando lo veo con Andrea, las venas me arden, el corazón se me acelera y mis manos se lanzarían de pleno sobre esa larga cabellera rizada y pelirroja. La verdad es que Andrea es una chica muy explosiva; buenas curvas y buen escote, ojos azules y sonrisa perfecta. Y aunque Juan me dice y me repite un millón de veces que no hay nada entre ellos, no lo puedo creer a ciencia cierta. No sé... siento que hay algo, aunque no lo puedo describir. Cuando los veo juntos, mi corazón se endereza, me pongo rígida y todo mi cuerpo se tensa. La verdad es que ella se lo come con los ojos y él no le para los pies. ¡No ve que le encantaría perderse en sus manos!

«¡Oh, calla ya! Como sigas así, te vas a volver loca», digo en mitad de la calle y más alto de lo que pretendía. Una mujer pasa por mi lado y se me queda mirando con curiosidad, pero no dice nada y sigue andando. Tengo que hacer algo para olvidarme de esto.

Saco el móvil del bolsillo de atrás de mis pantalones y llamo a Sara, una de mis amigas. En otros momentos igual hubiese llamado a Lola, pero Sara sabe escuchar y ahora eso es lo que necesito. No busco que me den un punto de vista distinto de la situación, como haría Lola, que me soltaría un discurso sobre lo que tengo que hacer. No, yo ya tengo claro cuál es el problema, sólo quiero desahogarme.

Sara no tiene pareja y vive sola en un ático precioso. Su terraza es impresionante y da a un parque estupendo. Es una de las mejores personas que conozco; tiene un corazón que no le cabe en el pecho, siempre está ahí cuando la necesito. Las dos nos queremos mucho.

Marco su número mientras me dirijo hacia su casa. Espero que esté allí, no me apetece quedar

en ningún bar.

—¡África, hola! ¿Qué pasa? —Su voz denota cierta sorpresa; es domingo y la verdad es que no solemos quedar ese día.

—Hola, Sara, ¿estás en casa? ¿Puedo pasar por allí? —Mi voz ha sonado más desesperada de lo que pretendía.

—Sí, claro. Me acabo de levantar, ahora mismo me estaba preparando el desayuno. Ven y desayunamos juntas —me dice con esa alegría en la voz que me tranquiliza un poco.

Eso es lo que necesito, una persona que no me haga preguntas aunque sepa que me pasa algo.

—De acuerdo, en diez minutos estoy en tu casa.

Recorro la distancia que nos separa, que no es mucha. Sólo tengo que atravesar ese inmenso parque que me encanta. Tiene una zona de césped con unas tumbonas de piedra que me chiflan. Justo a su lado pasa un pequeño riachuelo y, cuando el sol luce, cierras los ojos y te pierdes en una

tranquilidad indescriptible. Un poco más allá está la zona de juegos para los niños y dos pistas, una de baloncesto y otra de fútbol. A la derecha hay un pequeño merendero con unas mesas de madera protegido por la sombra de unos árboles y dos asadores que, cuando hace buen tiempo, se llenan de gente. ¡Cuántos momentos he pasado aquí con Juan...!

Toco el timbre y subo. Sara me abre la puerta en un segundo y me abraza. «África, qué sorpresa tan buena, me encanta que me hayas llamado. Pasa.»

Sara es una chica muy mona. Tiene unos ojos marrones muy expresivos y unas pestañas larguísimas que son la envidia de cualquiera. Su pelo negro y corto le favorece mucho, ya que tiene unos rasgos faciales muy dulces. No es muy alta, pero sí delgada, y tiene un cuerpo muy simétrico; se diría que sus medidas son noventa-sesenta-noventa.

Nos sentamos en su cocina. Ha preparado dos zumos de naranja y tostadas.

—Estoy haciendo café, ¿quieres? —dice

alegremente, pero con cierta incertidumbre en su mirada.

—No tengo hambre. Se me ha cerrado el estómago. Sólo necesitaba a alguien que me escuchara. He discutido con Juan, otra vez.

—¡Oh, África! No te preocupes, ya verás como todo se arregla. Lleváis muchos años juntos. —Su voz suena muy dulce, sé que no le gusta verme así.

—No, Sara, no. Esta vez es diferente. Se ha ido de casa.

Y justo en ese momento, cuando las palabras salen por mi boca, mis lágrimas comienzan a surgir sin control. Me tapo la cara con las manos, no me gusta esto. Yo no suelo llorar y menos delante de nadie.

Hay un minuto de silencio; Sara no dice nada y yo sé por qué. Eso es lo que me encanta de ella, que no hace preguntas, sólo espera pacientemente a que le cuentes lo que tú quieras contarle. No te agobia con cuestiones como haría Lola. Ella sólo se planta delante de ti, deseando ayudarte de la mejor forma que sabe, escuchando.

—No es que hayamos discutido. Bueno, sí. Ayer sí que discutimos, y mucho. Pero después lo arreglamos, o al menos eso pensaba, porque al final acabamos perdidos debajo de las sábanas. Siempre lo arreglamos de ese modo. Pero hoy al despertarnos lo primero que me ha dicho es que ya no podía seguir así, que me quería mucho pero que se ahogaba a mi lado, ¡que yo lo ahogaba! —Cojo un poco de aire entre sollozos y sigo desgranando mi tortura interna—. Siempre es lo mismo, Sara. Ayer por la tarde se fue a la oficina a preparar unos papeles para el juicio del lunes y vino tarde. ¿Y con quién estuvo trabajando? ¡Sorpresa! Con Andrea. Y ya sabes cómo me pongo con ese tema, no lo puedo remediar. Yo estaba esperándolo para cenar al estilo *Pretty Woman*, sólo con una corbata que le había comprado para el juicio. Pero comenzaron a pasar las horas y yo me iba mosqueando. Lo llamé al despacho y me soltó: «Hola, cariño. Ya, siento no haberte avisado. Estoy trabajando con Andrea sobre el juicio del lunes y se me ha pasado la hora». ¡Y yo, con sólo oír ese nombre, exploto! Así que en un arranque de

ira le colgué el teléfono. Me vestí y, cuando vino a eso de las once de la noche, ya te puedes imaginar cómo nos pusimos. Pero después nos acostamos... ¡Joder, Sara, cuando hacemos el amor es como si tocáramos las estrellas! Ésa es nuestra forma de decirnos «Lo siento, perdóname». Pero parece que esta vez no ha bastado. Así que por la mañana me ha dicho que se iba, que le diese tiempo, que necesitaba espacio, que me quería, pero...

Sara tiene los ojos abiertos como platos, su expresión es de comprensión. Se acerca a mí con calma y me abraza fuerte.

—Yo pensaba que la mujer de hierro nunca se derrumbaba. —Y una tímida sonrisa sale de su boca. Me hace reír, cosa que agradezco.

—¡Oh, sí, claro que se derrumba!, lo que pasa es que intenta disimularlo, pero hoy no puedo.

—Ya sé que tienes tu corazoncito, África, todos lo sabemos. Pero a veces eres una caja hermética y eso es lo que realmente te mata, no cuentas nada a nadie...

—Sí. Lo sé. Me cuesta mucho hablar de mis

sentimientos con todo el mundo —reconozco mirando al suelo.

Me da incluso vergüenza ahora que estoy contándoselo. Yo no soy así, ¡joder! Y eso me desorienta. No soy de las que lloran, ni de las que, cuando tienen un problema, corren a contárselo a alguien, no. Más bien soy todo lo contrario: nunca hablo con nadie de lo que me pasa, intento solucionarlo sola. No quiero agobiar a nadie con mis cosas. Y, sin embargo, por mi trabajo, cuando alguien me cuenta sus problemas, ¡me resulta tan fácil hablar de todo tipo de sentimientos...! A través de la terapia les digo dónde está la raíz del problema, cómo tienen que afrontarlo y cómo deben romper ciertas rutinas que les impiden avanzar. Me cuesta tan poco explicarles cómo desarrollar ciertas emociones de una forma más equilibrada, más positiva... «Y, sin embargo, mírate ahora, África —me riño a mí misma—. ¡Aplicate el cuento, guapa!»

—Lo sé, África, lo sé. Por eso me sorprende tanto verte así. Tú, que enseguida tienes las cosas tan claras y que ves la solución al problema antes

de que se te plantee... ¿Qué es lo que dices siempre?: «Soluciones simples a grandes problemas. Es lo más efectivo». Ya sabes lo que debes hacer.

—Sí. Tienes razón, Sara, lo voy a intentar. Juan ha decidido irse... pues que se vaya, tampoco soy la primera ni la última. Saldré adelante, lo sé.

«¡Si me vieran algunas de mis clientas ahora...!», pienso para mis adentros. Yo tengo un centro de salud y belleza con Claudia, mi socia. Ella es la esteticista y a mí me van más los masajes y todo tipo de terapias alternativas. Ese mundo me apasiona, sobre todo el campo de las terapias emocionales; los sentimientos, las emociones, la mente en general. Todas las angustias y los cambios que sufrimos a lo largo de la vida emocionalmente. Me encanta poder ayudar a la gente a sentirse mejor, a afrontar los pequeños retos que nos pone la vida o que nos ponemos, porque somos nosotros mismos quienes nos provocamos ese estado emocional. Siempre me ha entusiasmado. La estética también me gusta, pero no como a Claudia. Aunque reconozco que

hacemos muy buen equipo.

Me tomo el zumo de naranja que ha preparado y empezamos a hablar sobre cosas banales. Me ayuda a distraerme y poco a poco la tensión que traía se va disipando. ¡Qué fácil es hablar con Sara!

—Bueno, Sara, me voy, tengo que volver a casa. Gracias por todo. La verdad es que oír todos tus pensamientos en voz alta ayuda a aclarar las ideas. Lo necesitaba, de verdad, Sara.

—No seas tonta, ya sabes que estoy aquí para lo que quieras, y tengo dos estupendas orejas. — Se toca sus orejas con los dedos. Nos reímos, le doy un abrazo enorme y me voy.

De vuelta a casa, doy un rodeo, no quiero atravesar el parque y recordar los buenos ratos que he pasado con Juan tumbados en el césped o en las maravillosas tumbonas junto al río.

Me ha venido bien contárselo a alguien, debería practicarlo más a menudo, la verdad. No sé por qué me cuesta tanto hablar de lo que siento, tal vez sea porque no me gusta preocupar a la gente con mis problemas, o por el mero hecho de

que no quiero que se metan en mi vida y me sermoneen sobre lo que está bien y lo que está mal. No sé, creo que es un poco de ambas cosas. Es un tema en el que tengo que profundizar.

Llego a casa y, mientras subo en ascensor a mi apartamento, suena mi móvil. Doy un respingo. En mi fuero interno deseo que sea Juan, pero al mirar la pantalla compruebo que no. «¡Qué ilusa eres!», me digo en un susurro apenas audible.

—Hola, mamá, ¿qué pasa? —le pregunto con voz monótona.

No me apetece hablar con mi madre, muchas veces tiene el don de sacarme de quicio y ahora no tengo ganas de pelea.

—Hola, cariño, te llamo para saber si vais a venir a comer a casa este sábado.

Todo mi cuerpo se tensa. ¡El sábado! ¿Yo con Juan? No sé ni dónde está ahora, ¡cómo voy a saber nada del próximo sábado! Intento parecer natural; paso de dar muchas explicaciones, si no me someterá a un largo interrogatorio que no me apetece aguantar.

—No, mamá, creo que Juan ha quedado con

su hermano para ir a no sé dónde con la moto. «¡Eso es! Ahí has estado muy lúcida, chiquilla», me digo a mí misma con un destello de alegría por esa ocurrencia tan oportuna.

—Vale, cariño. Entonces vendrás tú sola, ¿no?

—Sí, mamá, yo iré. De todas formas ya te llamaré esta semana, tomamos un café y hablamos más tranquilas, ahora tengo prisa. He quedado con Sara para comer juntas.

—Vale, cariño, te dejo. Llámame y quedamos. Un beso.

—Adiós, mamá. Un beso.

Sé que no le debería mentir, pero también sé que se preocuparía demasiado y, lo que es peor, me bombardearía a preguntas que no quiero ni puedo responder ahora mismo. Mi madre es una mujer bastante posesiva y un poco controladora, pero a la vez es muy sensible y sé que esto, cuando se lo cuente, le va a afectar mucho.

Entro en casa. Me resulta enorme ahora que

sé que Juan no va a volver. ¿Cómo me puede parecer tan grande este apartamento tan pequeño? Sólo son setenta metros cuadrados, y lo más amplio pertenece al salón y mi dormitorio, que está arriba.

Mi apartamento tiene dos niveles. Los techos eran muy altos y decidimos poner el dormitorio y un baño arriba para contar con más espacio abajo. Esa idea fue de Juan, que tiene muy buen gusto para estas cosas. Mi dormitorio es abuhardillado; subiendo la escalera que está a un lado del salón se ve la cama en el lado izquierdo, una cama enorme. A los pies de ésta hay un medio tabique de cristal o barandilla desde el cual divisas todo el piso de abajo. En el lado derecho hay una puerta que da al baño con ducha y bañera, una bañera preciosa en la que caben perfectamente dos personas. Me acuerdo de lo mucho en que me empeñé en tener una bañera, y me alegro de haberla puesto; un buen baño ahora mismo es lo que necesito.

Justo cuando voy a abrir el grifo, oigo la puerta de la entrada. Salgo del baño como una

bala, me asomo a la barandilla de cristal y lo veo. ¡Ahí está! El hombre de mi vida, por quien estoy perdiendo la cabeza. Tiene la mirada triste y el pelo revuelto. Creo que él también lo está pasando mal. Tal vez se lo haya pensado mejor y quiere volver a casa.

—Hola —me dice con una voz tan baja que casi no puedo oír y sin mirarme a la cara.

—Hola, Juan. —No me salen las palabras, no sé qué decirle y, sin embargo, tengo tanto que decir...

—Sólo vengo a por unas cosas. Pensaba que no estarías en casa. —Me mira a los ojos y yo ya no puedo más, bajo la escalera y me abrazo a él tan fuerte que creo que me falta el aire.

—No te vayas, por favor, no te vayas.

Le imploro, incluso le suplico. No puedo vivir sin él, no sé cómo voy a conseguir superar esto si de verdad se marcha. Él no me devuelve el abrazo, se queda quieto, con los puños cerrados y sin respirar.

—No hagas esto más difícil. Necesito tiempo, África. No puedo seguir así, esto es insufrible y

tampoco quiero volver a discutir, así que lo mejor es que nos demos un tiempo. Me voy a casa de mi hermano. —Me coge los brazos, que siguen alrededor de su cuello, y me separa de su lado. Me da un beso en el pelo pero continúa sin mirarme a los ojos.

Le sujeto la cara con las dos manos, para poder observar esos ojos que me hacen enloquecer, y le doy un beso dulce y tierno en los labios.

—Yo te quiero, Juan.

—Y yo. Pero parece que en estos momentos eso no es suficiente.

Nos quedamos así, sin hablar, mirándonos el uno al otro pero sin decir nada. ¿Para qué? Él ha tomado una decisión y yo tengo que aceptarlo.

—¿Qué quieres que haga para demostrártelo? —le digo con lágrimas en los ojos y bajando la mirada al suelo para que no vea que estoy llorando.

—Nada, dejarme tiempo, sólo eso. —Me pasa un dedo por una mejilla y se aparta de mi lado.

—Está bien, lo haré, si es lo que te hace falta en estos momentos. Haz lo que creas necesario, aclara tus ideas, tómate el tiempo que consideres oportuno. Pero luego vuelve conmigo —le imploro casi sin aliento.

Se pasa la mano por el pelo. Sé que está nervioso, lo conozco demasiado bien.

—No lo sé, África. No me agobies, por favor. Me llevo cuatro cosas y ya vendré a por el resto a lo largo de la semana. Esto... tampoco es tan malo, ¿sabes? ¡A los dos nos vendrá bien! Lo nuestro es demasiado fuerte; tan pronto nos amamos apasionadamente como nos odiamos a muerte, y estos altibajos, la verdad, no sé... —Se pasa los dedos por el pelo otra vez y mira al suelo. No sabe cómo decirme que ya no me quiere, todo lo que oigo son excusas, estoy segura. Ahora lo tengo claro.

Sube a la habitación, coge una mochila negra y mete algo de ropa. Baja, se dirige al estudio en el que a veces suele trabajar y se va. Yo me quedo ahí plantada en mitad del salón, derrumbada. Las piernas no sostienen mi propio peso, necesito

tumbarme. Me reclino sobre el sofá y ahí continuo no sé cuánto tiempo, demasiado porque ya es de noche. Me obligo a subir al dormitorio y, arrastrándome, consigo alcanzar mi objetivo. Me pongo una sudadera de Juan que está en la butaca de al lado del armario y me meto en la cama. Sólo quiero que acabe este día.

CAPÍTULO 2

No he dormido en toda la noche. Ayer domingo estuve todo el día en casa tirada en el sofá y en la cama, torturándome a mí misma por lo que he perdido, recriminándome lo que he hecho mal y ahogándome en mi desdicha. Pero hoy ya no, hoy es un día nuevo y como tal he decidido que ya basta. Sé que voy a pasar ratos malos, pero tengo un objetivo en mente: ir superando poco a poco esta nueva etapa de mi vida. Las situaciones hay que afrontarlas, hay que intentar poner soluciones a los problemas. Eso es lo que les digo yo a mis clientas. «Soluciones simples a grandes problemas. Es lo más efectivo.» Así que ya vale de autocompadecerse. «¡Hay que afrontar esto como sea, África!», me digo, aunque en mi fuero interno no me lo termino de creer mucho.

Me levanto de la cama, voy al baño, me recojo el pelo con una pinza y me ducho, sin lavarme la cabeza. Cuando me miro al espejo, veo una cara que no reconozco. Sigo siendo yo, la chica de pelo largo cobrizo, piel clara, mirada intensamente oscura y muy expresiva, labios carnosos y sensuales, pero tengo los ojos hinchados, la nariz roja y todo el pelo enmarañado. ¿Cómo demonios voy a conseguir parecer una persona civilizada con este aspecto?

Consigo desenredarme el pelo y con un poco de maquillaje ya parezco cuerda, no la lunática que he visto hace dos minutos.

Voy a mi armario, cojo una falda vaquera y busco una camisa blanca. Pero cuando veo que mi camisa preferida está junto a la de Juan me dan ganas de llorar, porque yo no estoy junto a él y ante esto decido contraatacar de la forma más tonta que se me ocurre: me pongo una camiseta negra de tirantes y encima una camisa blanca de Juan anudada a la cintura. La huelo... ¡aún permanece su aroma!, ese olor que despierta mi libido. Me abrazo instintivamente y me abandono a la

sensación que me produce esta prenda al recordar sus hábiles manos perdiéndose por todo mi cuerpo. De este modo todo el día estará sobre mi piel. ¡Cuánto añoro sus manos! ¡Hum...!

Son las ocho y media y salgo disparada hacia el trabajo. Saco el coche del garaje, me dirijo a la avenida principal y luego a la derecha. El local está bastante céntrico. Cuando llego, Claudia ya está dentro, como de costumbre.

—¡Hola, África! ¿Te ocurre algo? Tienes una cara como si te hubiera pasado por encima un tren de mercancías —dice con una sonrisa maliciosa y una risita tonta.

—No, Claudia. Sólo he dormido mal —le espeto con una mirada fría.

—Ni que lo jures, hija. Ya se nota, ya. Espero que sea porque Juan no te ha dejado dormir en toda la noche. —Y me guiña un ojo, dando un saltito mientras se vuelve para dirigirse al pasillo.

—No, la verdad es que, en ese sentido, no. —La fulmino con la mirada y me dirijo hacia el almacén para prepararme un café.

El local cuenta con cuatro salas, un baño y la

sala de espera. Dos salas son para Claudia, una para mí y la otra es el almacén, que hace a la vez de cocina. La decoración en la sala de espera es muy exótica, tipo zen. Da un ambiente muy acogedor al entrar. Hay dos grandes sillones y una mesa oscura con unas velas. Está muy bien iluminado, gracias a la luz que entra a través del tabique de pavés que hay en un lateral del pasillo y de la sala de espera.

Tengo la primera hora libre, así que me siento frente al ordenador por hacer algo. Estos cacharros nunca me han gustado demasiado. Bebo de mi taza de café y observo que tengo un correo electrónico de Juan. El corazón se me va a salir del pecho; no nos solemos comunicar así. «¡Claro, tonta, nunca antes se había ido de casa!», me riño indignada.

De: Juan

Enviado el: lunes, 12/04/2012 08.00

Para: África

Asunto: Fin de semana

Hola, África. Se me hace muy rara esta situación,

pero todavía no he tomado ninguna decisión y aún no se lo quiero comentar a mi familia.

Mi madre me ha preguntado si te gustaría venir este próximo fin de semana al apartamento de la playa. Yo le he dicho que no, pero ya sabes cómo se pone de pesada. Así que, si quieres, podemos ir.

¿Qué? Estoy alucinando. No se lo ha dicho a sus padres y, para evitar hacerlo, ¿me pide que lo acompañe? No lo entiendo. Es él quien se ha marchado y ahora me dice a mí que finja. ¡No salgo de mi asombro! «Pero ¿a qué juegas, Juan?», digo en voz alta y con un tono de reproche, sin darme cuenta de que hay una clienta en la sala de espera que me mira con el rabillo del ojo intrigada.

Salgo de la sala de espera bastante picada, cojo el inalámbrico y me meto en el almacén. Marco el número de su despacho. «¡Esto no lo puedo tratar por *email!*», exclamo bastante enfadada. Necesito que me lo explique y de paso oír su voz. Marco el número y espero. Un tono, dos...

—Despacho de abogados. Le atiende Andrea.

¿En qué puedo ayudarle?

Ya está la arpía. Con sólo oír su voz, me arden las venas.

—Hola, Andrea, soy África. ¿Está Juan? —
Mi voz es fría y cortante. Paso de esta tía un montón.

—¡Ah, hola! África, espera un momento que le pregunto si te puede atender.

Como si la estuviera viendo; tiene una sonrisa de oreja a oreja y está disfrutando de la situación.

—¿Qué? ¿Perdona? —digo un poco indignada.

Ella no responde, se hace la loca sin escucharme. Es que no la aguanto; ésta sabe algo, lo presiento. Y, mientras espero, una imagen muy tentadora cruza por mi mente. Me gustaría poder meterme dentro del teléfono y asomar mi linda dentadura por el auricular de esa bruja para arrancarle la cabeza de un solo mordisco. ¡Oh, Juanito, se está rifando una bronca y tienes todos los boletos, chaval!

—Te paso, África. Adiós.

Prefiero no contestar, pues si lo hago le diría

cualquier burrada y yo saldría perdiendo. «No, mejor quédate calladita, África.»

—Hola, África, ¿qué pasa? —Su voz demuestra sorpresa e incomodidad, no se esperaba que lo llamase.

—¿Le has contado algo a la víbora de Andrea? —le pregunto directamente. Mi voz suena inquisitiva, no puedo contener la rabia que llevo dentro.

—No. Eh... bueno... eh... sí. ¿Qué quieres? Estoy liadísimo, tengo un juicio dentro de una hora.

—Ya sé que tienes un juicio dentro de una hora, Juan; que no llevamos separados tanto tiempo. Pero ¿se puede saber por qué coño se lo has contado? —Estoy hecha una furia y sé que no es el mejor momento para ponerme así, pero no puedo contener mi irritación, ¡cómo se lo ha podido contar tan pronto!

—África, no es lo que parece, no pienses lo peor, que nos conocemos. Me...

No lo dejo acabar y salto como una bestia sobre su yugular.

—¡Joder, Juan, qué pronto se lo has dicho! ¿Acaso tienes tantas ganas como ella de meterte en sus bragas? —pregunto más alto de lo que pretendía.

—No seas vulgar, África, no es lo que crees. Esta mañana me vio mala cara y me preguntó si había dormido mal. Sólo le he dicho que ayer discutimos y que dormí en casa de mi hermano.

Su tono de voz se va elevando, da la sensación de una frustración absoluta. Seguro que se está presionando los lacrimales con los dedos índice y pulgar. Y para colmo ahora soy vulgar...

—¿Y te parece poco? Ya me estoy imaginando a la bruja con escoba frotándose las manos, Juan. —Las palabras salen de mi boca sin control, sin previo aviso, y antes de terminar de decirlas me estoy arrepintiendo.

—¡¡Joder, África, ya vale!! Esto es lo que nos ha llevado a este punto, a donde estamos ahora exactamente. ¡Deja tus paranoias a un lado y dime qué coño quieres! —me suelta ya gritando. Lo acabo de sacar de sus casillas y ahora me siento otra vez mal.

—Lo siento. Te llamaba para contestarte al correo que me has mandado, pero, como veo que estás tan ocupado, mejor te mando otro *email*. Adiós. —Y cuelgo.

Me siento orgullosa de haberlo dejado con la palabra en la boca, pues me ha afectado mucho saber que la arpía voladora ya lo sabe, aunque otra parte de mí se siente fatal por volver a discutir de nuevo.

Me dirijo al ordenador y le escribo intentando medir mis palabras.

De: África

Enviado el: lunes, 12/04/2012 09.30

Para: Juan

Asunto: Re: Fin de semana

Juan, no entiendo por qué me dices que vaya el fin de semana a la playa contigo y tus padres. El que se marchó de casa fuiste tú. ¿A qué viene esto ahora?

De: Juan

Enviado el: lunes, 12/04/2012 09.33

Para: África

Asunto: Re: Re: Fin de semana

No me apetecía decirles nada a mis padres, ya sabes lo bien que les caes y cómo se van a poner.

De: África

Enviado el: lunes, 12/04/2012 09.35

Para: Juan

Asunto: Re: Re: Re: Fin de semana

Juan, tú lo decidiste, así que asume las consecuencias.

De: Juan

Enviado el: lunes, 12/04/2012 09.38

Para: África

Asunto: Re: Re: Re: Re: Fin de semana

No seas así, África. Ya sabes cómo es mi madre... Ven y así hablamos.

«¡Ven y así hablamos! ¡¡Ja!! Éste se piensa que me chupo el dedo. ¿Cuándo vamos a hablar, mientras cenamos con sus padres o durante el café de la tarde? No ha querido hablar en casa estando solos... así que, allí, mucho menos. Éste lo único

que quiere es que le salve el culo delante de sus padres.»

De: África

Enviado el: lunes, 12/04/2012 09.40

Para: Juan.

Asunto: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Fin de semana

No voy a ir. Dile a tu querida amiga Andrea que te acompañe si eso te hace feliz. Además, tengo planes.

Le doy a enviar y me sorprendo otra vez hablándole al ordenador en voz alta: «¡¡Ahí tienes tu respuesta, listo, que eres un listo!!». La clienta de antes, que sigue esperando, me vuelve a mirar con cara rara, pero me da igual. No la conozco y, si así fuera, tampoco me importaría; estoy demasiado cabreada como para eso.

No contesta. Parece que le he dejado otra vez con la palabra en la boca. Que se aguante. Una cosa es que lo quiera y lo eche de menos, pero, de ahí a que me toree, ni hablar.

Llega mi primera clienta de hoy. Paso con

ella a la sala y me encuentro mucho mejor de lo que me he levantado esta mañana. Me ha sentado bien ponerle los puntos sobre las íes a Juan.

Se tumba en la camilla y comienzo a darle un masaje automáticamente. Menos mal que mis dedos ya saben por dónde deben ir y qué deben hacer, pues mi cabeza funciona a mil por hora.

Tengo que llamar a Lola para salir este fin de semana. Le he dicho a Juan que tenía planes y debo salir, por lo menos que no se crea que me lo invento. Además, quiero que se entere de que tengo vida, que él no es el centro de mi universo. ¿O sí? Bueno, en parte sí, pero eso no se lo voy a decir a Juan.

La mañana pasa deprisa, antes de lo que esperaba. Entre clienta y clienta me voy calmando. A eso de las dos y media, entro en el almacén y me preparo algo de comer. Por lo que veo, Claudia no ha almorzado y, como no me apetece comer sola (si lo hago mi cabeza explotará), me dirijo hacia el pasillo para preguntarle cuándo va a parar a almorzar. Yo tengo libre hasta las cuatro, así que la puedo esperar.

Llamo a su puerta discretamente.

—Eh, hola. Disculpa que os interrumpa, pero me preguntaba si vas a tardar mucho. Lo digo por esperarte y así comemos juntas.

—Eso sería estupendo. La verdad es que pensaba hacerlo dentro de veinte minutos —me dice con una sonrisa en la boca.

—Vale. Voy a ir preparando algo que encuentre en la nevera.

Salgo de allí y llego al almacén. Al abrir la nevera veo unos tomates, algo de lechuga, una lata de atún y mayonesa. Cojo el pan de molde del armario y empiezo a preparar unos sándwiches vegetales. Para cuando termino, Claudia entra por la puerta con una sonrisa muy pícaro. Sé lo que quiere, ésta me ha notado mal por la mañana y se muere de ganas por saber qué me pasa.

Claudia tiene veintiocho años. No es una chica guapa, pero se sabe sacar mucho partido. Sus ojos son de un azul intenso y muy grandes; su pelo, rubio con mechas, y lleva una media melena que la favorece. Tiene curvas y bastante pecho, cosa que a los chicos les encanta. Pero lo que más

me gusta de ella es la dulzura con la que trata siempre a todo el mundo.

—Bueno, desembucha, que me tienes en ascuas toda la mañana.

Lo sabía. No se le escapa una. Trabajamos juntas desde hace dos años y tenemos una relación muy buena.

—No me pasa nada, Claudia, sólo que he vuelto a discutir con Juan —le digo poniendo los ojos en blanco.

No le cuento más, y no lo entiendo, porque sé que en ella puedo confiar. Pero yo soy así, una caja hermética, como me dijo Sara ayer.

—Y por lo mismo de siempre, supongo. — Me señala con su dedo índice, como dándome una reprimenda.

—Más o menos... —Me encojo de hombros. No sé si estoy preparada para tener este tipo de conversación ahora.

—¡Ay, África, África! ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que tu Juanito bebe los vientos por ti?

Y sale un suspiro de su boca que no me hace ninguna gracia. «¿Qué sabrá ella de mi Juanito?»,

me pregunto yo sospechosamente. Conforme voy pensando eso, me doy cuenta de que estoy hablando de Claudia. «¡Joder, África! ¿También vas a creer que Claudia va detrás de Juan?», me riño a mí misma de una forma brutal. No me ha gustado nada pensar eso de Claudia. «¡Tienes que relajarte, África, no puedes ser tan celosa! Mira cómo estás por tus celos.»

—¿En qué piensas? —No era consciente de que me había ido a mi mundo y Claudia seguía en el planeta Tierra.

—En nada. Bueno, sí... En que igual sí que soy un poco celosa.

—¿Sólo un poco? África, por favor... que estás hablando conmigo —dice levantando una ceja—. Es algo que deberías tratarte. Resulta un poco obsesivo. Sé que no te gusta oír esto, pero siento que tenemos suficiente confianza como para decírtelo. Lo hago porque te aprecio mucho y no me gusta verte mal. De verdad, África, tú sabes lo que tienes que hacer, lo trabajas a diario en las terapias. Prepárate unas flores de Bach para controlar un poco esos celos o...

No termina la frase pero por su mirada sé lo que está pensando. ¿Cómo puedo decirle que lo que piensa ya se ha cumplido, que Juan se ha ido de casa?

Suena el teléfono y me saca de mis pensamientos. Veo a Claudia hablando con alguna cliente; le está cambiando la cita o algo así. No presto mucha atención, la verdad.

Dejo el sándwich a medias y me dirijo a mi sala de trabajo. Claudia tiene razón, debo intentar controlar estos celos. Por mí. Porque no puedo vivir así, no puedo estar siempre sospechando y desconfiando de mi pareja, sea la que sea. Por eso ahora es el momento adecuado, porque esta vez lo voy a hacer por mí.

CAPÍTULO 3

Salgo del trabajo a las siete. Hoy ha sido un día bastante raro, pero por lo menos no he llorado. Me siento muy orgullosa porque he comenzado a tomar unas flores de Bach, que me van a venir genial. También he llamado a Arturo, un compañero con el que hago bastantes cursos de terapias alternativas, y he concretado una cita para el viernes a las dos.

Cuando voy hacia el aparcamiento, me acuerdo de que tengo que llamar a Lola para contarle lo que ha pasado con Juan y quedar con ella para salir. Cojo el móvil mientras me meto en el coche para hablar más tranquila. Marco su número, pero no me lo coge. Espero un rato y vuelvo a probar, pero nada. «¿Dónde estará esta mujer tan ocupada?»

Lola es una chica muy explosiva, y no sólo por su aspecto físico, sino que también es muy extrovertida. Morena de piel, sus ojos son de un

verde esmeralda cautivador. Tiene unos labios carnosos, pelo negro y rizado y un cuerpazo fantástico.

De camino a casa me paso por el súper; creo que no tengo nada para cenar. Le tocaba a Juan hacer la compra esta semana, pero me parece que eso no va a poder ser. Así que me toca otra vez a mí. Nos turnábamos porque a mí no me gusta nada ir a los supermercados y andar pensando qué es lo que me va a apetecer comer a lo largo de la semana, aparte de que no me manejo muy bien calculando las cantidades necesarias.

Mientras mentalmente voy haciendo la lista de lo que tengo que comprar, me doy cuenta de que el coche de Juan está aparcado en la puerta del supermercado. Lo veo dentro del coche, esperando a alguien; sólo deseo que no sea a esa bruja con escoba que tanto odio.

Paro el coche un poco alejado del suyo y me pongo a espiarlo igual que los detectives cuando esperan a algún criminal. Está guapísimo, y se lo

ve tan relajado, tan despreocupado... Hace mucho que no lo veía así. Eso me da por pensar en nuestra relación. Tal vez él tenga razón y yo lo he empujado un poco a tomar la decisión que ha tomado.

De repente me sobresalto al ver lo que ven mis ojos. Me los froto, pues no puedo creer lo que estoy viendo. Acaba de salir una rubia despampanante con una botella de vino en una mano y una sonrisa maliciosa en la cara. «¿Quién coño es esa tipa? Yo me esperaba a Andrea, ¡pero ésta...!» Sin pensármelo dos veces, saco el móvil de mi bolso y le mando un wasap: «¿Quién es esa rubia que se sienta en tu coche?». Me sorprendo a mí misma de lo que acabo de hacer, pero no he podido frenar mis dedos. ¿Y si no obtengo una explicación convincente? Me puede dar algo aquí mismo.

Juan se ha puesto bastante nervioso, no para de mirar en todas las direcciones. Doy un respingo cuando oigo el teléfono que suena, sacándome de mis cavilaciones. Cojo el móvil sin mirar quién me llama, porque no quiero perder un detalle de lo

que estoy viendo.

—¿Dónde estás, África? —Me quedo petrificada en el asiento del coche e instintivamente me dejo escurrir sobre él para que no pueda localizarme. No lo he visto con el móvil y eso me desconcierta. No me salen las palabras, así que vuelve a hablarme—: Por favor, África, dime dónde estás, me gustaría hablar contigo. No es lo que parece. —Yo sigo sin hablarle, y sin dejar de observarlo veo que sale del coche—. África, ¡contéstame! No seas cría. Bea es la novia de mi hermano Luis, he pasado a buscarla porque me pillaba de camino. Ella trabaja aquí en el súper.

Parece bastante creíble lo que me cuenta, teniendo en cuenta que Luis cambia de novia como de pantalones. Al final consigo articular palabra, pero sigo teniendo el pulso acelerado.

—Vale, no tienes por qué darme explicaciones. Ahora puedes hacer lo que quieras. —Me sorprende la tranquilidad con la que le estoy hablando.

—Pero quiero dártelas. Te conozco y sé lo

que estás pensando.

Me deja con la boca abierta porque tiene toda la razón. Mi primer pensamiento ha sido que se estaba tirando a esa rubia que se había sacado de la chistera, y de ahí mi reacción de mandarle el wasap. Pero ahora no quiero que me vea. El pensar que puede estar cerca de mí y que no lo podré tocar, besar o abalanzarme sobre él como una gata en celo me duele, así que le miento.

—Me he ido ya, Juan. Iba a entrar a comprar, pero, al verte, me he marchado. —Mi voz suena triste, me encantaría tenerlo entre mis brazos.

—Ah... vale. Yo pensaba... Tenía la esperanza... Nada, no importa. Ya nos veremos. Adiós, África.

—Adiós, Juan.

Me quedo ahí viendo cómo se sube al coche, se va y yo no puedo salir del mío. Mi cabeza comienza a funcionar de nuevo a mil por hora: «Ha dicho que tenía esperanza... ¿de qué? ¿Qué es lo que pensaba?». Me quedo sumida en un mar de dudas y sin ningunas ganas de entrar en el súper. Arranco el coche y me voy a casa. Es donde mejor

voy a poder torturarme de nuevo.

Al entrar siento lo mismo que el día anterior. He estado todo el día bastante bien, excepto en el parking del súper. Pero en casa... en casa me asfixio, es como si nada más entrar un *tsunami* me arrastrara con él hasta un mundo de desesperación y tragedia del cual me es muy difícil salir. Hay tantas cosas que me recuerdan a él... Tantos y tantos momentos que hemos disfrutado juntos... Viene a mi memoria aquella vez, en esta misma mesa del salón. Deslizo la mano por esa madera fría y suave que me produce tanta melancolía en este instante.

Juan acababa de ganar su primer juicio y entró por la puerta con una botella de champán, marisco y un bote de nata. Estaba espectacular y radiante. Tenía esa sonrisa traviesa que sabe que me derrite y sus ojos ardían por el deseo. Nada más verlo, sabía que había ganado. Estaba feliz y

salté sobre él dando un grito de alegría.

—¡Eh, nena, tranquila! Todo a su debido tiempo —me dijo seductoramente.

—¿Qué has traído de cena? ¡¡¡Marisco!!! Oh, Juan, me encanta. Sabes que es afrodisiaco, ¿no? —le pregunté con una media sonrisa y los ojos entrecerrados mientras tiré de su corbata para darle un beso apasionado.

—¡Sí, mi vida, lo sé! Pero, por lo que veo, no te hacen falta afrodisiacos. Quieres pasar directamente a los postres, ¿no?

—Sí, Juan, vamos a celebrarlo.

Y en cuanto lo dije, me quité una camiseta de manga larga holgada de algodón que llevaba y me quedé en unos minishorts que mostraban los cachetes de mi culo. A Juan le encantaba que fuese sin sujetador por casa y con estos pantaloncitos, decía que así tenía menos impedimentos para alcanzar su objetivo.

Me cogió de la nuca para darme un beso mordaz y me tumbó sobre la mesa. Con la otra mano rebuscó el bote de nata. Yo ni me enteré de lo que pretendía, y cuando noté algo frío sobre mi

vientre... ¡me acuerdo del grito que pegué! No me lo esperaba para nada (y mientras recuerdo esto una leve sonrisa se dibuja en mi cara y una lágrima se desliza por mi mejilla). Instintivamente lo atrapé con las piernas y lo pringué entero, corbata, camisa y traje.

—Oh, Juan, cuánto lo siento, ahora vas a tener que quitarte esa ropa sucia y pringosa que te he puesto.

Y entre risas lo fui desnudando y la temperatura de nuestros cuerpos se elevó.

Suena el móvil en mi bolso y me impide continuar con mis recuerdos. De mala gana, lo saco y miro la pantalla.

—Hola, Lola. ¿Dónde estás? Te he estado llamando.

—Ya sé que me has llamado, África. Todo teléfono registra las llamadas perdidas, ¿sabes?

Tan directa como siempre, pero por su forma de decirlo creo que está enfadada.

—¡Joder, Lola! ¡Cómo estamos! ¿Qué mosca

te ha picado esta vez?

—Perdona, África. Acabo de bajar del avión y he tenido un vuelo horrible, demasiadas turbulencias.

Me la puedo imaginar, rígida como una tabla desde la punta de los pies hasta el último pelo de su cabeza. A Lola no le gusta mucho volar, pero por su trabajo no le queda más remedio. Lola dirige una cadena hotelera y también regenta uno de ellos.

—¿Dónde has estado esta vez, pendón?

—En Estambul. ¡África, aquello te encantaría! Tenemos que ir juntas algún día.

«Venga, vámonos ahora mismo, a donde sea. No me hacen falta ni maletas. Sólo quiero huir de aquí», me pide mi subconsciente a gritos.

—Cuando quieras, Lola. —Suspiro con un hilo de voz.

Es lo que más me apetece en estos momentos: salir de aquí. Sin dar explicaciones a nadie, olvidándome de todo y concretamente de Juan.

—Bueno, cuéntame, ¿para qué me llamabas?

—Me distrae de mis pensamientos con la voz ya

más relajada.

—Nada, para quedar. Tengo novedades que contarte. —Y sin darme cuenta me veo acariciando la mesa del salón otra vez.

—Cuéntame, tengo tiempo. Estoy esperando a que me vengan a buscar, pero aún van a tardar un poco.

La verdad es que no tengo muchas ganas de hablar por teléfono de esto, así que me hago la loca, que se me da bastante bien.

—Bah, tranquila, mejor quedamos un día de esta semana y te cuento. ¿Qué tal Estambul, tiene tanto encanto como dicen?

—Vale, como quieras. Estambul me ha enamorado, África. Y eso que no he estado más que cuatro días por trabajo, ya sabes. Pero me ha gustado muchísimo esa mezcla entre dos mundos, los bazares, las mezquitas e incluso la gente. Te chiflaría, África. Estuve en un baño turco y me acordé un montón de ti. Pero mejor quedamos a partir del miércoles y así te enseño fotos. Mañana estaré muy liada poniéndome al día en el trabajo.

—Vale, entonces ya hablaremos. Te llamo

cuando salga del trabajo, el jueves o el viernes, y quedamos. Venga, Lola, un beso. —Y mi mente se pierde en las calles de cualquier ciudad que no sea ésta. Estambul me parece un buen lugar para perderme ahora.

—*Ciao*, África, ya hablaremos.

Subo la escalera para ir al baño, necesito despejarme. Lleno la bañera y me sumerjo en ella. Quiero dejar la mente en blanco, olvidarme de todo lo que ha pasado, pero no puedo. Un millón de imágenes me vienen a la cabeza, un millón de cosas que echo de menos.

Me abrazo instintivamente y me sumerjo otra vez en un baño de lágrimas. ¿Cómo puedo quererlo tanto? Daría lo que fuese porque entrara por esa puerta, se quitara la ropa y se metiese conmigo en la bañera. Deseo tanto esas manos recorriendo mi cuerpo, sus besos, sus caricias... Y todos esos recuerdos me hacen estremecer.

Me voy deslizando poco a poco hasta que estoy completamente sumergida. «No quiero llorar

más, no quiero llorar más», me repito una y otra vez. Deseo que este vacío que tengo dentro se pase, desaparezca.

Salgo de la bañera. Me quito la humedad del pelo con una toalla y me meto en la cama. No tengo fuerzas para secarme el pelo. Ni para darme crema en el cuerpo. Ni para ponerme el pijama. Así que me acurruco entre las sábanas e intento dormir. Doy una vuelta, otra y otra más. Necesito desconectar pero me es imposible, no lo consigo. Termino levantándome, bajo la escalera y me dirijo a la cocina para prepararme una infusión de manzanilla, melisa y tila. «Esto me tranquilizará», me digo mientras espero a que el agua comience a hervir. Me doy cuenta de que tengo frío y eso se debe a que sigo desnuda. Subo al dormitorio y saco una sudadera de Juan, la huelo y me abrazo a ella. Me la pongo rápidamente, junto con las primeras bragas que he cogido del cajón, y bajo la escalera corriendo, pues seguro que el agua ya está hirviendo.

Después me planto frente a la tele con mi infusión en la mano. Son las doce de la noche, así

que, para mi sorpresa, algo he dormido. Me tapo con la manta del sofá y pongo la tele. En uno de los canales están echando *Erin Brockovich*. Ya la he visto, pero me gusta, y me distraerá de mi caos mental.

Parece que me he dormido. Miro el reloj: las tres de la madrugada. Subo a gatas la escalera y me meto en la cama. Mañana será otro día.

Suena el despertador y me levanto con más energía de la que esperaba. Me visto con unos vaqueros negros, una camiseta negra de tirantes y una camisa blanca de Juan que me anudo a la cintura. Creo que éste va a ser mi atuendo por unos días, y me río de mí misma al pensarlo. Entro en el baño e intento domar mi pelo, que está todo enredado por meterme con él mojado en la cama. Me maquillo un poco y me voy al trabajo. «Allí me tomaré un café antes de empezar», me digo en voz alta.

El día transcurre tranquilo; entre clienta y clienta no me doy cuenta de la hora. Ya es tarde,

son las seis y media, y tengo que pasarme por el súper a comprar algo de comida. Ayer no pude hacerlo porque me dio el bajón después de ver a Juan en el parking.

Una vez allí, voy como un robot con el piloto automático, de pasillo en pasillo. No presto mucha atención a lo que meto en el carro. La verdad es que no me importa, estos días tampoco es que esté comiendo mucho.

Llego a mi apartamento, recojo la compra y me meto en la cama. Cada vez que entro por la puerta se me cae la casa encima. Hoy he tenido un buen día, casi no me he acordado de mi profunda agonía, pero al llegar a casa... me pesan las piernas y la cabeza me da vueltas. Esta casa me trae demasiados recuerdos, demasiados para soportarlo.

Me agarro los tobillos con las manos, haciendo un ovillo con mi cuerpo, y las lágrimas inundan de nuevo mis ojos. Después de un buen rato llorando, consigo quedarme dormida. Pero no duermo tranquila, en mis sueños aparecen una serie de imágenes que me inquietan. Me encuentro

sola en la esquina de una sala vacía y a través de un tabique de cristal veo cómo Juan ha rehecho su vida con la bruja de la escoba. Se los ve felices, se besan, se abrazan. Y, por mucho que lo llamo, Juan no me oye. Yo golpeo y golpeo el cristal, pero sigue sin oírme. Al final me veo derrumbada en el suelo, llorando y destrozada por la imagen que atraviesa mi retina.

Me despierto sobresaltada, con un dolor en el pecho insoportable. Tengo que darme una ducha, estoy empapada, toda mi piel está pegajosa. Un escalofrío recorre mi espalda al recordar mi sueño. Abro la ducha y me sumerjo en una claridad mental que ayuda a que se evapore ese dolor.

Son las dos del mediodía del miércoles. Estoy en el almacén del trabajo comiéndome un yogur cuando entra Claudia.

—¿Qué tal estás? Ayer al final no pude estar contigo. —Y pone una mano en mi hombro.

—Estoy bien, Claudia.

—Yo no lo diría así. Cada día que pasa se te

ve peor. ¿Has arreglado las cosas con Juan? —Su tono de voz es compasivo.

—Juan se ha ido de casa, nos estamos dando un tiempo —le digo con un hilo de voz, y noto cómo mis ojos se vuelven vidriosos.

—África, no te quiero agobiar, sé que no te gusta contar tus cosas, pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. —Y me da un abrazo enorme.

—Gracias, Claudia, pero estoy bien —digo y agacho la cabeza.

—África: para lo que quieras. ¿Entendido? —insiste obligándome a levantar la cabeza mientras pone una mano en mi barbilla, con un tono autoritario pero dulce al mismo tiempo.

Se gira sobre los talones y vuelve al trabajo.

Los días transcurren sin apenas darme cuenta, trabajando y llorando, trabajando y llorando. Cuando llego a casa, me refugio bajo las sábanas de mi enorme cama y así pasan las horas, entre noches intranquilas y días agónicos.

Hoy es viernes y pronto va a hacer una semana que Juan se fue de casa. Pero para mí parece que sólo hayan pasado unas horas, pues el pecho lo sigo teniendo dolorido por el vacío que ha dejado al llevarse mi corazón con él.

Me levanto arrastrando mis extremidades, cada día me pesan más. Me meto en la ducha y oigo sonar la alarma de mi móvil, que me recuerda que hoy tengo una cita con Arturo. Eso me hace alegrarme un poco. Es lo que necesito en estos momentos, unas buenas manos que recorran todo mi cuerpo, relajando cada una de las tensiones que tiene. «No son las que desearía que me tocasen, pero me tendré que conformar», digo pensativa.

Hoy sólo he trabajado por la mañana, he comido algo en el trabajo y ahora me dirijo a casa de Arturo. Él no se gana la vida como masajista; Arturo es fotógrafo de eventos, pero le gusta mucho este mundillo y siempre tiene tiempo para los amigos.

Es un chico muy guapo. Lástima que sea gay, pues a más de una ya le habría gustado ponerle las manos encima. Tiene el pelo castaño claro y sus

ojos son de un negro azabache muy penetrante. Es muy moreno de piel y tiene un cuerpo escultural, ya que se cuida mucho.

Llamo al timbre y me abre Félix, su pareja.

—Hola, África, cariño. Arturo está ocupado. Se ha encerrado en el cuarto oscuro y dice que no puede salir... —me cuenta con una sonrisa juguetona y maliciosa—. Ya le he preguntado si quiere compañía, pero parece ser que no.

Me hace reír. Félix es una locaza que a veces trabaja en espectáculos nocturnos, así que siempre está bromeando. Tiene el pelo muy corto, ojos marrones y lleva unas gafas que le hacen parecer un hombre muy interesante. Su piel es muy clara y, aunque no se cuida tanto como Arturo, posee un buen cuerpo.

—Oye, si queréis os dejo solos para que os metáis en el cuarto oscuro los dos.

—No, hija, no. Por desgracia hace tiempo que no visito esos lugares. Me tiene a pan y agua desde hace varios días. Tú ya me entiendes. Un chico guapo y fornido como yo necesita que le pongan las pilas a este cuerpo casi todos los días.

No puedo evitar sonrojarme, es asombroso cómo puede decirme todo eso sin ningún pudor y con toda la naturalidad del mundo.

—Hola, África, siento haberte hecho esperar, pero no podía dejar lo que estaba haciendo —dice Arturo al verme.

—No pasa nada. Félix me ha entretenido un rato.

—Seguro que sí. —Y los tres nos reímos.

—Bueno, chicos, yo os dejo, que tengo que hacer muchas cosas —dice Félix—. África, cariño, no me lo canses mucho, que luego lo voy a atar a la cama. Hoy no te me escapas, guapo. —Y le da una palmada en el culo cuando sale de la habitación.

Yo pongo los ojos en blanco. Aunque estoy acostumbrada a este despliegue de afecto entre los dos, no deja de sorprenderme. Subimos a la habitación de masajes, me quito la ropa y me tumbo en la camilla.

—¡Joder, África, qué tensa estás! Me recuerdas a mi hermana cuando estaba a punto de parir —exclama Arturo con el humor que le

caracteriza al poner las manos sobre mi espalda.

—Lo sé, llevo una semana de perros. Juan se ha ido de casa. —Y antes de darme cuenta, oigo cómo las palabras salen por mi boca. Arturo se queda quieto, no se esperaba esa respuesta y yo tampoco. Así que intento mantener la calma y explicarle lo que necesito—. Me he preparado unas flores de Bach; me las estoy tomando y me encuentro algo mejor. Pero necesito una terapia emocional, unos ajustes o una reflexología de chacras, pero tú verás lo que haces antes de que tus manos consigan calmar todo mi cuerpo —digo con los ojos cerrados y dispuesta a relajarme profundamente.

—Lo siento, África, no sabía nada. —Su voz pícaro y maliciosa ha desaparecido.

—No te preocupes, no lo sabe nadie. Sólo Sara.

Eso me da qué pensar; me parece raro que no me haya llamado. Será que no quiere agobiarme, es todo lo contrario a Lola, que cuando se entere...

—Bueno, tú relájate; yo cuidaré de ti —afirma sacándome de mis pensamientos.

—¡Oh, sí! Esto es lo que necesito en estos momentos, unas manos que me mimen.

—No lo digas muy alto, no vaya a oírlo Félix y se ponga celoso —me dice al oído con un tono burlón.

Después de dos horas maravillosas bajo las manos de Arturo, llamo a Lola, pues hoy me siento con fuerzas para contárselo.

CAPÍTULO 4

Estoy sentada en el salón de mi casa y con el móvil en la mano marco el número de Lola.

—Dime, África. Ya pensaba que no me ibas a llamar.

—Hola, Lola. ¿Quieres que salgamos hoy?

—Por mí, estupendo. ¿Llamo a Sara?

—Vale, como quieras.

Un poco de la calma y tranquilidad de Sara ante el torbellino arrasador que es Lola no me vendrá nada mal.

—¿A qué hora te parece bien que quedemos? Hoy a las siete inauguran un local nuevo en el centro. Podíamos ir a ver qué tal.

—¿Es un bar de copas?

—Eh... Sí, creo que sí. ¿Por?

—No sé si me apetece mucha marcha. Prefiero que nos veamos donde siempre y así hablamos más tranquilas.

—Lo que tú digas. Entonces ¿a las siete te parece bien? Así, si luego nos animamos, podemos salir un rato. ¡Es viernes!

—No creo que me apetezca, pero vale. A las siete nos vemos. Llamas tú a Sara, ¿no?

—Sí, sí, tranquila. *Ciao*, África.

—Adiós, Lola.

Ahora son las cinco y media, así que tengo tiempo de sobra para arreglarme. Me ducho, me pongo un tanga negro y un sujetador a juego. Bajo la escalera para sacar de la secadora unos vaqueros de pitillo que me encanta cómo me quedan de culo. Subo y me pongo una camiseta negra muy sencilla pero mona y estoy a un tris de ponerme sobre ella mi atuendo preferido de esta semana, una camisa blanca de Juan anudada a la cintura, pero elimino esa idea de mi cabeza rápidamente. «¡Ya vale de autocompadecerte, África!», me digo en voz alta y en un tono de reproche. Me seco el pelo y, mientras me miro al espejo, pienso que sería buena idea ir un día de éstos a la pelu y cortármelo. No vendría mal un cambio de imagen. «Vida nueva, pelo nuevo», y

oigo cómo las palabras salen por mi boca.

Me maquillo un poco, me pongo unos taconazos de escándalo y ya estoy. Me observo en el espejo, contenta del resultado. «¡Me alegra volver a verte, señorita!», le digo a mi imagen en el espejo, señalándola con el dedo índice y con una sonrisa en la boca.

Salgo de casa y me dirijo hacia un local que nos encanta a las tres. Es muy acogedor; en él se puede hablar tranquilamente. Está dividido en varias zonas que te dan cierta intimidad. Entro y veo a Luca detrás de la barra.

—Hola, Luca, ¿han llegado ya las chicas?

—No, África, no las he visto entrar. ¿Te pongo algo mientras las esperas?

—No, de momento prefiero esperar. ¿Está libre nuestro rinconcito?

—Creo que sí, pero mira a ver por si acaso.

—Vale, gracias.

Me encanta este sitio, tiene una luz tenue producida por multitud de lamparitas de diferentes formas y con cristales de colores que hay colgadas del techo. La decoración es muy étnica. Tiene tres

rincones decorados de diferentes culturas: musulmana, africana y oriental. El resto está lleno de mesas y sillas normales de todo tipo de formas y tonalidades, pero ninguna igual.

Uno de nuestros rincones preferidos es el que toda su decoración te transporta a Marruecos. Tiene un sofá casi a ras de suelo lleno de cojines de colores. En el centro hay una mesa con una bandeja de metal y, a un lado, una cachimba.

Me siento y observo el resto de la decoración. En otro rincón, no muy alejado del nuestro, hay unas tallas de madera de unas mujeres africanas y en la pared varios lienzos que en conjunto forman un paisaje de África al atardecer. Precioso. En el centro se encuentra una mesa baja de mimbre oscuro y alrededor de ella unos sillones del mismo material, muy chulos.

En otro rincón hay una fuente y un buda a su lado. Lo preside una mesita de madera baja y, en el medio, una especie de jardín zen lleno de arena con dos rastrillos de madera. También hay varios mantelitos individuales de cañas de bambú. A su alrededor, unas sillas a media altura del mismo

estilo que la mesa.

Veo a Sara, que entra por la puerta. Levanto la mano y me responde con una sonrisa mientras camina hacia mí.

—Hola, África, ¿qué tal estás?

—Mejor. Bueno, a días y a ratos. En casa no muy bien, la verdad. Hay tanto de él...

—Lo sé. ¿Se lo has dicho a Lola?

—No. Y estoy muy nerviosa, no sé cómo se lo va a tomar. Ya sabes lo impulsiva que es, seguro que lo convierte en una guerra personal.

—Bueno, relájate. Me ha llamado diciendo que va a tardar un poco, así que tenemos tiempo. ¿Pedimos algo?

—Vale. ¿Qué quieres? —pregunto poniéndome de pie.

—No sé. ¿Algo fuerte? —responde Sara animada.

—Venga, va. Un combinado.

—Que sean dos —responde ella mientras me encamino a la barra.

—Uno más de lo que estés poniendo, Luca —dice Lola mientras entra por la puerta, levantando

tres dedos.

A mí se me hace un nudo en el estómago nada más verla. No sé cómo va a reaccionar; ella nunca ha llegado a entender muy bien por qué Juan no le para los pies a Andrea. Siempre me daba la razón respecto a la bruja con escoba y se va a enfadar muchísimo con Juan.

—Hola, Lola. Sara me había dicho que ibas a tardar —planteo ya nerviosa.

—Eso pensaba yo, pero al final he salido antes del trabajo. Bueno, cuéntame. Me tienes en ascuas toda la semana.

—Eh... Bueno, por dónde empezar... —Noto cómo mi garganta se va cerrando, las entrañas se me encogen y el dolor del pecho vuelve a hacerse latente.

Lola se da cuenta de lo nerviosa que estoy. Me mira a los ojos y me dice en voz baja: «Eh, tranquila, todo va a ir bien. Ya lo verás». Es como si ya lo supiera. Y entonces abrazo a Lola y me echo a llorar. Ella se queda petrificada en un primer momento, pero luego me abraza fuerte y, sin soltarme, me dice al oído: «¿Qué te ha hecho ese

cabrón?»). Su voz es gélida como el hielo. No puedo contener las lágrimas y tampoco me salen las palabras. El enfrentarme otra vez a mi cruda realidad me duele demasiado. Pasa la mano sobre mi hombro derecho y me conduce hacia donde está Sara.

—Hola, Sara —y mirándome a los ojos me dice—: Siéntate y cuéntamelo todo. Pero primero voy al baño y te tranquilizas. Cuando vuelva, no quiero lágrimas. Ese capullo no se merece que derrames ni una más por él, África. Y creo que ya son más de las que se merece —sentencia con autoridad.

Sara me coge la cabeza y la pone en sus rodillas mientras me acaricia el pelo. El silencio entre ambas es acogedor y reconfortante. Lola tarda más de lo que esperaba, cosa que agradezco. Poco a poco voy tranquilizándome. Me incorporo y doy un sorbo al vaso. Veo a Lola hablar con Luca en la barra y sé que me está dando tiempo para que me serene.

—¿Y bien? —me dice al sentarse a mi lado. Yo me quedo en silencio, no sé por dónde empezar

— ¿Tú lo sabías? —le pregunta a Sara con una mirada furibunda.

—¡No te enfades conmigo, Lola! Es mejor que te lo cuente ella. Es la única forma de que saque toda esa mierda que tiene dentro y se desahogue. Además, tú estabas en Turquía.

—No la tomes con Sara. Yo le pedí que no dijera nada a nadie. Tenía la esperanza de que volviera a casa, y de eso va a hacer una semana el domingo. —La tensión de Lola es evidente.

—Bueno, vale —acepta al final—. Cuéntamelo todo desde el principio.

Yo le empiezo a relatar la bronca que tuvimos Juan y yo el sábado, las atrocidades que nos dijimos y cómo nos despellejamos el uno al otro por culpa de mis celos.

—¡Y lo que más me duele es eso, que tiene razón! ¡Que mis celos me han llevado a donde estoy! ¡Y sin ningún motivo! —Me sujeto la cabeza con las dos manos y miro al suelo.

—No, nena. Eso sí que no te lo voy a permitir. ¡Sin ningún motivo, no! —Lola tiene la cara desencajada y levanta el dedo índice en una

clara negativa—. Hace tiempo que Juan le tendría que haber parado los pies a esa guarra. Yo no digo que no seas celosa, que lo eres, pero... que todo es culpa tuya, ni hablar.

—¡Pero es verdad, Lola! No creo que se hayan enrollado —manifiesto con una culpabilidad latente en mi voz.

—Eso no lo tenemos del todo claro.

Sara y yo miramos a Lola con los ojos como platos y con una mirada fulminante.

—¡¡Lola!! —la riñe Sara.

Mi cabeza acaba de estallar y veo todos mis sesos derramados por encima de la mesa. ¿Qué pretende decirme Lola? ¿Tal vez sepa algo? Y, de tan sólo pensarlo, unas arcadas tremendas me suben a la boca, de tal forma que tengo que correr al baño. Cuando vuelvo, veo a Sara y a Lola hablando en voz baja. Mi corazón se paraliza, todo se vuelve borroso y me apoyo en la pared para no caerme. Tal vez sólo he estado viviendo en una mentira durante algún tiempo. Al final consigo controlar mis náuseas y me siento enfrente de Lola con mirada voraz, ansiosa por saber lo que está

sucediendo.

—¡A ver, Lola! ¿Qué insinúas? ¿Que Juan y Andrea se han liado? —consigo soltar al final, y mientras las palabras salen por mi boca, instintivamente me la tapo como si acabara de decir un pecado mortal.

—No, cariño, no. Sólo digo que tal vez... — No termina la frase. Yo la miro perpleja, no sé si voy a poder escuchar esto. Me agarro el estómago porque las náuseas vuelven a aparecer.

—Lo que pretende decir Lola es que te estás echando toda la culpa a ti. Y eso no es bueno, África. Cuando dos personas se quieren con la intensidad con la que os queréis Juan y tú, a veces saltan chispas. Pero él no te ha dicho claramente que lo dejaba, ha dicho que necesitaba un tiempo para aclararse.

—¡Eso no es lo que yo he entendido! Lola, ¿qué es lo que ocultas? —Y noto cómo la sangre corre por mis venas a una velocidad de vértigo. Esta incertidumbre me está matando—. ¡Si sabes algo, dímelo ya! Si no, no fomentes mis dudas, que ya tengo bastantes. —Creo que mis ojos echan

fuego y mi boca regurgita lava incandescente, porque la tristeza y la culpa han dado paso a la rabia, y ésta no tiene freno—. ¡¡Lola!! —le grito con impaciencia y exasperación.

Al final Lola levanta los brazos al cielo en señal de derrota.

—Sólo digo... que... bueno, que los vi besándose la semana pasada. ¡Ya lo he dicho! ¿Contenta?

Sara se tapa la cara y niega con la cabeza mientras resopla. Yo no doy crédito a lo que oyen mis oídos, y «contenta» es la peor descripción de cómo me siento.

—¿Cuándo fue eso, Lola? Quiero datos. Día, lugar y hora. Y, sobre todo, ¿se puede saber por qué coño no me lo habías contado?!

No puedo más, estoy desenfrenada. Mi ira está descontrolada y me gustaría descargarla con alguien que yo me sé.

—África, cálmate. Todo tiene su explicación. —Atravieso con la mirada a Sara, no puedo creer que me esté diciendo eso.

—¿Tú de qué parte estás, Sara?

—África, Sara tiene razón. Déjame que te explique —interviene Lola intentando apaciguarme.

—No hay nada que explicar. Se besaron. ¿No es eso lo que has dicho? Que se besaron.

—Sí, pero... —interviene Sara de nuevo—... fue ella la que se abalanzó sobre él. Fue ella quien lo besó. Juan la rechazó.

—¿Me estás diciendo que tú ya lo sabías? ¿Que el domingo, cuando fui a tu casa, ya sabías esto?! No me lo puedo creer. Se supone que sois mis amigas. ¡¡¡Amigas!!! —Les grito—. ¿Sabéis lo que esa palabra significa? No, creo que no. —Me levanto y salgo por la puerta. Esto es demasiado.

—¿Adónde vas, África? —me dice Sara cogiéndome de la mano.

—Necesito tomar el aire. No voy a irme a ninguna parte. —Y me suelto de su mano más agresivamente de lo que pretendía. Pero ahora no puedo pensar en eso.

Salgo a la calle dejando a las dos traidoras dentro. No puedo creer lo que me acaban de decir. No me cabe en la cabeza. Mis amigas, mis dos

mejores amigas. Subo y bajo la calle a grandes zancadas, no puedo quedarme quieta, me dan ganas de pegarle a alguien. Y tras ese breve pensamiento, una sonrisa de odio asoma por las comisuras de mi boca. Saco el móvil del bolsillo de atrás de mi pantalón y le mando un wasap a Juan: «Me has hecho pensar que todo era culpa mía, que nuestra relación se había acabado por causa de mis “celos insufribles”. PALABRAS TEXTUALES. Y me acabo de enterar de que Andrea y tú os habéis besado. ¿Algo que añadir?».

«Oh, esto me gusta. ¡Qué bien sienta descargar todo lo que estos días atrás me ha estado devorando por dentro!», digo en voz alta sin percatarme de la gente que pasa a mi lado.

Juan: «Sólo fue un beso y hay una explicación para ello. Dile a tu amiguita que te cuente la verdad. No tengo más que añadir».

África: «No necesito oír nada. Los hechos son claros. OS HABÉIS BESADO. PUNTO».

Y conforme voy escribiendo, me doy cuenta de que mis músculos se van destensando. Me apoyo en la pared y me tapo los ojos con la mano.

¿Cómo he podido ser tan estúpida?

El sonido de mi móvil me sobresalta. Miro la pantalla y es Juan. El corazón se me sale por la boca. «¿Lo cojo o no lo cojo? ¿Lo cojo o no lo cojo?», repito una y otra vez en mi cabeza. Al final mis dedos son los que toman la decisión y pulsan la tecla de descolgar.

—¿Qué quieres, Juan? —Mi voz es demasiado áspera, hay demasiado rencor en ella, pero en estos momentos me da igual.

—África, escúchame. Quiero explicártelo.

—No hay nada que explicar. Me siento engañada. El momento de las explicaciones ya ha pasado. Me lo tendrías que haber contado en su día, no ahora. —Estoy decepcionada y cansada de tener que lidiar con este hombre.

—Si no te lo conté fue porque te habrías puesto como una furia. Y no había mucho que contar. Sólo fue un beso. Un beso que ni siquiera deseaba.

—¡Sólo un beso! ¿Cómo puedo creerte ahora? ¡No puedo! Ahora no te creo.

—Confía en mí, Afri, por favor. Sólo fue un

beso.

—¿Cómo puedes pedirme eso ahora? ¿Confíaste tú en mí, en mi instinto, cuando te decía que Andrea quería algo contigo? —Hay un silencio, Juan no contesta—. No, ¿verdad? —respondo yo—. ¡Pensabas que todo eran paranoias mías! La loca de África y sus celos, es eso lo que pensabas continuamente cada vez que te pedía que le parases los pies.

—Pero en parte lo son. ¡Que ella quiera algo conmigo no quiere decir que yo también!

—¡Oh, por favor, Juan, no me pongas de los nervios! Tengo ojos y veo cómo la miras. ¡Hay algo en ella que te gusta, aunque no lo quieras reconocer! —chillo alzando uno de mis brazos al cielo—. El sábado, cuando discutimos, no me llamaste para decirme que llegarías tarde, y ya te había besado. Sin embargo, la loca era yo. No me dijiste nada... Me dejaste pensar que toda la culpa era mía y reafirmaste mis dudas. Por lo que veo, no dices nada. Te has quedado sin palabras. Juan, ¿sigues ahí? ¿Juan?

—Sigo aquí, África. Pero qué quieres que te

diga... —Su voz es un suspiro de derrota.

Y todo en mi interior quiere que lo niegue, que niegue que no hay nada en ella que le guste. Que me suplique perdón y que vuelva a mis brazos. Pero no lo hace.

—Bien, no hace falta que digas nada. Ya lo digo yo: llévate tus cosas de mi casa. ¡¡¡Cuanto antes!!!

Cuelgo el teléfono porque no puedo soportar más esto. Estoy rabiosa pero también triste, decepcionada y engañada. ¿Por qué no me ha dicho que me quiere? Me habría gustado oír que él no buscaba nada de ella porque me seguía queriendo, pero se ha callado. ¡No ha dicho nada...! Me dejo caer en el suelo, deslizando la espalda por la pared, y me abrazo las rodillas. No lloro, he decidido no llorar más por él. Lola tiene razón, no merece la pena. «¡Lola!» Doy un salto. No me acordaba de que esas traidoras siguen dentro.

Entro en el bar como una exhalación, aún sigo enfadada con ellas. Y ahora estoy demasiado cabreada como para oír nada más, así que cojo

mis cosas y les digo con una mirada muy fría:

—¡Con vosotras dos ya hablaré mañana! —Y salgo lo más rápido que puedo.

—África, espera, deja que...

Pero ya me estoy yendo y oigo a Sara que le dice: «Déjala, mejor mañana».

¡Dios! Estoy furiosa, tengo ganas de gritar y algo en mi interior me obliga a hacerlo. Estoy junto a mi coche. Empiezo a dar patadas y manotazos al aire. «¡¡¡Aaaagggg!!! ¡¡¡Joder, joder!!!», chillo lo más alto que puedo. La gente que pasa por la calle se aparta de mi lado y me mira morbosamente con cara asustada.

Cuando ya he descargado toda mi rabia, entro en el coche y me río de mí misma recordando la cara de esa pobre gente que me observaba. «Habrán pensado que soy una desequilibrada que no toma sus pastillas, pero me da igual. Ahora todo me da igual», digo con una sonrisa de lunática.

Arranco el vehículo y me dirijo a casa. Ahora no tengo ganas más que de meterme en la cama y dormir.

Cuando aparco, no puedo creer lo que ven mis ojos. Los froto para comprobar si es cierto o mi cerebro me está jugando una mala pasada. Los vuelvo a abrir y ahí sigue el coche de Juan. Está estacionado enfrente del portal. No puede ser. Una oleada de ilusión me invade el corazón, pero la desecho enseguida al recordar que le he dicho que viniese a por sus cosas «cuanto antes».

«¡Mierda, mierda, mierda!», digo dándome cabezazos contra el volante. Pasan unos minutos y, cuando me encuentro con fuerzas para enfrentarme a la situación, salgo del vehículo y pesadamente me dirijo hacia casa. Los pies no me responden y las piernas se me tambalean.

Abro la puerta y ahí está él, tan guapo, tan sexi, tan increíblemente sexi. ¡Oh, Juan, qué va a ser de mí sin ti! Nuestras miradas se cruzan y por un segundo pienso que el corazón se me va a parar. Pasan unos segundos o minutos, no lo sé. Pero ahí estamos los dos, Juan y África, sin decirse nada porque ya no hay nada que decir. Ahora lo

entiendo. No lo he querido ver, pero ahora lo veo claro.

—Hola, Juan —consiguen decir mis labios. «¿Qué haces aquí?», pregunto para mis adentros.

—Hola, África. —Da un paso hacia delante con la mano extendida, pero se para y deja caer la mano—. Necesitaba hablar contigo —dice respondiendo a la pregunta que no he formulado.

—Ahora no, Juan. Vete o quédate, haz lo que quieras, yo me voy a la cama. Estoy cansada.

Y con la mirada clavada en el suelo y arrastrando los pies, paso a su lado y me dirijo hacia la escalera. Con el rabillo de mis pestañas veo que acerca la mano para tocarme y algo en mi interior está pidiendo a gritos que lo haga. Pero se arrepiente y termina con la mano en el pelo.

Me pongo el pijama y me meto en la cama. Acurrucada bajo las sábanas, y por una vez después de todas estas noches infernales, no lloro. Mientras estoy repasando mentalmente lo que ha pasado desde que salí de casa de Arturo, me doy cuenta de que está subiendo la escalera. El pulso se me acelera y la habitación empieza a dar

vueltas. ¿Qué hace, adónde va? Esta incertidumbre me mata. Se sienta en el borde de la cama y tranquilamente se quita la ropa y se pone el pijama. Se mete en la cama y se acurruca frente a mí. Ninguno de los dos dice nada. Ya no tenemos nada que decirnos. Permanecemos así en silencio minutos, horas, hasta que, por fin, nos quedamos dormidos.

Oigo cómo aporrean la puerta. El timbre y el teléfono no dejan de sonar. Me sobresalto y me siento en la cama. Me vuelvo para ver a Juan, pero sólo estoy yo en la cama. Él ya se ha ido y en su almohada hay una nota:

*Por favor, África, dame tiempo.
Necesito aclarar mis sentimientos.
Un beso.*

Juan

Por primera vez desde el domingo he dormido plácidamente. Sé cuál ha sido el motivo:

Juan estaba a mi lado.

Me levanto y bajo la escalera. ¿Quién demonios será? Miro por la mirilla y veo a mis arpías preferidas. Con una sonrisa, abro la puerta. Ya no estoy enfadada con ellas, sé que sólo querían protegerme.

—Buenas días, dormilona. —Entran y Lola me da un palmetazo en el culo.

—Hola, traidoras —digo con una risa burlona.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien? Se te ve radiante —me dice Sara mientras me da un fuerte abrazo y me susurra al oído: «Lo siento, África».

—No pasa nada, lo comprendo. —Me encojo de hombros y añado—: Aunque os aconsejo que no lo volváis a hacer. ¿Entendido? —pregunto señalándolas con el dedo índice.

—Bueno, una vez que ya nos hemos perdonado, vamos a desayunar. Me muero de hambre —dice Lola agitando una bolsa llena de cruasanes—. Oye, África, una pregunta: ¿duermes con tapones?

—No. ¿Por qué? —respondo sin comprender

la pregunta.

—Pues mírate el oído, ¡guapa! Llevamos llamándote desde las diez de la mañana.

—¿Y qué hora es?

—Las once —dice Sara señalando el reloj.

Entonces me doy cuenta de lo a gusto que he dormido sabiendo que él estaba de nuevo en casa, y una reconfortante sensación de esperanza invade mi ser. No me ha dicho que me quiere, pero tampoco me da dicho lo contrario, sólo me ha pedido que le dé tiempo y por ahora es algo que le puedo dar. Tiempo.

CAPÍTULO 5

Son las doce y media de la mañana y me dirijo a casa de mis padres. Mientras, mentalmente planeo cómo le voy a decir a mi madre que Juan se ha ido de casa. Se va a preocupar mucho.

Mi madre es una mujer muy protectora y, de tanto que quiere protegerme, a veces me asfixia. Sin embargo, mi padre es más comprensivo. Aunque sospecho que en ocasiones le llena la cabeza a mamá de sus propias preocupaciones, y mi madre es la encargada de transmitir las.

Voy caminando. Tras de mí un sol radiante me calienta la espalda. Los primeros rayos de primavera se dejan ver tímidamente en estos días. Veo a mi madre en el jardín. Está plantando algo. Le encanta la jardinería, creo que la ayuda a relajarse.

Marta, mi madre, es una mujer bastante atractiva para su edad. Lleva un corte de pelo muy

moderno que le hace aparentar ser más joven de lo que es. Tiene los ojos claros y una sonrisa muy cariñosa.

—Hola, mamá —le digo mientras me voy acercando.

—Hola, hija, no te había visto. ¿Qué tal estás? No se te ve muy buena cara.

«¡Si hoy no tengo buena cara, que he dormido a pierna suelta, no me imagino cómo se me vería estos días atrás!», pienso.

—¿Qué haces? —le pregunto para evitar que indague más a fondo.

—Poca cosa. Preparar la tierra para plantar unas semillas que he comprado. ¿Vamos adentro?

Mis padres tienen una enorme casa de planta baja con un jardín estupendo. Cuando era pequeña, ponían una piscina enorme en él y mis amigas y yo nos pasábamos horas y horas ahí tumbadas al sol.

Entramos en la cocina. Los muebles son todos de madera; los tiradores, de hierro, y la encimera, de azulejo, de color crema. Hay una isla en el centro en la que se encuentra el horno y, a un lado, una mesa de roble para ocho o diez personas.

—¿Dónde está papá?

—Lo he mandado a por unas cosas. Bueno, dime, ¿no pensabas llamarme esta semana para tomar algo? —Su tono es un poco recriminatorio.

—He estado muy liada, mamá —digo subiéndome los hombros.

—¿Qué tal Juan? ¿Adónde dices que se ha ido?

Casi escupo el agua que estaba bebiendo. Tengo que hacer un gran esfuerzo por controlarla en mi boca.

—Eh... no lo sé exactamente —respondo un poco nerviosa.

Mi madre se vuelve hacia mí para poder mirarme detenidamente la cara y levanta una ceja.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Mamá, se ha ido a un pueblo de Barcelona, pero es tan pequeño que ni me acuerdo de cómo se llama. —Y por mi boca sale lo primero que me viene a la cabeza.

—África, sé que me estás ocultando algo.

No quiero mentir a mi madre, pero incomprensiblemente lo hago. Necesito un poco

más de tiempo para plantearles esto a mis padres.

—¿Qué dices, mamá! ¿Por qué iba a ocultarte nada?

—¿Tal vez porque hoy he visto a Juan en su coche?

El corazón se me para y la sangre se me hiela. Mi respiración se colapsa y los músculos se me agarrotan. Mi cabeza no da con una excusa rápida y convincente. Al final, después de un breve silencio, consigo que las palabras desgarran mi garganta.

—Mamá, Juan y yo hemos discutido —le confieso en un profundo suspiro y sin mirarla a los ojos.

—Algo así me imaginaba. ¡África, no me cuentas nada! ¡Tengo que usar un sacacorchos para conseguir enterarme de algo! —suelta mirando al techo y levantando las manos sobre su cabeza. Y mientras oigo de lejos a mi madre, voy hacia la nevera para preparar una ensalada—. ¡África! ¿Me estás escuchando?

—Perdona, mamá, ¿qué decías?

Mi voz es monótona y cansada. Esta mujer me

agota cuando se pone así.

—Que no sé nada de tu vida. Que siempre me tengo que enterar de las cosas a toro pasado. ¿Y por qué habéis discutido? Si se puede saber... — pregunta con grandes signos de frustración.

—Mamá, no me apetece hablar de eso ahora. —Siento la lengua pastosa y pesada, no me salen las palabras.

—¡Ya, lo sé! ¡No te apetece hablar ni de eso ni de lo otro ni de nada! —Su voz va adquiriendo un volumen recriminatorio que no me agrada nada.

—¡Mamá, por favor! —Todos mis músculos se van tensando y siento que, si no para, vamos a terminar discutiendo.

—¡De «mamá, por favor» nada! ¡Que me tienes muy preocupada!

—¡Pues no te preocupes, que ya soy lo bastante mayorcita como para resolver mis problemas!

Y antes de darme cuenta estoy levantando la voz. «Esta mujer tiene el don de sacarme de quicio», pienso mientras le pongo los ojos en blanco. Y en ese momento entra mi padre por la

puerta. Es un hombre de pelo canoso, ojos claros y mirada tierna. Así es él, sencillo, afable y comprensivo, aunque siempre está en su mundo. Tiene la santa paciencia para mediar entre mi madre y yo.

—¿Qué os pasa ahora? Ya estáis otra vez discutiendo —señala suspirando pero con toda naturalidad.

—Hola, papá.

Me alegro tanto de verlo... Espero que él consiga frenar un poco a mi madre.

—¡Que te cuente tu hija! ¡Que te cuente! A ver si tú tienes más suerte que yo. —Se cruza de brazos y me observa con impaciencia.

No puedo más, me estoy volviendo loca y mi madre dale que te pego. Estoy a un tris de coger la puerta y largarme. Mi padre me mira preguntándose de qué demonios va todo esto y al final soy yo la que hablo.

—He discutido con Juan —digo levantando los brazos y dejándolos caer sobre mis muslos.

—¡No, eso no! Tu hija no pensaba contarnos nada. ¡Nos iba a soltar cualquier milonga suya!

Pero la he acorralado y al final ha tenido que decírmelo. —Pone una media sonrisa de ganadora por haberme sonsacado lo que quería saber, pero su mirada refleja un poco de desilusión.

—¡Mamá, por favor, ya basta! ¿No te das cuenta de que igual no te cuento nada por esto mismo? ¡Porque siempre acabamos así, discutiendo! Cuando te explico mis cosas, siempre tienes algo que decir y, si no lo hago, también.

Me veo a mí misma soltando sapos y culebras por la boca. Estoy histérica y no dejo de moverme de un sitio a otro sin hacer nada en concreto.

—Bueno, mujer, seguro que en algún momento tendría pensado decírnoslo —intercede mi padre con un tono pacificador.

—¡Claro que os lo iba a contar! Pero cuando estuviera preparada para un interrogatorio como éste. ¡Joder, mamá, a veces pareces la Gestapo! —exclamo sacando todo el aire de mis pulmones y levantando una mano al cielo. No creo estar nunca preparada para este tipo de preguntas.

—Ay, hija, perdona. Sólo me preocupo por ti. —Mi madre suena algo más calmada y parece que

se ha dado cuenta de que a veces me presiona en exceso.

—Ya sé que te preocupas por mí, mamá, pero sin ninguna razón. Estoy bien. ¿Lo ves? Estoy bien —digo molesta por esta invasión de mi intimidad sin previo aviso. Y un profundo suspiro sale de mi garganta.

—¡Vale, vale! Pues, cuando tú quieras, me lo cuentas —responde mi madre con resignación.

—Sí, mamá, sí —digo por decir.

Realmente no creo que eso ocurra. La relación que tengo con ella es buena pero, a fin de cuentas, es mi madre. Y hay ciertas cosas que no se pueden contar a una madre.

—Bien. Aclarado esto, vamos a comer, que me muero de hambre —finaliza mi padre.

Durante el almuerzo, el ambiente se va relajando y hasta me sorprendo yo misma de lo a gusto que terminamos comiendo, después de todo. Cuando quiere, esta mujer es un amor. ¡Pero otras... acaba con mi paciencia!

A las cuatro y media abandono la casa de mis padres. Quiero dormir antes de salir esta noche. He quedado con las chicas. Meto la llave en la cerradura y, cuando voy a abrir la puerta, una duda asalta mi cabeza: ¿no he cerrado la puerta con llave? Pero, como no estoy muy segura, no le doy mucha importancia. Entro en casa y, al pasar por la puerta del estudio, veo que está abierta y la duda regresa. Camino despacio por la habitación y observo que faltan cosas. ¡Juan ha estado en casa! La respiración se me acelera. Subo corriendo la escalera y abro el armario; su ropa sigue allí. Me siento sobre la cama, me tranquilizo y vuelvo a recuperar el ritmo respiratorio. «Mientras su ropa siga aquí, hay esperanza —digo en voz alta—. Sé que le dije que se llevara sus cosas, pero en el fondo no quiero eso. Prefiero tenerlas aquí. De esta forma aún tengo un trocito de él», y diciendo esto acaricio una de sus camisetas que hay sobre la cama.

Pero después de un segundo me doy cuenta de que falta algo. En ese armario había más ropa. Inclino la cabeza hacia un lado y pienso en qué es

lo que se ha llevado. Dos pantalones vaqueros, las camisas que he usado esta semana y un traje negro, ropa de deporte y calzado. «Ha dejado bastantes prendas, no te agobies —digo en mi fuero interno—. Métete en la cama y duérmete, que esta noche vas a salir.»

Oigo el sonido del móvil que me indica que acabo de recibir un wasap. Lo abro y veo que es de Juan: «África, he pasado por tu casa a coger unos papeles que me hacían falta y de paso me he llevado algo de ropa. Sólo quería que lo supieras».

«¡Como para no notarlo!», pienso para mí. Decido contestarle: «Me acabo de dar cuenta. Pero gracias por decírmelo».

Me meto en la cama y dejo el móvil en la mesilla. Me sorprende cuando veo que vuelve a sonar.

Juan: «Pensaba encontrarte en casa. ¿Dónde estabas?».

«¡Qué más te da dónde estaba! No haberte ido y lo sabrías», le digo al móvil como si él fuese Juan. Y rápidamente mis dedos escriben una

respuesta.

África: «Había quedado para comer».

Juan: «¿Con quién?».

«Pero ¿qué coño pasa contigo, Juan?», digo en voz alta. Esto ya me está poniendo de los nervios. Un suspiro incómodo sale por mi boca. Me meto en la cama y decido no contestarle. Pongo en silencio el móvil. «Que sufra. No le va a pasar nada por darle un poco a la cabeza pensando en mí», me arengo con soberbia.

Cuando me despierto ya son las siete. He quedado en casa de Sara para cenar. Antes de salir a dar una vuelta, miro el móvil y me quedo boquiabierta porque tengo cuatro wasaps y una llamada perdida de Juan: «África, dime con quién has comido»; «Dijiste que tenías planes para este fin de semana. ¿Eran éstos tus planes?»; «Hablamos de darnos un tiempo, pero esto no está saliendo como yo esperaba»; «África, contéstame».

Me pone furiosa. ¡A este hombre qué le pasa!

¿Me quiere volver loca? Qué más le da con quién quedo o dejo de quedar. Él me abandonó, si no recuerdo mal. Fue él quien dijo que se asfixiaba a mi lado, que necesitaba tiempo. «Pues ahí tienes tu tiempo, Juanillo», y le saco la lengua al móvil.

Decido contestarle. Quiero dejarle las cosas bien claras: «Primero: estaba durmiendo, por eso no te he contestado. Segundo: fuiste tú el que hablaste de darnos un tiempo. A mí no me quedaba otra que aceptar con resignación tu decisión. Y por último: NO ES ASUNTO TUYO».

Lo envío y me voy al baño. Necesito llenar la bañera, sumergirme dentro de ella y ahogar toda mi rabia.

Cuando salgo estoy mucho más tranquila. Los baños siempre han tenido ese efecto en mí. Me enrolló una toalla a la cabeza y me seco. Voy a la habitación y comienzo a ponerme crema meticulosamente por todo el cuerpo. Saco del cajón un conjunto de ropa interior negro muy sugerente y me lo pongo. Hoy he decidido que voy a estar espectacular. Vuelvo al baño para secarme el pelo y maquillarme a la perfección. «Si me

viera Claudia, estaría orgullosa», digo en voz alta y me guiño un ojo frente al espejo.

Me dirijo al armario para ver qué me puedo poner. Después de estar varios minutos probándome una ropa tras otra, al final se me enciende la bombilla y lo tengo muy claro: un vestido negro de manga tres cuartos y con la espalda al aire que se ciñe a mi cuerpo de una forma muy llamativa. Y mientras lo saco de la percha, me sumerjo en un mar de recuerdos...

Juan llegó a casa con una caja roja muy bonita y una cara sonriente. Yo estaba sentada en el salón viendo la tele y, cuando me volví para verlo, se me iluminó la cara.

—¿Qué es eso? ¿Es para mí? —demandé risueña.

—Claro que es para ti, tonta. ¿Para qué otra mujer puede ser? Sólo conozco a una que me haya robado el corazón —sentenció con una voz llena de júbilo. Salté del sofá, no podía contener mi alegría. Fui directa a la caja para abrirla y ver lo

que había dentro—. ¡Ah, no! No tan rápido, señorita —me frenó Juan extendiendo la mano para que no diese un paso más.

Yo me crucé de brazos, como si estuviese enfadada. «¡Quieres jugar! ¡Pues juguemos!», recuerdo que pensé. Él se acercó, me dio un beso en los labios y me dijo al oído: «Hoy vamos a salir a cenar, y necesito que te pongas lo que hay dentro de la caja. Pero no quiero que la abras aún. Quiero que subas a la habitación para abrirla, te arregles para salir y bajes». Mientras me susurraba todo esto al oído, su mano se iba deslizando por mi espalda hasta descansar en mi trasero. Mi respiración era irregular y en mi interior el deseo se empezó a despertar. Le agarré fuerte la cabeza y le di un beso apasionado. Cogí la caja y subí la escalera contoneando las caderas. Sabía que él me estaba mirando y eso me excitó muchísimo. Abrí la caja y al ver lo que contenía di saltos de felicidad.

—¡Es el vestido que vimos en el escaparate de esa tienda! —grité desde arriba.

Y sé que él se rio. No lo vi, pero aún sigo

convencida de que le gustó verme tan contenta.

Me metí en el baño para ducharme lo más rápido que pude, no quería hacerle esperar. Me peiné y me maquillé un poco. Cogí unas medias hasta el muslo y un culote negro de encaje muy sexi. No podía llevar sujetador, este vestido tiene la espalda al aire.

Lo saqué de la caja y me lo puse. La prenda se adaptó a mis curvas como una segunda piel. Es muy ceñido y me quedaba mucho mejor de lo que esperaba. Realza mis pechos y eso que lo tengo que llevar sin sujetador. Giré sobre mí misma y pude observar por el espejo que también me levantaba el culo. No paraba de pasarme las manos sobre el vestido, acariciando mi silueta. Aún no puedo creer que me quedase tan bien. Por aquel entonces había engordado un par de kilos y eso me tenía martirizada.

Me planté unos taconazos y bajé muy despacio la escalera. Me sentía como una diosa griega. Ví cómo Juan levantó la vista y sus ojos me recorrieron de arriba abajo; tenía la boca abierta. Se pasó la lengua por el labio superior y en mi

interior creció la lujuria. «Tengo reserva en el restaurante, pero al verte así... hum... no sé si deberíamos quedarnos en casa...», me dijo. Se acercó a mí, me cogió las manos y las dejó sobre su culo. Me agarró la nuca y me besó por todo el cuello, emitiendo un sonido que reavivó el fuego que tenía dentro. Sus manos comenzaron a descender por mi espalda hasta llegar a mi trasero; lo agarró con fuerza y me susurró al oído, mientras atrapaba mi lóbulo con los dientes: «África, estás espectacular. Me dan ganas de perderme entre tus piernas. Pero tenemos mesa reservada», y tiró de mi mano para irnos.

El sonido del móvil me saca de mi ensoñación y doy un grito.

—África, soy Lola. ¿Estás lista? Paso a recogerte en quince minutos, salgo ahora del gimnasio.

—De acuerdo. Me pongo un vestido y bajo.

Me quito el sujetador que llevo y me visto deprisa. Cojo los zapatos negros con el tacón rojo

y me los pongo mientras doy pequeños saltos por la habitación, intentando ir más rápido.

Para cuando bajo, Lola ya está esperándome. Me subo al coche y nos vamos.

—Antes de ir a cenar quiero pasar a comprar un buen vino. Hoy quiero emborracharte —me anuncia.

—Yo también quiero emborracharme, así que te lo pondré fácil.

Las dos nos reímos como tontas y antes de darme cuenta estamos aparcando en una tienda especializada en vinos.

—¿Te gusta algún vino en especial, África?

—Ya sabes que yo no entiendo mucho de eso, pero con un rioja siempre aciertas.

—Bueno, vamos a ver lo que encontramos.

Salimos de la tienda con dos botellas de vino y nos vamos a casa de Sara. Cuando llegamos, nos la encontramos en la puerta.

—¿De dónde vienes? —le pregunta Lola.

—De comprar algo de beber. No tenía nada en casa.

Y según lo dice, levanto las dos botellas de

vino que acabamos de adquirir nosotras.

—Con éstas, ya son tres. —Una risita tonta sale de mi boca.

—¡Mira qué bien! Una para cada una — comenta Lola.

—Venga, vamos a entrar —propone Sara abriéndonos la puerta y dejándonos pasar primero.

Su casa es un poco más pequeña que la mía; entras directamente en el salón y éste se encuentra separado de la cocina por medio de un tabique de cristal que visualmente otorga la sensación de más amplitud al piso. A la derecha está el baño y, después, su habitación. El apartamento es pequeño, pero muy luminoso y acogedor.

—¡Qué bien huele, Sara! ¿Qué has hecho para cenar? —le pregunto mientras voy de camino a ver de dónde proviene ese olor tan rico.

—Nada del otro mundo: dorada a la sal y una ensalada que voy a preparar ahora.

—Ya la hago yo. Lola que vaya poniendo la mesa y tú ve a terminar de vestirte.

—Vale, África. Por cierto, no te había visto ese vestido. Estás impresionante.

Yo me encojo de hombros y empiezo a preparar la ensalada, sumergiéndome de nuevo en los recuerdos que me trae esta maravillosa prenda...

Juan me cogió de la mano y tiró de mí para irnos a cenar. No me habría importado nada quedarnos en casa y que él me hubiera quitado el vestido, pero dijo que había reservado mesa y, aunque yo le puse morritos, nos fuimos.

—¡Venga, África! No pongas esa cara, si te va a encantar a donde te llevo —afirmó con una cara llena de ilusión.

—Lo que me habría encantado es que me hubieses follado en casa —respondí incitándolo.

—¡África, no seas vulgar! —Se hizo el ofendido.

—¡Juan, no seas tonto! —Me acerqué a su oído y le susurré con una voz melosa—: Si en el fondo te encanta que diga guarradas, sé que te pones muy cachondo.

Y mi mano se deslizó por su entrepierna. Él

me la apartó, pero sé que le gustó porque bajo mis dedos noté que algo cobraba vida.

Llegamos al restaurante y, para mi sorpresa, era una marisquería. Entramos y nos sentamos a una mesa un poco separada.

—¿Te gusta?

—Mucho. De estas sorpresas me puedes dar todas las que quieras, Juan.

—¡Me encanta verte tan contenta!

—Tú me haces ponerme así, y eso me dice que igual quieres algo de mí a cambio. —Entorné los ojos de una forma provocativa.

—Eso ni lo dudes. —Su mano se posó en mis rodillas y fue ascendiendo por el muslo.

Yo le quité la mano evitando que llegase a la cumbre, y le dije con una sonrisa llena de propuestas indecentes:

—¿Estás intentando ponerme nerviosa?

—Tanto como me has puesto tú hace breves instantes.

Yo lo miré a los ojos, esos ojos gris azulado que me vuelven loca, y vi una mirada tan profunda que llegó al interior de mi ser haciéndome

removerme en mi asiento por el deseo.

—Entonces ¿reconoces que te gusta que te diga guarradas? —le pregunté moviendo las pestañas de una forma muy sugerente.

—Me encanta todo lo que tú haces, África —respondió con un suspiro.

Volvió a subir su mano por mis muslos, pero esta vez yo no se la quité, lo dejé hacer; permití que sus dedos se perdieran por debajo del vestido rozando el encaje de mis bragas y acariciándome donde más me gusta.

Llegó el camarero y Juan se sonrojó. Se puso tan nervioso que derramó una copa de vino blanco por toda la mesa. Yo no pude evitar reírme y él me miró con la cara muy seria pero terminó riéndose también. Pedimos una parrillada de marisco que estaba buenísima y nos contamos lo que habíamos hecho durante el día. Cuando terminamos, vi cómo Juan se levantaba y le indicaba al camarero que nos íbamos.

—¿Y el postre?

—El postre lo tomaremos en otro sitio. Es otra sorpresa.

Mi mente se perdió en lo que le iba a hacer al llegar a casa. Pensé eso mientras mis ojos se clavaban en el culo tan perfecto que tiene Juan.

—Debo ir al baño antes de irnos —dije con un objetivo en mente.

—Vale, creo que está arriba. Te esperaré fuera. Voy a pagar.

—Perfecto. Espérame en la puerta.

Salí del baño en menos de un minuto. Mi cara no podía ocultar la excitación pensando en tomar todo su cuerpo de postre. Estaba muy excitada y no pude contener una risa maliciosa en los labios.

—¿Qué pasa, de qué te ríes? —preguntó cuando me vio.

—Nada, no es nada —le dije pasándome las manos por el cuerpo de una manera muy sensual.

—No, ¡venga!, dime, ¿qué es lo que tramas? —Me cogió la mano y me la besó—. Sé que planeas algo, te conozco demasiado bien. —Ahora su voz era exquisitamente seductora.

—Bueno —respondí con voz juguetona y traviesa, mientras mi dedo índice se deslizaba por su pecho—. He pasado una noche estupenda llena

de sorpresas y me da pena que yo, a ti, no te he sorprendido en nada. Sabías en todo momento cuál iba a ser mi reacción y eso me deja en desventaja.

—Yo no lo veo así, Afri. Estoy seguro de que ahora mismo estás pensando en algo. No sé lo que es, pero me tienes intrigado, y seguro que me sorprenderás. En este juego siempre ganas tú.

—¿Siempre? —dije yo sabiendo que era verdad lo que decía.

Y sin responder nada más, cogí su mano y le puse mis bragas sobre ella. Él me observó con la mandíbula desencajada y una mirada incandescente que abrasó mis entrañas. Tragué saliva de una forma exagerada y, entre dientes, me susurró:

—Siempre. Y ahora vámonos a casa. Te quedas sin más sorpresas.

—¡¡África!! ¿Se puede saber en qué piensas? —dice Lola con exasperación, levantando una ceja.

—Eh... Perdona, Lola. ¿Qué decías? Estaba...

—Y me muerdo el labio para no revelar mis recuerdos.

—Que si ya has terminado con la ensalada.

—Sí, ya está. —Sin darme cuenta deslizo las manos por el contorno de mis muslos, como lo hizo Juan aquella noche tan fantástica.

—¡¡África!! —Me vuelvo a sobresaltar—. Anda, tómate una copa, a ver si te saca del trance. —Me tiende una copa mirando al cielo y resoplando.

—Déjala, Lola, que por su sonrisa yo creo que estaba pensando en algo pecaminoso. —Y una risita pícara sale de la boca de Sara.

—¿Ah, sí? Cuenta, cuenta... —pide aquélla haciéndome cosquillas en la cintura.

—No era nada, de verdad. —Doy un paso hacia atrás extendiendo los brazos, para evitar que Lola siga haciéndome cosquillas, mientras me río como una niña.

—¡Lola, vamos a torturarla para que confiese! —propone Sara dejando su copa sobre la mesa.

En menos de un segundo tengo a las dos

persiguiéndome. Al final Sara me alcanza y nos caemos al suelo. Empieza a hacerme cosquillas, yo me retuerzo sin control. Lola se une a Sara y a mí no me queda otra que suplicar clemencia y contarles durante la cena la historia de mi sexi y espectacular vestido.

CAPÍTULO 6

La noche transcurre alegre y relajadamente entre risas y conversaciones picantes de nuestras experiencias con los chicos a lo largo de nuestra vida.

—África, ¿te acuerdas de ese novio que se echó Sara? ¿Cómo demonios se llamaba...? ¿Julen? Sí, Julen —dice Lola pensativa.

Sara la mira un poco avergonzada.

—Era buenísimo con ella, todo dulzura y encanto —me recuerda, para luego dirigirse a Sara—. Parecía que se desvivía por ti. Lo que no sabíamos es que también lo hacía por todo el equipo de natación. —Nuestras risas suenan estrepitosamente. Nos hemos bebido ya dos botellas de vino y vamos a por la tercera.

—De lo que sí me acuerdo es de cuando lo pilló con esa otra chica. Te abalanzaste sobre ella y le tiraste de los pelos —digo yo entre risas.

—¡Es verdad! ¡No me acordaba! La tuvimos que separar; si no, hubiese acabado con ella. Nunca te había visto así, nena —le dice Lola dándole un golpecito suave con el puño cerrado en el hombro—. Ese chico te gustaba de verdad.

—Sí que me gustaba. Pero lo que no sabéis es que a los meses me lie con su hermano gemelo. ¡Para desquitarme, supongo! —Y se encoge de hombros con toda naturalidad. Las dos la miramos petrificadas.

—¿Y lo dejas caer así, como si nada? ¡Y luego soy yo la que no cuenta las cosas! —exclamo sorprendida.

—¡No fue nada! Sólo nos liamos un par de noches.

Lola ya no aguanta más la risa y su boca se convierte en una fuente de vino imposible de controlar. Las tres nos echamos a reír, separándonos de ella para que no nos manche.

Son las doce de la noche y estamos más que contentas a causa del vino. Recogemos los platos y

limpiamos la encharcada mesa que ha dejado Lola. Nos disponemos a salir para dar una vuelta.

—La dorada estaba deliciosa, Sara, y lo he pasado genial. Gracias.

—Pues ya sabes; cuando quieras, repetimos —dice con una mirada risueña.

—Sí, pero la próxima en mi casa, ¿vale?

—Como quieras, África.

Cogemos nuestros bolsos y salimos por la puerta en busca de un taxi. No podemos conducir, nuestros niveles de alcohol en sangre están muy por encima de la tasa permitida.

Nos subimos al primer taxi que encontramos y nos vamos hacia el bar de copas que dice Lola. Una vez allí me doy cuenta de que hay mucha gente que conozco, clientas y amigos, y por un segundo un escalofrío recorre mi espalda. Sólo espero no encontrarme aquí con Juan, aunque lo dudo, él no es de salir mucho.

Poco a poco me voy relajando; la música es buena y las bebidas corren sin pausa. Me lo estoy pasando genial: bailo con Sara, bailo con Lola y bailo con todo hijo de vecino.

Un chico guapísimo se acerca a mí y me pone las manos en la cintura. Tiene un cuerpo muy fibroso, el cabello rubio, ojos de color avellana y labios exquisitos. Posee una sonrisa que me resulta muy familiar, creo que por eso me gusta tanto. Esa sonrisa me recuerda a Juan.

Está sonando una canción muy pegadiza pero no consigo saber cuál es. Yo le sonrío y él se acerca más y más. No me importa, es guapísimo y no tengo que dar explicaciones a nadie.

Un *flash* me saca de mis pensamientos; es Lola haciéndonos una foto, veo cómo nos sonrío. El chico se acerca a ella, parece que la conoce, le da dos besos y se ríen. «Adiós a mi guapo pretendiente —pienso entre dientes—. Contra Lola no tengo nada que hacer.»

—¿Quién es ese chico que está con Lola? —pregunto a Sara por encima de la música y acercándome a su oído para que pueda oírme.

—No lo sé. —Se encoge de hombros y da un sorbo a su Malibú con piña—. Es muy guapo.

—¿Bromeas? ¡Está buenísimo! Con éste sí que me olvidaba yo de mi Juan —le digo mientras

noto cómo las palabras se deslizan entre mis labios antes de que me dé cuenta.

Me muerdo el labio inferior y observo desde la barra cómo bailan y se ríen. Parece que se conocen bien.

—Igual es del gimnasio —me comenta Sara, que ha notado que no les quito ojo. Y me pasa otro Malibú con piña.

—No sé... No tiene pinta de gimnasio, ¿no te parece?

Sara y yo nos volvemos rápidamente muertas de vergüenza.

—Menuda pillada —susurra Sara.

Mientras yo me comía con los ojos a ese dios del Olimpo, Lola nos ha señalado, le ha dicho algo al oído y se han reído. No puedo resistirme y vuelvo a mirarlos entre mis pestañas pero me quedo blanca como la cal por lo que observan mis ojos.

—¡Joder, Sara! ¡Vienen hacia aquí! —exclamo un poco nerviosa y doy un sorbo a mi copa para que me insuffle valor.

—¡Hola, chicas! Quiero presentaros. Éste es

Oliver, mi profesor de yoga.

—Hola —es lo único que mi voz se atreve a musitar. Menos mal que Sara me echa un capote.

—Hola, yo soy Sara y ella es África. —Se acerca, le da dos besos y me empuja para que yo haga lo mismo. Él se ríe.

Tiene una sonrisa preciosa. «¡Joder, África, dale dos besos y deja de babear! ¡Pareces lela!», me riño interiormente.

—Encantado —responde él con una voz sensual muy cerca de mi oreja.

¿Es cosa mía o está flirteando conmigo? Miro la copa ya vacía y la voz de mi conciencia me pone en mi sitio: «¡África, no flipes! Son los efectos del alcohol, estás borracha». No consigo apartar los ojos de él mientras Sara, Lola y Oliver entablan una conversación a la que yo no hago mucho caso. «¡Pero qué coño me pasa! ¡Por favor, África, deja de mirarlo así! Va a pensar que eres retrasada!» De vez en cuando él me mira, me sonrío y yo noto que toda la sangre se concentra en mi cara. «Este chico me pone muy nerviosa», me digo mientras estiro mi vestido una y otra vez. Al

final oigo que se tiene que ir, que está con unos amigos. Se acerca a mí, poniendo una mano en mi cintura, y me dice: «Espero que nos veamos pronto, África». Y yo me quedo pasmada, con una sonrisa en los labios pero sin articular palabra alguna.

—¡Qué coño te pasa, África! Te presento a un hombre que está buenísimo y tú no dices nada. Te has quedado callada todo el rato, parecías medio tonta.

—Déjala, Lola, yo creo que le gusta. Por eso no ha abierto la boca.

Lola se vuelve hacia mí, me mira de arriba abajo, se ríe y dice:

—¡Sí...! Eso es, nena. Un clavo saca otro clavo. —Y me da un golpe con sus caderas.

Tengo un debate interno, no sé qué me ha pasado. Tiene que haber sido el alcohol, yo no me suelo comportar así. Además, sigo queriendo a Juan. Sara me saca de mis pensamientos y tira de mí hacia la pista de baile.

—Vamos a bailar, África. —Yo intento coger a Lola para que venga con nosotras, pero ella está

con su móvil.

—Id vosotras, ahora mismo voy yo. ¿Pido otra ronda?

—Sí, la última.

Estoy borracha pero una más aguanto. Además, ya son las cuatro y media de la madrugada y en algún momento nos tendremos que ir a casa.

Son las cinco y ya no puedo más con los pies. Salgo del taxi descalza y me dirijo a mi casa. Sara y Lola sacan las manos por la ventanilla del coche y me gritan: «¡Adiós, África, esta noche vas a soñar con alguien nuevo!», y veo cómo se alejan sin parar de reírse. Yo sonrío, sé a qué se refieren, pero ahora que estoy en casa veo más difícil esa posibilidad. Echo demasiado de menos a Juan.

Saco mis llaves del bolso y a duras penas abro la puerta del portal. Me apoyo en la pared esperando el ascensor. No puedo con mi alma, no recordaba que fuese tan agotador esto de salir por la noche. Abandono el ascensor y entro en casa,

sintiéndola más grande desde que Juan no está. Pero, cuando enciendo la luz, el corazón se me sale por la boca.

—¡¡Joder, Juan!! ¡Qué susto me has dado! ¡Casi me da algo! —El no dice nada, sólo me mira, y observo cómo aprieta los dientes—. ¿Qué haces aquí? ¡Y a oscuras! ¿Pretendías matarme de un infarto? —Sigue callado, pero veo cómo se acerca hacia mí. Hay algo en su mirada que no consigo descifrar. Nunca lo había visto así.

—¿Quién era ese tipo con el que estabas esta noche? —Su voz es seria y tiene los puños apretados.

Yo me quedo de piedra. Si ahora mismo me pinchan, no saldría ni una gota de sangre de mis venas. Creo que se me ha congelado. ¿Cómo demonios se ha podido enterar? ¿Acaso me está espionando? Veo que saca el móvil y me lo da, contestando de esa manera a la pregunta que no he formulado. No puedo creer lo que ven mis ojos. Mi sangre ha pasado de ser fría como témpanos de hielo a convertirse en lava abrasadora que arrasa todo lo que pilla por el camino. Lola le ha

mandado la foto que nos hizo en la pista de baile y, no contenta con eso, le ha puesto: «Lo que unos no quieren, otros lo desean». La furia que tengo dentro se apodera de mí.

—¡¡¡Maldita perra sarnosa!!! —espeto en voz alta, sin importarme que Juan se encuentre a mi lado. Estoy demasiado enfadada con ella.

—Y entonces... —me dice Juan mientras se coloca detrás de mí y desliza su dedo índice por mi espalda desnuda. Yo me estremezco al notar su caricia sobre mi piel. ¡Cómo echaba de menos esa sensación! No digo nada. Mi furia se va desvaneciendo y deja paso a unos sentimientos mucho más cálidos y placenteros—. ¡Qué buenos recuerdos me trae este vestido! Te queda espectacular, Afri.

Mi nombre acaricia su lengua y sus manos van deslizándose por el contorno de mis muslos. Yo me quedo quieta, muy quieta. No quiero que esto acabe. Juan me da un suave beso en el hombro. Me coge de la cintura y me vuelve para enfrentarme. Nuestras miradas se encuentran y los dos sabemos leer lo que dicen. Expresan deseo,

lujuria, amor y desenfreno. Me besa fuerte en los labios y nuestras lenguas se unen en un beso pasional. Se separa de mí, me mira y, sin decir nada, coge el vestido por los hombros y lo baja con decisión, hasta que éste acaba en mis tobillos. Yo salgo del vestido y Juan lo retira a un lado. Pone las manos en mis piernas y las separa. Ascende suavemente por la parte interna de mis muslos, sin dejar de mirarme a los ojos. Yo me dejo hacer. ¡Ansiaba tanto esto...! Se pone de pie, se quita la camiseta y gira a mi alrededor, pasándome una mano sobre el culo hasta encontrarse otra vez frente a mí. Me tira la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos, y me susurra:

—La última vez no llevabas esto puesto. —Y tira de la goma de mis bragas con una sonrisa maliciosa.

—¿Preferirías que hoy tampoco las llevase?
—lo reto levantando una ceja.

Un fugaz relámpago oscuro y siniestro pasa por sus ojos, pero en un segundo vuelve a tener ganas de jugar.

—En estos momentos, sí —afirma dulcemente.

Me quito las bragas y con ojos traviosos se las pongo en una mano, igual que entonces. Él la cierra y tira de mí, dejándome sin respiración y pegando mi cuerpo contra el suyo. Sólo lleva unos vaqueros. Me pongo de rodillas y empiezo a desabrochar uno a uno los botones. Tiro de los pantalones con fuerza y lo dejo completamente desnudo. Me agarra de la mano y me levanta.

—Vamos a la cama. —No me suelta la mano. Y yo lo sigo dócilmente.

Cuando estamos arriba, me empuja sobre el colchón y abre mis piernas. Una mano se sumerge en lo más alto de mis muslos, provocándome una explosión de placer. Toda mi espalda se arquea, respondiendo a la satisfacción que provocan sus hábiles dedos sobre mi cuerpo. La otra mano tira de mi pelo, obligándome a levantar la boca, y entonces me besa con fuerza, con lujuria. Yo gimo, todos mis músculos se contraen. ¡Oh, cuánto añoraba sus manos en mi piel! Acaricia mis pechos y yo quiero más. Lo vuelvo y me pongo

encima. Él me agarra las caderas y nuestros dos cuerpos se funden en uno solo, ahogando todas mis penas de los días pasados en un éxtasis de placer absoluto. Caigo sobre su pecho y él pone un dedo sobre mi barbilla para mirarme a los ojos.

—Te he echado de menos, Afri.

—Yo también —consigo decirle en un susurro.

Nos abrazamos y él tira de la colcha para taparnos. Al cabo de unos minutos de silencio, mi cabeza comienza a funcionar. «Todo esto ha sido por el wasap de Lola. No sé si reñirla o darle las gracias», pienso para mí. Y una risita se me escapa. Juan levanta la cabeza y me mira con curiosidad.

—¿Qué pasa, de qué te ríes? —Su voz suena relajada y tranquila.

—De nada. De que todo esto se debe a que te has puesto celoso —respondo—. Se supone que ése era el motivo de nuestra separación. —Se cubre la cara con un brazo y no dice nada—. Me alegro. Así me entenderás mejor. —Sigue sin decir nada y eso me confirma que algo va mal. Me

enrollo la sábana al cuerpo y me siento sobre mis talones. Le aparto el brazo de la cara para poder mirarlo a los ojos directamente—. No vas a volver, ¿verdad? —Mi voz se quiebra, pero consigo mantener la compostura.

Se sienta al borde de la cama, dándome la espalda, y después de una larga espera le oigo decir antes de levantarse:

—Es complicado, África. —Su voz suena amargamente dolorosa. Se da la vuelta para mirarme a los ojos, se acerca y me da un beso en la frente. Yo me aparto. No quiero hacerlo. Deseo su contacto más que nada en el mundo, pero mi cuerpo se protege. Él se pasa la mano por el pelo y cierra los ojos—. A ver, África, necesito tiempo. Ya te lo dije —responde con ansiedad, poniéndose de pie.

—Sí, es cierto, me lo dijiste. Pero no he sido yo la que ha ido a buscarte —le reprocho.

Vuelve a cerrar los ojos y se aprieta los lacrimales con los dedos índice y pulgar. Suelta todo el aire que contenían sus pulmones y termina diciendo:

—Tienes razón. He metido la pata. Lo siento.

Se vuelve a sentar en la cama e intenta acariciarme. Pero en el último momento duda y sólo posa la mano muy cerca de la mía, solicitando permiso para tocarme. Yo ahora no puedo, estoy muy dolida. No sé lo que quiere de mí y esto es cruel. Me hace pensar que quiere volver conmigo. ¿Y para qué? Para nada. Así que yo no me muevo.

—¿Qué quieres de mí, Juan? —consigo decir con un hilo de voz y bajando la mirada a mis rodillas.

—No lo sé, África —responde en un suspiro, y sus ojos me dejan ver que tiene más dudas sobre nuestra relación de las que él me cuenta.

—Está bien. Quieres tiempo. Pues lo tendrás. Pero, para ello, yo necesito espacio. —Y rozo la punta de sus dedos con la yema de los míos.

Sólo nos tocamos unos centímetros de piel, pero ese leve contacto dice mucho.

—Puedes quedarte a dormir si quieres.

—Gracias, África.

Y no sé si es por dejarle que se quede a dormir o porque le concedo ese tiempo que para él

es tan importante.

Nos tapamos con la colcha y nos dormimos.

Es de día, la luz entra por las ranuras de la persiana y me impide seguir durmiendo. Miro el reloj y veo que son las once de la mañana. Me siento en la cama y contemplo al hombre al que amo pero cuyo amor no me corresponde. Observo la expresión de su cara, sus labios y sus largas pestañas. Veo su pecho desnudo y sé que ahora, para abrazarme a él, tengo que pedir permiso. Este hombre que tengo a mi lado ya no me pertenece.

—Buenos días —dice con una sonrisa radiante, sacándome de mis conjeturas matinales.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido? —Y mi voz suena cantarina; en el fondo estoy contenta. Ahora sé a qué atenerme.

—Demasiado bien. Hacía una semana que no dormía tanto. —Está contento, se lo ve relajado y feliz.

—Igual es la compañía.

—África, yo... —Le pongo mi dedo índice

sobre los labios. Sólo necesito saber una cosa.

—Juan, ¿tú me quieres? —le planteo mirándolo a los ojos.

—Sí, creo que sí... —Baja la mirada y su voz es un susurro—. Pero... —Vuelvo a poner el dedo sobre sus labios. Me da igual lo que diga. No quiero estropear este momento y por ahora eso me sirve.

—Juan, no necesito saber más. Vamos a desayunar.

Sólo espero que, durante el tiempo que me ha pedido Juan y el espacio que yo necesito, no nos olvidemos el uno del otro.

Juan se mete en la ducha y yo bajo a preparar el desayuno, café con tostadas. Él se asoma a la barandilla con la toalla enrollada a la cintura. Es una buena vista la que se ve desde aquí abajo.

—Oye, África, ¿quieres que hagamos algo por la mañana?

«¿Cómo me puede decir eso ahora? ¡Me confunde muchísimo! Necesita tiempo, pero es él

quien me busca. Cree que me quiere, pero es complicado. Este hombre es un mar de dudas. ¡Por Dios, Juan, decídate de una vez! Y lo malo es que me quiere arrastrar con él. No. Yo debo mantenerme firme en mi decisión, necesito espacio. Debo crear cierta distancia entre los dos si no quiero acabar con el corazón hecho añicos. Ahora que empiezo a ver cuál es el verdadero problema, que mis sentimientos se antepongan a la lógica es algo que no debo permitir. Tengo que protegerme; si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer por mí? Está visto que Juan no. Él tiene un caos emocional peor que el mío.»

Juan está detrás de mí. Me pone la mano en la cadera y me da un beso en el pelo. Yo no puedo evitar estar tensa. ¿Por qué hace esto?

—Lo siento —me dice al notar mi reacción, y quita la mano de mi cadera. Yo me vuelvo para poder mirarlo a los ojos, y en ellos veo a un Juan confuso y desorientado.

—No pasa nada —respondo dulcemente—, sólo que no me puedes hacer esto. Yo tengo muy claro lo que siento por ti. Tú eres el que tiene

dudas, el que necesita tiempo. Y lo respeto. Entiendo que tengas que aclarar tus sentimientos, pero no puedes pretender que yo esté siempre receptiva sabiendo lo que sé. Yo necesito que te mantengas a cierta distancia.

Sigue con la mirada perdida. Se está poniendo nervioso; se presiona los lacrimales con los dedos índice y pulgar y da un gran suspiro.

—Tienes razón, lo intentaré —me dice pasándose la mano por el pelo.

—No quiero que lo intentes, quiero que lo hagas —contesto con firmeza y segura de mí misma.

Nos sentamos a la pequeña mesa de la cocina y poco a poco el ambiente se va relajando. Me cuenta lo incómodo que le resulta vivir con su hermano, que tiene pensado alquilar un apartamento cerca de su trabajo y que está defendiendo una custodia tutelar. Yo lo escucho, absorbiendo toda la información posible. Sé que voy a tardar mucho tiempo en volver a estar así con él. Se termina el café y se inclina para darme un beso, pero se detiene. Observo que ha tenido

que hacer un verdadero esfuerzo, y se pasa la mano por el pelo sin decir nada.

—Gracias —le digo.

—¿Por? —pregunta dibujando una sonrisa de sorpresa en su boca.

—Por no besarme. Y por esta noche tan fabulosa.

—De nada. Yo también lo he pasado bien. — Se encoge de hombros, se da media vuelta y dice en un tono de voz apenas audible—: Adiós, África.

—Adiós, Juan.

Veo cómo se dirige a la puerta y se marcha. Me quedo sentada un rato, sorprendiéndome de lo bien que estoy. Mi rabia hacia él ha desaparecido y da paso a una gran calma que me invade interiormente. El dolor se va mitigando y me siento más segura. Ya no tengo dudas. Tampoco espero y desespero por que vuelva a mis brazos. ¿Lo sigo queriendo? Sí, mucho. Demasiado, diría yo. Pero no puedo obligarlo a que él sienta lo mismo por mí. Juan dice que me quiere... pero ¿de la forma que yo quiero que me quiera? Ésa es la gran

pregunta. Y sólo sabré su respuesta con el paso del tiempo.

CAPÍTULO 7

Recojo la cocina y me dirijo al baño para ducharme, pero antes voy a llamar a mis padres. Hoy me siento con ganas de tener una gran charla.

—Dígame —responde mi padre al otro lado del teléfono.

—Papá, soy yo; ¿tenéis algún plan para comer?

—No, que yo sepa.

—Dile a mamá que como con vosotros.

—Muy bien, hija, ahora se lo comento.

—Me ducho y voy. ¿Vale?

—Hecho, ahora nos vemos.

Subo al baño, abro la ducha y, cuando está caliente, entro. Es como si al deslizarse el agua por mi piel se llevase con ella todo lo malo de estos días atrás. Es un sentimiento muy reconfortante. Ahora que empiezo a vislumbrar cuáles son las dudas que tiene Juan, toda mi mente

se calma. Mis nervios se relajan y la incertidumbre se evapora. Me siento más capaz de afrontar la vida sin él. O al menos eso me digo a mí misma.

Cuando salgo, estoy contenta pese a todo. Me unto crema en el cuerpo y me pongo una camiseta y unos vaqueros. Voy caminando a casa de mis padres. Hace un día precioso. La gente recorre las calles, disfrutando alegremente de todas las tonalidades que posee la primavera. Entro en una pastelería cercana y compro unos dulces para después de comer.

Encuentro a mi madre en el jardín plantando algo que no logro identificar. Ella me ve y me saluda con la mano llena de tierra. Una sonrisa se dibuja en su cara, y hace que se ilumine. Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Hola, mamá. ¿Qué estás plantando?

—Un poco de hierbabuena. ¿Me ayudas?

—No, mejor termina tú y yo voy preparando la comida. ¿Te parece?

—Como quieras, hija.

—¿Dónde está papá?

—Dentro. Leyendo el periódico, creo.

—Vale. Voy a saludarlo.

Mi padre está en la mesa de la cocina.

Levanta la vista del periódico y me sonrío.

—¿Qué tal estás, cariño? —dice contento de verme.

—Bien, papá. ¿Te apetece que haga una paella?

—Me encantaría.

Pico la cebolla, el pimiento verde y un poco de ajo. Lo sofrío junto con un puñado de guisantes y la carne. Añado el arroz y el agua. Como aún tardará unos veinte minutos en hacerse, saco dos copas de Martini rojo, un poco de embutido para picar y me siento junto a mi padre. Él me mira pensativo sin decir nada. Mi madre entra en ese momento.

—Yo también quiero un Martini. Voy a lavarme las manos. —Me levanto, se lo preparo y me vuelvo a sentar.

Mi padre no deja de mirarme fijamente. Cierra el periódico y con su dedo índice me da varios golpecitos en la cabeza.

—¿Qué te ronda por aquí dentro, África? —

Yo me encojo de hombros. Y en ese instante aparece de nuevo mi madre.

—¿De qué habláis? —Bebe un poco de su copa y coge una lasca de jamón serrano.

—África nos quiere contar algo, Marta.

Yo suspiro profundamente y me lanzo a hablar de forma atropellada.

—Juan y yo nos estamos dando un tiempo. —

La mirada de mis padres se encuentra y sólo ellos saben lo que se están diciendo sin decir nada.

—¿Cómo que os estáis dando un tiempo? ¿Y eso qué significa, que lo habéis dejado?

«¡Aúpa, África, tú puedes hacerlo!» Me voy dando ánimos para aguantar la avalancha de preguntas que van a venir a continuación.

—Más o menos. Juan necesita aclarar sus sentimientos.

—¡No entiendo qué tiene que aclarar! O se quiere o no se quiere a una persona. A mí me parece que es muy sencillo. —Mi madre comienza a ponerse nerviosa; le está cambiando la cara de un rosa aterciopelado a un rojo escarlata.

—¿Y tú qué tal estás, hija? —me pregunta mi padre con cariño.

—Estoy bien, papá —respondo tranquilamente. Hace unos días me habría echado a llorar, pero ahora me resulta más fácil asumir nuestra separación.

—¿Tú lo quieres? —pregunta mi madre. Y sus palabras me acarician el alma.

—Sí, mamá. Claro que lo sigo queriendo.

—Pero ¿qué ha pasado, habéis vuelto a discutir? ¿O hay alguien más?

—No lo sé, mamá, no lo creo.

Según digo esto, recuerdo la cara de la bruja con escoba y una daga atraviesa mi corazón, mientras mi mente disfruta viendo cómo Andrea es consumida por el fuego de una hoguera. «Tal vez... —empiezo a divagar—. No, África, no, te tortures. Ha dicho que cree seguir queriéndote, por lo tanto no puede haber nadie más.» Espero sinceramente que eso sea verdad.

—El arroz ya estará. ¿Comemos? —Deseo cambiar de tema antes de que esto sea insoportable.

—Venga, sí, vamos a comer —asiente mi padre.

—¡Pues como me encuentre yo a ése... le voy a decir cuatro cosas bien dichas! —contesta mi madre disgustada y amenazante.

—Tú no le vas a decir nada, Marta, esto lo tienen que solucionar ellos dos. Nosotros nos mantendremos al margen. —La voz de mi padre suena contundente.

—¿No pretenderás que, cuando lo vea, sea todo un encanto con él? —Y pone las manos sobre sus caderas, en forma de jarra.

—Dentro de lo posible, sí. Eso es lo que pretendo.

Veo cómo mi madre se cruza de brazos sin decir nada, pero sé que no se queda conforme.

—Mamá, por favor... —le digo cogiendo su mano—... no te metas. Ya es bastante difícil entenderse dos como para que haya más de uno dando su opinión.

—Como quieras, hija. Pero... —Veo cómo mi padre la mira seriamente y ella al final no dice nada.

La paella me ha salido muy buena y, mientras tomamos el café, yo les cuento lo bien que me lo pasé el día anterior con las chicas.

—No tendrías que haber comprado pasteles.

—Los he visto y me han apetecido —digo metiéndome uno en la boca.

—¿Mañana vienes a almorzar?

—No, mamá, mañana trabajo.

—Ya lo sé, pero, ahora que Juan no está, igual no te apetece comer sola.

—No como sola, como con Claudia en el trabajo, ya deberías saberlo.

—Bueno, pues a cenar.

—Ya veremos, mamá, pero no cuentes con ello.

—África, yo sólo quiero que no te metas en tu caparazón y te refugies en tu propia angustia. Quiero que salgas, que te diviertas. Que conozcas gente nueva. Que hagas *puenting* si eso es lo que te hace ilusión. Quiero que seas feliz —expone acariciándome la cara con la mano.

—Lo sé, mamá. —Cojo la mano que tiene en mi cara con suavidad y le doy un abrazo.

Pasan las horas sin darnos cuenta. Hacía mucho que no trataba de tantos temas con mi madre; es gratificante poder hablar de todo y de nada en particular. A media tarde me despido y me voy a mi casa.

Al entrar por la puerta veo una foto que tengo en el mueble del salón en la que estamos las tres de vacaciones en la playa. Lola, Sara y yo. Y recuerdo que aún tengo una conversación pendiente con Lola, por lo de la foto de anoche. Decido llamarla. Una voz pastosa y resacosa me responde al otro lado de la línea.

—Hola, África, pensaba llamarte pero llevo todo el día tirada en el sofá.

—No pasa nada. Yo también lo habría hecho si no fuese porque ayer tuve una visita inesperada. —Oigo ruidos, algo se le ha caído. Me imagino a Lola poniéndose de pie de un salto y me entra la risa.

—¡¡Joder, África!! ¡No me digas que Juan fue a tu casa!

—Sí.

—No me cuentes nada. En diez minutos estoy allí.

Me voy a la cocina a preparar café y antes de que me dé cuenta Lola llama al timbre.

—Ya me estás contando todo con pelos y señales. —Entra como un rayo y me coge de la mano para arrastrarme hasta el sofá.

—Nosotras te dejamos aquí sobre las cinco más o menos —dice atropelladamente—. ¿Y?

—Abrí la puerta y ahí estaba, Lola. Guapísimo, con unos vaqueros que me encantan y una camiseta negra. A mí casi me da un soponcio cuando lo vi.

—¿Estaba enfadado?

—¿Lo preguntas por algo concretamente? —le suelto con retintín.

—Bueno, yo... Digamos que le di un empujoncito. Juan me pone de los nervios con tanta indecisión. —Levanta las manos por encima de su cabeza y suspira profundamente.

—Ya. Ya sé a qué empujoncito te refieres. Y de primeras, si llegas a estar aquí, te saco esos maravillosos ojos de tus cuencas y los echo a la cazuela.

—O sea, que tuvo el efecto deseado —dice con una sonrisa traviesa que se dibuja en sus labios.

—Bueno, cuando llegué estaba todo a oscuras, incluso su mirada. Luego encendí la luz y lo vi. Me asusté. No lo esperaba, y menos a esas horas. Creo que tuvo que contener la risa al ver el salto que di.

—¿Estaba celoso?

—Sí, mucho. Vi cómo tenía la mandíbula y los puños apretados. Sus ojos ardían por la ira que llevaba dentro.

—Bien. ¿Y?

—Al verme con el vestido, su humor cambió de la noche al día.

—¿Al verte con el vestido o al ver que entrabas sola?

—No lo había pensado, pero igual tienes razón. Joder, no me quiero ni imaginar lo que

podría haber pasado si llego a venir con alguien.

—Exactamente con Oliver, que fue el chico que vio en la foto. Me hubiera gustado contemplar su cara por un agujerito cuando abrió mi wasap —manifiesta con una sonrisa maquiavélica.

—¡¡¡Lola!!! —exclamo dándole un empujón.

—¡¡Qué!! Es verdad, África. Juan es un poco duro de entendederas. Y a veces hay que ponerle las cosas blancas no, *crystalinas* —dice recalcando la última palabra—. Bueno, ¿y entonces qué?

—Se acercó a mí, me dijo que tenía muy buenos recuerdos de ese vestido y nos acostamos.

—¿Y ahora dónde está? —Conforme lo dice, algo en su expresión cambia; tal vez sea por mi reacción. He bajado la mirada y ya no es tan luminosa como hace breves instantes—. ¡No me digas que se ha largado! —Se pone de pie y empieza a caminar nerviosamente de un lado a otro. Yo la miro sin decir nada. Al final se sienta y me pregunta—: ¿Qué te dijo? Algo te tuvo que decir... No puede pretender venir a tu casa, echar un polvo de muerte con una tía fabulosa y largarse

sin más.

—Me dijo que necesitaba aclarar sus sentimientos, que no estaba seguro de seguir queriéndome, que cree que sí pero que necesita tiempo para averiguarlo.

—Ya te digo yo que sí te quiere, de eso no tengo duda. Pero también te digo que es un capullo integral. Lo que aún no sé es a qué está jugando. —Entrecierra los ojos y su mente empieza a dar vueltas a algunas de sus ideas malévolas.

—¿Por qué dices que me quiere? ¿Cómo lo puedes saber? Si ni él mismo lo tiene claro...

—África, esto es bien simple: le mandé la foto a las cuatro de la mañana y a las cinco estaba en tu casa. ¿Me puedes decir qué hombre se levanta a esas horas de la cama y viene a buscarte? Sólo a uno a quien le importes. Si no, por qué se va a tomar tantas molestias... ¿A qué hora se fue? —pregunta como si eso fuera importante.

—Por la mañana, después de desayunar —la informo sin poder seguir el orden de sus pensamientos.

—¿Fue entonces cuando te dijo que no se

quedaba en casa?

—No. Me lo dijo por la noche. ¿Qué tiene que ver eso ahora? No lo entiendo, Lola.

—¡Ay, África, cuánto te queda por aprender de lo simples que son los hombres! Nosotras nos paramos a pensar y a darle vueltas al tarro de todo lo que hacemos y la repercusión que tendrán nuestros actos. Ellos no. Ellos hacen lo que quieren, sin pensar en nada ni en nadie. Lo hacen porque es lo que quieren hacer. ¿Por lo tanto...? —Deja la respuesta en el aire para que yo se la dé, pero no consigo ver adónde quiere llegar—. ¡África! —me chilla con impaciencia sacándome de mis conjeturas—. Si no te quisiera, no se habría quedado a dormir contigo. ¡Ay, hija, a veces eres un poco cortita de aquí! —Y con el puño cerrado me golpea suavemente la cabeza.

—Yo no lo veo tan claro, Lola. Igual se quedó a dormir por pereza o por pena.

—Por pereza, no, y por pena... no lo sé.

—¿Por qué no?

—Puede que a las seis le diese pereza irse a casa de su hermano después de acostaros, pero

más pereza le daría luego aguantarte por la mañana. —Y noto que se me desencaja la mandíbula.

—¿De qué vas? —le suelto dándole una colleja.

—Es la verdad. —Y se encoge de hombros—. Créeme, he visto a muchos hombres salir de mi casa a altas horas de la madrugada, hombres que luego no he vuelto a ver. En cambio, los que sí querían algo más siempre se han quedado a dormir. La mañana te ofrece otras posibilidades. Los otros sólo quieren sexo. Así de sencillo.

—Vale, lo entiendo. Es una buena teoría. Pero Juan ya conocía mi casa, nuestra casa durante algún tiempo. Y las posibilidades también. Por lo tanto... fue por pena.

—No lo creo, pero todo puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque se podría haber ahorrado todo sólo con apagar el móvil y seguir durmiendo. ¡Pero vino, África! ¿No lo ves? Ya te lo he dicho. ¿Quién en su sano juicio sale de la cama a esas horas si no es por amor?

—No sé, Lola. Igual no estaba en la cama.

—África, parece que no lo quieras ver.

Primero: si estaba por ahí, debería haberse arreglado, y tú me has dicho que iba con unos vaqueros y una camiseta. Juan no suele ir con camisetas cuando sale, más bien es de camisas. Y segundo, y no por eso menos importante: si hubiese estado en la cama de otra, ¿tú crees que hubiera venido? —Niego con la cabeza sin decir nada—. Eso pensaba yo. Por lo tanto, estaba en la cama ¡¡solo!! Y eso, señorita, es bueno. Muy bueno —dice señalándome con el dedo índice y una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Igual tienes razón, Lola, no lo sé. Pero, aunque la tuvieras, eso no cambia nada. Aunque tú creas que me sigue queriendo, él piensa que no, o al menos tiene dudas sobre lo que siente con respecto a mí.

—Por eso hay que darle otro empujoncito. — Una sonrisa perversa cambia toda su cara. Y sé perfectamente en qué está pensando.

—No sé, Lola. No sé si es buena idea...

—Hazme caso, África. Con los hombres es lo

que mejor funciona. Ellos se creen con derecho, se piensan que les pertenecemos. Son como animales marcando su territorio. Y en cuanto ven que su territorio lo puede marcar otro... Sólo tienes que ver un par de documentales de animales para entenderlo.

Yo me río, qué otra cosa puedo hacer. Lola no tiene freno y, cuando se empeña en algo, menos.

—La semana que viene vendrás conmigo al gimnasio, que allí se liga mucho y además está Oliver. Si no recuerdo mal, creo que te gustó — menciona con una mirada traviesa.

A mí se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Tanto se me notó?

—En un principio, dudé. Siempre es Juan, Juan y más Juan. Pero cuando lo dijo Sara, lo vi claro. ¡Si hasta babeaste, cariño!

—¡¡No!! —Niego con la cabeza, sorprendida—. El chico es guapo. —Me mira con reproche en sus ojos—. Bueno... muy guapo, pero ya sabes que yo quiero a Juan.

—No estamos hablando de amor, África. Hablamos de darle una alegría al cuerpo. Y, sobre

todo, de ponerle las pilas a Juan.

Nos reímos a carcajadas. Lola es tremenda y su plan tampoco me termina de desagradar.

—Pero, si lo hago, que no te estoy diciendo que lo haga, ¿cómo le voy a hacer eso a Juan o a Oliver?

—Por Oliver no te preocupes, creo que es de los que no se quedan a dormir. —Nos reímos otra vez—. Y Juan se lo tiene merecido. ¡Por capullo!

Nos recostamos en el sofá mirando el techo, disfrutando de nuestro maquiavélico plan. Y sin moverme, le digo:

—Había hecho café, pero por las horas que son mejor pedimos unos bocatas y cenamos. ¿Te apetece?

—Sí. ¿Llamamos a Sara por si quiere venir? —Y antes de que le conteste, ya está cogiendo su móvil.

Al final, Sara se une a nosotras y le contamos lo último de Juan. Cuando ya hemos acabado de cenar, ponemos una peli y nos deleitamos viendo a Robert Pattinson y a Taylor Lautner en la saga *Crepúsculo*.

CAPÍTULO 8

Suena el despertador y me levanto después de un sueño muy reparador. Pongo la radio y oigo una canción muy pegadiza que empiezo a bailar mientras me meto en la ducha. Esta mañana me he levantado muy animada. Supongo que el despejar todas mis obsesiones, mis dudas y mis temores ayuda a quitarme cargos de conciencia.

Salgo de la ducha, me pongo rápidamente la crema, me enfundo en unos vaqueros negros y una camisa blanca con botones negros. Como de costumbre, voy con la hora justa, así que desayunaré allí.

Cuando llego, encuentro a Claudia frente al ordenador. Levanta la vista y me saluda.

—Hola, Claudia. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, ¿y tú? —dice intentando interpretar de que ánimo estoy a través de mi rostro.

—Yo muy bien, gracias.

—Se te nota. Tienes mejor cara que la semana pasada.

—La verdad es que ha sido un fin de semana estupendo. Mucho mejor de lo que me hubiese podido imaginar.

—Me alegro de volver a verte así, África.

—Yo también me siento mejor. Al menos no me cuesta seguir adelante.

—¿Comemos juntas?

—Tenía pensado quedar con Arturo. Pero vale, quedaré con él por la tarde.

La mañana transcurre normal, sin sobresaltos ni bajones de ánimo por mi parte, y eso me gusta. «Poco a poco parece que las aguas van volviendo a su cauce», digo hablando sola.

Antes de comer llamo a Arturo y quedo con él después de trabajar. Justo cuando cuelgo, Claudia entra en el almacén con una sonrisa deslumbrante y dando saltitos de alegría.

—África, corre, hay un chico en la puerta con un ramo de flores y pregunta por ti.

—¿Por mí? —Me quedo sin aire en los pulmones y voy hacia la puerta con cautela.

—¿África Fernández? —pregunta el chico, que lleva un ramo lleno de margaritas blancas, y al verlo sé quién me lo ha mandado. Sólo puede haber un hombre en todo el planeta que sepa que es mi flor preferida.

—Sí, soy yo —respondo perpleja.

—Firme aquí, por favor. —Firmo y el chico me entrega el ramo, un sobre y se va.

Cojo el ramo, lo dejo encima de la mesa y lentamente abro el sobre.

Gracias por ser tan comprensiva conmigo, África.

A veces ni yo mismo me entiendo, pero tú parece leer mi alma mejor que nadie.

Sé que te dije que te dejaría espacio y lo voy a hacer. Sólo quería agradecerte lo bien que lo pasé el sábado. Como siempre, sabes cómo volverme loco.

Un beso.

Juan

¿Cómo puede decirme estas cosas y pretender que yo me quede tan tranquila? No lo comprendo, pensaba que empezaba a entenderlo, que habíamos llegado a un acuerdo. Él tenía su tiempo y yo, mi espacio, pero parece que no va a dejar de invadirlo. En el fondo me encanta, pero me vuelvo a poner nerviosa. Adiós a mi lunes sin sobresaltos.

Me vuelvo y veo a Claudia a mi lado suplicando con la mirada que le cuente.

—Pareces un cachorro pidiendo comida —le digo riéndome y ella levanta sus manos juntas sobre su pecho y saca la lengua, imitando a un perrito.

—Son de Juan.

—¡Oh, África! Cuánto me alegro de que todo se haya arreglado y volváis a estar juntos.

—No estamos juntos, Claudia. —Niego con la cabeza.

—Lo siento, África. Yo creía... Esta mañana estabas tan contenta y luego esto. Pensé... —se disculpa señalando las flores.

—No pasa nada. Yo también estoy confusa.

—Cojo el ramo y me dirijo al almacén—. Vamos a comer.

—Sí, claro —acepta Claudia perpleja.

Ella ha traído unos macarrones con queso que están exquisitos. Yo le cuento que cenamos en casa de Sara y luego salimos. Ella se quedó en casa con su novio. No para de mirar las flores, así que me levanto y le leo la tarjeta, omitiendo lo del sábado; no me apetece entrar en muchos detalles. Una sonrisa complacida ilumina su cara.

—¿No vas a llamarlo?

—No.

—Deberías. Yo, al menos, lo haría.

—¿Por qué? —planteo atónita.

—No lo sé, pero lo haría. Además, me gusta Juan. Es un buen tío. —Y dicho esto, se mete otro tenedor con macarrones en la boca.

Claudia me ha dejado desconcertada. ¿Debería llamar a Juan para darle las gracias? No quiero pensar en eso ahora. Quito esa idea de mi cabeza y sigo trabajando. Antes de darme cuenta

es la hora de salir y me alegro, pues en quince minutos seré yo quien estará sobre una camilla. Claudia se ha ido hace rato, así que cierro el local y me dirijo al coche. Mientras conduzco, me acuerdo de cuando encontré a Juan en mi casa y una sonrisa invade mi cara.

Toco el timbre y me abre el compañero de Arturo.

—Hola, Félix —digo entrando en su casa.

Noto cómo me examina la cara meticulosa e instintivamente. Me la froto pensando que llevo algo.

—Hola, África —me dice pensativo y sin dejar de mirarme—. ¿Tú has tenido sexo? Se te nota en la cara. —Me río avergonzada—. ¿A que tengo razón? —No le digo nada, pero mi silencio me delata—. Sabía que tenía razón. ¿Quién ha sido el afortunado? ¿Juan? Espero que no, cariño. Hazlo sufrir, África. Eso nos gusta.

—Un poco tarde para el consejo —digo entornando los ojos.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. O al menos eso dicen.

—¿Y Arturo?

—Está haciendo unas fotos para una revista.

Vendrá enseguida. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Tómame algo porque tengo un notición que darte. —En sus ojos hay un brillo especial, se lo ve ilusionado—. ¡Voy a hacer un pequeño papel en una obra de teatro! —anuncia chillando por la emoción.

—¡Félix, cuánto me alegro! ¿Qué obra?

—Bueno, la obra es de segunda categoría, pero lo importante es que, si empiezo haciendo pequeños papeles, igual tengo suerte y me dan un papel principal. De esa forma me olvidaría de las actuaciones nocturnas en los bares. Ya me estoy cansando de eso, ¿sabes?

—Claro que sí, Félix. Yo he ido a alguna de tus actuaciones y eres muy bueno. Te mereces el papel. ¿Y cuándo estrenáis?

—Dentro de dos semanas.

—Ya puedes contar conmigo, porque estaré entre el público.

En ese momento entra Arturo por la puerta,

deja su equipo en el salón y nos saluda.

—Hola, África. ¿Qué? ¿Ya te ha puesto al día?

—Sí, y le he dicho que allí estaré.

—¿Qué tal las fotos? —pregunta Félix acercándose a Arturo y acariciándole la espalda.

Yo observo cómo se quieren. Sus miradas y sus gestos lo dicen todo.

—Bien, muy bien. ¿Subimos ya, África? —me propone indicándome el camino.

—Sí, por favor, necesito tumbarme en la camilla.

—Pues vamos. Luego nos vemos, Félix.

—Chao, guapetón —responde Félix y le guiña un ojo. Nosotros dos nos reímos y veo cómo Arturo pone los ojos en blanco.

Entramos en la habitación, es acogedora y hace calor. Arturo enciende una vela. Yo me quito la ropa y me tumbo.

—Cuéntame, África, ¿qué tal has pasado la semana?

—Bien, estoy mucho mejor.

—Se nota —reconoce poniendo las manos sobre mi espalda—. ¿Sigues tomándote las flores?

—Hum —le respondo afirmativamente sin decir nada.

—Bien. ¿A qué crees que se debe este cambio tan rápido? —Me deja clavada en la camilla, yo no me había planteado esa pregunta.

—Eh... No lo sé, Arturo.

—¡Venga, África, piensa un poco! Claro que lo sabes. No puedes responderme eso a mí. Piensa.

—Tal vez sea a que he hablado con Juan.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Bueno, de lo que él siente por mí, de sus dudas.

—¿Y cómo te sientes?

—Aliviada. Creía que toda la culpa era mía, que se marchaba porque soy un poco celosa. Pero parece ser que no es sólo eso. Puede que mis celos lo hayan ayudado a tomar la decisión, pero no es la razón principal.

—¿Y cuál crees tú que es la razón principal?

—Que ya no me quiere igual que antes.

—Y, al saberlo, ¿cómo te afecta?

—Me siento vacía.

Me sorprendo al escucharme diciendo eso por primera vez. Aún no lo había expresado en voz alta y me produce una gran liberación. Claro que en mi interior lo sabía, pero resulta muy fácil engañarse a una misma.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Nada.

Sus manos se detienen en seco en mi espalda. No le ha gustado ni un pelo mi respuesta. Levanto la cabeza para verlo y ahí tengo la mirada fulminante de Arturo.

—¡Venga, África, por favor! —dice exasperado.

—¡Es verdad, Arturo! ¿Qué quieres que haga? No puedo obligarlo a que me quiera.

—No, claro que no. Pero seguro que puedes hacer algo para sentirte mejor. A mí Juan me importa una mierda, África, él no está ahora tumbado en la camilla haciendo terapia emocional. Eres tú la que está aquí y la que tiene que cambiar. Y lo sabes, cariño. Cada uno somos responsables

de nosotros mismos. Parece mentira que te lo tenga que recordar.

—Tienes razón, Arturo. Lo siento.

Y es verdad. Es lo que les digo una y otra vez a mis clientas. ¿Por qué es tan difícil ver las cosas cuando estás implicado? Desde fuera se ve todo muy claro.

—Repetiré otra vez la pregunta: ¿qué piensas hacer al respecto? Y no quiero que me respondas hasta que no lo veas claro, ¿vale?

—De acuerdo.

Él sigue con el masaje y yo comienzo a darle vueltas a la cabeza. Pero las sensaciones producidas por las manos de Arturo se apoderan de mí y sucumbo a una profunda relajación.

—Ya estás, África. Cuando quieras, te levantas. Estoy abajo.

—Hum... —es lo único que consigo decir.

Después de unos minutos comienzo a desperezarme. Me siento en la camilla y me doy cuenta de que es esto lo que estoy haciendo para

sentirme mejor, para volver a ser yo. Me visto y bajo por la escalera. Veo a Félix y a Arturo en la cocina. Me apoyo en la puerta y con un suspiro digo:

—Esto es lo que estoy haciendo para sentirme mejor, la terapia.

Arturo se vuelve y contesta:

—Sí. Pero hay algo más que puedes hacer por ti, África. —No tengo ni idea de a lo que se refiere—. Piensa, África. Siempre intentas pensar en Juan, en cómo se siente, en lo que le hace falta para sentirse mejor. Pero... ¿y a ti? ¿Qué es lo que necesitas para encontrarte mejor?

—Eso ya lo he hecho, le he dicho que necesito espacio para darle su maldito tiempo.

—Se lo has dicho, sí. Pero ¿lo dices de verdad? —pregunta levantando las cejas.

—Claro que lo digo en serio —respondo indignada.

—No te creo, África. Es lo que necesitas y lo sabes, pero no lo estás haciendo bien.

—¿Qué más quieres que haga? —le digo irritada—. ¿Que lo encadene en una mazmorra?

—Es una idea muy sugerente —contesta Félix poniendo un dedo sobre sus labios, pensativo—. Así podrías utilizarlo sólo para el sexo. —Y su mirada se vuelve perversa y sexi. Pero se calla enseguida, Arturo lo acaba de fulminar con los ojos—. Vale, vale, no hablo más, sólo era una idea. —Y levanta las manos a modo de disculpa.

—En serio, África. Puedes hacerlo mejor. ¿Quieres quedarte a cenar?

—No, gracias. Tengo muchas cosas en que pensar —le digo señalándome la cabeza.

—Como quieras.

—Te llamo la semana que viene, ¿de acuerdo? Adiós, Félix, y suerte en los ensayos. Ya me dirás la hora y el lugar del estreno.

—No te preocupes, serás de las primeras en enterarse.

Arturo me acompaña a la puerta. Me da un beso en la mejilla y me dice:

—Cuídate, África.

—Lo haré. Nos vemos pronto. —Y cierro la puerta.

De camino a casa voy pensando en todo lo que me ha dicho Arturo. ¿Cómo puede pensar que no le digo en serio a Juan que necesito espacio? Sí que lo hago. De hecho, aún no le he contestado a lo del ramo. Claudia piensa que debería hacerlo, Félix opta por que lo haga sufrir. Y yo... ¿qué es lo que quiero yo? Una parte de mí desea volver a oír su voz, perderme en sus manos y besar esa boca, pero otra me dice que debo mantenerme al margen. ¿A cuál debo hacer caso? No lo sé, maldita sea, no lo sé. Esto me enfurece bastante. Y para colmo tengo a Lola intentando complicarme más la existencia.

«Esto es demasiado —digo en voz alta cuando entro en casa y me dejo caer sobre el sofá. Entonces me doy cuenta de a qué se refería Arturo: en toda mi casa hay cosas de Juan, él se ha ido pero en el fondo sigue aquí—. ¡Está por todas partes! ¡Joder, África! Deja de hablar sola, pareces una loca. —Y me tapo la boca con la mano porque lo he vuelto a hacer—. Bueno, sí, estoy hablando sola. Qué más da. La cuestión es

que le pido a Juan que me deje espacio pero no le digo que se lleve sus cosas. ¡¡Soy mi peor enemiga!!»

En ese momento suena mi móvil y me saca de mi impactante descubrimiento. No miro quién es y contesto aún un poco perpleja.

—¿Sí? —Mi voz suena sin ganas.

—Hola, África. ¿Te pasa algo? —Mi corazón da un bote y me pongo de pie de un salto. No puede ser, ahora no, joder—. África, ¿estás bien? —Como no contesto, sigue hablando, pero con un tono de preocupación—. África, responde. Estoy oyendo cómo respiras... —Y mi respiración se para—. Joder, África. Voy para allá.

—No. Estoy bien, Juan. Estoy bien.

—¿Y por qué no me contestabas?

«¿Tal vez porque te dije que necesitaba espacio y tú no haces otra cosa que invadírmelo? Idiota de mí, no tengo fuerzas para negártelo», me digo a mí misma.

—¿Eh? No sé. ¿Qué querías, Juan? —Mi voz suena a rendición.

—Nada. Como no me habías contestado por

lo de las flores...

—No sabía qué te tenía que contestar...

«¡África! —me riñe mi conciencia—. ¿Por qué no le cuelgas o le dices que se vaya a la mierda? Que estás cansada de tanto ir y venir sin llegar a ninguna parte.» Pero no se lo digo. No tengo valor para hacerlo.

—Bueno, no. No me tenías que contestar. Pero ¿te han gustado?

—Sí, Juan, me han gustado mucho.

—Me alegro. ¿De verdad que no te pasa nada? No sé, tu voz suena...

—Estoy cansada, Juan. He tenido mucho trabajo.

—Bueno, vale, en ese caso te dejo para que descanses.

—Gracias —le digo.

Pero antes de colgar lo oigo gritarme:

—¡¡Oye, África!!

—¿Sí, Juan?

—Nada. Sólo quería decirte que te llenes la bañera. Sé cuánto te reconforta eso. Si estuviese allí, yo mismo te la prepararía pero... bueno... eso,

que te vendrá bien.

Yo me quedo boquiabierta, miro el teléfono y creo que estoy flipando. ¿Cómo puede decirme eso? «Joder, Juan, me confundes un montón y esto me agota. Decídete o déjame en paz.»

—Adiós, Juan —Cuelgo.

«¡¡¡Idiota, idiota, idiota!!! —digo una y otra vez en voz alta, mientras me golpeo la frente con el móvil—. ¡¡¡Soy mi peor enemiga, a esto se refería Arturo!!! —Estoy andando por el salón sin ir a ningún sitio, muy enfadada conmigo misma. Pese a todo, hago lo que me ha dicho Juan—. Necesito un baño y lo necesito ya —sentencio demasiado nerviosa. Voy hasta mi bolso, saco el remedio rescate de las flores de Bach y me tomo unas gotas—. Esto me supera. ¿Hablando sola de nuevo? —dice mi conciencia—. ¡Sí, soy África Fernández y hablo sola!», respondo.

Después del baño me encuentro mucho mejor. Me pongo crema y el pijama. Bajo a la cocina, me preparo un tazón de cereales con Cola-Cao y me siento frente al televisor. Necesito evadirme y no pensar. La tele es la mejor opción.

La semana transcurre rutinariamente: de casa al trabajo, del trabajo a casa. Mis padres me llamaron un par de veces y el miércoles fui a cenar con ellos para dejar tranquila a mi madre, aunque me marché enseguida. Las chicas también me han llamado y el viernes hemos quedado en El Cultural, nuestro bar preferido. De Juan no sé nada y eso me ayuda a centrarme en mí misma, pero a la vez me crea cierta angustia.

Es jueves por la tarde y, aunque estoy cansada, Claudia me ha sugerido ir al cine. Quiere ver una película romántica y su novio pasa, así que me ha pedido que la acompañe. A mí no me apetece mucho, pero casi nunca hacemos nada juntas y es una pena, Claudia es buena gente, por eso le he dicho que sí.

Salimos del trabajo y nos tomamos algo para pasar el rato hasta la sesión de las ocho. Entramos en el bar del cine y no puedo creer lo que ven mis ojos: Oliver está con una chica imponente. Sigue tan bueno como lo recordaba. En ese aspecto, los

efectos del alcohol no me distorsionaron su imagen.

—¿Qué quieres tomar, África? —me pregunta Claudia sacándome de mis cavilaciones.

—Una Coca-Cola.

—Vale, pilla una mesa que voy a pedir.

Elijo una algo alejada y me siento de espaldas a la de Oliver. Sólo espero que no se acuerde de mí. Claudia viene con las bebidas y me cuenta algo que acaba de oír en la barra. Yo no le hago mucho caso, estoy incómoda en la silla y en mi cabeza sólo resuena una frase: «Que no se acuerde de mí, que no se acuerde de mí».

—África, mira qué tío más bueno hay en esa mesa. Uno así tendrías que buscarte ahora —Yo trago saliva. Sé a quién se refiere. No quiero volverme, así que le digo que ya lo he visto y que me lo presentó Lola la otra noche—. ¿Y por qué no lo saludas? Es guapísimo.

—Paso. Sólo espero que no se acuerde de mí. No sé si fue el alcohol o qué, pero no articulé ni una palabra, creerá que soy una idiota.

—No sé si pensará eso o no, pero creo que sí

se acuerda de ti, porque viene hacia aquí.

Casi me atraganto cuando me suelta eso y empiezo a toser sin poder parar.

—Hola, África. Te he visto entrar, no estaba seguro de que fueses tú pero... luego me he dado cuenta de que sí. Por eso me he acercado a saludar —dice con una sonrisa perfecta.

Claudia nos mira mientras bebe un poco de su cerveza.

—Lo siento. Hola, Oliver. No sabía que estabas aquí. Te presento a Claudia, es mi socia. Trabajamos juntas.

Él se inclina, le da dos besos y le pregunta:

—¿Y en qué trabajáis? África no me lo ha dicho.

—Tenemos un centro de estética y terapias alternativas. Yo me dedico a la estética —le responde dulcemente.

Veo que coge una silla de la mesa de al lado, la gira y se sienta a horcajadas, apoyando las manos en el respaldo y, sobre ellas, la barbilla.

—Así que tú te dedicas a las terapias alternativas —observa lentamente—. ¿Y a alguna

en particular?

—No, un poco de todo: masajes, reflexología, flores de Bach, terapia emocional...

—Ya veo. ¿Y dónde está exactamente vuestro centro?

Claudia saca una tarjeta de su bolso y se la da.

—Toma. Se llama Aura. Llámanos cuando quieras, te atenderemos encantadas —lo invita con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, lo haré. —Se levanta de la silla de una manera muy sexi—. Bueno, chicas, me tengo que ir. Encantado de haberte conocido, Claudia.

—Igualmente, Oliver.

—Me ha gustado mucho volver a verte, África. —Se inclina, me da un beso en la mejilla diciéndome adiós y se va. Yo me quedo estupefacta y sin poder menearme de la silla.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Claudia, que está tan desconcertada como yo.

—¿Tú también lo has notado? Pensaba que era cosa mía pero... ¿está intentando ligar

conmigo? No puede ser, nos estamos equivocando.

—África, Oliver quiere algo contigo — afirma dando un trago largo a su cerveza.

—Eso me ha parecido. Pero es imposible. Está con esa chica y no parece su amiga.

—No, la verdad es que nos estaba despellejando vivas. No le ha gustado nada que se sentase con nosotras.

—Lola me dijo que es un chico de una noche.

—Con ese cuerpo yo me conformo con veinte minutos... —Me mira y nos echamos a reír.

—Sí, la verdad es que tienes razón. En un par de minutos te puede cambiar la vida. Y con Oliver creo que estarían bien aprovechados.

—¡Ya te digo! Así que ya sabes, África. Ahora tú estás libre.

—No. Déjate, no me hacen falta más complicaciones.

—Bueno, tú sabrás.

Nos terminamos las bebidas y nos vamos a ver la película.

—Ha estado bien, ¿verdad? —pregunta Claudia con una risita jovial al salir del cine.

—Sí, me ha gustado mucho. ¿Nos tomamos algo antes de ir a casa?

—No, África. Pablo me estará esperando y, además, mañana tengo bastante jaleo.

—Vale. Como quieras.

Nos montamos en mi coche y la llevo a su casa.

—Deberíamos repetir esto más a menudo, Claudia.

—Tienes razón. Sólo nos vemos en el trabajo.

—Podríamos quedar de vez en cuando para ir al cine o lo que nos apetezca —propongo con ilusión. Me lo he pasado bien con ella.

—Me parece muy buena idea. Ya iremos hablando.

—Bueno, te veo mañana —le digo cuando llego a su puerta.

—Hasta mañana, África. —Se baja del coche y me despide con la mano.

Yo espero hasta que está dentro del portal. Entonces arranco y me dirijo hacia mi casa. Una

vez allí me quito la ropa y me pongo cómoda. Preparo algo de cena y me siento frente a la tele, pero no hay nada interesante, así que me voy a la cama.

CAPÍTULO 9

«Hoy es viernes y la semana ha pasado entre un ir y venir de dudas. No sé nada de África desde el lunes y eso me inquieta, la noté rara por teléfono. No me lo dijo, pero la conozco y sé que le pasaba algo. ¿El qué? Ni idea.

»Y luego está Andrea, ese demonio pelirrojo. Estoy en mi despacho y tras los cristales la observo. Mírala, siempre tan dispuesta. Viene a trabajar con cada modelito... y sé por qué lo hace. Es más persistente desde que sabe que África y yo nos hemos dado un tiempo.

»Ahí está, con esa camisa casi transparente que poco deja a la imaginación y una falda ceñida corta, muy corta para una abogada seria. Me vuelve loco, son muchas horas al día las que tengo que luchar contra la tentación. La arrastraría de los pelos hasta la sala de archivos, le arrancaría la ropa y ahí mismo me la follaría. Es una idea que

me ronda desde hace tiempo por la cabeza. Pero ¿es sólo atracción sexual lo que siento por Andrea o hay algo más? Eso es lo que me da miedo. No quiero que haya algo más porque yo amo a África y no deseo hacerle daño, pero también sé que, hasta que lo compruebe, no aclararé mis dudas y siempre me seguirán.

»África tenía razón, yo no lo quería ver pero ella siempre tiene razón. Y para cuando yo me quise dar cuenta, sus garras ya me habían atrapado. Sé que amo a África y no deseo engañarla, pero contarle lo que me ronda por la cabeza la mataría. Por eso es bueno darnos un tiempo, así evito serle infiel, averiguo qué es lo que quiero de Andrea y luego seguramente vuelva con África, porque estoy convencido de lo que siento por ella. Andrea sólo es un capricho. La cuestión es: ¿querrá África volver conmigo después o la perderé para siempre?

»Y luego está ese tipo de la foto. ¿Quién coño era? Cuando vi sus manos sobre África, y parecía que se lo estaban pasando bien, no pude controlar los celos y tuve que ir a ver con mis propios ojos

si entraban juntos en casa. Menos mal que no apareció con él, no me fiaba de mí mismo en aquellos momentos. Si llegan a aparecer por la puerta, no sé lo que hubiera pasado...»

Noto cómo mis puños se cierran, mi pulso se acelera y mi respiración se altera con sólo pensar en las manos de ese tío sobre la piel de África, ¡mi África! Y, sin embargo, entró sola, con ese vestido, ¡mi vestido! Y empiezo a perderme en ese agradable encuentro que tuvimos a las cinco de la madrugada. Pero inesperadamente soy interrumpido.

—Juan, perdona que te moleste. Voy a tomarme un café; me preguntaba si te apetecía acompañarme —dice Andrea con un botón de su camisa desabrochado y acariciándose la piel de su escote de forma muy seductora.

Me veo a mí mismo babeando y ahí abajo algo comienza a cobrar vida.

—No, Andrea, estoy muy liado, pero gracias.

—Como prefieras. ¿Quieres que te traiga algo entonces?

Su voz es sensual, tremendamente sensual; se

mueve meneando las caderas de una forma muy provocativa, sabiendo que yo no le quito los ojos de encima, y eso le gusta.

—Eh... No, gracias. Cierra la puerta cuando te vayas, por favor, Andrea.

Intento que mi voz suene seria, pero no lo consigo, esta mujer me pone muy nervioso. Veo que se aleja riéndose; sabe cómo me excita y le encanta ver cómo intento contenerme.

«Estoy harto de que Andrea se comporte así y de que, además, sepa qué efecto tiene en mí... que sólo debe apretarme un poco más las tuercas. Por eso viene así vestida a trabajar y se contonea por delante de mi despacho para que la vea. Esto me desespera, no me puedo concentrar. ¡Joder, siempre está mariposeando a mi alrededor! Y eso me agobia muchísimo. Siempre he sido muy serio en el trabajo. Me gustan las cosas bien hechas y soy muy maniático trabajando. África lo sabe y ni siquiera me llamaba al despacho para no molestarme, a no ser que estuviese enfadada o que fuera algo importante. Más bien solía ser lo primero; como no le cogía el móvil terminaba

Llamándome aquí.»

Una sonrisa se dibuja en mi cara al recordar cuánto me pone África cuando se enfada. No quiero ni pensar cómo reaccionaría si viese a Andrea vestida así en la oficina e inevitablemente me río entre dientes.

—Juan, ya sé que me has dicho que no querías nada, pero me he tomado la libertad de traerte un café. Te lo dejo aquí.

Veo cómo se agacha lentamente para mostrarme su trasero y sus piernas, dejando el café en una mesita baja que tengo frente a mi mesa. Yo trago saliva y cojo el teléfono.

—Vale. ¿Te importa? Tengo que hacer una llamada. —Y meneo el auricular con la mano izquierda mientras le indico la puerta con la derecha.

—Perdona. Llámame si necesitas algo. —Y me guiña un ojo al irse.

«Esto tiene que parar», digo para mí demasiado irritado. Me levanto y voy decidido

hacia el despacho de Andrea. Está hablando por teléfono pero me da igual, estoy muy cabreado. Entro y ella me levanta el dedo índice indicándome que espere un minuto, que está al teléfono, pero eso a mí en estos momentos no me importa. Le quito el auricular de la mano y lo cuelgo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Andrea? ¡Me tienes hartado con tus jueguitos!

—¡Ya sabes lo que quiero de ti! Lo mismo que tú, si no me equivoco... —suelta reclinándose sobre su silla y poniendo las piernas en el borde de su mesa mientras sus manos se deslizan a lo largo de ellas. Su mirada es caliente y perversa, está disfrutando.

—Bien. Dime cuándo y dónde. Así acabaremos con esto de una vez por todas. No me gusta trabajar así.

—¡Oh, Juan! No pensarás que sólo quiero un polvo del tres al cuarto, ¿no?

—¿Y qué es lo que quieres entonces?

—Una cita. Pero una cita en condiciones. Ya sabes a qué me refiero. Tal vez te guste y, al final,

quieras más.

—Yo no estoy interesado en nada más contigo. Ya tengo una relación.

—Que yo sepa, ahora no tienes ninguna, estás libre, cosa que habla mucho en mi favor. Creo que has dejado a África por mí.

—¡No sueñes, Andrea! ¿Qué has bebido en el almuerzo? Yo quiero a África, lo que pasa es que resulta complicado. En estos momentos nos estamos dando un tiempo, eso es todo. Pero la sigo queriendo. —Me paso la mano por el pelo, esto me está poniendo de los nervios.

—¡Venga, Juan, eso cuéntaselo a otra! Veo cómo me miras y noto cómo te pones. No me digas que esto no te gusta... —Se levanta y pasa la mano por mi culo—. ¿Y bien? No dices nada. Lo tomaré como un sí. —Y su mano se dirige a mi entrepierna.

Pero antes de que llegue, le sujeto la mano con fuerza y la retiro. No la suelto, la miro fijamente a los ojos y le digo:

—No me gusta que jueguen conmigo, Andrea. —Le libero la mano y me voy.

—¡Claro que te gusta, Juan! Y ya verás cómo, dentro de una semana, te tengo entre mis piernas.

Me vuelvo antes de salir por la puerta.

—Que te quede clara una cosa, Andrea: si tengo que jugar, jugaré, pero con mis reglas —le digo señalándola con el dedo y con una mirada fulminante antes de marcharme.

«Si me quedo... no seré capaz de controlarme», pienso, y eso me pone caliente.

Estoy demasiado enfadado como para seguir trabajando, la cabeza me va a estallar y necesito airearme un poco. Salgo del despacho sin rumbo fijo pero, cuando me doy cuenta, estoy enfrente del trabajo de África. Miro el reloj: las cinco de la tarde. Ella estará a punto de salir. Tengo la cabeza como una olla a presión y no me paro a pensar, me guío por el instinto. Entro. Allí está, preciosa, hablando con una clienta. Me ve y se queda seria, pero sus ojos brillan. Después de todo, creo que se alegra de verme y algo dentro de mí me indica que la echo de menos.

—Hola, Juan. ¿Qué haces aquí? —me saluda agachando la mirada.

—Quería verte, necesitaba verte —le imploro.

—Juan, aún no he terminado, me queda media hora.

—Vale, te espero —le digo sentándome en la sala de espera.

—¿Y qué hay de nuestro trato?

«No me hagas esto, África. Por favor, tú no. Ahora no. No me rechaces, te lo suplico.»

—África, yo... —Me presiono los lacrimales con los dedos índice y pulgar intentando buscar las palabras correctas—. He pasado una semana infernal y necesito hablar contigo. Sé lo que te dije y sé que me pediste espacio, pero...

Según digo esto, noto cómo caigo al vacío. África me coge la mano, la aparta de mi cara y con una mirada dulce y cariñosa me dice:

—Está bien, Juan, espérame. Acabaré lo antes posible.

Yo no digo nada, pero noto un alivio inmenso que llena todo mi cuerpo y eso me produce una gran satisfacción.

Me siento en una de las butacas de la sala de

espera y cojo una revista. África se aleja, mira algo en el ordenador y entra sin decirme nada. No importa si tengo que esperar media hora o una eternidad, lo importante es que sigo aquí y ha sido ella la que me ha dicho que la espere. Comienzo a hojear la revista tranquilamente.

—¡Juan! ¡Qué sorpresa! ¡No sabía que estabas aquí! —dice Claudia mirándome un poco incrédula.

—Ya ves, aquí estoy, esperando a África. — Me paso la mano por el pelo. Seguro que Claudia sabe que ya no estamos juntos.

—Me alegro —dice con una sonrisa amable.

—Yo también —respondo devolviéndole la sonrisa.

—Escucha, yo ya me voy pero, si quieres algo, ya sabes, estás en tu casa. En el almacén tienes café y algo de comer.

—No te preocupes, Claudia, esperaré aquí. Además, no creo que a África le haga mucha gracia que ande por ahí yo solo —le digo levantando una ceja.

—No, creo que no. Tienes razón. Bueno, me

marcho. Me alegro de verte.

—Yo también. Dale recuerdos a Pablo de mi parte.

—Lo haré. Adiós, Juan. —Antes de salir por la puerta se vuelve y me dice—: Trátamela bien, ¿eh? Ella te quiere mucho, Juan. No le hagas daño. —Su mirada es tierna pero sus palabras contundentes.

—Lo sé, Claudia. Yo también la quiero —digo en un susurro, agachando la cabeza y con la mirada en el suelo.

—Eso pensaba yo. Adiós. —Me dedica una sonrisa jovial y alegre cuando desaparece por la puerta.

Me quedo pensando en la conversación que acabo de mantener con Claudia, en lo fácil que ha sido decirle que sigo queriendo a África. Pienso en lo cabreado que he venido y en lo rápido que se me ha pasado en cuanto he visto a África. Oigo que le dice algo a la chica con la que sale. La acompaña hasta la puerta y se va. Yo me levanto en cuanto nos quedamos solos. Está distante, pero me mira una y otra vez a través de sus pestañas.

—Tengo que recoger la sala —señala mientras desaparece por el pasillo.

Yo la sigo sin decir nada. Cuando entramos, la veo colocando unos botecitos dentro de una caja. Imagino que serán esencias o flores de Bach. Deslizo los dedos sobre la camilla suavemente una y otra vez. Estoy nervioso. Creo que ella también. Este silencio me consume. Rodeo lentamente la camilla que nos separa y me acerco a ella. No la toco, tengo que hacer un gran esfuerzo por contener mis manos.

—Juan, ¿qué quieres? —oigo que pregunta suspirando sin dejar de darme la espalda.

Poso la mano sobre su cadera obligándola a volverse. Ella sigue sin alzar la vista, así que con la otra mano levanto su barbilla y hago que me mire a los ojos.

—A ti, África. —La beso suave y delicadamente, saboreando cada segundo que me permite estar en su boca.

No me rechaza, pone las manos sobre mi pecho y, bajando otra vez la mirada, dice en un murmullo apenas audible:

—¿Por qué me haces esto? —Su voz suena angustiada.

Agarro su cara con cariño entre mis manos y la levanto de nuevo. Veo que una lágrima corre por sus ojos hasta alcanzar su boca. La recojo con un beso y la estrecho entre mis brazos. Se me desgarran el alma viéndola llorar. Yo he provocado esto, y ese sentimiento que veo a través de sus ojos me causa un profundo dolor. La abrazo más fuerte, no quiero soltarla.

—Juan, me haces daño. No puedo respirar.

—Lo siento, Afri —le digo aflojando mi abrazo pero sin soltarla.

—Juan, ¿qué te pasa? ¿A qué viene esto ahora? —Ella tampoco me suelta.

—Ya te lo he dicho, he tenido una semana muy dura en el trabajo y necesitaba verte; es muy reconfortante estar aquí a tu lado. —Noto cómo ella se revuelve para soltarse.

—Si tanto me necesitas, vuelve a casa.

—África, no me hagas esto, no quiero hablar de eso ahora. —La cojo del brazo y la acerco a mí otra vez.

Ella no ofrece resistencia, así que la beso. Pero esta vez es un beso apasionado, con fuerza. Meto la mano por su espalda y la acerco más a mí, rozando mis caderas con las suyas y despertando la lujuria que llevo dentro. África me agarra el culo y ésa es la señal que me indica que tengo vía libre. Le subo los brazos por encima de su cabeza y le quito la camiseta. Agarro uno de sus pechos con la mano mientras la otra se pierde en el interior de su pantalón acariciándole el culo. La empujo más hacia mi cadera, nos rozamos y la excitación crece entre los dos. Gemimos, nos tiramos del pelo y la lujuria se desata. ¡Deseo tanto a esta mujer...!

Desabrocho el sujetador y mis labios se pierden entre sus pechos, saboreando cada centímetro de su piel. Ella arquea la espalda y gime de placer. La cojo del culo y levanto sus piernas para que rodeen mis caderas, alzándola en el aire, besándola sin descanso. La tumbo sobre la camilla y empujo mis caderas, y así le hago notar mi erección. Ella gime y su cuerpo se contrae. Entre risas, se desabrocha los pantalones y se los

quita. Yo hago lo mismo: primero la camisa y luego los pantalones. Cuando ya estamos totalmente desnudos, nos miramos a los ojos. Ella me dedica una mirada abrasadora que me derrite el corazón. La agarro de las piernas y la deslizo sobre la camilla hasta que su pubis se junta con el mío y entro dentro de ella con un ritmo pausado, disfrutando de todo lo que me produce el estar así con esta mujer, deleitándome entre sus caderas y llegando a lo más alto, en un estallido de libertad. Le doy un beso en uno de sus pechos y otro en la boca. Ella me corresponde no dejando que se separen nuestros labios.

Se sienta en la camilla y me mira a los ojos me agarra por el pelo, junta su frente con la mía y me dice:

—¿Y ahora me vas a decir a qué ha venido todo esto o voy a seguir sin saberlo?

—Creo que será mejor que no lo sepas — respondo dándole un beso rápido en los labios y separándome de ella.

—Está bien, como quieras. Si por lo menos he ayudado a que te sientas mejor, me doy por

satisfecha —afirma encogiéndose de hombros.

Yo levanto las cejas por la sorpresa; normalmente me torturaría hasta que se lo contase, pero ahora no. Me tiene desconcertado, pero me gusta. Y entonces me doy cuenta de cuánto la quiero y, sin embargo, le estoy haciendo daño. Y todo por mi culpa. Quito ese pensamiento de mi mente de un plumazo. No quiero estropear este momento.

—Gracias, Afri —le digo colocándome frente a ella y rozándole los labios con mi dedo pulgar.

—¿Por qué?

—Por no preguntar.

—Juan, aunque no lo creas, soy una mujer de palabra y te estoy dando tiempo. No como otros, que invaden mi espacio una y otra vez —suelta con retintín.

—Lo siento —me disculpo separándome de ella y pasándome las manos por el pelo. Sé que tiene razón y esto me duele.

—No pasa nada. Me necesitabas y aquí estoy. Siempre he estado aquí —me recuerda

acercándose a mí y poniendo una mano sobre mi pecho.

—Lo sé, pero esto no es bueno para ti. Ya me lo has dicho, esto te lastima. Yo te hago daño. — Me siento en la camilla y me tapo la cara con las manos—. Soy un cobarde, África, y no merezco que me quieras.

—No digas eso, Juan, estoy bien. Mírame. Estoy bien, de verdad. —Y me abraza tiernamente. Nos quedamos así un buen rato, sin decir nada, sin soltarnos. Hasta que suena su móvil. África se dirige hacia el almacén y contesta—: Sí, Lola, ya voy. Aún estoy en el trabajo. No, no pases a buscarme, tengo coche. Venga, dentro de media hora estoy allí. Chao. —Cuando vuelve, ya estoy vestido. Ella se pone la ropa, se arregla un poco el pelo y me dice—: ¿Estás bien, Juan? Eran las chicas, pero si quieres...

—No, Afri, no. Debes irte. Me encantaría que pasases la noche conmigo, pero, como tú has dicho, no dejo de invadir tu espacio y eso no es correcto. Estaré bien, tranquila.

Mi voz suena sin fuerza, ahora mismo me

arrodillaría ante los pies de este pedazo de mujer del que no soy digno y le suplicaría que no me dejara ir, que se quedase conmigo. Pero ella no merece que le haga esto, o al menos hasta que yo solucione cierto problema en el trabajo.

«Ten por seguro que luego volveré a por ti», pienso para mí.

—Juan, de verdad, si quieres podemos ir a casa y cenar algo. Y si te apetece, me cuentas, y si no, no pasa nada. —Veo cómo se acerca a mí y rodea mi cuello con los brazos.

—No, Afri. Pásalo bien. Yo me voy. —Le doy un beso en la frente y la dejo de pie, perpleja ante mi aspecto abatido.

Antes de ir a casa de mi hermano me meto en el primer bar que encuentro. Necesito un trago. La cabeza me va a estallar y la furia que tenía cuando he salido del despacho ha dejado paso a la culpabilidad, que es mucho peor. Igual debería dejarla en paz. Con el tiempo se olvidaría de mí y siempre habrá alguien dispuesto a ocupar mi lugar.

O tal vez deba liarme con el demonio pelirrojo del despacho y zanjar este asunto de una vez por todas. Pero, por otra parte, me da miedo. ¿Y si después quiero más, como dice ella? No me gustaría querer nada más que sexo con Andrea. Sexualmente me atrae muchísimo, aunque por otra parte hay algo que no me gusta, no sé exactamente lo que es. Creo que no tiene corazón y, cuando quiere algo, no para hasta conseguirlo. Está acostumbrada a que todo se haga como ella desea, a dominar la situación. Pero yo no estoy dispuesto a que nadie me diga con quién, cómo y dónde debo follar, y menos aún Andrea, así que tengo que solucionar esto cuanto antes.

CAPÍTULO 10

Es viernes. Salgo del trabajo a toda prisa, he quedado con las chicas y ya llego tarde. No voy a poder pasar por casa a cambiarme. Me miro de arriba abajo. «Tampoco voy tan mal, unos vaqueros y una camiseta básica», me digo.

La visita de Juan me ha dejado desconcertada. ¿Qué le pasaría? Lo he notado preocupado. No me lo ha dicho, pero creo que algo va mal en su trabajo y, con lo cuadrulado que es currando, no me quiero ni imaginar que se le ha torcido algo o alguna cosa no ha salido como él esperaba.

Cojo el coche y conduzco deprisa hacia El Cultural. «¡Odio llegar tarde!», digo en voz alta pitando a otro vehículo para que me deje pasar. Al final consigo aparcar cerca de la puerta. Salgo corriendo y entro en el bar. Allí están las dos. Sara estira la mano para que la vea y Lola da golpecitos

a su reloj, indicándome que llego muy tarde. Me dirijo a la barra para pedir.

—Hola, Luca, cuando puedas me pones una infusión, la que más te apetezca. Ya sabes que me gustan todas.

—Vale, yo te la llevo a la mesa, África.

—¿Llevan mucho? —le digo señalando a mis amigas sin que ellas me vean.

—Media hora más o menos. Lola ha llegado unos diez minutos antes.

—Vale, gracias.

Me dirijo a la mesa con las manos juntas como si rezase, pidiendo perdón y poniendo ojitos.

—No pongas esa carita, no. Que llevo casi una hora esperando —suelta Lola.

—¡Hala, venga! No mientas, que me ha dicho Luca que lleváis media hora.

—Sí, pero yo he venido antes —contesta cruzándose de brazos.

—Poco antes, diez minutos más o menos. — En ese momento llega Luca con mi infusión—. Gracias, Luca —le digo al dejarla sobre la mesa.

—¿Alguna cosa más, chicas? —pregunta él

amablemente.

—No, gracias —respondemos al unísono.

Luca se va y Sara empieza a contar algo de una compañera nueva de trabajo. Yo no le hago mucho caso, aún sigo elucubrando acerca de lo que le pasaba a Juan. No le he querido preguntar, pero eso no significa que no me muera de curiosidad.

—¿Me estás escuchando, África? —pregunta Sara un poco molesta.

—¿Eh? No. Lo siento, Sara. ¿Qué decías? —Doy un sorbo a la infusión—. Hum, es de hierbabuena, está riquísima.

—Que tengo compañera nueva de trabajo, que es muy guapa y que tiene a todos los solteros detrás de ella, así que en el curro tampoco me comeré una rosca este verano —me cuenta poniendo cara de pena.

—No te preocupes, mañana saldremos de marcha y seguro que encontramos algún chico guapo para ti —contesta Lola.

—A mí no sé si me apetece mucho. —Las dos me miran a la vez intentando leer mi mente.

—¿Por qué no? —termina diciendo Lola.

—No sé, no me apetece. ¿Tiene que haber alguna razón?

—Sí —dice Sara—, claro que tiene que haber una explicación. ¿No pretenderás quedarte en casa sola? Porque, si eso es lo que quieres, que sepas que no lo vas a conseguir. Una de dos: o sales o vamos nosotras a tu casa. —El tono de voz de Sara es decisivo y ante eso no puedo hacer mucho.

Miro a Lola pidiéndole ayuda.

—A mí no me mires así. Yo estoy con Sara. O sales o acampamos en tu comedor. Tú decides.

No quiero que vengan a casa. Existe la posibilidad de que se repita lo del sábado pasado, sabiendo que Juan está mal. Igual viene a buscarme como ha hecho hoy y, si están allí, será imposible.

—Está bien, contad conmigo —respondo con resignación. Además, siempre me puedo arrepentir a última hora y salirme con la mía.

—Eso está mejor, mucho mejor —acepta Sara contenta.

—Acuérdate de que esta semana te vienes conmigo al gimnasio, África —comenta Lola tranquilamente.

—No voy a ir al gimnasio, Lola —contesto con firmeza.

—¿Cómo que no? África, ¿qué es lo que estuvimos hablando el otro día sobre darle un pequeño empujoncito a tu relación con Juan?

—No quiero darle ningún empujoncito, quiero que las cosas se solucionen por sí solas. —Sara y Lola me miran otra vez intentando leerme la mente—. ¿Qué pasa? ¿Llevo algo en la cara? ¿Por qué me miráis así todo el rato?

—Ahora que lo dices, llevas un letrero luminoso en la frente que dice: «Soy una ceniza». ¡Joder, África! ¿Qué te pasa hoy? Estás de un negativo subido... —responde Lola con un punto de crispación en la voz.

—No me pasa nada. Estoy cansada, eso es todo.

—¿No será por Juan? —pregunta Sara poniendo la mano sobre la mía—. Ya verás como todo sale bien, África. No des tantas vueltas a las

cosas. Si algo te preocupa, ya sabes que nos lo puedes contar.

—No es nada, de verdad. Estoy cansada, eso es todo.

Miento. Siento cómo la incertidumbre me corroe por dentro y no puedo concentrarme en otra cosa.

—Hoy me han dado recuerdos para ti, África.
—Me sobresalto porque sé a quién se refiere.

—¿Quién? —dice Sara con los ojos como platos.

—Oliver. Me dijo que te vio en el cine —
contesta con una sonrisa traviesa.

—Sí. Ayer fui con Claudia a ver una peli y él estaba allí con un monumento de chica.

—¿Y cuándo nos lo pensabas contar? —
pregunta Sara ofendida.

—No sé, supongo que se me olvidó —digo
encogiéndome de hombros.

—¡África! ¿Se puede saber qué te pasa?
Estás de un borde... Ni que hubieses estado hoy
con Juan y te hubiera abducido... —Yo me quedo
de piedra—. ¡Espera un momento! ¿Has estado hoy

con él? —plantea Lola con curiosidad.

Yo no respondo, ya se encarga Sara de hablar por mí.

—¡Claro! ¡Eso es, Lola! Por eso no quiere salir mañana ni tampoco ir al gimnasio. ¿Nos está ocultando información, señorita Fernández? —Y levanta el dedo índice para regañarme como lo hacía mi profe de primaria.

Yo pongo los ojos en blanco, cojo una gran bocanada de aire y al final respondo con resignación.

—Ha venido a última hora al trabajo. Por eso he llegado tarde, estaba con Juan. Ha pasado una semana mala en el despacho y necesitaba desahogarse. Eso es todo.

«Si les cuento que me he vuelto a liar con él, Lola me decapita.»

—¿Y nada más? —insiste Lola con una indirecta muy directa.

—Nada más, Lola —atajo intentando que no se me note que las estoy engañando.

—Bien —responde satisfecha—. Ahora es cuando no te permito que me digas que no vienes

al gimnasio.

—¡Lola, no quiero ir! —Me cruzo de brazos.

—¡No hay excusas, África! Y, si me dices que no, iré a buscarte, te cogeré de los pelos y te arrastraré hasta allí. Sabes que lo digo en serio, África. —Levanta el dedo a modo de advertencia.

—Ufff —suspiro—. Eres imposible, Lola. —Sigo con los brazos cruzados.

—Así me gusta, buena chica —me dice sonriendo con satisfacción. Yo le sacó la lengua, estoy enfadada con ella—. África, no te das cuenta, pero lo hago por tu bien. Tú quieres recuperar a Juan, ¿no?

—Sí —contesto apretando los dientes y con la cabeza gacha. Continúo enfadada.

—Pues ésta es la mejor forma —sentencia con determinación.

—Lola, de verdad, no sé si es buena idea. Juan tampoco lo está pasando bien.

—Mira, África, sé que quieres a Juan y lo respeto. Pero es un capullo indeciso y esto lo va a ayudar a decidirse. Hazme caso. ¡Además, sólo te digo que vengas al gimnasio conmigo para que

tengas otras opciones! ¡Jamás te obligaría a hacer nada que no quisieras hacer!

Levanto la vista incrédula por lo que estoy oyendo.

—¡Ah! ¿Y lo de ir al gimnasio es una recomendación? Gracias por aclarármelo. — Vuelvo a cruzar los brazos.

—Eso es diferente. Me refiero a que no te voy a obligar a liarte con nadie, eso es cosa tuya.

—¡Sólo faltaría...! —respondo enojada.

—Venga, no te enfades —media Sara intentando apaciguar los ánimos. Yo la fulmino con la mirada—. Lola tiene razón, nunca viene mal conocer gente. Y ya sabes lo que dicen: el deporte es salud.

—¡Ooooooh, me ponéis de los nervios! Ya os he dicho que iré, ¿qué más queréis? —Mi voz se eleva sin darme cuenta—. Vamos a cambiar de tema, por favor. —Intento tranquilizarme.

—Está bien, África, vamos a dejarlo. Veo que hoy no es tu día —asiente Sara un poco preocupada.

—Antes me gustaría decir una cosa —

continúa Lola y yo resoplo—: esta semana me iré unos días a Tenerife, a la presentación de un nuevo hotel y, viendo el grado de ansiedad que tienes hoy, creo que te vendría bien acompañarme y olvidarte un poco de todo esto.

Mi cara se ilumina. En estos momentos es lo que más me apetece, irme e ignorarlo todo por unos días.

—¡Oh, Lola, eso sería genial! Tendría que organizar mi agenda, pero me apetece un montón ir contigo.

Justo en ese momento toda la crispación y el enojo se esfuman. No puedo contener mi alegría y termino aplaudiendo por la ilusión que me hace ir a Tenerife, y sobre todo porque Lola me ofrezca una vía de escape.

—Sara, tú también puedes venir si quieres. Seguro que puedo conseguir una habitación triple.

—Sería estupendo, pero no creo que pueda; acaba de llegar la chica nueva y la tengo que formar. Aunque lo preguntaré por si acaso —dice encogiéndose de hombros.

Nos quedamos un poco más en el bar

hablando del viaje a Tenerife que a mí tanta falta me hace. «Me vendrá de lujo pensar sólo en mí unos días. ¡Y seguro que allí nadie invade mi espacio!», pienso mientras una risita tonta aparece en mi cara recordando mis dos últimas invasiones, que, mirándolo bien..., tampoco han estado mal; nada mal, mejor dicho.

Cuando llego a casa estoy tan emocionada que se lo tengo que contar a alguien. Pero ¿a quién? Miro el reloj y veo que son las diez y media, tampoco es tan tarde. Así que, sin pensármelo dos veces, marco el número.

—¿Qué pasa, África? —Su tono es más animado que antes, pero mi llamada le sorprende. No se lo esperaba.

—Hola, Juan —digo un poco dubitativa. Si se enterasen las chicas, me rebanarían el pescuezo—. Nada, sólo quería saber cómo estabas. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, la verdad es que estoy mucho mejor. Y más ahora que oigo tu voz.

«¿Por qué me dice esas cosas?», pienso en mi interior.

—Me alegro. —No sé por qué, pero estoy nerviosa.

—Yo también. —No nos decimos nada, pero seguimos pegados al teléfono. Al final es él quien rompe el silencio—: África...

—¿Sí? —respondo sin dejarlo continuar.

—Me preguntaba... si esto no es una invasión de mi espacio —dice entre risas.

Ahí está mi Juan desenfadado y juguetón.

—Que yo sepa, tú pediste tiempo, no espacio.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo.

Cuéntame, ¿qué tal con las chicas?

—Muy bien. Al principio me sacaron un poco de mis casillas, pero luego fue genial.

—¿Y por qué? Si se puede saber...

—Quieren organizarme la vida —digo con naturalidad.

—¿A ti? Lo dudo.

—No te creas, Lola es un hueso duro de roer.

—No te dejes, Afri. A mí me gustas así, peleona.

«¿Cómo me puede decir todo esto y pretender que me quede impasible? Me derrito cuando me habla así. Y ahora no es el momento», pienso.

—No me digas eso, por favor —le suplico bajando la voz.

—Lo siento, pero es la verdad.

Quiero cambiar de tema. No me apetece hablar de lo que yo siento... y de lo que siente él. De todo lo que sentimos... pero no podemos estar juntos... porque es complicado. No, ahora no quiero hablar de eso.

—Lola me ha pedido que la acompañe a Tenerife la semana que viene. Tiene una presentación de un hotel o algo así.

—¿Te apetece ir?

—Mucho, Juan. Creo que me vendrá bien cambiar de aires.

—¡Así te aseguras tu espacio! —contesta riéndose de nuevo.

—No lo había pensado, pero tienes toda la razón. —Ahora soy yo la que se ríe. —¿Dónde estás? Se oye jaleo.

—Por ahí, dando una vuelta. Me apetecía un

poco de aire, despejar la mente.

Antes de darme cuenta, las palabras inundan mi boca.

—¿Quieres venir a cenar?

El silencio vuelve a aparecer. Yo me muerdo una uña, no debería haber dicho eso.

—¿Y tu espacio? —pregunta al final con un tono de preocupación.

—Juan, no creo que le pase nada a mi espacio por un poco más de invasión. Después de lo de esta tarde... —añado intentando animarlo.

—¿Seguro?

—Seguro. Además, te lo estoy pidiendo yo.

—Vale, entonces ábreme. Estoy en la puerta.

Yo me quedo helada. ¡Tiene que ser una broma! Pero en ese momento oigo que suena el timbre. ¡No es broma, está aquí! Voy hacia la puerta y le abro. Él entra con una sonrisa de oreja a oreja. Sé cuánto le gusta sorprenderme y esto ha sido una verdadera sorpresa.

—¿Por qué llamas? ¿No tienes llaves? —
Abre la mano y deja que las vea.

—Sabía que no te lo creerías —responde

levantando las cejas—. ¿Sorprendida?

—Sí. ¿Dónde estabas?

—En ningún sitio en particular. Sólo estaba caminando y, cuando me has llamado, he cambiado la dirección hacia tu casa. No por nada, no esperaba que me invitases, pero inconscientemente tu voz me ha traído hasta aquí —dice sonriente y feliz por la invitación.

—Mi voz, ¿eh? —contesto con picardía.

—Sí, tu voz. —Pone la mano en mi cara y me acaricia con el pulgar.

A mí se me acelera el pulso y se me corta la respiración. Él se da cuenta, así que se separa y se sienta en el sofá. ¡Está tan guapo con esa sonrisa triunfante después de sorprenderme...!

—Y bien, ¿qué quieres cenar? —le pregunto poniéndome delante de él, con una mano en la cadera.

—¿Pizza? —responde mirándome de arriba abajo.

—Pizza, entonces.

Cojo el teléfono y pido una de cuatro quesos. Es nuestra pizza preferida. Cuando cuelgo, veo que

Juan da unos golpecitos en el sofá, indicándome que me siente a su lado. Lo hago, cruzo las piernas estilo indio y me vuelvo para poder verlo mejor. Este hombre me tiene loca. Movería cielo y tierra por él y, sin embargo, aquí estoy, a la expectativa de lo que él decida. Juan me observa y por un momento me gustaría saber lo que piensa. Me encantaría meterme en su cabeza, que para mí es un enigma, y descubrir todos y cada uno de sus pensamientos.

—Estás mejor, se te ve menos agobiado — digo percibiendo su relajación.

—Sí, pero es gracias a ti. Tú me das estabilidad y paz interior, África —responde sensualmente.

—¿Estabilidad, yo? —Me echo a reír—. ¡Eso sí que es nuevo! ¡Yo pensaba que te ponía de los nervios!

—A veces, pero sólo a veces. —Lo dice con una pequeña sonrisa. Y me sorprende cuando se tumba en el sofá y pone la cabeza entre mis piernas.

Por un segundo me quedo tensa, no me lo

esperaba. Él lo nota y me mira, pero, al encontrarse sus ojos con los míos, me relajo. ¡No sé por qué me pasa esto! ¡Todo esto ya lo he vivido y experimentado antes! ¿Por qué me pongo nerviosa? Tal vez sea porque es un poco irreal esta situación. No estamos juntos pero... ¡míranos! ¡Ahora mismo nadie lo diría! Parecemos cualquier pareja común en el salón de su casa manteniendo una tranquila conversación.

Pongo las manos en su cabeza y le empiezo a masajear el cuero cabelludo. Él cierra los ojos.

—Juan —le digo tímidamente.

Él abre los ojos pero al segundo los vuelve a cerrar.

—Hum —termina respondiendo con su garganta sin abrir la boca. Yo no digo nada y él vuelve a abrir los ojos—. ¿Qué pasa, África? —me pregunta con una chispa de inquietud en su voz.

—Nada, es una tontería, déjalo.

Él vuelve a cerrar los ojos y yo sigo masajeando su cabeza, pero la pregunta continúa rondando mi mente aunque no me atreva a hacerla pública.

Tocan el timbre. Juan se levanta tranquilamente, abre la puerta y paga la pizza. Cuando se vuelve, veo cómo inhala el olor que sale de la caja.

—Esto huele de maravilla. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco —le digo mientras me dirijo a la cocina en busca de bebida—. ¿Qué quieres beber? Tengo agua y agua —le ofrezco riéndome.

—Agua estará bien, gracias. Por lo que veo, te sigue siendo difícil ir a hacer la compra —comenta justo detrás de mí y cogiéndome por la cintura, para ver lo que hay en la nevera, mientras una sonrisa aparece en su cara.

—Ya sabes que no me gusta ir al supermercado. Cuando estabas aquí, iba por obligación, pero ahora no tengo nada que me obligue a hacer semejante esfuerzo. —Él se ríe, coge la botella de agua y dos vasos del armario. Yo saco servilletas.

—¿Nos comemos la pizza en el salón y vemos una peli? —propongo cogiéndole los vasos

que lleva en una mano.

—No me apetece ver una peli, prefiero que me cuentes algo. Pero, si quieres, cenamos en el salón.

—¿Y qué quieres que te cuente? —le digo sentándome en el suelo del salón y cruzando las piernas a lo indio delante de la mesa baja.

—No sé, lo que te apetezca. ¿Qué has hecho esta semana? —Juan también se sienta en el suelo, apoya la espalda en el sofá y estira las piernas, colocándolas una encima de otra.

—Trabajar. —Él pone los ojos en blanco, dando por supuesto que he trabajado—. Bueno, el jueves fui al cine con Claudia.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Pablo no quería ver esa película, así que la acompañé yo. Lo pasamos bien, deberíamos repetirlo.

—Claudia es muy maja, me cae bien —contesta dando un mordisco a la pizza.

—Sí, es muy cariñosa y se puede hablar con ella fácilmente. Por eso nos llevamos tan bien en el trabajo. Con cualquier otra ya nos habríamos

tirado de los pelos, pero Claudia hace que las cosas resulten sencillas.

—Eso es bueno, que no haya tensión en el trabajo. —Y su mirada se oscurece, algo le pasa en su trabajo. Me pregunto qué es lo que lo inquieta—. ¿Y cuándo te vas a Tenerife? — Cambia de tema, confirmando mi sospecha.

—El miércoles que viene, ¡creo! Lola aún tiene que mirar los vuelos.

—¿Vais las tres?

—No. Sara no tiene claro si podrá venir. Tiene que preguntarle a su jefe. Pero dice que lo ve difícil.

—¿Solas tú y Lola? ¡¡Qué peligro!! — exclama con una risa tensa.

—¿Por qué dices eso? ¿Tienes miedo de algo? —pregunto con picardía.

—De algo no, ¡más bien de alguien! —dice seriamente levantando las cejas.

—¡No lo dirás por mí! —Y me señalo el pecho con el dedo índice, con indignación y con una sonrisa.

—Más bien por Lola. Conociéndola, intentará

liarte con algún chico de sonrisa perfecta.

Al decir eso veo que se arrepiente; se da cuenta de que puede pasar y creo que no le gustaría.

—Lola estará trabajando y yo me voy a dedicar a tomar el sol, así que no creo que tengas de qué preocuparte. —No busco meter el dedo en la llaga, pero si quisiera podría evitar eso con sólo volver a casa. ¿Por qué no lo hace?—. Juan —digo más seria de lo que pretendía. Él me mira a los ojos con cautela, y lo que me ronda por la cabeza desde hace rato esta vez lo hago público —: esto es absurdo, ¿no te parece? —continúo señalándonos a los dos con la mano. Él se presiona los lacrimales con los dedos índice y pulgar—. Parece que estamos juntos, pero sin estarlo.

Él se calla, me mira angustiado sin decir nada. Yo suspiro. Me levanto para recoger los vasos y la caja de pizza. Cuando estoy de pie, me coge la mano y, mirándome a los ojos, dice:

—Lo siento, Afri. —Es sincero, puedo leerlo en sus ojos, pero no es suficiente.

Lo cojo todo y voy a la cocina. Cuando vuelvo, él está de pie, se pasa la mano por el pelo y dice mirando al suelo:

—Creo que debería irme.

Yo lo miro desconcertada, sé que es lo mejor.

—Como quieras. Gracias por venir.

—A ti por invitarme. —Se acerca, me da un beso en la frente y yo me quedo allí quieta, clavada al suelo—. Adiós, Afri.

—Adiós, Juan.

—Pásalo bien en Tenerife. —Es su despedida antes de abrir la puerta.

—Lo intentaré —digo y veo cómo se va de nuevo, pues eso es lo que hace una y otra vez.

Subo a la habitación y me tiro en la cama. «¿Cómo puedo ser tan estúpida? —me pregunto en voz alta—. ¡Siempre estoy igual! En el mismo punto, una y otra vez. ¡África, por Dios! ¡Avanza! ¡Muévete! ¡Haz algo! —chillo mientras levanto los brazos al cielo—. Tengo que dejar de hacer esto, no puedo seguir así. Juan parece que no se decide. Todo lo que hace me indica que me sigue queriendo, ¡o eso creo! Lola también cree que me

quiere. Pero... ¿qué le pasa? No lo entiendo. Tal vez tenga que darle un empujoncito, como sugiere Lola. Quizá eso lo haga reaccionar.»

CAPÍTULO 11

«Hoy he dormido bastante bien —pienso mientras me estiro en la cama. Mi cuerpo se relaja al estar con Juan, aunque luego me crea cierta incertidumbre—. No sé lo que le pasaba ayer, pero me alegra que me siga necesitando, y mucho más que me busque para desahogarse. Parece ser que sigo siendo su válvula de escape y eso me produce algo de seguridad.»

Ya deben de ser las diez por lo menos. Acompañaré a mi madre a hacer unos recados y luego nos iremos a almorzar a un italiano. No me esperaba eso de ella, no le entusiasma tanto como a mí la pasta. Mi padre tenía comida con no sé qué amigos, así que nos vamos las dos solas. Luego supongo que lo iremos a buscar o vendrá el; no lo tengo claro.

Salgo de la ducha, me pongo un vestido blanco muy sencillo y llamo a mi madre para

quedar con ella.

Llevamos dos horas de tienda en tienda para no comprarnos nada al final. Me duelen los pies un montón y tengo la cabeza a punto de estallar, así que decido que basta de tiendas. Nos sentamos en la terraza de un bar, aprovechando el rico sol de estos días, y pedimos una ración de calamares y dos Martini. Me deslizo un poco en mi silla para disfrutar más del sol, cierro los ojos y pongo los pies sobre la silla de enfrente.

—Te vendrá bien salir fuera y desconectar — oigo que dice mi madre.

Yo no le contesto. Es la primera vez en toda la mañana desde que he salido de casa que me puedo relajar. Ir de tiendas es agotador y mucho más los sábados. Todo el mundo corriendo para elegir un trapo. Nunca he llegado a entender cómo la gente da tanta importancia a cuatro telas bien cosidas. No estoy diciendo que no me guste la ropa, sino que no hace falta cambiar cada dos semanas de armario. A Sara le encanta ir de compras y no hay semana que no adquiera algo nuevo. No sé cómo lo hace, resulta muy estresante.

—África, ¿has visto a Juan últimamente?

—¿Eh? No. ¿Por qué lo preguntas? —

respondo sin abrir los ojos, tranquila pero a la expectativa.

—No, por nada. Creo que viene hacia aquí.

¿No es ése de enfrente? —Inevitablemente me siento derecha en la silla, es como si un mecanismo de defensa se activara dentro de mí. Y, como si pudiese evitar lo inevitable, me tapo con la mano intentando esconderme—. ¡Oh, no seas idiota! Si te está viendo perfectamente... —me indica mi madre bebiendo de su copa con tranquilidad—. Lo mejor es coger el toro por los cuernos, África. Tú déjame a mí.

—No, mamá. Ni se te ocurra decirle nada — le ordeno mirándola directamente a los ojos para que vea que no bromeo y que no quiero que se meta.

—Bueno, como prefieras. Yo sólo pretendo poner las cosas claras, pero, si quieres, me mantendré al margen —dice suspirando con resignación.

—Gracias, mamá, es todo un detalle por tu

parte —respondo con ironía y sin dejar de mirarla.

Cuando vuelvo a mirar al frente, me encuentro de lleno con una gran sonrisa y unos ojos llenos de entusiasmo. Yo, sin embargo, estoy más tensa que en mi primera revisión ginecológica.

—¡Hola, señoritas! —saluda con entusiasmo.

—Hola —contesta mi madre haciendo un desaire y abriendo una revista que ha cogido de una tienda. La miro con furia pero ella como si nada.

—Hola, Juan. Cuánto tiempo sin verte — Intento disimular, y con ojos suplicantes le indico que haga lo mismo.

—Sí. ¿Os importa que me siente? —pregunta ignorando a mi madre.

Yo me quedo paralizada, no quiero aguantar esta situación tan estresante, pero él parece divertirse.

—Hombre, ya que lo preguntas, te voy a ser sincera: sí nos importa que te sientes. Es más, preferiría que no lo hicieras —responde mi madre con desprecio.

Yo me quedo atónita. ¿Cómo ha podido decir eso? Estoy a punto de montar en cólera, pero guardo ese impulso para cuando estemos las dos solas. Sólo puedo disculparme ante Juan.

—Lo entiendo, Marta, y agradezco tu sinceridad —dice con una risa contenida—. Será mejor que me vaya. —Y veo cómo se marcha sin darme tiempo a pedirle perdón.

Una vez solas, miro perpleja a mi madre, que está tan tranquila.

—¿Eso es para ti mantenerte al margen?! —le suelto con crispación en la voz.

—No te enfades, sólo le he dicho la verdad. ¿O te hubiera gustado que se sentase? —me pregunta a la defensiva.

—No —digo agachando la cabeza—, ¡pero podrías haber sido más amable! ¿No te parece? —le recrimino.

—A veces las sutilezas no te llevan a ninguna parte, es mejor ir directa al grano.

No me apetece discutir, así que lo dejo. Me vuelvo a deslizar sobre la silla y cierro de nuevo los ojos.

—Cuando quieras comer, me avisas —
planteo con resquemor.

Al rato nos vamos a almorzar. Yo me pido unas margaritas de pasta rellenas de queso y nueces con salsa al pesto; mi madre, una lasaña vegetal. Se me ha pasado un poco el enfado, pero aún sigo resentida. Ella lo sabe, por eso no hace otra cosa que hablar sin parar. Y poco a poco consigue que se me vaya olvidando de la vergüenza que me ha hecho pasar.

Cuando salimos, quedamos con mi padre para tomar un café y después los dejo. Quiero descansar un rato antes de salir esta noche.

Llego a casa, miro el móvil y veo que tengo dos wasaps, uno de Sara y otro de Juan. Leo primero el de ella.

Sara: «Esta noche cena en tu casa. Prepara algo bueno. Nos vemos a las nueve».

«¡¿Qué?! No pienso preparar nada», digo en voz alta.

África: «Esta noche cena en mi casa, pero no

tengo nada que preparar. PEDIREMOS CHINO».

Abro el de Juan y me sorprendo al leerlo.

Juan: «Ha sido muy divertido el encuentro con tu madre, la próxima vez recuérdame que lleve un escudo protector».

Me río, por lo menos no se lo ha tomado mal, y le contesto.

África: «La próxima vez le pondré un bozal».

Al segundo tengo su respuesta.

Juan: «No es necesario, ella sólo intenta protegerte».

África: «Sí, pero hay formas y formas. Por cierto, ¿en qué pensabas cuando has sugerido sentarte? ¿En matarme? Porque, si te llegas a sentar, eso es lo que hubiera sucedido».

Juan: «Lo cierto es que se te veía muy tensa. Y ya te he dicho que ha tenido su gracia».

África: «Ja, ja. Me alegro de que te diviertas a mi costa».

Juan: «Venga, no te enfades».

África: «Bueno, te dejo. Quiero tumbarme un rato antes de salir. Si no te contesto es que me he dormido. Te lo aclaro de antemano, no vaya a

ocurrir como el sábado pasado y te montes tus películas, que te conozco».

Juan: «Gracias por la aclaración. Descansa y pásatelo bien».

No le contesto, podríamos estar así toda la tarde y esto es enfermizo.

Cuando me despierto, miro el reloj y veo que aún es pronto, así que me lleno la bañera y me sumerjo dentro. El agua está estupenda y poco a poco mi mente se va desprendiendo de todo. «¡Esto es maravilloso!», digo tranquilamente en voz alta, pero un pitido insoportable decide interrumpir mi oasis de paz y tranquilidad. Estiro el brazo para poder coger el móvil y veo un wasap de Sara.

Sara: «Qué poco te lo curras, África. No nos quieres nada».

Y al final de la frase hay una carita sacándome la lengua.

África: «Cada uno recoge lo que siembra. Lola y tú parece que os habéis compinchado en mi

contra. Por lo tanto, nada de cena sabrosa y elaborada. Eso me impediría hacer lo que estoy haciendo ahora mismo: disfrutar de un plácido y relajante baño. Así que... ¿te importaría no interrumpirme?!».

Le doy a enviar, satisfecha de lo que acabo de escribir. Menos mal que no saben ni la mitad, no me quiero ni imaginar lo pesadas que se pondrían.

Oigo otra vez el móvil y sumerjo la cabeza dentro del agua para evitar ese sonido, pero no puedo contener la curiosidad y al final sucumbo a la tentación para ver qué quiere Sara.

Sara: «Que sepas que mi cosecha es bastante satisfactoria. No como la de otras, que ven el grano sin poder cogerlo».

Esto me deja atónita. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

África: «Yo el grano lo cogí hace tiempo y lo saboreé meticulosamente. Cierto es que en estos momentos se lo ha llevado el viento, pero no anda lejos y tengo un buen rastrillo para recuperarlo. ¿Dónde está tu grano?».

«A ver qué me contestas ahora.»

Sara: «Muy perspicaz, señorita Fernández. Sara no tiene grano todavía, pero su cosecha es prometedora. Esta noche os cuento».

Y mis ojos se salen de las órbitas. No me puedo quedar así.

África: «Me estás diciendo que has conocido a alguien. ¿Cuándo y dónde? Ayer no comentaste nada».

Sara: «¿Qué pasa con la metáfora de la cosecha?».

África: «A la mierda la cosecha. ¿Con quién te has liado?».

Sara: «No adelantes acontecimientos. Esta noche os cuento».

África: «¿Y me vas a dejar así?».

Le mando una carita de demonio.

Sara: «Sí. Ja, ja, ja».

«¡Y encima se ríe!», digo en voz alta.

África: «¡¡¡Guarra!!!».

Le escribo el mensaje y pongo el móvil en silencio. Quiero seguir disfrutando de mi baño.

Son las ocho y media y ya estoy vestida. Me he puesto unos pantalones negros ajustados con una camiseta de gasa negra con lentejuelas. Sara y Lola vendrán enseguida. Estoy impaciente por saber a quién habrá conocido Sara. ¿Quién será? Ayer no nos dijo nada, todo lo contrario, y eso me intriga más aún. ¿Será que lo ha conocido hoy? Me viene bien pensar en otra cosa que no sea Juan, me ayuda a liberar la tensión que sufre constantemente mi cuerpo.

Suena el timbre. Es Lola. Abro la puerta y espero a que salga del ascensor. Ella me saluda con una sonrisa radiante. Está espectacular; lleva un vestido rojo precioso que le moldea el cuerpo de una manera muy sensual.

—¿Cómo quieres que las demás nos comamos una rosca si tú te vistes así? ¡Nos quedamos en desventaja! —le digo entre risas.

—No seas tonta, tú también estás muy guapa con esa camisa transparente. ¿Qué pretendes insinuar, África?, «¡¿Estoy libre y dispuesta a todo?!» —suelta dándome una palmada en el culo.

—No digas bobadas. Puede que esté *libre* —

y cuando digo la última palabra hago un gesto con los dedos índice y corazón simulando poner unas comillas—, pero no dispuesta a todo.

Entramos en casa y antes de cerrar la puerta vuelve a sonar el timbre. Dejo la puerta abierta, quiero enterarme de si Lola sabe algo del amigo misterioso que tiene Sara, pero no tiene ni idea. Las dos nos sobresaltamos cuando cierra la puerta de golpe para que se note que acaba de entrar.

—¿Qué estáis cuchicheando? —pregunta Sara con una sonrisa divertida.

—Ya sabes de qué hablamos. Siéntate, te vamos a someter al tercer grado —dice Lola exigiendo respuestas a preguntas aún no formuladas.

—Creo que es mejor que vayamos pidiendo la cena. Así os hago sufrir un poco.

—Tienes razón, voy a pedirla. Pero no pienses que te vas a librar. —La señalo con el dedo.

—No pretendo librarme de nada, a mí me gusta compartir mis cosas con mis amigas. No como otras, que hay que torturarlas para que

cuenten algo. Y no miro a nadie —dice con retintín y clavándome los ojos.

Yo la ignoro. Qué le voy a hacer, me cuesta hablar de mi vida privada, me lo guardo todo para mí, sí. Pero soy así, siempre he sido así.

Acaba de llegar nuestra cena. Nos sentamos en el suelo alrededor de la mesa y Sara empieza a hablar.

—Ayer, cuando nos fuimos de El Cultural, llegué a casa y en el ascensor subí con un chico muy mono al que no había visto nunca.

—¿Cómo de mono? —pregunta Lola comiendo un rollito de primavera.

—Rubio, ojos azules y labios finos. Bueno, la cuestión es que subí en el ascensor con él y la diosa Fortuna se fijó en mí. Es mi nuevo vecino, ¿os lo podéis creer?! ¡Vivimos pared con pared! —exclama Sara ilusionada.

—No te emociones tan rápido. Lo primero: ¿tiene novia? —pregunta Lola.

—No. Acaba de salir de una mala relación pero está abierto a todo, y cito palabras textuales: «¡Abierto a todo!». —Y su cara se va iluminando

por segundos.

—¿Te enteraste en el ascensor? —digo sorprendida.

—No. ¡¡Cené con él!! —nos cuenta chillando.

Nosotras nos quedamos alucinadas; Sara nunca es tan lanzada, más bien ésa es Lola.

—¿Cómo que cenaste con él? —demando sin terminar de creérmelo.

—Estuvimos hablando en el rellano y una cosa llevó a la otra. Le dije que era tarde, que estaba muy a gusto pero que seguramente tendría que cenar y yo se lo estaba impidiendo. Él me contestó que odia comer solo. Y, que yo sepa, eso es una indirecta en toda regla, así que me lancé a la piscina y lo invité a cenar.

—Estás aprendiendo, así me gusta —comenta Lola satisfecha.

—¿Os acostasteis? —le pregunto yo.

—¡No! ¡¿Pero qué dices?! ¡Lo acabo de conocer! Le comenté que hoy salía a dar una vuelta con unas amigas, que si quería podíamos quedar después.

Lola la mira sin entender, para ella eso no

sería un impedimento.

—¿Y qué te contestó? —pregunto ansiosa.

—Que me llamaría. Le di mi teléfono, pero aún no me ha llamado.

—Bueno, dale tiempo, tal vez sea tan tímido como tú. Muy lejos no puede ir, sabes dónde vive —dice Lola riéndose.

Terminamos de cenar y nos vamos. Lola y Sara han bebido durante la cena, pero yo no, así que les digo que voy a coger el coche. Además, hoy no estoy muy animada y seguro que no bebo en toda la velada.

Vamos al mismo bar del sábado anterior, está tan lleno como el otro día. Nos sentamos a una mesa y Lola va a la barra a pedir.

—¿Dónde está mi Coca-Cola? —le digo yo ceñuda viendo el Malibú con piña que me trae Lola.

—¡No pretenderás aguantar toda la noche a base de Coca-Cola, ¿no?! —pregunta ésta.

—¡Lola, he traído coche, no puedo beber!

—Claro que sí. Puedes dejarlo aquí y mañana venimos a por él. Sé lo que pretendes y no te va a

funcionar.

—Yo no pretendo nada —miento, aunque no sé a quién estoy engañando.

Por lo que se ve, a mis amigas, no. Me fastidian todos mis planes: hubiese sacado cualquier excusa de última hora para no salir de casa. Van y se presentan en mi casa para evitarlo. Y ahora, ilusa de mí, he cogido el coche para poder escaquearme pronto y Lola me ha pillado de lleno. Cojo el Malibú con piña y bebo con resignación.

—Sois unas víboras. Las dos —les digo señalándolas con el dedo muy seria. Ellas chocan sus copas y se ríen.

Después de varias copas, salgo a la pista de baile con Sara. Lola se queda hablando con un chico del trabajo. Al final, inevitablemente, me he animado y me lo estoy pasando bien. Lola se acerca con una sonrisa juguetona, alguien va detrás de ella. No consigo ver muy bien quién es entre tanta gente, pero parece un chico. Mis pies se

detienen cuando veo de quién se trata: es Oliver. «Tierra, trágame», digo en voz alta y sin dejar de parpadear. Sara me pellizca el culo para que reaccione y, aunque me ha hecho daño, se lo agradezco.

—¡Mirad a quién me he encontrado! — exclama Lola guiñándome un ojo.

Sara se acerca a mi oído y me susurra: «Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va hacia Mahoma». Yo la fulmino con la mirada. Ahora lo veo todo claro: lo tenían planeado desde el principio. No me lo puedo creer. Se supone que son mis amigas. «Que sepas que ésta os la guardo», le digo a Sara a su oído, pero ella se ríe.

—Hola, Oliver —saludo un poco fría.

—Hola, África. Últimamente nos vemos mucho. Debe de ser cosa del destino.

«Más bien de las perras de mis amigas, diría yo», pienso a la vez que pongo una fingida sonrisa.

—Sí, eso parece.

—Me ha dicho Lola que te vas a apuntar al gimnasio.

—Me lo estoy pensando.

Lola me da otro pellizco y yo chillo. Oliver se da cuenta y se ríe.

—No seas tan borde, África. El chico no tiene la culpa de que tus amigas sean unas víboras —me susurra Lola, y veo que tiene razón.

—Lola quiere que la acompañe, pero a mí me da mucha pereza, lo de sudar no es lo mío —le digo a Oliver un poco más amable.

—Entonces mis clases son perfectas para ti. Yo doy yoga, la gente lo asocia con estiramientos, pero no es sólo eso, todos los movimientos tienen un fin: el de serenar la mente, conocer más el propio cuerpo y mejorar todas las funciones vitales. Tienes que animarte, África. Lo pasaremos bien.

—No sé... ya me lo pensaré.

—Vente un día a probar, sin compromiso. Si no te gusta, no pasa nada —propone animado.

—Bueno, ya veremos. Igual la semana que viene acompaño un día a Lola.

—Además, tienes enchufe con el profesor. Lo sabes, ¿verdad? —Yo trago saliva, eso no me lo esperaba, y sin darme cuenta me coge de la cintura

y se acerca a mí para bailar.

Mi cabeza no funciona correctamente, me siento incómoda. Me da la sensación de estar traicionando a Juan. Pero ya no estoy con él y tampoco hacemos nada malo, sólo estoy bailando con un chico guapísimo que al parecer quiere ser algo más que mi profesor de yoga.

Oliver me sonrío y yo veo a cámara lenta cómo se va acercando a mi boca. Pero antes de que me bese, tropiezo y él me tiene que agarrar, y me quedo más indefensa, más cerca de su boca. Cojo una gran bocanada de aire y le pongo la mano sobre sus labios para impedir su trayectoria.

—Perdona, Oliver, pero no sé si quiero esto. Mejor dicho, sé que no lo quiero. Eres un chico guapísimo al que seguramente en otras circunstancias... me llevaría a casa sin pensármelo dos veces. —Él se ríe y muestra una sonrisa preciosa—. Pero estoy con alguien. Bueno, eso no es del todo cierto, ya que nos estamos dando un tiempo, pero lo sigo queriendo y de momento no estoy preparada para esto.

—Lo entiendo, y valoro mucho la sinceridad

en las personas. A mí también me habría gustado que me llevaras a tu casa, creo que lo habríamos pasado bien, muy bien —dice sensualmente acercándose a mi oreja y dándole un pequeño beso en el cuello.

—Yo también creo que lo podríamos pasar bien —le respondo en un susurro.

—África —dice para que lo mire a los ojos —, creo que por ti merece la pena esperar. —Y en sus ojos veo sinceridad.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Adiós, Oliver —me despido para luego perderme entre la multitud.

Necesito tomar el aire, mi libido se ha disparado. Menos mal que mi corazón no estaba ahogado por el alcohol y ha dado la voz de alarma al cerebro para que yo reaccionase. Si me llego a guiar por mis instintos, mañana me hubiera arrepentido, y ya tengo bastantes problemas en la cabeza como para ocuparme de uno más.

Voy dando tumbos entre la gente, estoy aturdida y no consigo dar con mis amigas. Veo la puerta y voy directa a ella. Necesito aire y, sin

darme cuenta, nada más salir por la puerta choco con alguien. Estoy tan desconcertada que no me paro a mirar su cara.

—Lo siento —digo sin levantar la cabeza.

Noto cómo tiran de mi brazo, pero yo sigo mi camino.

—¡África! —exclama una voz familiar y sin soltarme el brazo. Yo levanto los ojos y sus manos me rodean por los hombros—. ¿Te pasa algo?

¡Oh, Juan, mi Juan! Mi caballero andante con reluciente armadura ha venido a rescatarme de las garras de la tentación. Y suspiro aliviada por encontrarlo aquí fuera, en la puerta. Si llega a verme hace unos minutos en la pista de baile... No quiero ni pensarlo.

—¿Estás bien? —Su voz me saca de mis pensamientos.

—Sí. Necesitaba algo de aire, ahí dentro hay mucha gente y me estaba agobiando. —Lo miro a los ojos y veo que se tranquiliza.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio más tranquilo? —me pregunta sin soltarme.

—¿Y tú qué haces aquí? —le digo sin

responder.

—He venido con Luis y Bea —responde señalando a su hermano.

—¿De qué me suena esa chica? —le cuestiono mientras saludo a su hermano con la mano.

—Trabaja en el súper de al lado de casa y la viste subirse a mi coche. Seguro que te suena de eso —dice riéndose.

—Seguro que sí. —Y termino riéndome yo también—. Me acuerdo perfectamente de esa noche.

—Y yo. No dormí muy bien, ¿sabes? —confiesa mientras me toca suavemente la cara.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco dormí bien. —Ni ésta, ni la anterior, ni otras muchas, pero eso no se lo cuento. Él se queda pensativo con la mirada triste—. ¿Quieres que te explique un secreto? —le digo alegremente para sacarlo de sus tristes pensamientos.

—¡Claro! —contesta con una media sonrisa.

—Te mentí. —Juan arquea las cejas—. Estaba en el parking cuando me llamaste. Me

tendrías que ver, parecía un detective privado.

Yo me río contándoselo, pero al parecer a él no le hace tanta gracia como esperaba.

—¿Y por qué lo hiciste?

Me encojo de hombros.

—Estaba furiosa, Juan. Y, si llego a estar cerca de Bea, te aseguro que ahora llevaría peluca.

—Él se echa a reír. Es una risa contagiosa y la tristeza que había en sus ojos ha desaparecido—. Tengo que volver. Las chicas me estarán buscando. No las he avisado de que salía fuera.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, será mejor que no. Me ha gustado volver a verte. —Me pongo de puntillas, le doy un breve beso en los labios y me voy.

—A mí también, África —sé qué dice, pero ya no puedo oírlo.

Cuando entro, Sara y Lola están buscándome.

—¿Dónde estabas? No te veíamos — reprocha Sara preocupada.

—He salido fuera a tomar el aire. Me voy a casa, chicas, estoy muerta.

—Nosotras también —dice Lola, que

entrelaza su brazo con el mío—. Además, así nos cuentas. ¿Qué tal con Oliver?

Una sonrisa diabólica asoma por mi cara. Ellas están sedientas por saber, pero se van a quedar con las ganas.

—No os lo voy a contar. Os lo merecéis por prepararme semejante emboscada.

Veo cómo se les descuelga la mandíbula, y yo disfruto triunfante. Cuando salimos las tres, Juan sigue en la puerta. Le digo adiós y le lanzo un beso mientras le guiño un ojo.

—Y eso tampoco os lo contaré —les suelto disfrutando dulcemente de mi venganza y viendo sus caras desencajadas.

CAPÍTULO 12

Lola y yo acabamos de llegar a nuestro hotel. Es precioso; tiene una entrada muy amplia decorada con butacas de mimbre y pequeñas mesas del mismo material. Hay muchas palmeras y plantas que le dan al lugar un punto exótico. En el centro del salón veo una enorme fuente que produce un sonido muy agradable. Lola se acerca a recepción, habla con el chico y me llama. «África, vamos. Nuestra habitación ya está preparada», dice.

Cuando subimos, descubro un espacioso dormitorio con vistas al mar. Hay dos camas enormes y tabiques de mimbre separando dos espacios, el baño y una especie de saloncito.

—¡Qué pasada, Lola, esto es fantástico!

—La verdad es que está muy bien, pero tampoco esperaba menos. Me voy a dar una ducha rápida y bajaremos a comer algo. Después tengo que trabajar. Estaré ocupada toda la tarde. Lo

siento.

—Tú tranquila, me las apañaré. Voy a tumbarme en una de esas magníficas tumbonas de la playa y no me moveré de allí. Esto es lo que me hacía falta, Lola. Gracias.

—La pena es que Sara no ha podido venir, así no estarías sola.

—No te preocupes, de verdad.

Bajamos a comer. El salón está muy iluminado y dividido en dos zonas, una exterior y otra interior. En la primera se puede ver un pequeño lago que termina en una cascada cubierta de todo tipo de vegetación. Es todo muy bonito.

Comemos una ensalada y poco más. No tenemos mucha hambre. Lola se va a trabajar y yo me dirijo a la habitación a ponerme mi minúsculo bikini nuevo. Me miro frente al espejo para ver cómo me queda y una sonrisa traviesa aparece en mi cara. Saco el móvil de mi bolso, me hago una foto y la mando. Al segundo obtengo respuesta y eso me divierte: «¡Bonito bikini!», me escribe

Juan. Esperaba más al mandarle la imagen, pero supongo que estará liado, al fin y al cabo está trabajando.

Me pongo una camisola, cojo una pequeña bolsa y me voy a la playa. Hace un día precioso y la temperatura es buenísima para ser primeros de mayo. Aquí ya parece verano.

Estoy dormida y un sonido me despierta de golpe. Cuando localizo en mi bolso al culpable del ruido, veo que tengo una llamada perdida de Sara y otra de mi madre. Estoy demasiado somnolienta para nada, así que hundo la cabeza entre los brazos y sigo durmiendo. Esto es lo que necesitaba, un poco de paz, tiempo para estar sola y no pensar en nada.

Me despierto un poco acalorada y me voy a dar un baño. El agua está estupenda y es una agradable sensación la que siente mi cuerpo al estar en las deliciosas aguas del Atlántico. Cuando salgo decido contestar mis llamadas perdidas.

Mientras hablo con mi madre el móvil vibra

indicándome que me están llamando. Al colgar, miro la pantalla y veo que era Juan. Una sonrisa se dibuja en mi cara y antes de llamar a Sara marco su número.

—¿Qué pasa, guapa? —Su voz es alegre y juguetona.

—Aquí estoy, tirada en la playa.

—¿Y Lola?

—Trabajando. Hasta la cena no estaré con ella.

—¿Estás sola?

—Claro, no me hace falta nadie para disfrutar de todo esto.

—Pensaba que algún chico ya habría intentado ligar contigo. ¡Con ese minúsculo bikini no sería nada extraño!

—¿Te gusta?

—Me gustaría más si yo estuviese allí. Podría disfrutar mejor de la vista. —Me río—. ¡¿Sabes?! Cuando me has mandado la foto estaba reunido, y he tenido que hacer un gran esfuerzo para controlar mi excitación. —Su voz es sensual y sugerente.

—Ah... ¿sí? —pregunto incitándolo a que siga.

—Sí. Es más, creo que sabías el efecto que iba a tener en mí. Sinceramente estoy deseando verte con ese biquini, para poder quitártelo.

—Eso va a ser un poco complicado.

—¿Por qué lo dices?

—Ya sabes: tu tiempo, mi espacio...

—Bueno, creo que podremos llegar a un acuerdo. ¿No te parece? —En su voz se percibe su excitación y eso me gusta.

—No me agrada mucho hacer tratos con abogados, al final ellos siempre se quedan con la mejor parte —digo seriamente, mientras una oleada de sensaciones invade mis entrañas.

—Cierto. En eso te doy la razón. ¿Y qué propones? Sé que estás pensando en algo, Afri —dice con un susurro.

—Así es —respondo con voz sugerente y traviesa.

—¿Y bien? Estoy deseando escuchar tu propuesta. Soy todo oídos. —Su voz es penetrante y tiene un efecto en mi cuerpo muy abrasador.

—¿Dónde estás? ¿Estás solo? —Sé que esas dos preguntas lo han desconcertado por completo.

—Sí, estoy solo. Estoy en casa. ¿Por qué lo dices?

—Vale. Te llamo en diez minutos.

Cuelgo el teléfono y recojo rápidamente todas mis cosas. Subo a mi habitación y, cuando llego, compruebo que Lola no está. Miro el reloj y veo que tengo tiempo de sobra, así que llamo de nuevo a Juan.

—Hola —le digo con un tono de voz dulce y suave.

—¿Por qué me has colgado? —pregunta con incertidumbre.

—Shhh —contesto indicándole que se calle, que no diga nada. Mi respiración se acelera con sólo recordar lo que tengo pensado—. Ahora mismo he subido a mi habitación. Estoy sola y muy caliente. ¿Tienes alguna idea de cómo solucionar este problema? —Mi voz es aterciopelada y sensual.

—Hum... —No dice nada, pero contesta afirmativamente. Oigo su respiración a través del

teléfono y eso me excita—. Tengo unas cuantas ideas pero... sorpréndeme, Afri —suelta saboreando cada una de las palabras.

—Está bien. —Abro el grifo para llenar la bañera y mi voz se convierte en un susurro—. Tengo la piel pegajosa, Juan. Y sabes cuánto odio esa sensación, así que voy a tener que meterme en la bañera. ¿Quieres que me bañe?

—Lo estoy deseando, Afri. —Su voz es ardiente.

—El agua ya está caliente, así que voy a quitarme este biquini y voy a quedarme desnuda. —Trago saliva y sigo—. Pongo el manos libres, ¿vale? —digo dejando el teléfono en el borde de la bañera.

—De acuerdo, Afri —responde jadeante.

—El agua acaricia mi piel y me imagino que son tus manos las que se deslizan por mis pechos. ¡Oh, Juan, cuánto me gusta esto...! —Noto cómo mi respiración se acelera.

—Quiero que uses las manos, Afri. —oigo a través del teléfono con un punto de lujuria en su voz.

—Todo a su debido tiempo, Juan, no seas impaciente. ¿Sigo? —pregunto con un tono de voz erótico y sugerente.

—Por favor.

—Toda mi piel se eriza. Estoy muy excitada.

¿Tú estás excitado?

—Mucho —logra decir haciendo un esfuerzo

—. Sigue, por favor —suplica.

—Voy a deslizar poco a poco las manos sobre mi piel; empiezo por las piernas y voy subiendo. Y en lo más alto de mis piernas mis manos se detienen, justo ahí, acariciándome en ese punto, donde más me gusta. ¡Oh, Juan! —digo gimiendo—. Ahora continúan su camino. Suben por mi abdomen y llegan a mis pechos. Los cojo, los aprieto suave y delicadamente. ¿Sigues conmigo, Juan?

—Siempre —dice jadeando.

—Eso me gusta. —Yo me estremezco, es una sensación muy agradable—. ¿Qué tal vas, Juan?

—¡Joder, África, me tienes a punto! — exclama rogándome que siga.

—Shhh... Tranquilo, cariño, ya falta poco —

le digo con una voz suave—. ¿Te estás tocando?

—Sí. —Mis oídos se deleitan al oír esas palabras.

—¿Y cómo está?

—Dura. Como a ti te gusta. —Saboreo sus palabras.

—Bien. ¿Quieres que continúe?

—Sí, por favor. —Salgo de la bañera y con el cuerpo aún húmedo voy a la habitación—. Juan, ahora voy a untar toda mi piel con aceite, y lo voy a hacer despacio, muy despacio. Mis manos van a ir subiendo poco a poco por mis piernas, recorriendo cada centímetro de mi piel y disfrutando del placer que esto me produce. Hum... Este aceite huele muy bien, Juan... —Me meto los dedos en la boca y digo—: y sabe aún mejor. Me gustaría que estuvieses aquí para que lo probases. Juan, ¿sigues conmigo? —Vuelvo a preguntarle.

—Sí, Afri. Siempre.

—Bien, prepárate —digo susurrando—. Con una mano me acaricio los pechos, los pezones, y éstos se ponen duros por la excitación. La otra la hundo en lo más profundo de mi ser, suave y

rítmicamente. ¡Uf, esto me gusta! Juan, quiero que te corras ahora —digo con voz entrecortada. Todo mi cuerpo se contrae y explota en un mar de sensaciones que me producen un gran placer. Me dejo caer sobre la cama y me quedo quieta, boca abajo. Oigo la voz jadeante de Juan al otro lado de la línea y eso hace que en mi cara se dibuje una sonrisa. Cojo el móvil y quito el manos libres—. ¿Sigues conmigo, Juan? —pregunto ahora más tranquila y relajada.

—Siempre —dice de nuevo—. ¡¡Joder, Afri!! Esto ha estado muy bien, me ha gustado mucho.

—A mí también.

Pasan unos segundos y ninguno de los dos dice nada. Permanecemos callados cada uno en nuestro pequeño paraíso. Al final es Juan quien rompe el silencio.

—Me vuelves loco, Afri.

—Y tú a mí. Creo que he solucionado bien el problema. ¿No te parece? —comento entre risas.

—Lo has solucionado perfectamente. Propuestas así estoy dispuesto a oír todos los días.

—Lo tendré en cuenta.

—Afri... —dice pensándose detenidamente lo que quiere decir.

—¿Sí?

—Cuando vuelvas... tendremos que replantearnos el tema espacio-tiempo.

—Lo estoy deseando, Juan. —«Lo estoy deseando», repito en mi cabeza. Oigo la puerta de la habitación—. Te tengo que dejar. Viene Lola.

—Vale, Afri. Pásatelo bien. Adiós. —Y antes de que pueda contestarle, cuelga.

Lola entra en la habitación y me ve tumbada en la cama, boca abajo y desnuda. Arquea una ceja y se deja caer sobre su cama.

—Estoy agotada —dice expulsando el aire por la boca. Se vuelve para mirarme mientras apoya la cabeza sobre su brazo—. ¿Qué haces así?

Yo la miro desde mi nube y con una sonrisa llena de satisfacción le respondo:

—Dándole un empujoncito a Juan.

Lola abre los ojos atónita y las comisuras de su boca se elevan dejando ver una gran sonrisa.

—¿Y ha tenido el efecto deseado?

—Más del que esperaba —respondo un poco

avergonzada.

—Vamos a vestirnos y me cuentas todos los detalles durante la cena.

Cuando estamos terminando de cenar, un chico joven de pelo oscuro y piel tostada se acerca a nuestra mesa y con una amplia sonrisa nos pregunta si puede sentarse con nosotras. Lola lo mira con seriedad y un sutil rubor aparece en su cara. Yo la miro detenidamente. No sé por qué, pero creo que hay algo entre ellos. Lola no le contesta y el chico no se mueve, sigue junto a la mesa esperando una respuesta afirmativa. Yo observo la escena atónita; se están echando un pulso y ninguno tiene intención de ceder, así que soy yo quien al final le digo que se siente. Lola me mira con mala cara y a él le dedica una sonrisa victoriosa.

—Hola, soy Yago. Soy los ojos, los oídos y la mano derecha de Lola aquí en las islas, aunque me gustaría ser algo más —suelta sin dejar de mirarla.

Yo me quedo helada. Lola no dice nada pero está que echa chispas.

—Yo, África —respondo desconcertada—, una amiga que necesitaba urgentemente desconectar de todo.

Nunca había visto así a Lola. «¿Qué está pasando aquí?»

—Entonces has venido al sitio adecuado.

—Sí. Creo que sí —le digo intentando encontrar una explicación a esto.

—¿Has estado allí? —me pregunta pillándome por sorpresa.

—¿Dónde? —contesto girando sobre mí y mirando en todas las direcciones.

—En África —dice divertido.

—No, nunca. Pero me gustaría mucho.

Por alguna extraña razón, Lola está nerviosa.

—Deberías ir, es una tierra preciosa. Y además llevas su nombre.

Yago no está nervioso. A él se lo ve seguro de sí mismo y disfrutando del momento.

—Sí, algún día.

Observo a Lola. Esta rígida y no para de

mirarlo. En sus ojos hay algo que no logro identificar. Rabia, deseo... no estoy segura.

—Nosotros tenemos allí varios hoteles. ¿No te lo ha dicho Lola? —pregunta sin prestar atención a la mirada enfurecida que ella le lanza. Hasta yo me siento intimidada, pero él parece muy tranquilo.

—No, la verdad es que no lo sabía —respondo intentando dar con una explicación coherente a todo esto. La tensión es palpable, aunque él parece indiferente. Lola está cada vez más desesperada; no controla esta situación y veo que eso le produce una profunda irritación. Al final, para que no padezca una combustión espontánea, decido dejarlos solos—. Siento tener que abandonaros, pero debo hacer una llamada. Me ha gustado mucho conocerte, Yago —digo con una sonrisa—. Lola, si me necesitas estaré en el bar o en la playa. —Ella me lo agradece con la mirada.

Es de noche y la playa está desierta, excepto

por una pareja que se ve a lo lejos. La luna luce radiante en el horizonte. Es una luna llena que ilumina toda la playa. Yo me descalzo para notar la arena bajo mis pies. Me gusta esta sensación de paz.

Me siento y empiezo a divagar sobre la relación que tienen Lola y Yago. «Lola nunca nos ha hablado de él. Aunque sabemos de sobra que se suele liar con compañeros de trabajo, esto no parecía un lío casual y esporádico. No sé, algo me tiene desconcertada. Que yo sepa, Lola no ha tenido nunca una relación estable excepto con Marcos, con el que sigue teniendo una historia un poco extraña.»

Marcos es un hombre mayor que Lola y está casado. Lola estaba perdidamente enamorada, hasta el punto de pedirle que dejara a su mujer por ella. Él se negó y entonces Lola rompió. Recuerdo lo mal que lo pasó por aquella época. Después de un tiempo, Marcos y Lola coincidieron en un acto benéfico y él le suplicó que volviera con él. Lola accedió, aun sabiendo que nunca iba a dejar a su mujer, pero puso una condición: ella podría tener

todos los líos y las relaciones que quisiese y él tendría que serles fiel a su mujer y a ella. Sería Lola quien decidiría en todo momento cuándo acabaría esa relación tan enfermiza que hoy por hoy todavía mantienen.

No se ven muy a menudo, cada uno o dos meses, que yo sepa. A veces quedan un día; otras, un fin de semana, y muchas, un par de horas. Estas últimas suelen ser las más comunes. Se ven en el piso de Lola y ya no vuelven a quedar hasta el mes siguiente. Ni siquiera se llaman, a no ser que sea para concretar una cita.

«Pero este chico, Yago, parece que quiere algo más. ¿Algo que Lola será capaz de darle? No lo sé, el tiempo lo dirá», pienso.

Es tarde y Lola aún no me ha llamado. Supongo que seguirá con Yago. Antes de subir a la habitación, decido pasarme por el bar de fuera para tomar una copa. Pido un licor de melocotón mientras espero a mi amiga.

Hay un chico que me mira continuamente. Es mono. Me estoy poniendo nerviosa y no paro de comprobar si me sigue mirando. Me sonrío y

levanta su copa. No estoy interesada en nadie que no sea Juan. Es halagador, pero paso de líos, así que me hago la loca.

Veo que se acerca y no sé qué hacer. Un suspiro de alivio sale de mi garganta cuando oigo a lo lejos a Lola. Miro en la dirección de donde procede su voz y voy acortando la distancia que hay entre ella y yo, pero una mano me detiene con fuerza y una mirada sombría se cruza con la mía. Yo lo miro furiosa y, con voz crispada, le exijo que me suelte. Él se ríe; un fuerte olor a alcohol impregna mi cara. Está borracho y no me hace caso. Veo cómo su cara se va acercando a la mía. Mi grado de nerviosismo aumenta y comienzo a sentirme intimidada. No sé si es por eso o por qué, pero en menos de un segundo mi pierna se eleva e impacta directamente en su entrepierna. No me ha gustado cómo me miraba y mucho menos notar su mano sobre mi culo, así que no me arrepiento de lo que acabo de hacer. Veo cómo el chico se dobla sobre sí mismo y yo camino hacia Lola, que me mira alucinada.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta un poco

nerviosa—. ¿Estás bien?

—Pretendía besarme. No me soltaba y me ha tocado el culo. Pero estoy bien.

—Ya veo que estás bien. Cualquiera se mete contigo —dice levantando las manos—. Eric, llama a seguridad, por favor —le pide al camarero. Me agarra del brazo y nos vamos hacia la habitación.

—¿Qué hay entre Yago y tú? —pregunto en el ascensor.

—No es nada. Nos hemos liado un par de veces, eso es todo.

—Creo que él quiere algo más.

—Ya lo sé. Yago es un buen chico, y guapo, pero ya sabes que las relaciones y yo... Bueno, que no son lo mío.

—¡Lola! ¡Porque una relación te haya fallado no todas tienen que fallar! Yago parece buen chaval y se nota que le gustas. Date una oportunidad y olvídate de esa relación enfermiza que mantienes con Marcos. Eso no te lleva a ningún sitio y la única que sale perjudicada eres tú. ¿No lo ves?

—Puede que tengas razón, África, pero ahora no es el momento. No estoy preparada para volver a pasar por lo que pasé cuando Marcos no quiso saber nada de mí.

—Esto es diferente. Podrías tener a cualquier chico con el que compartir lo bueno, lo malo y lo peor. Con quien hablar, reír y llorar. Con Marcos no tienes nada de eso y encima lo tienes que compartir con su mujer. Él sólo te quiere para su disfrute personal.

—No digas eso, África. Lo que Marcos y yo tenemos es algo difícil de explicar, pero él me quiere. Lo que pasa es que tiene que ser diferente.

—¡No digas tonterías, Lola! Si te quisiera de verdad, dejaría a su mujer por ti, y eso ya te ha dicho que jamás lo hará. ¿Por qué te obcecas en una relación sin futuro cuando tienes un millar de posibilidades mucho mejores?

—Tú no lo entiendes, África.

—¡Pues explícamelo!

—Déjalo. Ya es tarde y mañana madrugo — dice con firmeza.

—Como quieras, Lola. Pero no creo que

realmente deseas eso. Estás viviendo en el pasado. Y ni siquiera te das la oportunidad de vivir una relación de verdad. Tienes miedo a que te vuelvan a hacer daño. Por eso no lo intentas.

—África, te lo pido de verdad, no sigas por ahí... Ya te lo he dicho, no es el momento. —Más que una orden es una súplica.

—Está bien, Lola. Sólo te pido que pienses en lo que te he dicho.

—Lo haré. —Se mete en la cama y se duerme.

Yo salgo a la terraza con el móvil y cierro la puerta para no despertar a Lola. Marco el número de Sara, pero no contesta. Miro el reloj. No es tan tarde, son las diez y cuarto aquí, así que en la península son las once y cuarto. Vuelvo a intentarlo.

—¡Ya era hora! ¡Te he llamado tres veces! —dice Sara un poco enfadada por no haberle devuelto las llamadas.

—Lo siento, Sara. He estado liada —me excuso para no tener que darle más explicaciones.

—¡África! Estas de vacaciones. Lola trabaja;

por lo tanto, tú te quedas sola. ¿Se puede saber con qué demonios has estado liada? —Su voz exige una justificación y yo suspiro. No era de mí de quien quería hablar. Al final termino contándole todo lo que he hecho durante el día. No me paro en los detalles, pero sí le digo lo fundamental—. Tenías razón, África. Te ha cundido mucho el día —dice riéndose.

—Sara, quiero contarte algo. —Mi tono de voz ha cambiado y ahora es serio—. Estoy preocupada por Lola.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —Percibo la angustia de Sara a través del teléfono.

—Creo que no. Hay un chico aquí muy majo, de unos veintiocho años más o menos. Se llama Yago, trabajan juntos. Lola dice que se han liado un par de veces, pero, por cómo se comportaba él, yo creo que alguna más. Bueno, el caso es que Yago querría algo más y me parece que a Lola no le importaría, pero tiene miedo. Ya sabes, lo de Marcos la dejó muy mal, aunque no pensaba que tanto. Nunca le hemos dicho nada de su relación con Marcos, pero no es buena para ella. Lola cree

que lo tiene todo bajo control y no es así. Pienso que es una coraza.

—¿Sí? Lola siempre ha tenido las cosas muy claras.

—Eso es lo que ella dice. Sabe lo que quiere, pero no lo tiene como ella se merece, y eso le termina afectando. Nunca mantiene una relación larga con ningún hombre.

—Ya, en eso tienes razón. Le habría gustado que ese cabrón dejara a su mujer por ella.

—Eso al final le está pasando factura. Se ha metido en un círculo vicioso del que no sabe salir. Siempre ha maneja la situación porque los chicos que se ligaba eran como ella, no querían más que sexo.

—Pasárselo bien un par de noches y listo — dice Sara al otro lado del teléfono.

—Así es. Y eso le permitía tenerlo todo bajo control. Cuando algún chico se interesaba un poco más de la cuenta, era Lola quien terminaba la relación y, como no lo volvía a ver, se acababa el problema.

—Pero con Yago no.

—Veo que me vas entendiendo. Yago quiere algo más y, por lo que he visto, hoy está dispuesto a todo. Pero Lola tiene miedo.

—A Yago lo debe seguir viendo, por eso le resulta imposible manejar la situación.

—Es más: creo que, si fuese un simple empleado, se habría encargado de quitárselo de en medio. Pero, por lo que sé, tiene un cargo importante, casi tanto como el de Lola. Él dijo que era su mano derecha en las islas.

—¿Y a Lola le gusta?

—Estoy segura. Tendrías que haberla visto, Sara. Estaba ansiosa, intranquila, pero a la vez en sus ojos había un brillo... No sé, ya te digo que nunca la había visto así.

—¿Y qué tienes pensado?

—No lo sé. He intentado hablar con ella, pero se cierra en banda. Y luego decís que soy una caja hermética. —Me río—. Puede que yo sea eso, pero Lola es un bomba de relojería y, si se abre de la forma incorrecta, te aseguro que explotará. Y no quiero ni imaginarme cómo tendremos que recoger sus pedazos esta vez. Lleva demasiado tiempo

fermentando todo eso dentro.

—Habla con Yago —dice sorprendiéndome por completo.

—¿Y qué le digo? No lo conozco de nada.

—Bueno, si en serio le importa Lola, te querrá escuchar. Y de esta manera tú podrás saber qué es lo que quiere de verdad.

«Sara es brillante cuando se lo propone», pienso.

—¿No será meterme donde no me llaman?

—Tú sólo ten en cuenta que, si fuese al revés, Lola no se lo pensaría dos veces.

«En eso tiene razón. Aún recuerdo su intervención la noche de la foto con Oliver.»

—Cierto, Sara. Mañana me las ingeniaré para localizarlo y hablar con él. Sólo espero que Lola no nos pille.

—Por tu propia seguridad, yo también lo espero —dice con una risa contagiosa y acabamos riéndonos las dos.

—Bueno, Sara, te dejo. Tengo que reflexionar acerca de qué le voy a decir a Yago mañana.

—Mantenme informada.

—Cuenta con ello —le respondo como despedida y colgamos.

Me quedo un par de minutos contemplando la luna y respirando esta paz que me ayuda a pensar con claridad antes de meterme en la cama.

«No sé cómo me las voy a apañar para hablar con Yago. Siendo sus ojos, oídos y su mano derecha, supongo que estarán todo el día juntos. Pero algo se me ocurrirá. ¡Tampoco tiene que ser tan difícil! Lo malo es... ¿cómo lo puedo localizar? No sé nada de él, ni siquiera su apellido. Por aquí todo el mundo debe de conocerlo, al igual que a Lola. Pero ¿cómo pregunto por él?» Y divagando en esa idea, me quedo profundamente dormida sobre mi cama.

CAPÍTULO 13

Lola está vestida cuando abro los ojos. Me estiro sobre la cama, he dormido como los ángeles.

—¿Qué hora es? —pregunto mirándola.

—Son las siete y media, vuelve a dormir. No quería despertarte —dice aplicándose un poco de maquillaje.

—Sí, creo que haré eso —respondo y me cubro con la almohada. Pero hay un interruptor en mi cerebro que me recuerda que hoy tengo una misión—. Lola, ¿has pensado algo de lo que hablamos anoche?

—África, es muy pronto, vuelve a dormirte —responde con una evasiva.

—No me acuerdo de cómo se llamaba ese chico, el que se sentó con nosotras. Parecía majo y es guapo —comento haciéndome la tonta.

—África, vuélvete a dormir —insiste poniendo los ojos en blanco.

—Te prometo que me dormiré si me dices cómo se llama —contesto con una sonrisa de niña buena.

—Yago, se llama Yago —responde con un suspiro lleno de irritación.

—¿Y su apellido es...?

Lola se gira completamente para poder ver mi cara y cierra un poco los ojos intentando leer mi mente.

—¿Y qué más da cómo se apellida?! —pregunta estudiando cada uno de mis movimientos, intentando averiguar lo que pretendo.

—Simple curiosidad. —Me encojo de hombros.

—Guárdate tu curiosidad, África. No quiero hablar de eso otra vez. Y ahora duérmete. —Su voz es dura y no bromea, así que dejo el tema.

—¿Comeremos juntas?

—Lo intentaré, pero a media mañana te lo confirmo. Siento estar tan liada, pero mis viajes son así: trabajo, trabajo y trabajo.

—Ya lo sé, Lola, y me da igual, de verdad. Sólo necesitaba tiempo para aclarar mis ideas y

ver las cosas claras, y eso lo estoy consiguiendo.

—Entonces me quedo más tranquila. Me sentía un poco culpable de no poder estar contigo.

—No lo hagas. Además, si no quedamos, igual me voy a hacer algo de turismo y como cualquier cosa.

—¿De verdad? Yo casi lo prefiero. Pero por la noche te compensaré, te lo prometo.

—Venga, vete —le digo tirándole una almohada.

Lola se va y yo permanezco en la cama pensando en cómo hablar con Yago. Tal vez él sí pueda quedar para comer. Aún es pronto, así que vuelvo a dormirme.

Cuando me despierto de nuevo son las nueve y media. Salgo de la cama de un bote, me ducho y me pongo una camiseta blanca, unos pantalones cortos y las deportivas. Bajo al salón a desayunar y, como diría Sara, la diosa Fortuna me sonrío.

—Buenos días, África —saluda Yago cuando sale del comedor con unos papeles en la mano.

—Buenos días. —Y una sonrisa de oreja a oreja aparece en mi cara—. Pensaba que estarías

con Lola.

—Ahora se encuentra reunida. Pero en quince minutos estaré con ella. ¿Quieres que le diga algo?

—No. Más bien todo lo contrario. Realmente es contigo con quien quería hablar. —Lo miro a los ojos y veo que está desconcertado. No sabe qué decir—. Quiero hablar de Lola, sólo eso —le digo tranquilizándolo.

—Bueno, no sé si a ella le gustaría eso —dice mientras se frota la nuca con la mano. Está dudando, no quiere que Lola se enfade con él.

—¡Te aseguro que no le gustaría nada! —respondo abriendo mucho los ojos—. ¡Más bien nos despellejaría vivos! —Él se ríe y yo sigo—. Mira, Yago, te voy a ser sincera. No sé nada de ti, pero, por lo que pude ver ayer, creo que te gusta Lola. —Él abre la boca con la intención de decir algo, pero yo levanto mi dedo índice pidiendo que me deje continuar—. Y estoy segura de que Lola siente algo parecido por ti.

—Creo que te estás equivocando, África. Lola y yo... Bueno, no lo voy a negar. Seguramente ya lo sabrás: nos hemos liado un par de veces...

pero eso es todo —me cuenta mirando a su alrededor para comprobar que no nos oye nadie—. Lola no quiere nada más, ella me lo ha dicho.

Veo lo incómodo que se siente al hablar de esto conmigo. Al fin y al cabo no me conoce y, además, soy amiga de Lola.

—Sí. De eso no me cabe duda. Pero la cuestión es que yo la conozco mejor que tú y creo que no está siendo sincera con ella misma. Sé que no debería meterme pero, si me ocurriera a mí, Lola lo haría. Así que, si te apetece, me llamas y quedamos para comer o tomar algo. —Le cojo el boli que lleva entre los papeles y escribo mi número en un folleto de propaganda que tengo en la mano—. No quiero ponerte en un compromiso. Si te gusta la relación que tienes ahora... tú y yo nunca hemos hablado. Sólo quiero que me llames si Lola te importa de verdad. —Recalco esto último—. Piénsatelo —le pido mientras meto el folleto en el bolsillo de su camisa y le doy unos golpecitos.

Él parece desconcertado, se frota de nuevo la nuca con una mano y me dice indeciso:

—Vale, lo pensaré.

—Está bien, te dejo para que puedas seguir trabajando. Siento la intromisión, pero creo que hago lo correcto. Hasta luego, Yago —me despido entrando en el comedor.

Desayuno un café con leche y una tostada con mantequilla y kiwi, y me río de la cara que ha puesto Yago cuando le he dicho que quería hablar con él sin que Lola se enterase. Creo que le rondaba otra cosa por la cabeza. «¿En serio pensaba que le estaba tirando los tejos?», pienso, y un escalofrío recorre mi espalda. Yo sería incapaz de hacerle eso a una amiga.

Termino de desayunar, cojo mi bolso y dejo la llave en recepción. Quiero ver los alrededores, pero tampoco me puedo alejar demasiado por si me llama Yago, así que llego al paseo de la playa y miro tranquilamente las tiendas. Entro en una en la que hay mucha bisutería y me llaman la atención unas tobilleras de las que cuelga una inicial. Compró tres, una para cada una, pero las tres con

las mismas letras y cada letra representando a cada una de nosotras. Aparte compro una letra más, la «C», para Claudia, que la pobre habrá tenido que lidiar con más de una clienta por cambiarle la cita.

Entro en otro comercio y compro un portarretratos muy sencillo. «Quiero darle una sorpresa a Juan», pienso ilusionada. Al lado hay una tienda en cuyo escaparate veo un colgante muy bonito, me gusta para mi madre. Entro y se lo compro, junto con un llavero para mi padre. Ya he acabado con las compras, así que ahora me tomaré algo.

Yago no me ha llamado y ya es la una del mediodía. Me siento en una terraza frente a la playa. Pido una caña con limón y un pincho de tortilla de patata. Mientras como y disfruto de la vista, pienso si no habré juzgado mal a Yago... si realmente desea tener una relación con Lola o sólo quiere lo que ella le ofrece, sexo esporádico y sin complicaciones. No me ha llamado y eso me inquieta. Igual he interpretado mal lo que vi anoche.

El sonido del móvil me saca de mis conjeturas y me pongo nerviosa al ver que quien llama es Lola. Tal vez haya hablado con Yago y esté enfadada.

—Dime, Lola. —Mi voz es temblorosa.

—¿Te pasa algo? —Esa pregunta me desconcierta.

«Yago le ha contado nuestra pequeña conversación. Tierra, trágame», me digo.

—¿Por qué lo dices? —Trato de asegurarme. Tampoco su voz me indica que esté enfadada.

—No sé, te noto rara. —Suspiro aliviada y oigo mi voz interior riñéndome: «¡No seas paranoica, África!».

—Será de lo relajada que estoy. ¿Qué querías? —digo con curiosidad.

—Nada. Saber qué hacías. Tengo diez minutos antes de comer.

—He salido de compras y ahora estoy en la terraza de un bar tomando algo. ¿Al final comes sola?

—¡Qué va! Voy a aprovechar el almuerzo para tratar unos asuntos. Así acabaré antes y hoy

nos tomaremos unas copas.

—¿Mañana no trabajas?

—¡África, despierta! Mañana volvemos. —

Sus palabras me sacan de mi maravilloso mundo.

—Es verdad, Lola —respondo con esfuerzo y oigo que ella se ríe.

—Bueno, te dejo. Esta tarde acabaré sobre las seis. Podemos bajar un rato a la playa antes de cenar.

—Como quieras, Lola. Tú mandas —le digo mecánicamente. Mi cabeza sigue pensando en que esto se acaba y oigo que Lola se vuelve a reír antes de decirme adiós.

«No me puedo creer que mañana volvamos. No quiero volver. Aquí, desde la distancia, se ven tan sencillas las cosas...» Doy un trago a mi caña con limón y me recuesto en la silla cerrando los ojos para disfrutar del calor del sol.

Cuando llego al hotel son las tres y media. Lola ha dicho que esta noche saldremos, así que decido subir a mi habitación para dormir un rato. Pido la llave en recepción y la recepcionista me entrega una carta junto con la llave.

—Han dejado esto para usted —dice amablemente con una sonrisa.

—Gracias —respondo sorprendida.

«¿Quién me ha podido escribir?» Miro el sobre pero no pone nada, está en blanco. De camino al ascensor lo abro y un gesto de alegría se refleja en mi cara. «¡Mi intuición no me ha fallado!», exclamo entrando en el ascensor.

Paso a la habitación y me tumbo sobre la cama para leer detenidamente la carta.

Hola, África.

He estado pensando en la conversación que hemos mantenido esta mañana y, después de darle muchas vueltas, he decidido escribir esta carta. No te he querido llamar, pues, como muy bien has dicho tú, si Lola llegara a enterarse, nos despellejaría vivos, cosa que no me apetece experimentar. Por eso no lo he hecho.

Pero quiero que sepas que Lola me importa, y mucho. Desde que la conocí hace más de un año, me trae de cabeza, y siempre que nos vemos, ya sea aquí, en Madrid o en cualquier otro lugar, intento convencerla para que salgamos juntos. Sé que la distancia es un problema, pero nos vemos más de lo que puedas llegar a imaginar. De esto seguramente no tenías ni idea.

Lola tiene las cosas muy claras y no quiere una relación. Me lo ha dicho un millón de veces. Por eso me has dejado un poco desconcertado esta mañana. No comprendo qué me has querido decir con que no es sincera con ella misma y, la verdad, me gustaría entenderlo. Como también me gustaría creer que ella siente lo mismo que yo.

Lola me ha comentado que esta noche vais a salir, así que intentaré acoplarme a ver si me puedes aclarar algo de esto, que me tiene todo el día totalmente desorientado.

Un saludo,

Yago

Salto de la cama y corro hacia el teléfono. «Esto se lo tengo que contar a Sara. Estoy muy ilusionada, Yago parece un buen chico y me gusta para Lola», pienso mientras marco el número.

—Hola, África, dame una buena noticia y alégame el día —dice con un tono monótono y aburrido.

—¡Sara, la quiere, Yago la quiere! —grito sin contener mi emoción. Le cuento nuestra conversación y lo confundida que he estado todo el día—. Pero no me ha llamado para quedar por no cabrear a Lola; sin embargo, me ha escrito una carta.

—¿Y qué pone? —pregunta Sara emocionada

al otro lado del teléfono. Yo se la leo con todo detalle.

—¿Lo ves, Sara? Lola no nos cuenta nunca nada. Sabemos que tiene sus líos pero, con quién, nunca. Y mucho menos que algunos de esos líos perduran en el tiempo.

—Y, conociendo a Lola, si sigue liándose con él es porque siente algo. Aunque no lo quiera reconocer.

—Eso pienso yo, Sara. Tenemos que convencerla para que deje esa relación autodestructiva que tiene con Marcos y empiece una real con alguien que de verdad la quiera. Y creo que tenemos al candidato perfecto.

—Confío en tu criterio, África. Yo no sé quién es, pero, si tú crees que es bueno para Lola, adelante. Lo que me cabrea es que la muy perra lleva viéndose con él desde hace más de un año y no teníamos ni idea. ¡Ahora va a resultar que es usted un libro abierto, señorita Fernández!

—Eso parece, señorita Jiménez. —Las dos nos reímos.

Después de hablar con Sara, escondo la carta

de Yago en mi maleta y me tumbo un rato. A media tarde me despierta Lola.

—Venga, levanta, quiero ir a la playa. No he pisado la arena desde que estoy aquí, y no pienso irme sin hacerlo —dice destapándose.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media. Vamos, muévete — ordena con un tono autoritario mientras se mete en el baño.

—¿No acababas más tarde? —pregunto desde la cama.

—Sí, pero me he podido escaquear. Le he dicho a Yago que lo terminara él. —Cuando sale del baño, yo aún sigo en la cama—. ¡¡África!! — me chilla, dándome una palmada en el culo.

—¡Ay! Eso pica —digo y me froto donde me ha dado.

—Así te espabilas. ¡Venga! Ponte el bikini —se desespera.

—Lola, ¿me harías un favor? —digo levantándome lenta y pesadamente. Ella arquea las cejas.

—Eso depende del favor.

—No pienses mal, sólo quiero que me imprimas la foto que le mandé a Juan con este biquini. He comprado un portarretratos y me gustaría regalárselo con esa foto.

—¿Y has pensado en este biquini o en lo que sucedió después? —pregunta con una sonrisa traviesa y divertida mientras lo coge de una silla.

—Bueno, supongo que prefiero que él recuerde más la llamada que le hice —contesto con una mirada pícara y arrebatándole el biquini de la mano.

—Querrás decir que recuerde vuestro sexo telefónico —añade cada vez más divertida.

—Sí, exactamente es lo que pretendo —le digo con retintín. Y las dos nos reímos.

—Eso está hecho, África. Cuando volvamos de la playa nos pasamos por el despacho de Yago y te imprimo lo que quieras —dice dándole un doble sentido a sus palabras y repitiendo lentamente las tres últimas—. Lo que quieras, África. —Yo me quedo con la boca abierta y ella se vuelve a reír.

Nos tumbamos en dos maravillosas tumbonas, en primera línea de playa, a tomar el sol. Después de un rato sin parar de hablar pero sin decir nada, termino preguntándole por Yago.

—Bueno, ¿me vas a contestar o no? —le pregunto sin tapujos, sentándome frente a ella y mirándola directamente a los ojos.

—¿Y cuál es la pregunta? —dice poniéndose las gafas de sol para evitar mi mirada.

—¡No te hagas la tonta! Sabes perfectamente cuál es la pregunta... ¿Te gusta Yago? ¿Sí o no? —digo cruzándome de brazos y arqueando las cejas.

—Sí y no. —Su tono es tajante, no le gusta hablar del tema pero esta vez no le va a ser tan fácil escaquearse.

—Explícate —le ordeno.

Lola se sienta, quedándonos frente a frente. Comienza a hablar muy deprisa, noto que está nerviosa y mis ojos observan cada uno de sus gestos.

—Sí me gusta, claro que me gusta, cómo no me iba a gustar. Es guapo, cariñoso, atento, listo,

sexi, atractivo... qué más quieres que te diga, África. En la cama es un dios del sexo, sabe lo que me gusta y cómo me gusta. Claro que me gusta, me gusta mucho. Pero no puede ser, él quiere una relación y yo no.

Estoy atónita, nunca la había visto hablar tan claro de nadie. Le agarro las manos con suavidad y le pregunto dulcemente:

—¿Por qué no? No lo entiendo.

—Tengo miedo, África —confiesa en un susurro. Y una lágrima recorre su cara—. Tú lo dijiste, yo no quería verlo pero tenías razón. No quiero que vuelvan a lastimarme.

—Lola, cariño, no tiene por qué ser así —contesto intentando calmarla—. Yago parece un buen chico y no creo que te haga daño.

—También Juan es un buen chico y mírate, África, estás aquí por él, porque te ha herido.

Me quedo pensativa, no sé qué decirle.

—Tienes razón, Lola, no te lo voy a negar. Pero yo me arriesgué y con Juan he vivido muchas cosas buenas.

—Pero al final te ha hecho daño —insiste,

obcecada en su idea.

—Sí, bueno, pero... ¿qué diferencia hay? No me creo que lo que tienes ahora sea mucho mejor. Además, ¿no es eso el amor, Lola? El esperar una mirada de tu pareja, el sentir que te estremeces bajo sus manos, el anhelar sus besos cuando te faltan y el llorar cuando lo pierdes. Realmente, si no experimentas cada una de estas sensaciones, ¿cómo sabes que lo quieres?, ¿cómo sabes que te importa si eres indiferente a sus besos, a sus caricias e incluso a su presencia?

—No lo sé, África. La verdad es que no lo sé. Y lo peor de todo es que no tengo ningunas ganas de averiguarlo. De momento estoy bien como estoy.

—Dirás lo que quieras, Lola, pero no te creo. Lo que tienes con Marcos se tiene que acabar y debes empezar a pensar en el futuro. Te aferras tanto a esa relación infernal que te has quedado vacía, sin ganas de luchar por una relación real.

—No me apetece hablar más del tema. Me voy al agua.

Veo cómo se levanta poco a poco y arrastra

los pies hasta la orilla.

Al final yo tenía razón, Lola lo quiere pero está tan hundida que no sabe cómo salir del agujero que ella misma se ha cavado. Y lo que más me fastidia es que ni Sara ni yo nos hemos dado cuenta de que sus heridas aún están abiertas.

Después de la playa vamos al despacho de Yago para imprimir la foto. Entramos y él levanta la vista con una sonrisa espléndida a la que Lola no corresponde. Yo pongo los ojos en blanco. ¿Cómo puede ser tan borde sintiendo lo que siente?

—Qué sorpresa tan agradable —dice él recostándose en su silla y mirando a Lola de arriba abajo.

—No te alegres tanto, Yago. Sólo venimos a imprimir una foto —comenta ella dirigiéndose a la impresora.

Yo me quedo boquiabierta pero él la ignora. Se levanta y se coloca detrás de ella, diciéndole cerca del oído: «¿Te ayudo?». Lola no contesta

nada, se inclina un poco hacia atrás e inhala su olor de una forma tan sutil que ni siquiera Yago se da cuenta, aunque yo conozco a Lola y todos sus truquitos. Veo cómo se contiene; le gustaría tocarlo o besarlo, pero hace todo lo contrario. Gira la cabeza hacia él y, mirándolo por encima del hombro, contesta:

—No, gracias, ya puedo sola.

Yago se toca la nuca con la mano y da un paso atrás. Yo no puedo creer lo que acaban de ver mis ojos. Me doy cuenta de que realmente le importa, y mucho, más de lo que me ha dicho y mucho más de lo que le quiere hacer creer a Yago.

Si hubiera sido otro cualquiera, me habría echado del despacho y se habría abalanzado sobre él sin pensárselo dos veces, pero con Yago hace un gran esfuerzo por controlar sus instintos más primarios. Y eso es porque lo quiere.

—África, dame el móvil —dice sacándome de mis pensamientos. Yo estiro la mano y se lo entrego.

Aun sabiendo cuánto se va a enfadar Lola, termino diciendo:

—Yago, me preguntaba si te gustaría cenar esta noche con nosotras y luego salir a tomar unas copas.

Los dos se vuelven al instante hacia mí. Lola me atraviesa con la mirada y a Yago se le ilumina la cara.

—Seguro que Yago tiene cosas que hacer — responde Lola irritada.

—No tengo nada que no pueda esperar, y me encantaría salir con vosotras —acepta con entusiasmo.

—¿No debías terminar unos informes? — pregunta Lola con una mirada abrasadora por la rabia contenida.

—No. Ya te he dicho que voy a salir con vosotras.

Lola suspira profundamente con resignación y se pone con la impresora.

—Entonces perfecto —contesto toda contenta y guiñándole un ojo a Yago.

—Os espero en el bar del hotel. Voy a llevaros a un sitio que os va a encantar.

—Aquí tienes tu foto. Vámonos —dice Lola

con voz queda.

Y me empuja hacia fuera para que salgamos del despacho. Yo me vuelvo para despedirme de Yago, que se está riendo.

—Pero ¿qué coño pasa contigo? —me pregunta Lola cuando salimos al pasillo.

—No te enfades, todo esto lo hago por tu bien. Aunque lo niegues, estoy segura de que lo quieres, sólo que te hace falta... un *empujoncito* — digo con una sonrisa pícara y simulando unas comillas con los dedos en la última palabra, para recalcar lo que ella misma me repite una y otra vez.

Ella suspira con irritación, pero no contesta.

Subimos a la habitación y Lola se mete en el baño sin decir nada.

«Puff... ¡Está que echa humo! No sé cómo vas a salir de ésta, África», me digo a mí misma en voz alta.

Mientras Lola está duchándose, enciendo la tele. «Ahora mismo no me apetece pensar en nada.

Ya voy a tener que pensar bastante a lo largo de la noche para que la señorita malhumor y Yago aclaren sus sentimientos, aunque eso es pedir demasiado, creo que Lola no va a estar muy colaboradora.» Así que me replanteo el objetivo de esta noche: que Lola deje su malhumor en la habitación, se relaje un poco y, si no es mucho pedir, se líe con Yago. Así al menos tendrán la oportunidad de hablar de lo que sienten el uno por la otra. «Para eso la voy a tener que emborrachar», concluyo mientras cambio de canal una y otra vez.

Lola sale del baño como un huracán, me mira, resopla y vuelve a meterse dentro.

«Sí, la voy a tener que emborrachar», suelto en voz alta, cada vez más convencida.

—Lola, venga, no seas así. No te enfades. Es nuestra última noche. Tenemos que emborracharnos —le comento en un tono suplicante junto a la puerta.

Ella la abre de golpe y se queda frente a mí, mirándome intensamente a los ojos.

—¡Me dan ganas de no salir, África! —chilla.

—Bueno, pues no salgas —contesto con

indiferencia acompañando mis palabras con un movimiento de hombros—. Ya salgo yo con Yago. —Su cara refleja crispación y sus ojos expulsan fuego.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Para que os dediquéis a cuchichear a mis espaldas...

—Entonces ya sabes lo que te toca: ponerte guapísima y alegrar esa cara. —Le subo las comisuras de los labios con mis dedos índices. Lola enseña los dientes simulando una sonrisa—. Las he visto mejores, pero hoy me sirve cualquiera —le digo haciéndole cosquillas para que se ría de verdad.

Lola esta increíble: lleva ese vestido negro caído de un hombro y con un cinturón en la cadera con el que está muy sexi. Yo me he puesto un vestido rojo de tirantes finos que me ha dejado. No estoy tan espectacular como ella, pero me queda bien.

—¿Intentando impresionar a alguien? —pregunto divertida al salir por la puerta.

—África, por favor, no empieces. Voy a tener que beber mucho esta noche para aguantaros a los

dos —dice mirando al cielo.

—Por mí, puedes beber cuanto quieras, Lola. Por si no te has dado cuenta, mi intención es emborracharte —le respondo entre risas.

Cuando entramos por la puerta del bar, Yago está sentado a la barra de espaldas a nosotras. Lleva unos vaqueros y una camisa de lino que le queda muy bien. En ese momento y por arte de magia, se vuelve. Sólo tiene ojos para Lola, a la que desnuda con la mirada. Ella se da por aludida y se contonea un poco, y entonces al pobre lo deja deslumbrado. «Si tuviera un cubo, recogería sus babas, porque voy a resbalar con ellas», pienso para mí.

—¡¡Vaya!! —es lo único que sale por esa boca que me dan ganas de ayudarle a cerrar.

—Hola, Yago —le digo para que salga de su abducción.

—¡Eh...! Hola, África —me responde sin dejar de mirar a Lola con admiración.

—No seas guarra y borra esa sonrisa de triunfo de tu cara. Ya sabemos que lo tienes en el bote, pero me gustaría poder tener una

conversación decente y, si al chico se le disloca la mandíbula, va a ser un poco complicado —le digo al oído a Lola. Ella se ríe.

—Hola, Yago. ¿Adónde tienes pensado llevarnos? —pregunta ella.

En mi mente aparece la respuesta que Yago está pensando: «A ti, a la cama, si es posible».

Yago nos lleva a una cala en la que hay un pequeño restaurante familiar. Es muy modesto y acogedor. Por un momento me siento un poco fuera de lugar al ir tan arreglada, pero luego compruebo que no somos las únicas y me relajo.

Al lado de la puerta he visto una pequeña embarcación, así que me imagino que el pescado será recién cogido. Veo cómo Yago le dice algo al oído mientras desliza la mano para coger la de Lola, pero ésta la retira. Yo suspiro demasiado fuerte. «Esta mujer es imposible», pienso para mí.

Yago pide una parrillada de pescado, que está deliciosa. Lola va por su tercera copa de vino blanco y sus barreras comienzan a caer. Se nota

porque, cuando Yago le dice algo bonito, no se pone a la defensiva y, si le acaricia la mano, la aparta más suavemente. Se la ve más desinhibida y eso me gusta.

Después de cenar vamos a un bar donde la música es estupenda. Lola y yo nos lanzamos a bailar como posesas mientras Yago pide en la barra.

—Oye, Lola, estoy pensando... que ya que es tu última noche con Yago, igual deberías pasarla con él. A mí no me importaría. Después de todo, ¿cuándo vas a volver a verlo?

—Dos meses —responde con una chispa de tristeza en sus ojos.

—Entonces con más razón. Tú eres la primera en decir que una alegría al cuerpo nunca le viene mal. Yo me tomo una copa y me voy al hotel —añado decidida. Pero la mirada de Lola refleja pánico.

—África, no me hagas esto. Sabes que Yago no es sólo una alegría al cuerpo y, si me acuesto con él, no sé si podré contenerme más —reconoce con amargura en la voz.

—¿Contenerte de qué, Lola? —pregunto intentando saber a qué se refiere.

—De caer en sus brazos, África. Tú no lo entiendes —responde con la mirada baja.

Abrazo a esta mujer tan segura de sí misma en el mundo laboral y tan perdida en el campo emocional.

—Lola, cariño, sólo tienes que relajarte y disfrutar. El contar con alguien a tu lado tiene muchas cosas buenas. ¿O por qué crees que yo lo echo tanto de menos? A mí me gustaría estar junto a Juan a todas horas, disfrutar de sus miradas, de sus labios, de su mal humor cuando las cosas no le salen bien, de su forma de pedirme perdón, de sus manos recorriendo mi cuerpo... Tengo una lista infinita y podría aburrirte contándote todo lo que me vuelve loca de Juan. Que ahora no lo tenga no quiere decir que haya sido malo, sino todo lo contrario. Volvería a pasar por este calvario una y otra vez sin pensármelo dos veces si eso me asegurara vivir todo lo que he vivido junto a él. Pero para ello tuve que arriesgarme y lanzarme a la piscina sin saber nadar, sin tener la certeza de lo

que ocurriría, si saldría bien o mal. Y aunque ahora estoy pasando una mala racha, te aseguro que me ha compensado haber apostado por la relación que he tenido.

—¿Y si sale mal, África? —dice con voz angustiada.

—Lola, cuando caes, te levantas, sigues adelante y aprendes de las situaciones, cosa que no has hecho hasta ahora. Además, si sale mal, no estás sola. Nos tienes a nosotras para recoger tus pedazos. Pero no tiene por qué salir mal; Yago parece buena persona y además creo que te quiere de verdad.

—Sí, yo también pienso eso —contesta más tranquila, aunque en su mirada aún existe la duda.

Yago nos avisa desde la barra con las bebidas y una sonrisa espléndida.

—Anda, vamos, que tu apuesto pretendiente nos está llamando. —Ella intenta sonreír pero sigue sopesando las opciones en su cabeza.

Después de un rato y dos copas más, Lola

está más relajada. Me acerco a Yago y le digo al oído sin que Lola se dé cuenta:

—Yo me voy a ir. Os dejos solos, así podréis hablar. Por favor, cuídamela bien.

Yago me mira de un modo tan dulce que me parece imposible que Lola tema lanzarse en sus brazos.

—Quédate tranquila, la quiero demasiado y estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de compartir un minuto más con ella. Gracias por todo, África —dice sinceramente.

«Lo hago por Lola, no por ti», pienso para mis adentros, pero en el fondo eso da igual. Le doy un beso a Lola y me despido. No quiero darle tiempo a que me agarre y se venga conmigo. Quiero que venza sus peores temores y ésta es la mejor forma.

CAPÍTULO 14

Son las once de la mañana y Lola aún no ha venido. «Eso es bueno», pienso alegremente mientras me estiro en la cama.

Hoy se acaba este maravilloso tiempo que me he dado a mí misma. Me ha gustado apartar a un lado mi propio torbellino emocional y descubrir lo liberador que es dejar de ser el ombligo del mundo. De mi mundo. He conocido otras formas de amar: la de Yago, dispuesto a lo que sea con tal de estar junto a Lola; la de Lola, una mujer segura de sí misma y, sin embargo, tan vulnerable y con tanto miedo a amar.

Lola entra por la puerta y, sentándome en la cama, la observo con curiosidad antes de hablar nada. Parece tranquila y contenta.

—Estoy despierta, no hace falta que andes de puntillas —digo riéndome—. ¿Qué tal con Yago? —pregunto sin rodeos.

—Bien, muy bien. Con él todo está siempre bien.

—No me refiero al sexo, Lola. —Pongo los ojos en blanco. Esta mujer siempre piensa en lo mismo.

—¡Ah! —dice sorprendida—. Creo que bien. Hemos hablado y eso.

—¿De qué habéis hablado? ¿Del tiempo? Vamos, Lola, explícate. ¿Le has dicho que te gusta? ¿Que no te importaría intentarlo pero que te da miedo empezar una relación?

—Sí y no. Le he dicho que me gusta, pero que necesito tiempo.

—¡¡Joder con el «necesito tiempo»!! Otra igual que Juan. Debe de ser la frase del año —le suelto más alterada de lo que pretendía y dejándome caer en la cama.

—¿Y qué quieres que le diga? ¡Es la verdad! —contesta un poco confusa.

—Déjalo, Lola, no me apetece volver a explicártelo todo otra vez. Que te lo explique Sara cuando llegemos —respondo tapándome con la almohada.

—¿Qué? ¿Le has contado algo a Sara?

—Claro que lo he hecho. Pero ya hablaremos cuando estemos las tres. —Continúo con la cabeza en la almohada.

El avión sale en tres horas. Recogemos nuestras cosas y Lola se va a terminar de redactar unos papeles del trabajo antes de irse. Yo me dedico a organizar mi maleta y las compras de ayer. Cuando he acabado, me siento encima de la cama, saco el móvil y le mando un wasap a Juan.

África: «Esta tarde estaré en casa. ¿Quieres que nos veamos?».

Juan: «Me va a ser imposible. Te llamaré cuando salga de trabajar y quedamos».

África: «Estoy deseando verte».

Juan: «Y yo, quitarte el biquini».

África: «Creía que esa propuesta ya estaba zanjada».

Juan: «Se han presentado nuevas pruebas y hay que estudiar detenidamente todo el caso otra vez».

África: «¿Qué clase de pruebas?».

Juan: «Ya las verás. Todo a su debido tiempo, Afri».

No le contesto porque sé que, por mucho que le pregunte, no me va a contar nada. Le encantan las sorpresas, por eso las guarda a buen recaudo. Sin demora, mi cabeza empieza a cavilar de qué se puede tratar. En ese momento aparece Lola seguida de Yago.

—Me alegro de volver a verte. —Estoy sorprendida. No esperaba verlo.

—Ha insistido en llevarnos al aeropuerto —contesta Lola con el ceño fruncido.

Yago la ignora, se acerca a su oreja y le susurra:

—No te hagas la dura, Lola, sé que en el fondo te encanta.

Ella se endereza y yo me río.

—Creo que te conoce demasiado bien —digo cogiendo una de las maletas y saliendo de la habitación.

Mientras llamo el ascensor, oigo a Lola decirle algo pero no le entiendo nada; en cambio,

oigo claramente lo que Yago le responde: «Lola, no puedo evitarlo, te deseo con todas mis fuerzas. Es un instinto que nace en mi interior y no puedo frenarlo. Mejor dicho, no quiero frenarlo». Lola no dice nada y sale airada de la habitación. Yo suspiro irritada. «Esta mujer es una pesadilla», pienso en mi interior.

De camino al aeropuerto nadie habla y, cuando esperamos en la terminal, tampoco. Al final no puedo aguantar más y, aun sabiendo que Lola se va a enfadar, les digo a los dos:

—Esto es una tortura y me está saliendo un sarpullido de veros en silencio. ¡Joder, que no os vais a ver en varios meses! ¡Besaos, meteos mano o decid algo! Me estáis poniendo de los nervios. —Alzo los brazos al cielo. Veo cómo los ojos de Lola adquieren un rojo incandescente debido a la ira contenida y cómo Yago no puede contener la risa. Doy un empujón a Yago animándolo a acercarse más a Lola. Pero, como ella sigue enfadada por mi comentario, él se contiene—.

¡¡Lola!! —le chillo para que reaccione—. Pero ¿es que no os vais a despedir en condiciones? Lola, te conozco perfectamente y sé que estás deseando que te bese, pero lo tienes acojonado con esa cara. Haz el favor de no ser tan borde y meterle la lengua en la boca y las manos en el culo —le digo al oído pero sin bajar la voz para que Yago me oiga.

Al final le doy un pellizco en el trasero y esto la hace reaccionar. Se vuelve hacia mí y me dice muy seria:

—Ésta te la guardo, África. —Pero seguidamente pone una mano en el culo de Yago y con la otra lo coge del cuello y lo acerca a su boca.

Yo empiezo a vitorearlos y a aplaudir sin poder contenerme. Ellos se vuelven y me miran divertidos sin separar las frentes y sin soltarse. Al final me callo y me aparto para que puedan despedirse tranquilamente.

Una vez en el avión Lola me dice:

—África, a veces me pones de los nervios, pero hay que reconocer que sabes cómo evitar que entre en cólera y hacer que caigan todas mis barreras.

—Gracias, Lola —respondo satisfecha.

—¿Por qué? —pregunta vacilante.

—Por empezar a tirar tus barreas —digo cerrando los ojos.

Llegamos y buscamos un taxi que nos lleve a casa. Lola vive más cerca, así que bajará primero. Cuando me quedo sola en el taxi llamo a mis padres para decirles que ya he llegado. Ellos me sorprenden con la noticia de que se van de fin de semana con unos amigos a una casa de la sierra, así que hasta el lunes no los veré. «No me importa, tendré más tiempo para organizarme la ropa, poner lavadoras y todas esas cosas que tanto me apasionan», pienso con ironía.

El taxista me deja en el portal y yo saco torpemente la maleta. Cojo el ascensor y abro la puerta de mi piso. No puedo creer lo que ven mis

ojos. Me quedo sin aliento y una oleada de sensaciones recorre todo mi cuerpo. Hay un millón de pequeñas velas distribuidas por todo mi apartamento, titilando por el salón y creando un ambiente muy sensual. Cierro la puerta despacio y dejo la maleta a un lado. Debo tener cuidado, hay velas por todas partes exceptuando un pequeño camino que se dirige a la escalera. Sigo lentamente ese sendero y, cuando, llego a ellas, en el primer peldaño encuentro una nota con una margarita. Me detengo y la leo.

Bienvenida a casa, Afri.

Por favor, sigue al pie de la letra las instrucciones:

- Quitate la ropa y saca de la maleta ese minúsculo bikini que tantas ganas tengo de observar al detalle. Pero no quiero que te lo pongas. Aún no. Antes debes hacer otra cosa.

- Saca el móvil de tu bolso y cógelo, quiero que lo tengas cerca.

En breve habrá noticias mías.

- Sube al baño y metete en la bañera, desnuda. El biquini debes dejarlo encima de la cama. Ya nos ocuparemos de él más tarde.

- Ahora sumerge tu delicioso cuerpo en espuma y disfruta del baño. Yo llegaré enseguida.

Besos,

Juan

Una sonrisa aparece en mi cara y mi libido se dispara. Sé lo que pretende y eso me encanta. Vuelvo sobre mis pasos lo más deprisa que puedo. Aparto unas pocas velas para abrir la maleta y rescato de entre todas mis cosas este maravilloso biquini que tan buenos momentos me está haciendo pasar. Saco mi móvil del bolso y me desnudo. Subo la escalera y en un primer momento, y guiada por mis prisas, tiro el biquini encima de la cama, pero algo dentro de mí me hace retroceder y colocarlo de la forma más sexi posible.

Entro en el baño, donde hay más velas y un

agradable aroma a esencias invade todos mis sentidos, consiguiendo excitarme todavía más de lo que estoy. Veo unos pocos pétalos de rosa flotando por el agua y eso me hace plantearme una pregunta: ¿cuándo ha preparado todo esto? Pero en el fondo me da igual, la cuestión es que se ha tomado muchas molestias para sorprenderme esta vez, y eso tiene que significar algo. Tal vez me haya echado de menos y quiera volver a casa. «¡Deja de pensar, África, y disfruta!», me reprendo a mí misma mentalmente.

Coloco el móvil en el borde de la bañera y me meto dentro lentamente. El agua aún está caliente, por lo tanto no hace mucho que Juan se ha ido de aquí. Mi excitación aumenta por momentos y estoy impaciente por que suene el teléfono. Quiero volver a repetir lo que hicimos cuando yo me encontraba en Tenerife, quiero volver a tener sexo telefónico. Con estas ideas en mi cabeza es imposible relajarme y disfrutar del baño, estoy ardiendo y no es por el agua precisamente.

El sonido del wasap me saca de mis conjeturas.

Juan: «Hola, Afri. ¿Qué tal está el agua?».

África: «Caliente, como yo».

Juan: «Me alegro de que esté en su punto.

Igual que tú, supongo».

África: «Supones bien. ¿No me vas a llamar?».

Juan: «No. Hoy vamos a jugar con mis normas. Pero te aseguro que va a ser igual de excitante que el otro día».

África: «Eso no lo dudo. Con todo este despliegue de armas secretas que has montado para seducirme...».

Juan: «¿Y lo he conseguido?».

África: «Desde que he entrado por la puerta».

Juan: «Bien, eso pretendía. Ahora quiero que hagas una cosa por mí. ¿La harás?».

África: «Siempre».

Le contesto repitiendo la misma palabra que él utilizó.

Juan: «Quiero que deslices una mano por tu piel».

África: «Imposible. Si lo hago, no podré escribir».

Juan: «¡Oh, nena! No te creía yo con tan poca destreza manual. ¡¡¡Afri, tienes dos manos!!!».

África: «Como se me caiga el móvil al agua, verás...».

Juan: «Si se te cae al agua, te compro otro. Ahora hazlo, has dicho que lo harías. Además, éste es mi juego y no se juega así. Las reglas son: yo digo una cosa y tú la haces. Punto».

África: «Vale, vale. No te enfades. Si ya sabes que me encanta jugar...».

Juan: «Eres una aguafiestas, Afri. Se me están quitando todas las ganas».

África: «¡¡No!! No digas eso, lo siento. Venga, que me callo. De verdad. Tú ordenas y yo obedezco. Que yo sí quiero jugar y además estoy muy caliente. Dime qué quieres que haga. ¿Me acaricio el pecho?».

Juan: «Sí».

África: «¿Y qué más?».

Juan: «Quiero que tus manos noten cómo se endurecen tus pezones mientras éstos se pierden entre tus dedos».

África: «Hum.. esto me gusta, Juan. Sigue...

te lo suplico, por favor».

Juan: «Quiero que tus manos se deslicen por tus piernas, llegando a lo más alto de ellas. Quiero que te acaricies en ese punto tan erógeno, suave y lentamente, y saborees cada uno de los movimientos que hacen tus dedos, absorbiendo cada sensación que producen las caricias».

África: «¡Oh, Juan! Me encanta. ¿Tú te estás tocando?».

Juan: «Aquí soy yo el que da las órdenes y el que hace las preguntas. Ahora vas a leer este último mensaje y, mientras llevas a cabo lo que te mando, cerrarás los ojos para poder percibir cada una de las sensaciones que vas a sentir. Así comprenderás mejor todo lo que tu cuerpo te está diciendo».

Juan: «Vas a introducir los dedos en lo más profundo de tu ser. Quiero que disfrutes, Afri. Quiero que sientas el placer que todas tus terminaciones nerviosas están experimentando en estos momentos, que te impregnes de esa sensación que producen tus dedos y te corras».

Yo hago todo lo que me dice, cierro los ojos

y abrazo cada una de las sensaciones que mi cuerpo manda al cerebro. Noto cómo todos mis músculos se contraen, cómo mis entrañas vibran a causa del estallido producido por el placer que provocan mis dedos y el aumento de temperatura de mi cuerpo, llevándome al límite de mis fuerzas y experimentando un orgasmo liberador y tremendamente satisfactorio.

—Bonita vista —dice Juan desde el marco de la puerta del baño. Yo lo miro boquiabierta.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —pregunto ruborizada.

—El suficiente para deleitarme con lo que han visto mis ojos. Es un recuerdo que no pienso borrar nunca de mi memoria —afirma sin dejar de sonreír.

Tiene la mirada brillante, llena de lujuria y satisfacción. Está guapísimo; lleva una camisa ajustada y unos vaqueros que le quedan de muerte; se ciñen a sus caderas manifestando claramente lo excitado que está. Yo trago saliva y mi cuerpo vuelve a despertar poco a poco.

Juan camina hacia mí y se inclina, besándome

suavemente en los labios. Yo estiro el cuello porque quiero más, pero él se retira, coge una toalla y la estira frente a mí.

—Sal del agua, quiero secarte —susurra clavando los ojos en mi cuerpo.

Yo hago lo que me dice, me pongo de espaldas a él y noto cómo sus brazos, fuertes y seguros, me arropan con la toalla. Sus labios rozan mi cuello consiguiendo que mi cuerpo se estremezca de nuevo. Suelta la pinza que llevo en el pelo, dejando caer mi melena. Me vuelve para verme la cara y me da un beso arrebatador, a la vez que baja las manos hasta mi culo.

—Ponte el bikini, Afri —ordena sin dejar de mirarme.

—Creo que tus ojos hoy han visto más de lo que han pagado por ver —digo divertida.

—Yo creo que aún no han visto suficiente —responde quitándome la toalla y mirándome detenidamente de arriba abajo—. Sí, estoy convencido de que no han visto suficiente. —Su lengua roza mi labio superior y seguidamente sus dientes se clavan en el inferior—. ¡Oh, Afri! No

sabes cuánto me gusta mirarte. Podría estar toda una vida contemplando este cuerpo.

—A mí también me gusta mirar, ¿sabes? —le digo desabrochándole los botones de la camisa lentamente.

Y por cada botón que desabrocho, saboreo con la lengua su pecho. Él echa la cabeza hacia atrás y su respiración comienza a acelerarse. Deslizo las manos por sus hombros y consigo quitarle la camisa. Él agarra mi cabeza y me besa con fuerza.

—El biquini, Afri —vuelve a repetirme jadeante.

Camino alrededor de él bajando una mano por la parte central de su pecho hasta su bragueta, donde hago una pequeña pausa. Lo miro a los ojos, le sonrío y su mirada es incandescente. Luego mi mano sigue su camino hasta el culo, le doy un beso en la espalda y voy al dormitorio a ponerme el biquini.

Juan vuelve a apoyarse en el marco de la puerta para contemplarme como antes, cuando me ha sorprendido en la bañera. Me pongo el biquini

lenta y provocadoramente.

—¡Tachán! —digo alzando las manos y con una sonrisa en los labios.

Él se acerca con sigilo como un tigre a su presa, introduce su dedo índice en el borde de mi braguita, tocando con la punta de su dedo el poco vello que queda en mi pubis. Claudia ya se encargó de eso en su día.

—Demasiado pequeño, ¿no crees? —pregunta arqueando una ceja.

—No —le respondo con ironía sabiendo que tiene razón. Y mientras me pongo las manos sobre mis pechos, le digo—: Tapa todo lo que hay que tapar.

—Bueno, eso según el criterio —responde muy serio pero divertido.

—¿Estás celoso?

—Celoso por no haber estado junto a ti en la playa cuando lo llevabas. Celoso por no ser yo quien te lo quitase luego en la habitación y celoso por no haberte hecho el amor ese día.

—Bueno, tampoco estuvo tan mal lo que hicimos —digo recordando cuánto me gustó

aquello.

—No estuvo nada mal, para ser correctos. Estuvo mejor que bien, diría yo. ¡Me sorprendiste, Afri! No lo sospeché ni por un segundo y eso me excitó aún más —confiesa con voz ronca y girando lentamente a mi alrededor para conservar en su retina la imagen de mi cuerpo con el bikini puesto.

Lo observo ansiosa y veo cómo su dedo índice da pequeños golpes sobre su sien. Está pensando algo; no sé lo que es, pero eso me intriga y a la vez me excita.

Noto cómo los músculos de mi vientre se contraen y comienza a nacer una oleada de calor que asciende por todo mi cuerpo. Al final no puedo controlar mis instintos y un impulso imposible de reprimir crece en mi interior. Me abalanzo sobre Juan y los dos nos caemos sobre la cama, quedándome yo encima de él. Mis manos desabrochan rápidamente su pantalón. «Quiero todo de este hombre y lo quiero ya», dice una voz en mi cabeza. Juan me agarra las manos y en un segundo soy yo la que está debajo. Veo que se

quita los pantalones diestramente y se queda desnudo. Es una visión maravillosa que me hace jadear fogosamente. Él tira de los cordones de mi braguita para liberarme de ella, mete la mano por mi espalda, me agarra del culo y empuja mis caderas hacia las suyas, obligándome a notar su erección. Ese contacto de piel con piel hace que todo mi cuerpo se acelere aún más.

Entre súplicas y gemidos consigo decirle:

—Juan, hazme el amor.

—¿Eso quieres, Afri? —pregunta con voz entrecortada y los ojos ardiendo por el deseo.

—Sí —le digo con pasión.

Y todos mis sentidos se alteran al notarlo dentro de mí. Mi corazón se acelera y mis pupilas se dilatan por la excitación. Me abandono en sus besos, en sus manos, en sus embestidas. Ese huracán que nos ha arrastrado con tanta furia se desvanece dejándonos en un mar de calma, serenidad y paz. Nuestras respiraciones van recuperando su ritmo habitual y nuestros cuerpos se relajan. Es una sensación liberadora.

Juan deja caer su cuerpo junto al mío y

contemplo desde mi nube las velas que hay en mi habitación.

—¿Cuándo has preparado todo esto? —le digo apoyando la cabeza sobre mi codo para mirarlo a los ojos.

Él sonrío divertido y adopta la misma postura que yo, así que nos quedamos el uno frente al otro.

—¡No te lo esperabas, ¿eh?! —responde con un brillo en los ojos.

—No. Ni por un segundo. Pero me ha encantado.

—Lo sé —dice dándome un sutil beso en los labios—. Cuando me dijiste que venías por la tarde, llamé al aeropuerto para saber la hora exacta. Y una hora antes de que aterrizases fui a comprar las velas. La chica de la tienda se sorprendió mucho al verme con tantas, pero, cuando le dije que eran para sorprender a mi chica, casi se me lanza al cuello —me cuenta divertido.

—¿Era guapa? —Su mirada se oscurece al oír mi pregunta.

—Sí —contesta dudando y temiendo mi

reacción.

—No me importa, de verdad. No sé ni por qué te lo he preguntado —digo encogiéndome de hombros y dándome cuenta de que mis palabras son sinceras.

Y al hacer ese nuevo descubrimiento es como si en mi mente un gran muro se derrumbara. Realmente me da igual si la chica era guapa o no, si se sentía atraída por Juan o no. Todo eso ya no importa, ahora me doy cuenta de que el problema lo tenía yo. Si el amor que sienten dos personas es fuerte, todos los obstáculos se superan y de todos los problemas se aprende. Sólo hay que averiguar qué es lo que tenemos que aprender. Tal vez era esto lo que yo tenía que aprender, a vencer mis celos y a confiar más en Juan.

—Afri —dice él en un susurro, sacándome de mi análisis mental y apoyando la cabeza en mi vientre—, nos une un pasado. Sé que el presente todavía es un poco incierto, pero te aseguro que me encantaría compartir un futuro contigo. —Y su mano acaricia mi piel.

Sin darse cuenta me acaba de responder a la

pregunta que lleva rondando en mi cabeza desde que he entrado por la puerta. Cuando he visto todas las molestias que se había tomado para sorprenderme, he pensado que todo esto significaba que me había echado de menos y quería volver a casa. Pero no, acaba de decir que nuestro presente es incierto; por lo tanto, sólo me queda esperar. Pero ¿esperar a qué? No lo sé, sólo deseo con toda mi alma que tenga razón y que en un futuro no muy lejano estemos juntos.

—A mí también, Juan. A mí también — respondo intentando olvidar mis inquietudes y dejándome caer sobre la cama. Nos quedamos callados un tiempo, y disfrutamos el uno del otro y del silencio. Yo levanto la cabeza—. Creo que deberíamos ir recogiendo todo esto —propongo señalando las velas y levantándome para poder apagarlas.

Pero Juan tira de mi brazo impidiéndomelo y, mientras me abraza con fuerza, me dice:

—Aún no, Afri, espera un momento.

Después de un rato es él quien se levanta y comienza a apagar una a una las velas. Yo abro el

armario, me pongo unas bragas, una sudadera y hago lo mismo. Juan coge sus vaqueros del suelo y se los pone. Cuando lleva vaqueros nunca usa ropa interior, lo que lo hace todavía más sexi, y al recordar eso se dibuja una sonrisa en mi cara y mis dientes se clavan en mi labio.

—Tengo un regalo para ti —le digo soplando la última vela de mi habitación.

—¡Ah, ¿sí?! ¿Y qué es? —Me coge de la cintura por la espalda y me besa cerca del lóbulo de una oreja—. ¿Algo a lo que pueda hincar el diente? —pregunta en un susurro mientras tira de mi lóbulo con los dientes.

Yo me libero de sus brazos y le contesto:

—Más bien algo que te recuerde a quién debes hincar el diente —digo dándole un palmetazo en el culo con picardía.

Bajamos por la escalera y contemplo atónita que aquí todas las velas ya están apagadas. Me giro sobre mis talones para ver la cara de Juan y me encuentro con una risa contenida.

—¿Estabas en casa cuando he llegado? —Estoy sorprendida por mi descubrimiento, y más

que una pregunta es una afirmación.

—Sí —dice divertido—. En el estudio. Justo cuando has subido la escalera, he salido y he comenzado a apagar las velas para darte un poco de tiempo. Tenía que hacer algo para contenerme y no estropearlo todo.

Yo me quedo boquiabierta, no puedo creerlo. Juan estaba en casa y yo no me he dado ni cuenta.

—¿Y si llego a bajar?

—Era un riesgo que tenía que correr — responde encogiéndose de hombros—. Bueno... ¿dónde está mi regalo?

Me dirijo a la maleta, aún desconcertada por lo que me acaba de decir, saco un envoltorio de color rojo y se lo doy. Él lo agita antes de abrirlo, intentando averiguar de qué se trata.

—¡Por Dios, Juan, ábrelo ya! ¡Que siempre haces lo mismo! —exclamo con impaciencia.

—Oye, ¿de quién es el regalo? Mío, ¿no? — Yo le hago un gesto afirmativo con la cabeza—. Entonces lo abriré como quiera y cuando quiera.

Y veo cómo lo deja encima de la mesa con una media sonrisa. Sé que pretende hacerme rabiar

y, aunque quiero aparentar que no me importa, no puedo y termino por chillarle.

—¡Juan! Si lo sé, no te traigo nada —digo estirando las manos para cogerlo, pero él es más rápido y me lo quita antes de que yo ni siquiera lo toque.

—¿Adónde crees que vas? Es mi regalo, Afri —contesta juguetón.

Yo intento arrebatárselo de las manos, pero él estira los brazos para que no llegue, ya que es más alto que yo. «Pero yo soy más lista», pienso para mí. Entonces le empiezo a hacer cosquillas y él no puede evitar retorcerse. Al final se da por vencido y decide abrir el regalo. Yo estudio meticulosamente cada uno de los gestos de sus facciones y, cuando veo que sus comisuras se elevan, sé que le ha gustado.

—La pondré en la mesa de mi oficina —dice para torturarme y sin parar de reírse, viendo cómo cambia el color de mi cara de un sutil bronceado a un rojo escarlata.

—Muy gracioso —respondo seriamente, cruzándome de brazos.

—No, en serio, me encanta. Sólo era una broma. La pondré junto a la cama de mi nuevo apartamento —comenta observando mi reacción.

Yo me quedo alucinada, este hombre está lleno de sorpresas.

—Eso es fantástico, Juan. ¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunto intentando disimular apatía.

«Realmente no te hace falta un nuevo apartamento, ya tienes un sitio donde vivir y es éste, junto a mí», pienso.

—No sé —dice tocándose el pelo—. Creí que no te interesaría, que no te gustaría la idea.

—Juan, todo lo que se refiere a ti me interesa. Sé que en casa de tu hermano no estabas a gusto y por eso me alegro de que ahora tengas un nuevo apartamento —respondo con sinceridad.

Claro que preferiría que fuese *nuestro* apartamento, pero eso no se lo digo.

CAPÍTULO 15

Juan ha preferido no quedarse a dormir. «Demasiadas emociones para un solo día», me ha comentado, haciendo como que bromeaba, pero en el fondo hablaba en serio. Tal vez quería decir: «Demasiado tiempo juntos tentando a la suerte». Nos podemos confundir e interpretar lo que no es real, lo que no es cierto. Y en ese caso, ambos saldríamos perjudicados. Todo esto lo medito metida en la cama, agotada, después de una tarde llena de sorpresas y de tener sexo fantástico con un hombre al que amo profundamente.

Son las seis de la madrugada. Me despierto sobresaltada, bañada en sudor, y un escalofrío me recorre la espalda. Me siento en la cama para que mi respiración recupere su ritmo habitual y me agarro el pecho. Siento un profundo y desgarrado dolor ahí dentro, muy cerca del corazón, debido a la angustia que me ha producido mi

incomprensible pesadilla. Me veo a mí misma llorando desconsoladamente y las lágrimas que salen de mis ojos son negras. Negras como el carbón. Instintivamente me llevo una mano a la cara y noto la humedad producida por las lágrimas. Enciendo la luz y miro mi mano asustada, pero mis lágrimas son normales y eso me tranquiliza un poco. Me tumbo de nuevo en la cama para intentar volver a dormirme.

El dolor del pecho sigue estando ahí, pero poco a poco se va convirtiendo en un dolor más sordo. Doy una vuelta tras otra. No consigo borrar de mi mente la imagen de mis lágrimas negras y eso me impide conciliar el sueño. Al final decido levantarme. Bajo la escalera y rebusco en mi bolso el remedio de urgencia de las flores de Bach. Me las tomo y enciendo la tele, quedándome dormida al poco rato. Me despierto muerta de frío y me arrastro hasta la cama sin saber la hora que es.

Suena el teléfono y torpemente me levanto para contestar. Es Sara, que está impaciente por que le cuente todo.

—Sara, mis padres no están, así que voy a almorzar sola. Si quieres podemos quedar, comer algo en un restaurante, o si no te vienes a casa y preparo pasta, ya que es lo único que tengo.

—Venga, voy a tu casa, que así hablamos más tranquilas. Llamaré a Lola por si se apunta.

—Vale.

Terminamos comiendo en casa unos macarrones a la boloñesa que me han salido buenísimos. Lola no ha querido venir, ha dicho que es mejor que quedemos por la noche para salir; creo que ha quedado con Marcos y no lo quiere decir. Sara y yo hablamos sin parar sobre el tema y al final llegamos a la misma conclusión: tenemos que hacer lo imposible para que Lola deje a Marcos.

—Pero ¿cómo lo vamos a lograr?

—No tengo ni idea, Sara, pero algo se nos

ocurrirá. Cambiando de tema, ¿qué tal con tu nuevo vecino? —Veo cómo su cara va adquiriendo un tono más rosado hasta acabar en un rojo sangre —. ¡Te has acostado con él! —digo sin dar crédito a lo que creo que es verdad.

—Sí —responde después de una pausa.

—Me sorprendes, Sara. Jamás lo hubiera esperado —comento mientras preparo café.

Sara no es como Lola, que no tiene ningún miramiento a la hora de acostarse con quien le apetece cuando quiere. O como yo, que en cuanto vi a Juan fui directa a por él.

—Me sorprendió hasta a mí... como para no sorprenderos a vosotras. Ya sabes lo tímida que soy y cuánto me cuesta... bueno, tú ya me entiendes —comenta refiriéndose al sexo.

—Sí, ya sé. Por eso lo digo. ¿Cómo fue? Aunque, si no quieres, no me lo cuentes —añado al darme cuenta de que su rubor ha vuelto a aparecer.

—Francamente, África, prefiero ir entrenándome contigo. En cuanto se entere Lola, me aplicará un tercer grado.

—Tienes razón. —Me río.

—Fue ayer. Últimamente solíamos quedar bastantes noches para cenar, pero como amigos. A él no le gusta comer solo, ya os lo dije, y a mí tampoco es que me importara. Es muy majo, se puede hablar con él. Sabe escuchar, África, y eso me gusta. —Yo no respondo, estoy muy atenta. No quiero interrumpirla—. Bueno, la cuestión es que ayer trajo pizza y cervezas. Bebí más de la cuenta y, cuando me besó, no lo rechacé —explica sin ningún entusiasmo.

—No lo entiendo, Sara. Lo dices como si no te hubiese gustado, como si te hubieras sentido obligada —comento un poco ansiosa al oírme decir eso.

«Espero que no la forzara», pienso angustiada en mi fuero interno.

—No, para nada. No es eso, él estuvo muy cariñoso conmigo. —Un suspiro de alivio sale por mi boca—. No me malinterpretes, África. Lo que pasa es que siempre es igual. Os oigo a Lola y a ti y me veo como un bicho raro. Para mí no hay fuegos artificiales, ni esa pasión que abrasa mis

entrañas. Sí, me lo paso bien y me gusta, no te voy a engañar, pero, no sé, África, tiene que haber algo más. Vosotras parecéis tocar las estrellas con la punta de los dedos, pero yo no.

—No te preocupes, Sara, eso te pasa porque aún no has encontrado al hombre adecuado. Ya lo verás.

—¿A ti también te pasaba antes de estar con Juan? —me pregunta con una pizca de ilusión.

—No. Bueno, con Juan siempre ha sido mejor. Con Juan toco las estrellas, como tú dices, el firmamento y todas sus constelaciones; con otros, sólo veo fuegos artificiales. Pero siempre me ha gustado, la verdad —contesto sintiendo un poco de lástima por ella. Parece muy confundida—. Sara, no le des tanta importancia, seguro que es lo que yo te digo. El sexo siempre mejora con la persona adecuada, y cuanto más os conocéis, aún es mejor, de verdad.

—No sé, África. Tal vez sea yo.

—¡Pero qué dices! A ti no te pasa nada. De todas formas, si quieres quedarte más tranquila preguntale a Lola, ella tiene mucha más

experiencia que yo en ese tema.

—Que tú y que muchas —dice riéndose al final.

—Sí, eso también es cierto. ¡Es la diosa del sexo! —exclamo con un gesto obsceno. Y terminamos riéndonos a carcajadas.

Sara se va, tiene que arreglarse; hemos quedado con Lola para salir por la noche y ya son casi las siete. Hoy cenaremos cada una por nuestra cuenta y luego nos veremos en El Cultural para tomar una copa tranquila antes de salir de marcha.

Sara me ha dejado un poco desconcertada, no tenía ni idea de que le pasase eso siempre. Y ahora entiendo por qué le cuesta tanto lanzarse a los brazos de nadie. En primer lugar es tímida, aunque ese tema ya lo esté superando, pero por lo que veo lo que más la frena es que no llega a disfrutar.

Antes de arreglarme, llamo a mi madre para saber qué tal se lo están pasando y, por lo que cuenta, hacía tiempo que no se divertían tanto. Así que han decidido quedarse unos días más.

Cuando salgo de la ducha me acuerdo de Juan al ver las únicas velas que quedan sin recoger

encima de la cabecera de mi cama. Me dan ganas de mandarle un wasap, pero me arrepiento en el último momento; nuestro contrato de espacio-tiempo sigue vigente y no quiero agobiarlo.

Me pongo crema y me seco el pelo. Elijo un corsé negro muy sensual y sugerente que va a juego con un tanga precioso. Me miro al espejo y me gusta lo que veo. «Nunca se sabe lo que puede pasar al final de la noche, muñeca», me digo a mí misma en voz alta con una sonrisa torcida. Me pongo unos vaqueros ceñidos, una camiseta que se me cae de un hombro y deja ver el tirante de mi corsé, y unos taconazos de escándalo. Ahora sólo me queda maquillarme un poco y estaré lista.

Antes de irme, me como un sándwich rápidamente y mando un wasap a las chicas.

África: «Salgo ahora de casa, no me hagáis esperar mucho. Besos».

Enseguida obtengo respuesta.

Lola: «Yo voy de camino, así que llegaremos a la vez».

Sara: «Tardaré veinte minutos. Me ha surgido un imprevisto y voy a retrasarme».

No sé qué le ha podido pasar, pero tampoco le quiero dar mayor importancia. Ya nos lo dirá.

Cuando llego me encuentro con Lola en la puerta. Entramos, saludamos a Luca y nos sentamos en uno de los rincones que acaban de dejar vacíos.

—Aquí tenéis, chicas, dos Malibú con piña —dice Luca dejándolos en la mesa.

—Hoy tengo ganas de emborracharme —le comento a Lola.

—¿Y de algo más, por lo que veo? —pregunta tirando del cuello de mi camiseta para ver el corsé que llevo. Yo me río porque en el fondo tiene razón.

—Ayer estuve con Juan y no me importaría repetir hoy también —le cuento con una media sonrisa.

—Ya lo veo, ya. Pero, África, así no vas a conseguir nada. Entra y sale de tu vida cuando él quiere... no tendrías que dejarlo. Tú eres la que tienes el control, que no se te olvide. Por eso

deberías hacerte de rogar un poco más, se lo pones muy fácil —dice volviendo a mirar mi corsé.

—¡Deja ya de hacer eso! —exclamo mirando a los lados y un poco avergonzada.

—¿Qué pasa? Me gusta lo que llevas. Es muy sexi —responde con naturalidad.

—¿Qué has hecho todo el día? ¿Por qué no has venido a comer a casa? —Intento cambiar de tema.

—Había quedado —responde encogiéndose de hombros.

—¿Con quién? —pregunto desafiante. Lola me mira irritada y eso corrobora mis sospechas.

—Ya sabes con quién. Y ni a ti ni a mí nos gusta hablar del tema, así que dejémoslo, ¿vale?

—No. No vale. Eso se debe acabar. Tienes a un chico encantador que bebe los vientos por ti, que haría lo que fuese por ti y tú lo dejas a un lado... ¿por quién? Por ese personaje que ni siquiera te quiere.

—África, no te pases. Marcos me quiere, a su manera pero me quiere —dice cada vez más enfadada.

—¡¡Ja!! ¡Lola, por Dios! Quítate la venda de los ojos. Parece mentira que seas tú la que diga eso.

—Tengo mis razones para creerlo.

—¿Ah, sí? Ilústrame para que yo lo entienda.

Porque es toda una incógnita para mí.

—Algún día, África. Pero hoy no —responde tajante, y en ese momento aparece Sara. Así que decido dejar el tema.

—¿Qué os pasa? —pregunta Sara apaciguadora.

—Nada. —Lola no quiere darle explicaciones—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has llegado tarde? —dice ahora más tranquila.

—Me he encontrado con Mario en la escalera.

—¿Quién es Mario, el vecino? —Y Lola comienza con su habitual rueda de preguntas en tema de hombres.

—Sí —dice Sara agachando un poco la mirada.

—¿Y qué quería? ¿No me digas que os habéis acostado?

—Ayer —contesta tímidamente.

—Esto hay que celebrarlo. —Le doy un codazo para que se calle, pero Lola no se da por aludida—. ¿Y qué quería? La versión corta de las mejores jugadas.

—¡Lola! ¿Quieres dejarla hablar? —suspiro con irritación.

—No, quería saber si estaba bien.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué ibas a estar mal? No lo entiendo —plantea Lola confundida. Sara se arma de valor y, soltando todo el aire de sus pulmones, le cuenta lo que me ha dicho a mí durante el almuerzo y que le tiene un poco preocupada—. Bueno, Sara, no te agobies. Ahora mismo es como si te estuviera viendo. Y me apuesto lo que quieras a que no me equivoco si te digo que, cuando lo haces, estás más rígida y fría que la mesa de mármol que tengo en mi salón. Sara, para estas cosas lo primero es relajarse, poner en *off* la cabeza y disfrutar. No puedes tener buen sexo si estás pensando en que la última vez no salió como tú esperabas.

—Ya son varias últimas veces, Lola.

—Por lo que yo sé, no son muchas. Y aquí la que más puede hablar del tema soy yo. O corregidme si me equivoco. —Levanta una ceja, pero como ninguna decimos nada, ella continúa—. Hay veces que te gusta más y otras que te gusta menos; algunas buenísimas y otras desastrosas. Pero por eso no hay que dejar de practicar. ¿O no se dice eso de que a base de practicar y practicar es como se consigue mejorar? Esto es igual que todo lo demás.

—Para ti es muy sencillo decirlo.

—¡Igual que para ti, Sara! Deberías desinhibirte un poco. Y sobre todo relajarte. Porque, si ese chico, Mario, ha notado que algo no ha funcionado es porque tú estabas tensa. De todas formas, eso dice mucho en su favor, pues a la mayoría de ellos lo único que realmente les importa es meterla —sentencia Lola bebiendo de su copa—. Mira, Sara, cuando consigas relajarte, ya verás como todo irá estupendamente y, si no es así, me lo dices.

—¡Te lo estoy diciendo ahora, Lola! — exclama con ansiedad.

—Como quieras, pero ya te digo que todo está en tu cabeza. Lo primero que tienes que hacer es conocer tu propio cuerpo, Sara. Debes descubrir lo que te gusta y cómo te gusta. Y a eso no te puede ayudar nadie, lo tienes que hacer tú sola. Luego, cuando estés con Mario, o con quien sea, se lo tienes que comentar. Hay tíos que son como aviones, les hace falta una pista de aterrizaje bien iluminada para que se enteren de las cosas.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—No sé lo que estás pensando, pero lo que te digo es que te masturbes, Sara.

Ésta se queda petrificada, sin respiración y con la boca abierta. Yo le acerco su copa y le digo:

—Respira. Bebe y respira.

—¡No sé por qué te quedas así, Sara! Es la forma más rápida, sencilla y eficaz de averiguar lo que te gusta.

—Sara, Lola tiene razón. Igual yo no lo habría dicho así, pero debes averiguar lo que te gusta —intervengo intentando sacarla de su estado

de *shock*.

—Y ya te he dicho que, aunque sepas lo que te gusta, no vas a conseguir nada si no te relajas — insiste Lola dulcemente poniendo una mano sobre su rodilla.

—Está bien, lo intentaré —responde Sara aún en trance.

—Así me gusta, Sara. Además, siempre nos puedes contar tus progresos —añade Lola riéndose.

—Antes de que se me olvide —digo rebuscando en mi bolso las tobilleras que compré en Tenerife—, esto es para vosotras. Quería que estuviéramos las tres para dárosla. Me habéis ayudado mucho estos días y me gustaría agradeceróslo. Sé que es una tontería, pero me gustaron y me hace ilusión regalárosla.

—No tenías por qué, pero muchas gracias. Es muy bonita —dice Sara dándome un abrazo.

—Qué tonta eres, África. Cómo me voy a enfadar contigo cuando me sermoneas si haces esto. Gracias. Me gusta lo que representa cada una de las letras —responde Lola pasando el dedo por

esa palabra con tanto significado para nosotras, «LAS»: Lola, África y Sara.

—Siempre juntas —dice Sara.

—Siempre unidas —continúo yo abrazándome a las dos.

Terminamos nuestras copas y nos vamos a la discoteca de siempre. Sara se ha relajado, Lola está hablando con un chico y yo tengo ganas de emborracharme, así que le digo a Sara que voy a pedir a la barra y veo que me señala con un gesto afirmativo mientras le dice algo a Lola.

Le pido nuestras bebidas a la chica que está detrás de la barra, pero cuando comienza a coger los vasos un compañero suyo le cuchichea algo al oído y coge él la botella. Ella me sonríe y el chico empieza a llenar los vasos con nuestras consumiciones. «Es mono —pienso mientras veo cómo prepara los bebidas—. Demasiados tatuajes para mi gusto, pero el chico es mono.» Él me mira, pone los vasos delante de mí y yo le entrego un billete. Él lo coge y va a la caja para darme la

vuelta. Yo busco a las chicas para indicarles que tengo las copas y Lola se acerca a ayudarme. Entonces veo al camarero que estira mano porque quiere devolverme el cambio y yo hago lo mismo, pero al abrir mi mano él la coge y se acerca para poder decirme algo.

—A ésta invito yo, guapa —me susurra al oído.

Yo me quedo alucinada. Últimamente debo de llevar un cartel en el que pone «Estoy libre» y yo no me he enterado. Miro mi mano y veo la misma cantidad que le he entregado, pero esta vez en monedas. Le sonrío agradecida y busco a Lola para contárselo. Ella se ríe y dice:

—Pues la próxima la vuelves a pedir tú. Con un poco de suerte nos sale gratis la noche.

—Yo paso. Que pida Sara —le digo clavándole la mirada a Lola.

—Buena idea, así le damos otro chico con el que poder practicar y conocer su cuerpo — responde con una sonrisa perversa.

—Son las cuatro de la madrugada, estoy borracha y agotada. Lo único que quiero es meterme en la cama y dormir —les digo a las chicas bajando del taxi.

—Igual tienes suerte y hay alguien esperándote en casa como la otra noche —comenta Lola con picardía mientras arranca el taxi.

«No me importaría —pienso entrando en el portal—, aunque creo que esta noche no podría hacer otra cosa que no fuese dormir.»

Enciendo la luz y no veo a nadie. Por una parte me alegro, ya que no puedo tenerme en pie. «Y estos malditos tacones me están matando», digo dando una patada al aire para desprenderme de ellos.

Subo pesadamente la escalera y me quito la ropa. «Es una pena, chica. Con lo guapa que te has puesto hoy», digo mirándome al espejo en ropa interior.

Voy al baño, me cepillo los dientes, me desmaquillo. Me dejo caer tal y como estoy sobre la cama. «Mañana será otro día», pienso antes de dormirme.

CAPÍTULO 16

Hoy es domingo y no tengo nada que hacer. Normalmente me iría a comer con mis padres, pero ellos siguen en la sierra. Las chicas estarán durmiendo todavía, así que me espera un día bastante aburrido.

Salgo de la cama y me doy cuenta de que he dormido en ropa interior. La noche anterior me la puse por si acaso veía a Juan y surgía un plan alternativo al de emborracharme, pero no fue así.

«Ayer no supe nada de él y tampoco lo vi por la noche. A Juan no le gusta mucho salir de marcha, pero tenía la esperanza de que su hermano Luis lo obligara. Aunque, pensándolo mejor, se habrá quedado en su piso nuevo, por eso Luis tendría menos poder de convicción que el sábado que nos vimos.» Y justo cuando estoy pensando esto suena mi teléfono.

—Hola, preciosa. ¿Te apetece ver mi nuevo

piso? —pregunta Juan todo ilusionado.

—Ahora mismo estaba pensando en ti.

—Espero que algo bueno, porque la verdad es que estoy haciendo verdaderos esfuerzos para portarme bien.

No entiendo exactamente a qué se refiere, pero tampoco quiero saber mucho más. Esperaba un domingo solitario y aburrido, pero justo esto es lo que me ha alegrado el día.

—Me apetece mucho ver tu piso. Dime la calle. Me ducho, me visto y voy.

—No, mejor paso a buscarte yo dentro de un cuarto de hora. ¿Te parece?

—De acuerdo. En quince minutos te veo.

Cuelgo el teléfono y tiro mi ropa interior al suelo justo donde están los vaqueros y la camiseta que llevé anoche. Tengo que echarlo todo a lavar.

Me doy una ducha rápida, me pongo otros vaqueros y una camiseta básica. Oigo la puerta de casa y, suponiendo que es Juan, sigo con lo mío.

—¡Estoy arriba, me seco el pelo y ahora mismo bajo! —grito para que me pueda oír. No espero su respuesta y enciendo el secador.

Cuando termino de secarme el pelo, veo que está apoyado en el marco de la puerta del baño, sosteniendo con su dedo índice el corsé que llevé ayer. Contemplo su barba de dos días, que le da un aspecto desaliñado y de chico malo pero exquisitamente sexi, consiguiendo que me derrita por dentro.

—¿Con esto es con lo que saliste ayer? —dice arqueando una ceja y con una sonrisa pícaro.

—Sí —le digo quitándoselo de las manos.

—¡Qué pena no haber salido! No me habría importado quietártelo. ¿O quién sabe? Tal vez te lo hubiera dejado puesto... —dice maquinando en su cabeza mientras se estira el labio inferior con sus dedos.

—Bueno, eso fue ayer. Y, día que pasa, no vuelve. ¡Otra vez será! —le digo, pero es un farol porque una parte de mí está deseando oír cómo me pide que me lo ponga.

—Tendré que salir más a menudo para no perder ni una oportunidad más. —Me coge por la cintura y me besa en los labios.

—Creo que es muy buena idea. Así podrías

vigilar tus intereses, ya que últimamente estoy que rompo —digo con una sonrisa traviesa—. Ayer me invitaron a unas copas y porque yo no quise más, que si no...

—¡Tú siempre estás que rompes, Afri! Por eso voy a tener que atarte corto —comenta él con la voz ronca y dándome una palmada en el cachete—. Venga, vámonos o te ataré de verdad, pero a la cama —añade con las pupilas dilatadas por la excitación. Yo me río y bajo la escalera divertida.

Salimos de casa y nos subimos en su coche. Juan conduce y yo observo cómo me mira una y otra vez con el rabillo del ojo sin decir nada.

—¡Suéltalo ya, Juan! —le digo un poco nerviosa.

—¿El qué? —pregunta despreocupado.

—Llevas todo el rato rumiando algo en la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—¡Por favor, Juan! Que te conozco mejor que nadie, se podría decir que te conozco casi mejor que tú mismo.

—Bueno, me preguntaba si el chico que te

invitó ayer es el mismo que el de la foto. —Una sonrisa aparece en mi cara.

—¿Estás celoso? —digo riéndome.

—¡No, simple curiosidad! Me gusta conocer a mis rivales.

—¿Ah, sí...? Pues saca papel y boli, guapo, porque la lista es interminable.

—Bueno, no importa. Soy muy bueno defendiendo lo que es mío.

—¡Aquí nada es tuyo, que yo sepa! —le digo levantando una ceja y negando con mi dedo índice en el aire.

Juan guarda silencio. Sabe que es cierto, no me puede pedir explicaciones de nada. Ya no estamos juntos por decisión suya. Fue él quien quiso dejarlo por alguna razón que no consigo entender. Es él quien necesita tiempo y constantemente llama a mi puerta buscándome.

Juan aparca el coche en una calle que está muy cerca de su trabajo.

—Ya hemos llegado. —Yo miro hacia el edificio que señala.

Es un bloque de doce pisos. De nueva

edificación. Entramos en el portal y Juan pulsa el botón del ascensor. Vive en el ático por lo que puedo ver. Cuando entramos por la puerta, me quedo impresionada. El piso está completamente desnudo. El salón es grande, pero no tiene más que un tablero con dos caballetes a modo de mesa en el que se ven unos papeles y su portátil. Veo un pequeño sofá enfrente de la tele en mitad del salón. A la derecha hay una puerta que da a una estrecha cocina en la que ni siquiera cabe una pequeña mesa, y junto a ésta está el baño, que parece más grande que la cocina. Él está apoyado en la pared, observándome detenidamente.

—¿Y ya está? ¿No hay nada más? —pregunto girando sobre mí misma.

—Eso es todo —dice encogiéndose de hombros y con una sonrisa.

—¿Dónde duermes, en el sofá? Te vas a dejar la espalda molida...

—Conozco a una buena terapeuta —responde con sarcasmo.

—En serio, Juan, este piso no es para ti.

—Es un sofá cama. Además, no pretendo

quedarme mucho tiempo. En casa de Luis no tenía intimidad y hay días en los que me apetece un poco —dice agarrándome por la cintura. Yo le cojo las manos para que me suelte.

—Ya sé por dónde vas, pero en estos momentos no. Aquí no. ¿Por qué has alquilado esto? —le digo perpleja.

No le pega nada vivir así. No entiendo por qué le gusta. No tiene ni una habitación y tampoco muebles, lo que le da un aspecto muy frío y triste. Él parece divertirse. Se acerca a mí, me coge la mano y me lleva a la cocina. Una vez allí me dice:

—Cierra los ojos. —Le hago caso. Juan sigue sin soltarme la mano y oigo cómo abre una puerta que no he visto. Andamos unos pasos—. Ya puedes abrirlos.

Obedezco y esto sí que me gusta: es una terraza maravillosa, enorme y con unas vistas espectaculares. Tiene una mesa con sillas en un extremo junto a una barbacoa y en el otro lado una tumbona casi tan grande como una cama de matrimonio. Yo abro la boca sin poder decir nada. Esto es alucinante. Juan pone un dedo en mi

barbilla y me cierra la boca, aún abierta.

—Desde que lo vi he estado esperando este momento. Y ha merecido la pena ver esa cara. Te he dejado sin palabras y eso es algo muy complicado —dice riéndose.

—No entiendo cómo el piso está tan vacío y, sin embargo, la terraza es tan preciosa —comento todavía desconcertada.

—Los dueños del piso se llevaron los muebles a su nueva vivienda. Pero, a donde han ido, no tenían sitio para esto, así que lo han dejado aquí. —Se encoge de hombros—. Y en cuanto vi la terraza, les dije que me quedaba el apartamento. Siempre puedo amueblarlo, pero esto... esto es espectacular, ¿no te parece? —Señala a su alrededor.

—Sí —respondo atónita.

—Además, ¿sabes cuál fue la primera imagen que vino a mi mente cuando vi la tumbona?

—No —le digo distraída contemplando las vistas.

Él me abraza por la espalda y me susurra al oído:

—Tu cuerpo desnudo tomando el sol.

Yo me vuelvo y le digo sugerentemente:

—¿Ah, sí...? Hay mejores cosas que hacer en esa tumbona que tomar el sol.

—¡Cierto! —Me agarra del culo para subirme a sus caderas mientras me besa apasionadamente.

Y así me lleva hasta la enorme y confortable tumbona. Me echa suave y delicadamente sobre ella, despojándome de los pantalones y las bragas. Yo veo cómo desabrocha uno a uno los botones de sus vaqueros y, sabiendo que ahí debajo no hay nada más que piel desnuda, noto cómo mis entrañas se humedecen y mi cuerpo se excita. «Todo esto es muy erótico», pienso mientras Juan mete la mano debajo de mi camiseta, alcanzando uno de mis pechos. Mi espalda se curva y es entonces cuando en un diestro movimiento lo noto en mi interior.

—Esto me encanta —hablo entre gemidos, agarrándolo por el pelo.

—Pensaba que habías dicho que no te gustaba el piso. —En su cara se dibuja una sonrisa lasciva

y empuja más dentro de mí.

—Estaba equivocada —le digo antes de besar fuertemente sus labios.

Él sonrío y me da otro empujón suave pero enérgico, chocando sus caderas contra las mías y arrancando de mi garganta un profundo gemido. «Este hombre me tiene loca, en estos momentos sería capaz de hacer cualquier cosa por él», pienso mientras noto cómo todo mi interior se prepara para recibir otra y otra más de estas gratificantes sacudidas que da con las caderas, consiguiendo que vibre y desee cada una de sus embestidas para acabar en el tan ansiado orgasmo.

Juan se echa a un lado y se sube los pantalones que no se había quitado. Yo no puedo moverme, todo mi cuerpo sigue levitando en una cautivadora sensación de bienestar.

—Vístete, te vas a enfriar. No hace frío, pero aún no es verano. —Me acerca los vaqueros.

—Lo tenías preparado, ¿no? —le pregunto apoyándome sobre los codos para poder ver su cara.

—Sabía que te sorprendería. Pero no

esperaba que reaccionaras tan bien, la verdad — dice con una mirada juguetona—. Vístete, África. Vas a coger frío. —Más que una sugerencia, es un orden.

Yo cojo a regañadientes la ropa y me la pongo, pero vuelvo a tumbarme para disfrutar del placer que me produce todo esto.

—¿Quieres tomar algo? Tengo mucho más que agua. —Se ríe.

—Lo mismo que bebas tú —le digo cerrando los ojos para disfrutar del sol de la primavera.

Me encanta esta estación del año. El calor que despide el sol con sus primeros rayos, cómo mi cuerpo absorbe esta sensación mientras poco a poco va aumentando su temperatura sin llegar a achicharrarme.

Juan sale con una bandeja que pone encima de una pequeña mesa que hay junto a la tumbona. En ella veo un plato con aceitunas, otro con jamón, unas patatas fritas y dos vasos de cerveza con limón.

—¿Disfrutando? —pregunta metiéndose una aceituna en la boca y tumbándose a mi lado.

—Mucho. Gracias —respondo poniendo la cabeza sobre su pecho—. Podría acostumbrarme a esto.

—Yo también —dice acariciando mi pelo.

Estamos parte de la mañana echados en esa estupenda tumbona hasta que Juan decide que ya es hora de dejar de holgazanear, así que nos ponemos a preparar algo de comida en su diminuta cocina.

—La mía es pequeña, pero ésta... —comento en voz alta sin darme cuenta y chocándome por tercera vez con Juan.

—Hombre, míralo por el lado positivo —dice rozando mi culo con sus caderas.

Yo me río, le doy un sutil beso en los labios y sigo con la ensalada. Juan está haciendo pollo al limón, que siempre le sale de vicio.

—¿Quieres unas patatas fritas?

Le respondo que sí con la cabeza y me pasa un par de patatas para que las vaya pelando.

Me parece imposible que tenga tanta comida, sólo lleva un par de días aquí y tiene más cosas que yo. Aunque, claro, a Juan siempre se le ha dado muy bien lo de hacer la compra. No como a

mí. Parece tan lejana la última vez que cocinamos juntos... Echo de menos estos momentos con él. Estas pequeñas cosas son las que diferencian a una pareja de un rollo de una noche. ¡Pero míranos!, sin ser pareja y actuando como si lo fuéramos. Debe de ser por el tiempo que hemos vivido juntos. Nos conocemos perfectamente el uno al otro, sabemos cuáles son nuestras virtudes, nuestras manías, conocemos nuestros gustos y eso hace que sea más fácil y a la vez tan complicada esta situación.

—¿En qué piensas? —dice Juan alejándose de mis reflexiones.

—En nada.

—Venga, va, dímelo. Sé que estabas pensando en algo. Te conozco demasiado bien, Afri —dice confirmando lo que estaba cavilando.

—En el tiempo que hacía que no cocinábamos juntos y en lo que me gusta hacerlo contigo.

—A mí también, Afri —responde sin apartar la vista del pollo.

—Se llevaron los muebles y, sin embargo, te

dejaron toda la vajilla. —Cambio de tema. No quiero estropear este momento.

—La vajilla la compré el mismo día que me dieron las llaves. El sofá es de Luis y la mesa la cogí del trastero de mis padres.

»Tengo que ir un día de éstos a comprar algún mueble que me encaje; ¿querrás acompañarme? —pregunta ilusionado.

—No sé si es buena idea, Juan. —Me resulta absurdo comprar unos muebles con Juan para un piso en el que yo no voy a estar.

—Bueno, como quieras —dice notando mi incomodidad—. Voy a poner la mesa en la terraza, ¿te parece?

—Es una idea estupenda —respondo un poco melancólica.

Juan abre una botella de vino, para inaugurar su piso, dice. Comemos tranquilamente disfrutando del escenario. No hablamos mucho, pero no hay tensión en nuestro silencio. Cuando terminamos de almorzar, me levanto para recoger los platos.

—No, no. Tú quédate sentada. Es mi casa. Ya lo recojo yo.

—Déjame ayudarte.

—Me has ayudado más de lo que tú te crees —dice dándome un beso en la frente y cogiendo los platos.

«Otra de sus frases con doble sentido de las que no pillo nada. Y eso me irrita, no saber de lo que me habla. Antes me suelta que está haciendo verdaderos esfuerzos para portarse bien y ahora esto. No entiendo nada y tampoco le puedo preguntar a qué se refiere. Muchas veces debo ir con pies de plomo. En cuanto digo algo que echo de menos de lo que teníamos antes, noto cómo un destello de dolor aparece en sus ojos. Si intento averiguar algo de esta nueva relación que tenemos, me responde con evasivas, cambia de tema o dice su frase preferida: “Afri, ya te lo he dicho. Necesito tiempo”»; todo esto me cuestiono mientras se dirige a la cocina.

—Y yo a ti. —Me respondo con tristeza en un susurro, pero sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—¿Que dices? —me pregunta girándose para mirarme a los ojos.

—Nada. Ya me conoces, estaba hablando sola. —Él examina mis ojos intentando averiguar lo que pienso—. Juan, creo que debería irme — sugiero al despertar del idílico sueño que me ha proporcionado el pasar casi todo el domingo con él; pero sé que no es real, que él y yo ya no estamos juntos, que ahora entraré en mi piso pero él no estará, y el vacío ocupará de nuevo su lugar.

—Como quieras, Afri —acepta con un tono de voz triste y decaído.

Entro por la puerta de mi apartamento y ahí está el silencio, el vacío me da la bienvenida. Y el dolor de mi pecho resurge de lo más profundo de mi ser.

«¿Por qué soy tan estúpida? —me pregunto en voz alta—. No puedo creer lo idiota que puedes llegar a ser, África. Estas vacaciones no te han servido para nada. Se suponía que ibas a pensar más en ti, que ibas a poner tierra de por medio entre tú y Juan, pero parece ser que sólo lo puedes cumplir cuando cruzas el océano, y aun así... —me

reprocho echándome las manos a la cabeza y recordando nuestro sexo telefónico—. No puedo creer el poder que tiene sobre mí, con tan sólo oír su voz. Es como la fuerza atrayente que tienen los imanes, así me siento. Soy incapaz de resistirme a esa fuerza», digo dando grandes zancadas por el salón para terminar derrumbándome en el sofá.

Miro el reloj una y otra vez, pero las horas pasan lentamente, torturándome a cada segundo, a cada minuto. Es como si el tiempo me estuviera castigando por el día que he pasado con Juan, por el tiempo que he robado a mi dulce agonía, cambiándola por minutos de felicidad irreal. Al final las agujas del reloj alcanzan las diez y me arrastro hasta mi cama, deseando dormirme pronto y que este martirio acabe.

Son las cinco de la madrugada y otra vez ese maldito sueño me despierta bañada en sudor. La imagen de mí misma llorando lágrimas negras hace que el dolor de mi pecho me desgarré por dentro, produciendo un grito agónico dentro de mí. Busco

el remedio de urgencia de las flores de Bach y dejo que estas gotas hagan su efecto tranquilizando mi alma y transportándome de nuevo a un sueño reconfortante.

Por la mañana me despierto y me pregunto qué significará mi pesadilla; es la segunda noche que aparece en mi mente y eso me inquieta.

Voy a trabajar y Claudia está sedienta de información.

—¿Qué tal tus vacaciones, África? —me pregunta nada más entrar por la puerta.

—Muy bien, Claudia, aunque cortas.

—Espero que me lo cuentes todo luego, cuando encuentres un rato para respirar, porque tienes la agenda a tope. Te han echado mucho de menos —dice refiriéndose a los clientes.

—Ya lo veo, ya —asiento mientras echo un vistazo a la agenda—. Por cierto, he traído algo para ti.

—¿Para mí? ¿Y qué es? Dámelo, venga, dámelo ya —me pide tan ilusionada e impaciente

como una niña pequeña.

—Toma —le digo riéndome mientras la veo dando saltitos de la emoción.

—Gracias, África. Es preciosa —dice agachándose a ponerse la pulsera en el tobillo. Después me da un beso en la mejilla y se pierde por el pasillo para comenzar a trabajar.

«Yo debo hacer lo mismo —pienso mirando la interminable lista de personas que tengo entre hoy y mañana—. Por lo menos el jueves tengo un respiro para poder quedar con Arturo y darme un pequeño homenaje.»

Entra Javi, el primer masaje del día. «En dos minutos estoy contigo», le digo dirigiéndome al almacén para cambiarme.

Hoy casi no he tenido tiempo para comer, justo media hora para tomarme una Coca-Cola y un bocata de jamón. Claudia se ha ido hace rato y yo estoy recogiendo todo. Voy al almacén para tomarme una Coca-Cola tranquilamente antes de irme cuando oigo el sonido de mi móvil.

Juan: «Estoy tumbado en mi maravillosa tumbona y recordando lo bien que lo pasé ayer contigo».

No me apetece contestarle. Estoy cansada, tengo ganas de irme a mi casa y meterme en la cama. Como no le he contestado, al llegar a casa veo otro wasap de Juan.

Juan: «Ayer te fuiste muy deprisa. ¿Estás bien, Afri?».

África: «Estaría mejor si no tuvieras que recordarme lo bien que lo pasamos. Preferiría que estuvieras en casa, junto a mí. Sé que necesitas tiempo, ya me lo has dicho, pero yo te necesito a ti».

«¡Hala! Ya se lo he dicho —me oigo decir mientras le doy a enviar—. Por lo menos me quedo más tranquila diciéndole lo que yo necesito.»

Juan: «Siento mucho el daño que te estoy haciendo, África. Sé que a veces puedo confundirte, ya que soy yo el que te busca continuamente, pero creo que estoy muy cerca de encontrar una solución a todo esto».

África: «Eso espero, Juan. Me voy a la cama, he tenido mucho trabajo y mañana me espera otro tanto. Besos».

Juan: «Ok. Te dejo para que puedas descansar. Besos».

Esta noche mi pesadilla no se ha presentado y he podido descansar. Es justo lo que me hacía falta para otro día como el de ayer: trabajo, trabajo y trabajo.

Mientras estoy comiendo algo en el almacén, reviso mi móvil y veo un wasap.

Lola: «¿Qué tal la vuelta al trabajo?».

África: «Dura. Quiero irme otra vez. Me da igual adónde. Sólo dime día y hora».

Lola: «Ja, ja, ja. Me vuelvo a ir dentro de dos semanas, pero esta vez no va a poder ser. Tú te quedas en tierra».

No me interesa adónde se va, sólo quiero saber si estará Yago.

África: «¿Vas a ver a Yago?».

Lola: «No lo sé. Pero, si lo veo, le daré

recuerdos de tu parte».

África: «Ahórrate mis recuerdos, prefiero que le des otra cosa DE TU PARTE».

Lola: «No empieces, África. Es complicado. Te dejo, tengo trabajo».

África: «Yo también. *Ciao*».

Lola me hace enfadar tanto como Juan. «¿Qué problema tienen los dos?», mascullo con indignación.

Los días pasan sin altibajos; no sé nada de Juan desde el lunes y eso me da un poco de estabilidad. Hoy es miércoles y, después de unos días de muchísimo trabajo, he quedado con Arturo y en estos momentos es lo que más me apetece, ponerme debajo de sus manos.

Toco el timbre y Arturo abre la puerta.

—Pasa, África, te estaba esperando —saluda con una sonrisa encantadora.

—Yo sí que estaba esperando a que llegase este momento —respondo mientras entro en la casa con ansiedad—. ¿Y Félix?

—Ensayando. Estrena el sábado y está todo nervioso. —Se estira de los pelos para dar más énfasis a su frase—. ¿Vas a venir?

—Claro que voy a ir. Y las chicas también. Tengo que recordárselo, pero ya me confirmaron que vendrían. Luego les mando un wasap.

—¿Subimos?

—Sí, por favor.

—¿Qué tal tus vacaciones? —me pregunta subiendo la escalera.

—Cortas y la vuelta, dura.

—¿Por Juan o por el trabajo? —Y entramos en mi Olimpo del descanso.

—Ambos—digo encogiéndome de hombros mientras me voy desnudando.

—Explícate.

—El trabajo, agotador. He tenido que recuperar el tiempo que me fui, así que he acabado tardísimo estos dos días. Y por Juan, exhausta, cansada de no poder resistirme a sus brazos y a la vez desearlos tanto. Es un sentimiento contradictorio que me tiene loca. Deseo tanto a ese hombre... que me agoto de todas las formas

posibles; estoy harta de luchar contra lo que siento y me enfado cuando no consigo lo que quiero, que es él y sólo él. Y por ahora no lo tengo.

—No te ofusques, África. Deja que todo fluya y disfruta de lo que puedas, pero no te castigues luego por haberte divertido.

—¡Pero es que a veces me da la sensación de que no avanzamos! Yo estoy intentando sobrevivir sin él, y luego llega, me echa un polvo bestial y hace que todo se desmorone. Y vuelta a empezar. Y así una y otra vez. Él me pide tiempo, pero ¿cuánto estoy dispuesta a aguantar? A veces creo que toda una eternidad, que por él aguantaría una vida, y eso aún me hace más daño. Me enfurece no poder dejar de sentir lo que siento, no poder dejar de amarlo.

—África, querer a alguien no es malo. Lo malo es cómo vivas tú ese amor.

—Y luego está esa pesadilla que me tortura. Ya son dos las veces que me ha visitado a mi cama y no puedo quitármela de la cabeza, intentando descifrar su significado.

—¿Qué pesadilla? —pregunta mientras noto

sus manos masajeando mis pies. Y poco a poco mi cuerpo va pesando más y mis músculos van relajándose poco a poco.

—Es siempre lo mismo: una imagen de mí misma llorando lágrimas negras. Tengo una cara desconsolada y llena de dolor mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas —digo bajando cada vez más el tono de mi voz.

—No tengo ni idea de qué significado puede tener, pero seguro que es algo que te quiere decir tu subconsciente.

—Hum —asiento con la garganta, sumergiéndome por completo en un océano de relajación absoluta.

Noto cómo mi mente se apaga y es tan gratificante poder dejar de oír mis pensamientos, enmudecer cada uno de mis temores, de mis angustias y sobre todo el más grande de mis miedos: perder definitivamente a Juan. Y entonces me doy cuenta de por qué me aferro tanto a él cada vez que me busca: porque algo dentro de mí me dice que ésa puede que sea la última vez.

—¿Qué tal? —me pregunta Arturo cuando

acaba, obligándome a bajar de mi nube.

—Fenomenal, has conseguido que ponga en *off* mi cabeza. Gracias —contesto sin menearme de la camilla—. ¡Arturo! —le digo apoyando la cabeza sobre mis brazos, pero siguiendo boca abajo.

—Dime, África. —Está de espaldas, recogiendo los aceites.

—Ya sé cómo lo vivo. Lo vivo como si fuera el último. Y eso me produce un malestar general.

—O sea, con desesperación.

—Sí, creo que sí.

—Entonces no me extraña que estés como estás. África, tienes que relajarte; lo que tenga que ser, será, y no vas a poder evitarlo. Ya tendrás tiempo de desesperarte llegado el momento, si es que llega. Mientras tanto, es echar sal sobre tus propias heridas —dice poniéndose de cuclillas para poder mirarme a la cara y hablarme con cariño—. Tienes que intentar adaptarte a esta nueva situación y no vivir constantemente en el pasado. Así la única perjudicada eres tú. No puedes castigarte con el pasado, vivir con

desesperación el presente y plantearte un futuro lleno de incertidumbre. ¡África, ¿no entiendes que así no vas a ninguna parte?!

—¡Pero no puedo evitarlo!

—Bueno, no te preocupes, estamos trabajando en ello. Hay que terminar de cerrar esos bloqueos para que no se enquisten. Vamos a ir poco a poco. Lo estás haciendo bien, África, estás empezando a ser consciente de por qué te sientes así, y eso es bueno. Ya sabes que la mejor forma de solucionar los problemas es tomar consciencia de ellos y plantarles cara. Y eso es lo que estás haciendo. Vas a ingerir unas nuevas flores que te he preparado, ¿vale?

—Lo que tú digas. Ya sabes que en estos momentos no soy nada objetiva. No puedo ver el problema desde la perspectiva que lo ves tú. A mí me afecta demasiado.

—África, no es que te afecte, es que eres la protagonista —afirma entre risas.

Yo también me río, aunque mi risa es menos alegre. Me levanto de la camilla y me visto.

Todo mi cuerpo, mi mente y mi alma sienten

una liberación total. Es como si acabase de quitarme una mochila llena de piedras que llevaba sobre los hombros, y esa sensación es muy reconfortante. Me despido de Arturo y me voy a casa disfrutando de esta nueva sensación que experimenta todo mi cuerpo.

CAPÍTULO 17

Es sábado y desde que estuve con Arturo mi pesadilla parece que ha desaparecido. Hoy he quedado con las chicas para ir a ver la obra de Félix. No sé muy bien de qué va, pero seguro que lo pasamos bien.

Mis padres vinieron el jueves, aunque vuelven a irse mañana, esta vez a la playa. Están pensando en comprarse una casa en un pueblecito de la sierra. Mi padre está muy ilusionado con la idea, ya que parece que es el sitio perfecto para su jubilación, como él mismo dice. Es a mi madre a la que veo menos receptiva con la idea, ella preferiría un apartamento en la costa. Al final no sé en qué quedará esto, si en el monte o en la playa. Lo que sí parecen tener claro es que se van a comprar una segunda vivienda para poder irse del mundanal ruido de la ciudad cuando quieran. «Dentro de unos días lo sabré, ya que mañana van

a ver unos apartamentos para así poder decidirse por una cosa o por la otra», pienso de camino a casa de mis padres.

—Hola, papá —digo al entrar en casa—. ¿Qué haces?

—Aquí, hija, organizando qué apartamentos quiero ir a ver mañana —responde un poco resignado.

—Tú prefieres la casita del pueblo, ¿no? — Pongo una mano sobre su hombro.

—Sí, cariño, sí. Pero tu madre... se empeña en la playa. Y a mí la idea de un apartamento no me convence demasiado. Me gusta poder desayunar al aire libre como aquí, cuando desayunamos en el jardín, poder disfrutar de las vistas y no ver un bloque de pisos al asomarme por la ventana.

—Si te soy sincera, papá, yo también prefiero la playa. Pero mi opinión no cuenta. Además, si ése es el problema por el que no quieres playa, tiene fácil solución: no busques apartamentos, sino

casas.

—¡Claro que cuenta! ¿O quién crees que va a disfrutar de todo esto cuando nosotros no estemos? Voy a buscar casas, ahora mismo —dice con los ojos puestos en su ordenador.

—¿Dónde está mamá? —pregunto con una sonrisa.

—Ahora vendrá. Ha dejado la comida preparada y se ha ido a hacer un recado.

—Compré esto cuando estuve en Tenerife. Espero que te guste —le comento mientras abre el envoltorio.

—Claro que me gusta. Además, me viene estupendo. Aquí voy a poner las llaves de nuestro segundo hogar —dice dándome un beso—. Gracias.

Me siento en el sofá y mando un wasap a las chicas.

África: «¿Cómo vamos a quedar para ir al teatro?».

Sara: «Yo había pensado quedar un poco antes y tomar unos pinchos».

Lola: «¡¡¡Y luego fiesta!!!».

África: «Me parece que ya lo tenéis todo bien organizado. ¿A qué hora quedamos?».

Sara: «¿A las ocho os parece bien?».

África: «Por mí, sí».

Lola: «Yo igual llego un poco justa, ya os llamaré».

África: «¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer...?».

Lola: «No empieces, África. No he quedado con Marcos, si es eso a lo que te refieres. Quiero acabar unas cosas del trabajo».

África: «Vale, vale».

«Eso me pasa por meterme», hablo en voz alta suspirando.

—¿Decías algo, África? —me pregunta mi padre.

—Nada, papá, estaba hablando sola.

«Tengo que controlar esta mala costumbre de escupir mis pensamientos», me riño ofuscada.

Sara: «Entonces ¿me recoges a las ocho, África?».

África: «Sí, paso por tu casa y luego que nos llame Lola».

Lola: «Ok».

Sara: «Ok».

Mi madre entra por la puerta en este momento, con unas bolsas. Yo me levanto para ayudarla a recoger la compra y, cuando estamos metiendo las cosas en el armario, me dice:

—Acabo de estar con Juan en el súper. —Yo me quedo sin palabras, pero intento aparentar indiferencia.

—¿Y qué te ha dicho? —le pregunto muriéndome de curiosidad por dentro.

—Al principio lo he visto hablando con una chica del súper y, como él no se había fijado en mí, me he hecho la loca y me he ido por otro pasillo. No me apetecía hablar con él. Pero luego me lo he encontrado de frente y él se ha acercado a mí. ¡Ya sabes lo educado que puede llegar a ser! «Hola, Marta, ¿qué tal en la sierra?» Hija, me he quedado de piedra cuando me lo ha preguntado. «¿Cómo ha podido enterarse?», me he preguntado yo. Pero luego me dijo que el otro día estuvo contigo, cosa que me ha sorprendido porque... no habéis vuelto, ¿no?

—No, mamá, no hemos vuelto —respondo agachando la cabeza y con voz monótona.

—Eso pensaba yo. Pero se le veía muy suelto, muy seguro. Así que, para bajarle los ánimos al muy cretino, le he dicho: «¡Ah! ¡Entonces ya te habrá dicho que sale con un chico majísimo!». —Yo le clavo la mirada, intentando asesinarla. «¿Cómo le ha podido decir eso? ¡Esta mujer no tiene remedio!», pienso soltando todo el aire de los pulmones—. Ay, hija, no me mires así. Sólo pretendo dejarle las cosas claras.

—¡Mamá! ¡De la frase «No te metas en mis asuntos», ¿qué es lo que no entiendes?! —le grito furiosa.

—El «no». Evidentemente —contesta despreocupada.

Noto cómo mi cabeza va a estallar. «Respira hondo y cuenta hasta diez, África», me digo a mí misma antes de contestarle.

—¡Mira, mamá! Juan y yo nos estamos dando un tiempo. Eso no quiere decir que en cualquier momento podamos volver o quizá seguir cada uno por caminos diferentes, pero la cuestión es ¡que tú

no deberías entrometerte! La decisión es nuestra y sólo nuestra —le explico muy contrariada.

—Cariño, lo hago porque no te veo bien. Lo estás pasando muy mal por su culpa y eso no me gusta. No soporto verte sufrir —dice con un tono cariñoso.

—Entiendo tu postura, mamá. Pero de esta manera no me ayudas. Más bien todo lo contrario. Voy a tener que llamarlo para decirle que sufriste locura transitoria o algo así —le comento nerviosa—. Y créeme, es lo que menos me apetece.

—¡Ay, hija, no seas melodramática! Por desgracia no se lo ha creído, vi cómo se aguantaba la risa y eso me ha puesto de los nervios. Así que no le he hablado más, me he dado media vuelta y me he ido sin decirle adiós. —Yo suspiro aliviada—. ¿Sabes, África? Está muy seguro de lo que sientes por él, y eso no es bueno para ti. Tú, por el contrario, no tienes esa seguridad, dependes de él y se te ve desesperada por caer en sus brazos de nuevo —sentencia con toda tranquilidad.

Mi madre me deja clavada en el sitio. Me acaba de decir claramente lo que me pasa sin

apenas saber la mitad de la mitad. En estos momentos mi madre me da miedo, al darme cuenta de cuánto puede llegar a conocerme.

—Anda, vamos a comer. Voy a llamar a papá.
—Acabo la conversación.

Cuando estamos sentados a la mesa, no quiero volver a sacar el tema de Juan, así que le pregunto a mi padre:

—¿Has encontrado algo que te guste, papá?

—Sí, he llamado a una casita a pie de playa que me encaja. Estoy deseando verla —responde ilusionado.

—¿De qué habláis? —pregunta mi madre.

—Marta, hemos estado hablando África y yo. Me ha dicho que debería buscar casas en lugar de apartamentos y he encontrado una preciosa. Ya verás cuando la veas.

—¡O sea, que has cambiado de opinión! —exclama entusiasmada.

—Bueno, cuando veamos la casa, hablamos —contesta reticente.

La comida transcurre con normalidad. Antes de irme recuerdo que no le he dado a mi madre su

regalo.

—Ay, mamá, casi se me olvida. Te compré esto en Tenerife.

—No tenías por qué, África —dice desenvolviendo el regalo—. Me gusta mucho, gracias. Me da rabia volver a irme y dejarte otra vez sola con todo ese caos que tienes aquí dentro —comenta señalándome la cabeza.

—Yo casi lo agradezco, así por lo menos tengo controlada tu lengua —contesto sin darme cuenta de que estoy retransmitiendo a plena voz mis pensamientos, y entonces, al ser consciente de esto, me tapo la boca con la mano.

—¡Hombre, gracias! —me reprocha.

—¡Lo siento! No quería decir eso —me disculpo un poco avergonzada.

—Ya. Sólo lo pensabas, ¿verdad? —expresa con resignación—. África, lo mismo que te ha ocurrido a ti, ahora me ocurre a mí con Juan. No puedo callarme sabiendo por lo que tú estás pasando, y menos aún cuando veo que él está tan tranquilo e incluso se divierte.

—Bueno, mamá, déjalo, no importa. Yo estoy

bien, te lo prometo —le digo cogiéndola de las manos y mirándola a los ojos.

—Está bien, hija. Como quieras. —Me da un abrazo y nos despedimos.

Cuando por fin estoy en casa, llamo a Juan. Quiero saber de verdad qué es lo que le ha dicho mi madre y qué es lo que se supone que le hacía tanta gracia.

—¿Qué pasa, África? —me contesta un poco sorprendido y algo nervioso.

—Nada, sólo quería saber si te habías divertido esta mañana —digo con retintín.

Noto cómo suspira aliviado. Algo le preocupa.

—¿Lo dices por tu madre? Sí, la verdad es que ha sido muy gracioso —responde más relajado y riéndose un poco.

—¿Por qué lo iba a decir, si no? —le planteo intrigada.

—No, por nada. ¿Tú qué tal? Hacía días que no sabía de ti, quería dejarte un poco de espacio.

¿Estás bien? —pregunta para cambiar de tema. Me oculta algo.

—Sí, estoy bien. Juan, ¿qué ocurre? Te noto... no sé, ¡nervioso!

—No me pasa nada, Afri. Estaba dormido y me has sobresaltado, pensaba que te pasaba algo. —«Miente», pienso para mis adentros—. En serio, Afri... —dice como si pudiese leer mi mente—. ¿Qué te ha comentado tu madre?

—Ya sabes. Que te había dicho que yo salgo con alguien —respondo más relajada.

—Sí, así ha sido. ¿Y bien? ¿Quién es ese chico tan misterioso del que tu madre habla maravillas? —Y noto cómo vuelve a ser él, el Juan gracioso y divertido que tanto me gusta.

—Ya sabes que podría ser cualquiera, últimamente estoy que rompo, ¿no lo recuerdas? —respondo, dejando que se evaporen todas mis sospechas.

—Lo sé, Afri, lo sé. Y ya te dije que voy a tener que hacer algo al respecto. —Su voz seductora pasa a través del teléfono invadiendo todo mi ser.

—¿Y qué es lo que piensas hacer al respecto?

—pregunto con picardía.

—No sé. Pero, no te preocupes, algo se me ocurrirá —dice con ganas de jugar.

—Bueno, te dejo para que planees algo retorcido. He quedado con las chicas. En otra ocasión me cuentas cómo piensas torturarme.

—¿Vas a salir de marcha?

—Sí. Lola tiene ganas de fiesta y yo también. Y tal vez añada un chico nuevo a mi lista, ¿quién sabe? —Me río. Lo del teatro me lo callo porque quiero ponerlo un poco celoso y allí se liga poco.

—Pásatelo bien, Afri —se despide él sin un ápice de celos.

—Gracias. Lo haré. —Y cuelgo sin preguntarle qué es lo que va a hacer él, aunque ya me lo imagino: tumbarse en el sofá.

Corro a la ducha. Tengo el tiempo justo para arreglarme e ir a buscar a Sara puntualmente. Me seco el pelo rápido. Mientras me pongo crema por el cuerpo, observo mi armario en busca de algo adecuado. ¿Qué es lo que debería ponerme para dos planes tan distintos? Al final elijo un vestido

blanco atado al cuello, me pongo unos taconazos negros y cojo una cazadora corta de cuero negra. «¡Perfecta! —digo mirándome al espejo—. Ahora me maquillo un poco y lista.»

«Son las ocho menos cuarto, voy a llegar tarde y Sara me va a matar —me fustigo mientras espero el ascensor. Me monto en el coche y conduzco lo más rápido que puedo. No soporto llegar tarde y menos si me están esperando—. Sara aún no está en la puerta», pienso aliviada mirando el reloj. Sólo me he retrasado diez minutos.

África: «Estoy en la puerta».

Sara: «Ya bajo».

Y justo en ese momento la veo en el portal hablando con un chico rubio y me doy cuenta de quién es. Debe de ser Mario, su vecino. Lo observo con detenimiento mientras habla con ella. Él parece que le va a dar un beso, pero se lo piensa. Siguen hablando y por fin se besan. Es un beso tenso, raro. Sara parece pensar en otra cosa mientras él la besa. Al final es Sara la que se separa y viene hacia el coche toda roja.

—Hola, África —dice cuando entra—. Tía,

te podrías haber cortado un poco, que parecías un *voyeur* mirándonos.

—Perdona. ¡¿Pero qué mierda de beso era ése?! —pregunto sin ningún miramiento mientras conduzco.

—¿Y qué querías? ¡Tenía a la vieja del visillo espiándonos!

—No lo dirás por mí... —comento toda indignada.

—¡No, lo voy a decir por mi madre, que no estaba! —responde riéndose y dándome una colleja.

—Tenía que observarte para comprobar una cosa.

—¿El qué? —pregunta desconcertada.

—Que tienes que practicar más —le digo sin poder contener la risa—. Esta noche ya tienes tarea.

—Mírala, qué graciosa está ella hoy... —dice cuando nos bajamos del coche.

Lola nos llama a eso de las nueve y quedamos

en el bar más cercano al teatro. Allí nos tomamos la última mientras Lola se come una ración de bravas.

Entramos y nos sentamos en nuestras butacas. Las luces se apagan y la obra comienza. Después de un rato, aparece Félix y todas prestamos más atención.

—Lo ha hecho muy bien, ¿no te parece, África? —me pregunta Lola en voz baja.

—Sí —contesto sigilosamente.

—La verdad es que es el que más gracia tiene —añade Sara.

—Es que para cómico vale mucho —le dice riéndose Lola.

—¡¿Queréis callaros?! —las riño yo, que estoy en medio de ambas.

Acaba la obra y encienden las luces. Me pongo la cazadora y me cuelgo el bolso al hombro. Esperamos de pie a que la gente se vaya.

—Si veis a Arturo, me lo decís —comento yo inspeccionando a todo el mundo—, que si puede nos colará en los camerinos.

—A Arturo no, pero a Juan... —dice Lola

dejando la frase en el aire.

Yo miro a Lola y después hacia donde ella mira. Tengo que abrir y cerrar varias veces los ojos para comprobar que lo que veo es cierto. Ni Sara ni Lola me dicen nada y yo no me atrevo a articular una palabra. Mi cabeza comienza a funcionar de manera exagerada y una oleada de rabia interna me consume por dentro. Creo que me voy a volver loca, voy a padecer un ataque psicótico y me van a tener que encerrar en un manicomio.

—Sara, ¿tú ves lo mismo que yo? ¿Verdad?
—consigo decir al final.

—Sí, África, pero tranquila, ¿vale? Puede que tenga una explicación razonable.

—Esta tarde hablé con él. Lo noté nervioso e intranquilo, algo en mi interior me decía que me ocultaba algo. ¡Pero esto...! Esto sí que no me lo esperaba —digo clavando las pupilas en la guarra de Andrea—. ¡Estará contenta, la muy puta! ¡Y él no se queda corto! Creo que debería ir a saludar. Sí, eso es exactamente lo que voy a hacer.

Pero antes de que pueda dar un paso, veo

cómo Lola se planta delante de mí impidiéndome el paso.

—¿Qué pretendes, África? ¿Darle el placer de ponerte en evidencia delante de todo el mundo? ¿¿A ésa?, que no merece ni siquiera que la nombre...! No, tú vales mucho más que ella.

—¡Lola, lo que no puedo hacer es quedarme aquí y fingir que no los he visto! —suelto intentando que se aparte, pero ella vuelve a cortarme el paso.

—¡Yo no te estoy diciendo eso, África! Sólo te digo que no montes ningún escándalo. Si quieres decirle cuatro cosas a Juan, por mí perfecto, como si quieres darle una patada en los mismísimos huevos, pero aquí no, delante de ella no. Conozco a esa clase de chicas, créeme. Y disfrutan con este tipo de escenas. Es la excusa perfecta para luego llenarle la cabeza a Juan de lo bochornoso que ha sido y de lo que le has dicho o dejado de decir. Y, sin embargo, estará disfrutando por dentro. Hazlo por mí, África. Respira hondo, los saludas y, si quieres hablar con Juan, le pides que salga afuera.

—¡Vale! —Estoy a punto de estallar.

—¡Prométemelo, África, o no te dejo ir! —

Me agarra del brazo.

—¡Que sí, Lola! Que sólo voy a saludarlos con la mejor de mis sonrisas. ¿Ves? —le digo enseñándole los dientes. Y entonces noto cómo Lola me suelta.

Me dirijo por el pasillo central a grandes zancadas intentando controlar toda esta quemazón que tengo dentro, que me abrasa y me deja sin aliento. Justo un metro antes de llegar a donde están ellos, me detengo en seco. Intento coger la máxima cantidad de aire de que mis pulmones son capaces y lo suelto lentamente cerrando los ojos. «Adelante, tú puedes hacerlo, África», digo en voz alta, y me doy ánimos para enfrentarme a lo más difícil a lo que me he enfrentado jamás.

—¡Hola, Andrea! ¿Qué tal estás? Me alegra mucho volver a verte, te encuentro estupenda —saludo sin mirar a Juan. Observo cómo el color de su piel baja tres tonos y eso me gusta. Lola tenía razón, es lo que menos se esperaba la bruja con escoba. Y después de esta gratificante visión, y sin darle tiempo a reaccionar, miro a Juan lo más

segura de mí misma que puedo y le suelto—: Juan, no sabía que ibas a venir al teatro. Me alegra mucho que salgas de casa. ¿Te ha gustado la obra?

Juan no consigue articular una palabra, noto que le cuesta respirar y hace un esfuerzo por tragar saliva. Al final es Andrea la que responde:

—Ha estado bien. No sabía que te gustase el teatro...

—La verdad es que no suelo venir, pero hoy actuaba un amigo y hemos acudido a verlo —comento señalando a mis amigas, que nos observan y saludan con la mano dándome ánimos sin que nadie más lo note. He venido con intención de decirle cuatro cosas a Juan, pero creo que es mejor que me vaya. Ya he disfrutado bastante con la actuación y no creo poder conseguir mantener el tipo por más tiempo—. Bueno, debo irme, sólo quería saludaros. Me alegro mucho de veros, espero que lo paséis bien —añado girando sobre mí misma para encaminarme hacia donde están mis amigas.

Pero Juan me agarra el brazo, y yo tengo que hacer un gran esfuerzo por controlarme. Clavo los

ojos en la mano que me sujeta y él me suelta rápidamente mientras lee en mi mente que ni se le ocurra tocarme. Se pone delante y me dice, pasándose la mano por el pelo:

—África, ¿podemos hablar un momento?

—¡Claro, cómo no! —respondo con la mejor de mis sonrisas—. Pero prefiero que salgamos afuera. ¿Te parece? —propongo seriamente. Me vuelvo hacia Andrea y le digo con una sonrisa angelical—: Disculpa, sólo será un minuto, enseguida te lo devuelvo. —Ella se sienta de nuevo en su butaca con frustración, y eso me encanta.

Recorremos el pasillo sin decir una sola palabra; mi rabia va aumentando a cada paso que doy y la sonrisa que tenía breves instantes antes ha desaparecido por completo. Debo hacer un gran esfuerzo por controlar las lágrimas.

Cuando al fin salimos, Juan intenta agarrarme de la cintura y yo doy un paso atrás. No digo nada, el dolor que siento en mi interior me lo impide. Noto que todo mi mundo se desmorona como un castillo de naipes y me veo a mí misma ante un

abismo mientras deseo saltar al vacío.

—África, yo... déjame que te explique —me pide presionando sus lacrimales con los dedos índice y pulgar, y buscando en su cabeza las palabras adecuadas. Palabras que yo no quiero escuchar.

—No, Juan. Déjame que te explique yo. ¡¿A qué coño estás jugando?! —En mis palabras se palpa la rabia, el dolor, la decepción, la impotencia, la agonía... y un millón de sensaciones que ni siquiera tienen nombre. Él se queda sin palabras y por un segundo veo el dolor en sus ojos. Pero no quiero verlo, no quiero tener ni una pizca de compasión por él. Así que guardo todo mi sufrimiento dentro, agacho la cabeza para que no vea cómo mis lágrimas recorren mis mejillas, extendiendo la mano y le digo—: Dame la llave de mi casa. —Y justo en ese momento una lágrima negra cae sobre mi mano.

Yo me quedo atónita y me llevo las manos a los ojos para poder recoger una de esas lágrimas y comprobar que realmente son negras, como en mi sueño. Al ver de nuevo mis manos manchadas por

el rímel de mis pestañas, una sonrisa de alivio se dibuja en mi cara, porque al final he comprendido la pesadilla. Mi subconsciente me estaba avisando de todo esto, del dolor que estoy sintiendo, del engaño que estaba viviendo, y eso me quita un gran peso de encima. Juan no dice nada, observa desconcertado cómo paso del llanto a la sonrisa y de la sonrisa al enfado.

Mis ojos se clavan en los suyos despidiendo una furia mortal, y veo cómo tiene que bajar la mirada a causa de la daga que clavo en ellos. Una daga llena de desprecio. Él saca su llavero y lentamente quita mi llave, la sostiene en su mano como si la vida le fuese en ello. Acaricia constantemente la llave con sus dedos, intenta aferrarse a ella como a un clavo ardiendo. Yo no aguanto más estar frente a él, me gustaría pegarle y que sintiese el mismo dolor que ahora mismo siente todo mi corazón. Le arranco la llave de las manos y me voy sin decir nada. Él se queda quieto en la puerta del teatro mirando cómo desaparezco entre la gente, calle arriba.

Las piernas me flaquean y tengo que pararme a mitad de camino para coger aire. «Necesito llegar hasta el coche —me digo a mí misma. Saco las pocas fuerzas que me quedan y alcanzo mi objetivo. Torpemente, introduzco la llave en la cerradura y arranco el vehículo. Conduzco llorando sin consuelo—. Necesito llegar a casa, necesito llegar a casa», repito una y otra vez a modo de mantra.

Allí podré abrazar esta gratificante tortura que me ha hecho abrir los ojos y darme cuenta de que el hombre al que quiero estaba jugando conmigo. Deseo degustar cada uno de los sabores que tiene el dolor, saborear la amargura que siento en mi cuerpo, la sal que arrojó en mis heridas, lo agrio que me resulta ver la realidad y lo dulce que puede llegar a ser el castigo. Porque eso es lo que más ansío: castigarme. Castigarme una y otra vez por lo que ya no tengo, por lo que he perdido. Por fiarme de Juan.

Realmente ése es mi problema, que lo sigo queriendo a pesar de todo. Este dolor es el que me

hace ver cuánto lo quiero. Y sé que, cuanto más me duela, más grande es el amor que siento por él. En mi corazón no hay indiferencia; tampoco hay frialdad, sino todo lo contrario. Mi corazón arde por la rabia, y la rabia va de la mano del amor. Y ésa es mi gran tortura, que sé que no voy a poder dejar de quererlo, que no voy a ser capaz de olvidarlo.

Entro en casa y me derrumbo junto a la puerta. El vacío de mi casa me saluda, y es estupendo sentirlo de nuevo. En mi bolso suena el teléfono, lo saco torpemente y cuelgo. Es Sara. Estarán preocupadas, pero en estos momentos no quiero hablar con nadie.

África: «Estoy en casa. Necesito estar sola».

Es lo único que soy capaz de escribir y parece que ellas lo entienden.

Lola: «Cuando tengas ganas de hablar, nos llamas. Besos».

África: «Gracias».

Dejo el teléfono a un lado y sigo derrumbada.

Aunque quiero levantarme, mi cuerpo no me obedece, lo siento entumecido y pesado. Las extremidades se resisten a soportar el peso de mi ser. Es como si alguna fuerza extraña tirase de mí hacia abajo impidiendo que me mueva. Y es entonces cuando salto al vacío, desde ese abismo en el que antes me encontraba.

«Creo que me he quedado dormida aquí, en el suelo», pienso mirando el reloj. Son las dos de la madrugada. Subo arrastrándome como un gusano hasta mi habitación y me meto en la cama deseando no despertar jamás.

CAPÍTULO 18

«Hoy por fin me he decidido a acabar con todo este lío de Andrea. Cada día que pasa me doy cuenta de que echo más de menos a África. Pero Andrea me sigue atrayendo mucho sexualmente. Y, además, no deja de perseguirme, así que he quedado con ella para zanjar este asunto. A mí me habría gustado ir a su casa o que ella viniera a la mía, echar un polvo y adiós. Pero ella no, se ha empeñado en que salgamos, quiere una cita. Piensa que de esta manera va a conseguir más. Cree que así voy a olvidarme de África, pero no sabe que eso es imposible. África lo es todo para mí y sabiendo esto no puedo evitar dejar de sentirme culpable. Me da la sensación de que la estoy engañando. Sé que no es así, que nos estamos dando un tiempo, pero no consigo quitarme de la cabeza esa sensación de engaño, y por eso mismo he tardado tanto en decidirme. No quiero hacerle

daño.

»Recogeré a Andrea en su casa, iremos al teatro y luego la llevaré a la mía. Andrea quería ir a cenar, pero le he dicho que no podía. No quiero arriesgarme a encontrarme con África. Ella va a salir de marcha, así que está todo controlado. Sé por qué zona se mueven cuando salen de fiesta y no pienso acercarme por allí ni loco.»

Al llegar a su puerta, Andrea me está esperando. Lleva un vestido que le queda genial; ceñido, con transparencias y muy corto. Verla hace que mi entrepierna se acelere. No logro comprender cómo me puede excitar hasta tal punto queriendo tanto como quiero a África. ¡Es incomprensible, pero es así!

—Hola, Juan —saluda al entrar en mi coche, con una voz muy sensual y dándome un pequeño beso en los labios. Yo me tenso. Sé que quiero tener sexo con esta mujer, pero no deja de resultarme raro besar otra boca que no sea la de África. Andrea nota mi nerviosismo; eso le

divierte y se ríe—. Tranquilo, Juan, no voy a morderte. Todavía no —dice deslizando la mano por mi muslo con un objetivo concreto. Yo le cojo la mano y se la pongo en su pierna sin soltarla.

—No te impacientes, Andrea, hay tiempo de sobra —le comento con excitación—. Si tanta prisa tienes, subimos a tu piso y zanjamos este asunto enseguida. —Y presiono su mano aún sujeta por la mía.

—¿Y así poder escaquearte de una maravillosa cita conmigo? Ni lo sueñes, Juan. Quiero que nos conozcamos un poco más. No soy tan mala como piensas. Sólo me porto mal cuando no consigo lo que deseo —expone acercándose a mí y mordiéndome el cuello—. Pero estoy convencida de que hoy no vas a ofrecerme tanta resistencia como siempre, ¿verdad, Juan? —Su mano se posa en mi bragueta—. No, ya veo que hoy no te me escapas —me susurra al oído al notar mi erección.

Mi respiración se acelera y ella se ríe. Le gusta hacer que pierda los nervios.

—Si no paras, te follo aquí mismo y aquí

acaba todo. Y creo que eso no te gustaría —le digo entre dientes muy excitado.

Andrea para en seco, no quiere tentar a la suerte. Se coloca bien en su asiento, se abrocha el cinturón y, cuando yo arranco el coche, me pregunta:

—¿Adónde me llevas?

—Al teatro. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, Juan.

Vamos con el tiempo justo, gracias a nuestro pequeño flirteo. «Mejor —pienso para mis adentros—, así cuando entremos ya estará la gente sentada y las luces apagadas. Nadie me verá entrar con ella. Luego esperaré a que todo el mundo salga del teatro y listo.»

Cuando llegamos, todo está oscuro y el acomodador nos indica dónde se encuentran nuestras butacas.

—Qué pena, hemos llegado tarde —dice Andrea.

—Acaba de empezar, no se preocupe —le

comenta el acomodador.

La obra está bastante bien, es una comedia. Uno de los actores, el que más gracia tiene, me suena de algo. Su cara me es familiar, pero no consigo averiguar de qué y tampoco le doy más importancia.

Encienden las luces y Andrea se levanta para salir.

—Espera a que se vaya la gente —le digo tirando de su brazo para que vuelva a sentarse.

Ella hace lo que le pido y empieza a hablar de la obra. Yo no le hago mucho caso. Ciertamente me importa un bledo su opinión, sólo quiero salir de aquí y follármela de todas las maneras posibles.

—¿Nos vamos? —pregunta levantándose de nuevo, cuando ya no queda mucha gente.

—Sí, vámonos —respondo distraídamente.

Pero en ese momento todo mi universo se desploma. Mi cuerpo se agarrota, mi mente se bloquea y a mis pulmones les cuesta trabajo hacer su función. Veo a África hablando con Andrea, pero mis oídos no consiguen captar su voz. Es

como si todo mi cuerpo se quisiera aislar para protegerse del más profundo de los dolores y no consiguiese reaccionar. Veo que sonrío pero es una sonrisa demasiado tensa para alguien que la conoce tanto como yo.

Al final comienzo a percibir su voz distorsionada y tengo que hacer un gran esfuerzo por entender lo que me está diciendo. Mi boca está tan seca que no consigo responderle y es Andrea la que contesta por mí. Trago saliva, parece que en mi garganta se clavaran millones de diminutas agujas desgarrándome las cuerdas vocales. La agarro del brazo y su mirada me quema. Tengo que hacer un gran sacrificio para pedirle que hable conmigo. Debo intentar explicarle todo esto. «Pero ¿qué coño le digo? —pienso mientras nos dirigimos afuera—. Le digo que Andrea me atrae muchísimo y que eso me estaba volviendo loco. Que necesitaba tiempo para comprobar si sólo era mera atracción sexual y que ahora ya lo sé. Que es a ella a quien quiero, a quien siempre he querido y siempre querré. Que es en la primera persona en la que pienso cuando me despierto cada mañana y la

última antes de acostarme. Que me gustaría levantarme el resto de mi vida junto a ella y que sin ella mi vida no tiene sentido. ¿Qué le digo? Le diga lo que le diga ya no me va a creer. Y sólo por una estupidez que ni siquiera ha llegado a pasar. ¿Cómo conseguir que me escuche? ¿Cómo conseguir que me entienda cuando fui yo quien la dejé? Y se supone que la dejé por celos infundados que ahora cobran vida.»

—África, yo... déjame que te explique — logro articular mientras intento rebuscar en mi cabeza. Es el alegato más difícil que he tenido que realizar en toda mi vida.

Pero antes de que pueda continuar, es ella la que habla, la que descarga toda su rabia contenida con tan sólo una frase de cinco palabras: «¡¿A qué coño estás jugando?!», y esas palabras retumban en mi mente una y otra vez sin encontrar una explicación adecuada que darle. «Dame la llave de mi casa», dice agachando la cabeza para evitar que vea sus ojos inundándose por el sufrimiento, un sufrimiento que yo he causado. Y darme cuenta de eso me mata, hace que me desgarré por dentro.

¿Cómo poder perdonarme a mí mismo sabiendo que soy el culpable del dolor que reflejan sus ojos? ¿Cómo poder mirarme al espejo cada día sabiendo el daño que he causado a la persona que más quiero?

«Esto no me lo perdonaré jamás», pienso mientras observo a una África enloquecida que jamás había visto. Me mira, y es tal el desprecio que puedo leer en sus ojos que me doy cuenta del odio que siente hacia mí. Y tan intensa es su mirada, tan insoportable, que tengo que agachar la cabeza porque me avergüenzo de lo que veo a través de sus ojos. Es una imagen que me tortura y es una tortura que merezco.

Saco la llave de mi llavero pero no consigo desprenderme de ella. Sé que, en cuanto se la dé, todo acabará, y es algo que no quiero. No quiero perderla, pero soy incapaz de articular una palabra. Al final es África la que me arrebatata la llave de las manos, llevándose con ella todo lo que más me importa en esta vida.

Veó cómo desaparece entre la gente y quisiera ir tras ella, pero sé que en estos momentos

es inútil. Es mejor dejarla. Es mejor que yo me quede aquí, tratando de encajar todas las piezas de este rompecabezas infernal.

—Ya pensaba que te habías ido —dice Andrea sacándome de mis pensamientos pero sin conseguir que mi cuerpo recupere su movimiento—. Llevo media hora ahí dentro esperándote, y comenzaba a ponerme nerviosa. —Parece un poco irritada. No sé cuánto tiempo llevo aquí sin poder moverme. Todo mi cuerpo se ha vuelto exageradamente pesado y oigo la voz de Andrea. No le prestó mucha atención, ella ya no me interesa, pero sigue hablando y hablando—. Además estaban las amiguitas de África, que no hacían más que mirarme y cuchichear. Ha sido muy incómodo. —Está indignada.

—Francamente, Andrea, me importa una mierda lo incómodo que haya sido o dejado de ser. Me voy a casa —le digo seriamente, sin mirarla siquiera a la cara, y con paso firme me alejo.

—¿Y pretendes dejarme aquí tirada? ¡Juan, te

estoy hablando! ¡Vuelve aquí o te arrepentirás! — exclama histérica.

Yo regreso sobre mis propios pasos enfurecido. Me quedo a tan sólo tres centímetros de su cara y con toda la rabia que tengo en mi interior le escupo mis palabras.

—¡Oh, de eso puedes estar segura! Ya estoy más que arrepentido. ¡Y ahora olvídate, Andrea! No quiero volver a tener que recordártelo.

—¡Eso es lo que siempre me dices, que me olvide! Pero luego bien que te gustaría meterte en mis bragas —afirma segura de sí misma. En un acto impulsivo levanto la mano para darle una bofetada en toda la cara, pero en el último instante controlo los nervios y cierro la mano antes de que llegue a tocarla. Llevo el puño a mi frente y noto toda la tensión que desprende mi cuerpo. Y un suspiro rígido y exasperado sale de mi garganta—. ¿Quieres pegarme? ¡Pégame! Pero eso no va a cambiar nada —asegura desafiante.

—¡Que te jodan, Andrea! —le digo con desprecio antes de irme.

—¡Oh, Juan! ¡Pensaba que ibas a ser tú! —

chilla para llamar mi atención.

Pero eso ya no le sirve. Ha perdido todo su control sobre mí. Toda la atracción sexual que sentía por ella se ha esfumado dejando en su lugar una indiferencia total.

Subo a mi coche. Conduzco sin rumbo fijo y cuando me quiero dar cuenta estoy enfrente de la puerta de África. Paro el motor, estoy a punto de bajar del vehículo y tocar el timbre, pero me arrepiento. «No va a abrirme —pienso desmoralizado. Así que vuelvo a poner en marcha el coche y me voy a mi casa—. Mañana intentaré hablar con ella», continúo mientras conduzco sumido en mis pensamientos.

«Tal vez pueda quedar con ella y explicarle que no ha pasado nada, que tan sólo hemos ido juntos al teatro —me digo a mí mismo al entrar en mi apartamento. Y al encender la luz es la primera vez que lo siento tan vacío, tan frío. Cojo una cerveza de la nevera y me voy a la terraza. Me desplomo sobre la tumbona y recuerdo lo bien que

lo pasé con África aquí mismo—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Lo tenía todo. Tenía a una mujer increíble que me vuelve loco, que sólo con verla mi corazón se desboca, que una sonrisa suya me ilumina el día, que me escucha y me entiende. Y la he defraudado. Ella confiaba en mí y yo le he fallado. ¿Y todo por qué? Por un polvo que ni siquiera he echado.» Al darme cuenta de todo lo que he dejado escapar, una lágrima se desliza por mi rostro, y éste es el símbolo de cuánto me duele haber perdido a África.

Me voy a la cama para intentar dormir, tal vez mañana vea las cosas de otra manera y encuentre una solución a todo esto.

Las horas pasan lentamente en la oscuridad y yo las veo todas. La una, las dos, las tres... Doy vueltas y vueltas sin conseguir pegar ojo. En mi mente aparece una y otra vez la decepción de África, su cara desencajada y el sufrimiento que ésta revelaba.

Son las cinco de la mañana y esa imagen me

tortura una y otra vez. Al final me levanto y cojo el móvil. «Sé que es tarde, pero esta quemazón que siento por dentro me está matando, y seguro que África tampoco duerme. Y tal vez, sólo tal vez, me conteste», pienso sentándome al borde de mi cama.

Juan: «Lo siento, Afri... No puedo dormir pensando en cómo me he portado. Sé que merezco tu rechazo. Pero realmente no ha pasado nada. No me he acostado con Andrea, aunque te parezca mentira. Es la verdad. Yo te quiero a ti. Por favor, perdóname».

Miro el móvil una y otra vez esperando respuesta, pero pasan los minutos. África no contesta y esta espera me asfixia, me corroe por dentro.

Después de una agónica hora suena un wasap, y ese sonido hace que se me ilumine el alma.

África: «Mereces mi rechazo, mi desprecio, mi rabia, mi vacío... y todo lo que te puedas imaginar».

Sé que está muy enfadada, me va a costar sudor y lágrimas que me perdone, pero por lo menos me ha contestado y eso me anima un poco.

Aunque me duela lo que me diga, debo aguantar, porque ahora lo importante es que ella se dé cuenta de que, haga lo que haga, diga lo que diga, voy a estar ahí, donde debí estar siempre: a su lado.

Juan: «No ha pasado nada, te lo prometo».

África: «No tienes que darme explicaciones».

Juan: «¡Pero quiero dártelas! Necesito aclarar todo esto».

África: «Nos estábamos dando un tiempo. Eso significa que eres libre de hacer lo que te plazca».

Juan: «¿Quieres decir que sigues dándome tiempo?».

África: «No. Tu tiempo se ha terminado».

Juan: «No me importa que se haya agotado si al final puedo estar contigo».

África: «Lo siento, Juan, pero de momento este juego se ha acabado. Es lo único que puedo decirte».

Juan: «Te quiero», le escribo desesperadamente, aprovechando la última bala que queda en mi cargador.

África: «Tarde».

Juan: «Siempre», tecleo derramando lágrimas llenas de profunda agonía.

Pero ella no contesta. Vuelvo a echarme en la cama para intentar dormir y al final el cansancio hace su cometido. Consigo sumirme en un sueño agitado e intranquilo.

Me despierto a eso de la una del mediodía. Como algo y después le envío un wasap a África.

Juan: «No he dormido nada en toda la noche. No paro de pensar en ti».

África: «¿Sólo en mí?».

Juan: «Siempre en ti».

Juan: «Sólo estás tú, África. Perdóname».

Juan: «He metido la pata y la he metido hasta el fondo. Soy un idiota y ahora me doy cuenta. Te quiero».

Pero ya no me contesta. Y es así como pasa el domingo, entre nervios y ansiedad. Entre llamadas y mensajes sin contestar.

Juan: «África, lo siento. ¿Cómo puedo

compensarte y demostrarte cuánto te quiero?».

Juan: «África, te lo prometo, no pasó nada».

Juan: «No voy a negar que podría haber pasado, pero no pasó, y eso en el fondo es bueno porque me hizo darme cuenta de cuánto te quiero».

Juan: «África, por favor, contéstame, este silencio me mata».

Juan: «África, te lo suplico, contéstame».

África: «Juan, te lo pido por favor, déjame tranquila. No tengo fuerzas para hablar contigo».

Juan: «¿Puedo ir a tu casa?».

África: «No. Y tampoco quiero que me mandes más mensajes. Déjame en paz».

Juan: «Lo siento mucho, pero eso no te lo puedo prometer. Voy a hacer todo lo posible para que me perdones. Quiero volver contigo».

África ya no me contesta, pero yo no voy a rendirme. Ahora tengo claro mi objetivo. Y ese objetivo es volver con África.

«Tengo que distraerme un poco», me digo a mí mismo sin parar de dar vueltas por el piso

vacío. Me siento al ordenador e intento organizar algo del trabajo de mañana, pero no consigo concentrarme. Así que empiezo a cacharrear en él, decido poner algo de música. Y mientras suenan unas baladas de Chayanne comienzo a ver fotos de África. Y es escuchando la segunda canción, *Un siglo sin ti*,* cuando me doy cuenta de lo bien que describe mis sentimientos ahora mismo.

Decido mandársela por correo electrónico. Sé que ahora mismo no lo va a ver, ya que a África no le gustan mucho los ordenadores y en estos momentos no se va a sentar frente a uno, pero quizá mañana, cuando vaya al trabajo, la escuche y se apiade de mí. O tal vez entienda mejor cómo me siento, lo arrepentido que estoy y cuánto la echo de menos.

La noche del domingo al lunes tampoco descanso nada. Una desgarradora angustia sigue creciendo sin freno por toda mi alma.

«Y mañana voy a tener que verme cara a cara con el demonio de Andrea. Debo conseguir que se olvide de mí. Para ella todo esto es tan sólo un juego, pero yo he perdido demasiado por querer

jugar.»

Son las siete de la mañana, me voy a trabajar. Normalmente no llego hasta las ocho, pero no puedo dejar de dar vueltas en la cama y la cabeza me va a estallar, necesito hacer algo para no volverme loco.

La oficina está vacía y es para mí un gran alivio saber que voy a disfrutar de una hora de tranquilidad. Voy a mi despacho y saco los informes del último caso en el que estoy trabajando. Parece que aquí consigo centrarme un poco más.

A las ocho empieza a aparecer gente en un goteo constante. Mi jefe se asoma a mi despacho para saludarme.

—Hola, Juan. ¿Cuándo has venido? — pregunta sorprendido al verme.

—Llevo aquí desde las siete. No podía dormir —le digo encogiéndome de hombros y recostándome en mi silla.

—¿Qué tal va todo? No tienes muy buen

aspecto.

—He tenido días mejores, la verdad. Pero estoy bien. Ha sido un fin de semana horrible.

—Bueno, si quieres que hablemos o necesitas algo, dímelo. Estaré en mi despacho.

—Gracias.

—Hasta luego.

David es un buen tipo. Sólo tiene cuatro años más que yo. Solíamos salir juntos cuando era su padre el que se encargaba de todo esto. Lo pasábamos bien, nos reíamos mucho y aún lo considero como un amigo más que como mi jefe. Desde que su padre se jubiló y es él quien manda, se ha vuelto más responsable y ya no quedamos para salir, pero sigue siendo el mismo de siempre. En los negocios es un lince y, aparte del bufete, tiene un par de empresas más.

A las ocho y media veo que llega Andrea. Hoy viene más recatada que de costumbre. Lleva un vestido gris ajustado pero sin llegar a ser sugerente. Me ve a través del cristal y se dirige hacia mí como una exhalación. Está enfadada y se le nota por las grandes zancadas que da y la cara

de pocos amigos que trae.

Entra en mi despacho como un torbellino y cierra la puerta.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? ¡A mí nadie me deja plantada! ¡Y menos de esa manera! —exclama clavando las manos en mi mesa y con una mirada irascible.

—Siempre hay una primera vez para todo, Andrea. Y ahora, si no te importa, quisiera poder seguir trabajando —respondo cortante y sin bajar la mirada.

—Si piensas que te vas a librar de mí tan fácilmente, lo tienes claro, Juan.

—Nada me gustaría más, créeme. Pero... por si no te has dado cuenta, trabajamos juntos y por desgracia te voy a tener que aguantar —digo subiendo el tono de mi voz y levantándome para ponerme a su altura—. ¡Y ahora sal de mi despacho!

—Y si no quiero, ¿qué vas a hacer? Sé que sientes algo por mí, no me lo puedes negar. El sábado era evidente. —Me mira la entepierna y su voz es más melosa.

—Andrea, puede ser que el sábado tuviera en mente la idea de acostarme contigo. Eso es cierto. Pero ya no. No quiero tener nada que ver contigo —contesto con indiferencia.

—¿Y qué es lo que ha cambiado del sábado a hoy? Es por África. No creo que quiera volver a saber nada más de ti después del sábado. En cambio, yo estoy aquí, Juan. Y quiero que me des lo que me prometiste —exige.

—¡Ni se te ocurra nombrar a África! Yo no te prometí nada y eso es lo que vas a obtener: ¡nada! —le espeto enfurecido.

—Eso ya lo veremos, Juan. Esto no ha acabado —sentencia amenazante.

Yo rodeo mi escritorio, la cojo por el brazo y la saco de mi despacho a trompicones. Todos nos miran pero me da exactamente igual, casi lo prefiero. Abro la puerta y le digo con todo el odio que tengo en mi cuerpo:

—¡Que te quede bien claro!: no quiero saber nada de ti, me gustaría perderte de vista. Y no vuelvas a entrar en este despacho para otra cosa que no sea trabajo. ¡¿Entendido?!

Mantengo una mirada asesina y sombría. Ella mira a su alrededor, agacha la cabeza y se va a su despacho. Yo cierro la puerta tras de mí, me siento en mi silla, apoyo los codos sobre la mesa y me sujeto la cabeza entre las manos. «¡Grrrrr!», grito profundamente para desahogarme.

El sonido del teléfono me sobresalta y contesto con más agresividad de la que pretendía.

—Despacho de abogados, le atiende Juan. —
Al otro lado de la línea reconozco la voz de David, mi jefe.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa con Andrea? No te había visto nunca así.

—Lo siento, David, no pretendía dar el espectáculo. Pero es que esa mujer me saca de mis casillas.

—¿Quieres que nos tomemos unas cervezas luego y me lo cuentas?

—Nada me apetecería más.

—Tomate el resto del día libre, Juan. Yo te pasaré a buscar por casa sobre las seis.

—No, David, estoy bien. Pero te lo agradezco. Una cosa: he alquilado el piso del que

hablamos. Pásame a buscar por allí.

—Vale. Luego hablamos, Juan.

La mañana pasa deprisa y a eso de las tres me voy a comer a casa. No creo que vuelva. Recojo mis cosas y me voy. En el ascensor me cruzo con Andrea; ella hace amago de decirme algo, pero yo la ignoro. Creo que eso la cabrea aún más, y así me lo confirma su wasap.

Andrea: «Puede que hoy hayas ganado una batalla, pero no la guerra».

No le contesto, no quiero volver a entrar en su juego.

Llego a casa. Como un solomillo y me siento frente al ordenador. Quiero mirar si África me ha respondido. No tengo ningún correo suyo, así que o no ha oído la canción o no quiere contestarme. Hoy no le he mandado ningún wasap. La he dejado tranquila toda la mañana, pero no quiero que se olvide de mí, no quiero que piense que me doy por vencido, porque no lo haré. Así que cojo mi móvil y le mando uno.

Juan: «Hola, preciosa. Llevo todo el día sin saber de ti. Y, aunque puede que no me contestes,

quiero que sepas que no me voy a rendir. Siempre tuyo, Juan».

Y por gracia divina, mi móvil suena cuando menos me lo espero. Es África. Y esto me hace mucha ilusión.

África: «¿Siempre mío? Yo no lo veo así».

Juan: «Siempre, Afri. Siempre ha sido así. Aunque no lo he sabido ver».

Pero la conversación se acaba en breve, ya no me contesta. No me importa, al menos me ha contestado una vez. Y eso me hace pensar que todavía no habrá visto mi *email*. No le quiero preguntar. Aún no. Prefiero darle tiempo a que escuche detenidamente la canción y piense en cada una de esas palabras, porque es lo que a mí me gustaría decirle.

A las seis David llama al timbre y yo le abro la puerta. Nos tomamos unas cervezas mientras le cuento lo del sábado.

—Sabía que os traíais algo entre manos. A Andrea se le notaba que quería algo contigo desde

que entró. Al principio lo disimulaba bien, pero últimamente no se cortaba un pelo.

—Desde que se enteró de que lo dejé con África, no podía quitármela de encima. Y no te voy a engañar, en el fondo me gustaba. Andrea está muy bien, tiene un cuerpazo y empecé a darle cancha. Sexualmente me atraía muchísimo, ella lo sabía. Así que sólo tenía que apretarme un poco más las tuercas para conseguir lo que quería. Y el sábado casi lo consigo. Mejor dicho, lo habría conseguido si no llega a ser porque África nos pilló. Pero, cuando la vi llorar, fue como si todo lo que sentía por Andrea ya no mereciese la pena. Sólo me importaba la mujer que siempre ha estado ahí, la que siempre he querido. Y ésa es África. Le he hecho mucho daño y ahora tengo que ganarme otra vez su amor, su confianza. Pero no me voy a rendir, la quiero y pienso pasar el resto de mi vida junto a ella. Ahora lo veo claro, David, y nada ni nadie va a impedir que lo consiga.

—Lo tienes crudo, Juan. Andrea no es de las que se conforman con un no. Puede llegar a ser muy persistente si quiere. Por eso la contraté.

—Ya lo sé, David, pero ¿qué puedo hacer? Ya le he dicho que no quiero nada con ella, ya has visto lo que ha pasado esta mañana. No me gustaría que se volviese a repetir, pero, si sigue así, lo de esta mañana no habrá sido más que el principio.

—Vamos a dejar pasar unos días a ver si os calmáis un poco los dos. Pero, si esto sucede de nuevo, tendré que trasladar a alguien.

—Si quieres, me puedes trasladar a mí. No me importa con tal de perderla de vista.

—Preferiría que fuese ella, me gusta trabajar contigo. Llevamos mucho tiempo juntos y hacemos un buen equipo. Además, creo que ella encajaría muy bien en un proyecto que tengo en mente, necesito gente agresiva y sin escrúpulos. Y creo que Andrea da la talla.

—Te aseguro que la da. A Andrea no se le pone nada por delante.

—Decidido. Vamos a dejar pasar una semana, para que no se lo tome como una represalia, y luego le plantearé esto. Tú, mientras tanto, intenta controlar tus nervios, ¿vale?

—Tranquilo, David, lo haré. Siento causarte problemas.

—Tú no me has causado nada. Además, ¿para qué están los amigos sino para echarte una mano cuando la necesitas?

—Gracias —respondo aliviado.

—No tienes por qué dárme las.

Seguimos charlando un par de horas recordando los viejos tiempos; cuando nos emborrachábamos juntos, él no aparecía por el trabajo al día siguiente y yo me pegaba todo el día cubriéndole las espaldas pero no conseguía engañar a su padre.

A eso de las nueve se va y yo me quedo de nuevo con mi soledad pero con una preocupación menos. David me ha quitado un gran peso de encima y eso me hace pensar que poco a poco me encuentro más cerca de conseguir mi objetivo: volver a estar con África.

CAPÍTULO 19

No he dormido nada en toda la noche; el dolor que sentía antes en el pecho se ha instalado de forma permanente y ya es parte de mí. No consigo sacarme a Juan de la cabeza. Y para colmo no deja de mandarme wasaps. Una parte de mí desea hablar con él, creerle, pero la otra ha formado una coraza imposible de romper. Y esa parte no desea volver a confiar en él.

Lola y Sara no han dejado de llamarme en toda la mañana y, como tampoco les he cogido el teléfono, me han mandado un wasap diciéndome que vendrían a comer a casa. No me apetece estar con nadie, pero no les puedo impedir que vengan. Ellas siempre intentan hacer todo lo posible porque me encuentre bien.

Son las dos de la tarde. Sara acaba de llegar

con una bandeja de pollo asado que huele de maravilla. Lo deja en la cocina y me abraza fuerte.

—¿Cómo estás? —pregunta preocupada.

—Bien. —Me encojo de hombros y agacho la cabeza. Voy a cerrar la puerta y una mano me lo impide. Por un segundo pienso que es Juan y el corazón se me encoge. Es Lola, que trae otra bandeja con comida y dos botellas de vino—. Pero ¿cuántas somos para almorzar? —digo al ver tanta comida.

—Sólo nosotras, pero hemos decidido que, si sobra, nos quedaremos a cenar —responde Lola riéndose.

—O sea, que os quedáis a cenar sí o sí —digo yo intentando reírme también.

—Ya veremos —contesta Sara guiñándome un ojo.

Nos sentamos a la mesa y Lola comienza a relatarme lo nerviosa que se puso Andrea cuando Juan y yo salimos a hablar fuera.

—En serio, África, casi te mata con la mirada cuando vio que os ibais. ¿No notaste dos puñaladas en tu espalda? Seguro que siguen ahí.

Déjame ver —dice Lola mirándome la espalda. Yo me río pero es una risa sin fuerza, sin vida.

—Y luego, al ver que ya no quedaba gente, sólo ella y nosotras, se puso muy nerviosa. No hacía más que mirar la puerta una y otra vez. Miraba la puerta, nos miraba a nosotras y otra vez a la puerta. Al final se levantó y se fue como alma que lleva el diablo —comenta Sara—. Al ver que ella salía, nosotras hicimos lo mismo. No queríamos dejarte sola con esa arpía. Pero, cuando salimos, tú ya no estabas.

—Al no verte, nos quedamos. No queríamos perdernos la escena que Juan y Andrea estaban montando. Fue alucinante, África, Juan te quiere de verdad. Es un bragueta floja, pero en el fondo te quiere —asegura Lola.

—Si me quisiera, no se habría ido con ella —le espeto a Lola.

—¡Pero no se fue, África, créeme! La dejó allí plantada y a ella le sentó como un tiro en todo el culo —explica Lola.

Yo miro a Sara y ella asiente con la cabeza.

—Es verdad. Andrea le comentó que, si se

iba, se arrepentiría, y por un segundo creí que Juan le iba a abofetear la cara. Pero se controló en el último instante; le dijo que ya estaba arrepentido y se fue. A ella casi le da un soponcio cuando vio que se marchaba de verdad —me cuenta Sara.

—Entonces fue cuando nos vio. ¿Te acuerdas, Sara? Nosotras nos estábamos riendo del ridículo que había hecho. Vino hacia nosotras y nos dijo, gritando a pleno pulmón: «¡¿Y vosotras qué coño estáis mirando?!». —Lola la imita y me río, pero esta vez de verdad—. «A ti y tu fea cara», le respondió Sara.

—¡¡No!! —exclamo sorprendida.

—Sí. Nuestra Sarita sacó las uñas, África. ¿Te lo puedes creer?

—Creí que se me iba a lanzar al cuello cuando le dije eso —asegura Sara abriendo mucho los ojos y sin parar de reír—. Pero no, tan sólo nos dijo —y veo cómo Sara se pone de pie enfrente de Lola para imitar Andrea—: «Decidle a vuestra amiguita lo que queráis, pero a Juan lo veo todos los días en el trabajo y me va a costar muy poco tenerlo entre mis piernas». Y a nosotras nos

dio un ataque de risa que aún le sentó peor. Dio media vuelta y se fue.

—Por mí, como si se lo quiere meter en las bragas —respondo yo mostrando indiferencia, pero es la rabia la que habla.

Y en ese momento me llega un wasap de Juan. Yo, al ver que es suyo, ni lo abro, pero Lola me coge el móvil y lo lee en voz alta.

—«No he dormido nada en toda la noche. No paro de pensar en ti.» ¡Oh, qué mono! África, ¿ves como te quiere? Contéstale. —Y estira el brazo para que coja el móvil.

—No quiero hacerlo. Contéstale tú, si tanto te apetece —le digo cruzándome de brazos.

—Está bien —responde y se encoge de hombros—. Comprobemos si mi teoría es cierta —dice mientras pulsa las teclas de mi móvil. Al instante vuelve a sonar el móvil y Lola se echa a reír—. ¿Ves como sí? Yo tenía razón —sentencia toda ilusionada—. Reconoce que te quiere, que ha hecho el idiota pero que se ha dado cuenta.

Yo me levanto, le cojo el móvil y lo apago, sin leer ni siquiera lo que ha escrito Lola o lo que

le ha contestado Juan.

—Me da igual, Lola. No importa si me quiere o no, la cuestión es que me ha engañado. Se suponía que quería tiempo para aclararse, no para tirarse a la garra de Andrea —suelto toda enfadada.

—Venga, África, no seas así. Si en realidad tú también lo quieres. Es normal que ahora estés cabreada, pero en el fondo estás deseando volver con él. Con nosotras no tienes que disimular —expone Sara.

—Aquí nadie está hablando de amor. Yo estoy hablando de confianza, de respeto y de sinceridad, que son cosas muy diferentes al amor —respondo tajantemente.

—Hablas de confianza. Y yo te pregunto: ¿qué es lo que habrías hecho si hace un mes Juan te hubiese dicho que se sentía atraído por Andrea?

—No lo sé, Lola. Supongo que en un primer momento me hubiera enfadado, pero luego hubiese intentado solucionarlo —digo dudando de mis palabras.

—¡Y eso es lo que ha intentado hacer él! ¿No

lo ves, África? ¿No entiendes lo simples que son los hombres? Para cerciorarse de que les gusta algo, lo deben probar sin tener en cuenta las consecuencias. Pero Juan fue prudente, por eso antes de engañarte te pidió un tiempo para poder probar sin remordimientos. Y eso, en parte, es respetarte.

—Pero ¿tú de qué parte estás? —le pregunto a Lola confundida.

Las explicaciones que me está dando Lola no me interesan. Sólo puedo pensar en lo mal que me sentí ayer y en el dolor que todavía siento.

—De la tuya, África, siempre de la tuya. Lo que pasa es que en estos momentos te sientes utilizada y lo entiendo. Te sientes dolida y es normal. Pero la cuestión es que todo eso se pasa, y cuando se pase, ¿qué es lo que te quedará? Un recuerdo de lo que pudo ser y no fue. ¡Y tan sólo por el orgullo! Por no saber perdonar a tiempo, por no hablar las cosas antes de tomar una decisión. Vivirás en el pasado y eso, África, no se lo recomiendo a nadie.

—¡No te entiendo, Lola, hace dos días

querías liarme con Oliver y ahora me lanzas a los brazos de Juan! ¡Y además ahora! ¡Ahora que los he visto con mis propios ojos a los dos juntos!

—Seamos francas, África. ¿Realmente qué es lo que has visto? ¡Porque yo no vi que se dieran ni un triste beso! ¿Tú viste algo de eso, Lola? —pregunta Sara ingenuamente.

—Yo tampoco vi nada. Pero seguro que, si no los llegamos a pillar, esa noche se lían. Si no se han liado ya —respondo enfadada.

—África, no creo que Juan se pusiera así si verdaderamente estuviese con Andrea. Juan necesitaba un empujoncito para decidirse, pero ahora es diferente. Él ya ha decidido. Además, ¿te parece poco el empujón que se ha llevado? La cuestión es que quiere volver contigo. Eso es lo que tienes que saber, África. ¿O no lo ves? Yo, por mi parte, lo tengo bien claro, pero eres tú la que lo tiene que ver. Juan te quiere. Que ha sido un capullo y un idiota es algo que también tengo claro. —Lola parece ansiosa por que yo la entienda—. Por supuesto que puedes liarte con alguien, pero eso ya no te lo aconsejo. Es un arma

de doble filo.

—¿Y por qué no? —pregunto exasperada.

—Si cree que verdaderamente te está perdiendo, tal vez se rinda, pensando que te ha hecho tanto daño que es imposible que le perdones. O quizá se ponga tan celoso que quiera luchar por ti para demostrarte cuánto te quiere. Pero nadie sabe lo que va a hacer. Por eso te digo que yo no lo haría. Eso es jugar con fuego, África. Sabiendo que tú lo sigues queriendo, es demasiado atrevido. ¿Quieres apostar todo a una carta y arriesgarte a perderlo? Tú misma, pero no te lo aconsejo. Hazme caso, África, habla con él. Juan te quiere. Creo que ha considerado múltiples opciones antes de dar el paso. Otro cualquiera no lo hubiera pensado dos veces, se hubiese acostado con ella e incluso hubiera seguido con las dos. ¡Pero Juan ni siquiera te ha engañado, África! Quiso dejarlo antes.

—Lola, no sé si te has dado cuenta, pero ya me está perdiendo. No fue sincero. Estuvo jugando con las dos. ¡Vale, estábamos dándonos un tiempo! Pero durante ese tiempo, en ningún momento me

dijo que estaba viendo a otra mujer, y mientras tanto bien que venía a buscarme a mí. ¿Y para qué? ¿Para esto? ¿Para darme esperanzas y luego arrebatármelas? Eso no se hace. Es cruel.

—Te doy la razón, pero también entiendo su postura. Si te lo hubiera dicho, ¿cómo habrías reaccionado?

—Supongo que le habría dado un ultimátum: o ella o yo —contesto firmemente.

—Ahora intenta ponerte en su lugar, y ahí verás la respuesta. Él tenía dudas y fue la manera menos apropiada de resolverlas. Pero sólo fue eso, África. Por cómo lo vimos al salir del teatro, te aseguro que sus dudas han desaparecido y que no lo está pasando nada bien —asevera Lola intentando hacérmelo entender. Pero yo sólo entiendo lo que mi corazón siente ahora, y es desolación.

—Déjalo, Lola. Creo que mi cabeza lo comprende pero mi corazón no. Y es a él al que se lo tengo que explicar. Es él el que lo tiene que comprender. Y de momento no es así —concluyo derrotada y hundida.

—Está bien, África, sólo quería que supieras lo que pienso. Pero tienes razón, eres tú quien decide y quien tiene la última palabra.

Nos ponemos a recoger los platos en silencio y yo lo agradezco. Estoy cansada, cansada de intentar entender a Juan y a Lola, cansada de tener que explicar cómo me siento y cansada por intentar justificar lo que siento. Sólo deseo estar sola, tratar de no pensar en nada ni en nadie y olvidarme de todo. Pero creo que eso es imposible.

Ya no quiero ni abrazar este dolor que siento, este dolor que me recuerda lo mucho que lo sigo queriendo. Pero hasta de eso estoy cansada.

—Lola, ¿te puedo hacer una pregunta? —digo intentando olvidarme de mí misma por un minuto.

—Sí, claro —responde tranquilamente.

—¿Me prometes que me vas a contestar?

—Sí —dice ignorando totalmente lo que tengo entre manos.

—Prométemelo.

—¡Por Dios, África! ¿No crees que ya he

sido bastante sincera? ¿Piensas que te voy a mentir ahora, después de todo lo que te he dicho?

—¡Tú promételo! — Tanto Sara como Lola me miran con curiosidad.

—¡Está bien, te lo prometo! — exclama suspirando—. ¿De qué se trata?

—Cuando antes has dicho que todo esto se me iba a pasar y que no me iba a quedar más que un recuerdo de lo que pudo ser y no fue, hablabas de ti, ¿verdad? De tu relación con Marcos.

Veo cómo Lola se queda petrificada. No esperaba esta pregunta para nada, pero era ahora o nunca. No creo que se me plantease una oportunidad así.

—África, pensé que me ibas a preguntar otra cosa, algo sobre tú y Juan. Esto...

—Me lo has prometido, Lola. Has dicho que me contestarías. ¡Además, estoy harta de ser el centro de la conversación! Es hora de cambiar de objetivo y ahora te ha tocado a ti — digo crispada.

—Está bien, África, tú ganas. Una promesa es una promesa. —Suspira—. Tienes razón, hablaba de mi relación con Marcos. Llevo mucho tiempo

alimentando esa relación con el pasado, con lo que fue, con lo que pudo llegar a ser y con lo que realmente es. Esa relación está vacía, sólo se llena con el pasado. Pero es tan grande el arrepentimiento que tengo por no saber perdonar a tiempo, por orgullosa, que se ha convertido en una relación adictiva y llena de culpabilidad —nos cuenta con tristeza.

—No te entiendo, Lola. Si sabes todo eso, si sabes que no te lleva a ninguna parte, ¿por qué no lo dejas? —le plantea Sara intentando comprenderla. Pero está tan perdida como yo.

—Ya os lo he dicho, es una relación adictiva. Pasaron muchas cosas de las que no tenéis ni idea. Y por ahora quiero que siga siendo así —añade para evitar que le preguntemos—. Y a causa de eso seguimos viéndonos. Pero no como vosotras pensáis. Aunque no me creáis, últimamente rara es la vez que nos acostamos, en la mayoría de los encuentros nos contamos nuestras penas.

—¿De qué penas estás hablando, Lola? —pregunto intranquila.

No puedo creer que a Lola le pase algo y no

sepamos nada ni Sara ni yo, como tampoco me cabe en la cabeza qué es eso que no nos quiere contar. Me doy cuenta de que son demasiadas cosas las que no sabemos. Y lo que es peor: las que no teníamos ni idea de que no sabíamos. Pensábamos que lo sabíamos todo las unas de las otras pero, por lo que parece, todas nos guardamos algo para nosotras mismas. Y es cuando ya no podemos más, cuando estamos a punto de explotar, cuando lo compartimos.

—África, prometí una pregunta y con la de Sara ya son dos. Creo que por hoy he cubierto mi cupo —dice confirmando mi gran descubrimiento y sin dar pie a que le preguntemos nada más.

—Está bien, Lola. Pero tan sólo por ahora. — La señalo con el dedo—. Hace años nos prometimos no ocultarnos nada y, por lo que veo, nos guardamos más cosas de las que pretendemos. Yo la primera. Me gustaría que algún día nos sentáramos tranquilamente a contar todo esto que nos estamos guardando por miedo a sentirnos juzgadas, por vergüenza o porque ni nosotras mismas nos entendemos. Sería bonito poder ser

sinceras las unas con las otras, sin pensar en el qué dirán —les digo confiando en que algún día esto se cumpla.

—Tienes razón, África. A mí también me gustaría poder hacer eso —responde Sara con ilusión.

Las dos miramos a Lola, pero ella no dice nada. Se la ve atemorizada, atormentada con la idea de contar todo lo que no quiere contar.

—¡Está bien! —exclama alzando las manos al cielo—. Pero algún día. De momento dejad que las cosas sigan como hasta ahora —concluye con precaución.

Sara y yo nos sentimos contentas con la idea, aunque a Lola no se la ve nada convencida.

A eso de las ocho se van de casa. Al final no se quedan a cenar y en el fondo lo agradezco, necesito estar sola. Subo al baño y abro el grifo para que se llene la bañera. Mientras tanto enciendo el móvil. Llevo toda la tarde pensando en qué es lo que le ha escrito Lola y qué le ha

contestado Juan. Cuando lo enciendo, los ojos se salen de mis órbitas. Tengo siete wasaps y varias llamadas perdidas. Todas de Juan, claro. Y justo cuando voy a sumergirme en el agua, vuelve a sonar el móvil. Es Juan otra vez.

Juan: «África, te lo suplico, contéstame».

África: «Juan, te lo pido por favor, déjame tranquila. No tengo fuerzas para hablar contigo».

Juan: «¿Puedo ir a tu casa?».

«¿Qué? Pero éste qué se piensa, ¿que voy a ser tan tonta de dejarlo entrar en casa? Sé que, si lo veo, flaquearán mis fuerzas. Si sus manos tocan mi piel, la furia se convertirá en deseo y el deseo en una pasión sin freno. Luego haremos el amor como siempre que reñíamos, un amor lleno de rabia y lujuria. Pero así no arreglaríamos nada, porque no hablaríamos, como siempre. Guardaríamos todo lo que no nos hemos dicho en una cajita y a la mínima de cambio la abriríamos, dejando salir a todos los demonios que teníamos encerrados en ella. Y esta vez eso no va a pasar. Primero tengo que recapacitar sobre lo que quiero y cómo lo quiero, para luego hablar con él. Pero

de momento prefiero que me deje tranquila.»

África: «No. Y tampoco quiero que me mandes más mensajes. Déjame en paz».

Le escribo mientras mi cuerpo se hunde en un agua cálida que me abraza y me recibe con todo el amor del mundo. El amor que ahora mismo necesito.

Juan: «Lo siento mucho, pero eso no te lo puedo prometer. Voy a hacer todo lo posible para que me perdones. Quiero volver contigo».

«¿Cómo que quiere volver conmigo? ¡Ahora! ¡Ahora quiere volver! Cuando se ha visto entre la espada y la pared. Cuando se ha visto acorralado quiere volver. ¿Y qué pasa cuando era yo la que quería volver con él? ¿Qué era lo que me decía?: “África, ya te lo he dicho, necesito tiempo”. ¡Pues ahora soy yo la que lo necesito! ¡Ahora soy yo la que lo abandono, la que le hace sentir como si no me importara, la que siente que la están agobiando! —digo en voz alta, acaloradamente, y saliendo de la bañera de un salto—. ¡¡Adiós a mi hora de relax!! —Estoy enfurecida—. ¡Y encima ahora tendré que limpiarlo! —exclamo observando

cómo el agua de la bañera ha invadido el suelo del baño—. ¡Aaaahh! ¡Joder, Juan! ¿Por qué me has hecho esto? —chillo sacando toda mi rabia de dentro, de lo más profundo de mi ser, de donde más me duele, del agujero que siento en el pecho desde que él se fue. Y la rabia pasa a ser llanto mientras recojo el agua derramada con una toalla. Y me veo a mí misma patética, ridícula e insignificante, ahí, en el suelo del baño, desnuda y recogiendo el agua que todo mi resentimiento ha tirado, llorando por algo que creía haber recuperado, y me doy cuenta de que eso es lo que más daño me ha hecho. Después de irse de casa, cada vez que me buscaba avivaba en mí una ilusión. Tras cada momento que robamos a ese tiempo que nos habíamos dado, yo pensaba que se encontraba más cerca el día en que volveríamos a estar juntos. Pero no, lo que hacía era engañarme, o así es como lo veo, diga lo que diga Lola—. ¿Por qué te tomaste tantas molestias cuando volví de Tenerife si pensabas hacerme esto? —suelto entre sollozos—. ¿Por qué Juan, por qué lo hiciste...? Es ahora cuando veo que nuestra

relación siempre ha sido así, llena de altibajos. Siempre ha sido como una montaña rusa, con sus subidas y bajadas intrépidas, y en constante movimiento. ¿En qué momento hemos disfrutado el uno del otro tranquilamente? Ya ni me acuerdo. Nuestra relación ha sido tan intensa que se ha ido desgastando.»

«Puede que sea cierto que Juan me quiera tanto como yo lo quiero a él, pero la cuestión es: ¿tengo fuerzas para continuar aguantando todo esto?, ¿quiero seguir subida en la montaña rusa? Creo que no, al menos no por el momento —me respondo agotada y sin ganas de seguir limpiando. Lo dejo todo como está y me meto en la cama—. Todavía es pronto, pero necesito dormir. La noche anterior no pegué ojo. Y justo cuando mi mente comenzaba a relajarse, va Juan y me manda unos wasaps al móvil, consiguiendo sobresaltarme de nuevo», pienso mientras mis párpados se van cerrando poco a poco.

CAPÍTULO 20

Suena mi despertador. Aunque he dormido algo mejor, me he despertado varias veces. Sin darme cuenta lo apago y sigo durmiendo. Un sonido vuelve a despertarme y, como de costumbre, golpeo el aparato para apagarlo. Pero no lo consigo y es cuando me doy cuenta de que no es eso lo que suena, sino mi teléfono. Miro el reloj y... ¡¡son las diez y media!!

—¡Joder, me he dormido! —digo saliendo de un bote de la cama.

Cojo el móvil y veo que es Claudia.

—Dime, Claudia. —Aún estoy sobresaltada.

—África, ¿te encuentras bien? Son las diez y media y tenías cita con Rut a las diez. Le he dicho que te encontrabas mal y que no hemos podido avisarla.

—Sí. Perdona, Claudia, me he dormido. No he tenido muy buen fin de semana. Ahora mismo

voy para allá. No te preocupes.

—Vale. Pero date prisa porque a las once tienes la siguiente. ¿O prefieres que intente cambiarla al mediodía? Tienes libre de una a cuatro.

—Eso sería perfecto. Telefonéala y me vuelves a llamar para decirme lo que sea, ¿vale?

—Venga, ahora mismo te llamo —responde Claudia colgando el teléfono.

«¡Joder, joder, Joder! Cuánto odio llegar tarde, y últimamente no sé cómo me las arreglo para conseguir llegar siempre tarde», pienso vistiéndome lo más rápido que puedo.

Cuando entro en el baño, veo el estropicio de ayer. Aparto las toallas húmedas del suelo con el pie y me peino a toda velocidad. Vuelve a sonar el teléfono. Es Claudia de nuevo.

—Dime —le contesto con la lengua fuera a causa de las prisas.

—Lo siento, África, pero ya te puedes poner un cohete en el culo. No he podido cambiarte la hora.

—No importa, Claudia. Salgo ahora mismo

por la puerta. Gracias de todas formas —le comento al colgar.

Bajo a toda velocidad por la escalera y salgo por la puerta. Voy tan deprisa que no veo a la mujer que tengo enfrente y me la llevo por delante. Las dos nos caemos al suelo, torpemente.

—¡Mierda! Lo siento. ¿Se ha hecho daño? —le pregunto ayudándola a ponerse de pie.

—No. Gracias —dice cogiendo mi mano para levantarse—. Pero ¿se puede saber adónde vas tan rápido, niña? Me has arrollado como si fueses un tren de alta velocidad. —Lo dice en un tono divertido y desenfadado.

—Lo siento, llego tarde al trabajo. ¿Seguro que está bien? —pregunto abriendo la puerta del ascensor y sin ver que sale alguien de dentro, con quien vuelvo a chocar. Pero esta vez es un chico, un chico joven y muy guapo. Él se ríe al colisionar contra mí y yo me vuelvo a disculpar—. Perdona, no te he visto —me excuso un poco avergonzada.

—Tranquila, no pasa nada —dice sonriendo—. Mamá, ¿estás bien? —pregunta mirando a la mujer que he arrollado hace breves instantes y que

está recogiendo algo del suelo.

—Sí, me he caído, pero estoy bien —asegura levantándose con unos libros en la mano.

—Lo siento, pero me tengo que ir, llego tarde. Seguro que está bien, ¿no? —insisto sujetando la puerta del ascensor con el pie.

—¡Sí, sí! Tú tranquila, vete a trabajar. ¿No llegabas tarde?

—Muy tarde. Adiós. —Me meto en el ascensor y pulso el botón del garaje. Miro el reloj. «Las once menos cinco. No voy a llegar», pienso al ver la hora que es.

Arranco el coche y conduzco a toda velocidad. Mi cabeza comienza a funcionar tan rápido como mi vehículo. «¿Quiénes serían esa mujer y su hijo? El chico era muy guapo. Un yogurín, como diría Lola.»

Entro atropelladamente en el trabajo y Berta está en la sala de espera. Miro el reloj: las once y diez. Suspiro aliviada. No es tan tarde, sólo diez minutos.

—Lo siento, Berta, ahora mismo estoy contigo —le digo mientras me pierdo en el

almacén para cambiarme.

«Parece que hoy no voy a parar de disculparme», pienso para mí misma. En ese momento sale Claudia con una chica nueva. Nuestras miradas se encuentran y sin decir nada le pido disculpas. «Luego hablamos», me dice Claudia. Yo no le respondo, voy demasiado acelerada para contestarle. Me visto a toda prisa y llamo a Berta para que pase a la sala.

Es la una y media y es el primer rato que tengo para tomarme algo. Hoy con las prisas no he desayunado, así que voy al almacén, me preparo un café y me siento tranquilamente. A los pocos minutos entra Claudia.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que tiene que contar la bella durmiente? —pregunta frente a mí con los brazos en jarra.

—Menos mal que me has llamado, si no aún estaría durmiendo.

—¡No, ya, de eso me he dado cuenta! —dice poniendo los ojos en blanco.

—No sé qué me ha pasado, he debido de apagar el despertador sin querer. La verdad es que

no me hubiera importado quedarme en la cama, creo que era el primer rato que dormía tan a gusto desde la noche del sábado. —Y oyéndome decir esto se me hace un nudo en la garganta.

—Bueno, luego me cuentas, que acaba de entrar la siguiente. ¿Me esperas para comer? Terminó dentro de una hora —dice asomando la cabeza por la puerta.

—Vale, venga —respondo dando un sorbo a mi café.

Claudia se va y yo termino de bebérmelo. Me levanto de la silla para ver qué es lo que podemos almorzar, pero no encuentro nada. La nevera está vacía y en los armarios no hay más que unas chocolatinas. Así que cojo mi bolso y me voy a comprar algo al súper de la esquina.

Me hago con un poco de comida precocinada, algo para hacer una ensalada, unos yogures y unas Coca-Colas. Me dirijo a la caja para pagar. Estoy esperando en la fila mientras pienso en mis cosas cuando un dedo me da varios toques en el hombro. Me vuelvo y... ¿cuál es mi sorpresa? Justo delante de mí y con una sonrisa radiante está Oliver, ese

dios del Olimpo de ojos de color avellana.

—¡Oliver! —exclamo estupefacta.

—Hola, África, me alegro de verte — responde acercándose a mí para darme dos besos.

Yo parezco idiota, como siempre con este hombre, y giro la cara hacia donde él dirige la suya. Nos quedamos a tan sólo unos centímetros y él parece divertido. Al final yo vuelvo la cara al lado contrario y nuestras mejillas se juntan.

—¿Cómo tú por aquí? No te había visto nunca.

—No. Es la primera vez que vengo. Como en casa de una amiga —dice levantando la botella de vino que tiene en la mano. «Una amiga, cómo no. Con ese cuerpo puede tener todas las amigas que quiera», pienso mirándolo de arriba abajo—. ¿Y tú? —me pregunta con una mirada traviesa.

Se ha dado cuenta del repaso que le he dado y creo que le ha gustado. Yo me pongo roja como un tomate maduro.

—Trabajo aquí al lado. Claudia te dio una tarjeta. ¿Recuerdas?

—Es verdad, tienes razón. No me acordaba

de que trabajabas por esta zona. Pero bueno es saberlo. Igual un día de éstos te hago una visita — dice mirándome intensamente.

—Cuando quieras, Oliver —le respondo poniendo los productos en la cinta para que la cajera los pueda cobrar.

Pago y me despido de él.

Me voy al trabajo más contenta que unas castañuelas. ¡Dos tíos guapísimos en un mismo día! «¡África, esto es una señal! —digo en voz alta con ilusión—. El del rellano era un crío, no tendría más de veintitantos, pero era guapo igualmente», pienso con una sonrisa en la cara.

Llego y Claudia está frente al ordenador. Le brillan los ojos y tiene una sonrisita que no consigo descifrar muy bien.

—¿Qué haces? —le pregunto con las bolsas en la mano.

—Mirar el correo —dice como a un niño que le pillan haciendo una travesura, pero yo no termino de comprender esa mirada.

—¿Y qué es lo que te hace tanta gracia? —
planteo levantando una ceja.

—Tienes un mensaje de Juan y sin querer lo he abierto. —Ella ve cómo me cambia la cara, y me dice—: ¡Pero no pone nada raro, África! Sólo te manda una canción de Chayanne. Lo he abierto y ha empezado a sonar, entonces me he dado cuenta de que no era para mí —se excusa para que no me enfade.

—No importa, Claudia. Bórrala. No quiero escucharla —digo mientras me dirijo hacia el almacén.

«Eso me pasa por no tener otra cuenta más que la del trabajo. Claudia tiene dos, una personal y ésta. Pero como yo no me llevo muy bien con los ordenadores, no quise abrirme otra. Normalmente esto no pasa, pero a veces Claudia abre mis mensajes por error. Nunca me ha importado. Todos los que me conocen saben que compartimos cuenta y no suelen mandarme nada que no quieran que sea leído por otra persona. Por eso me comunico más por wasap.—Y pensando esto me empieza a picar la curiosidad—. ¿Una canción? ¿De Chayanne?

¿Qué canción será...?»

Entra Claudia y me dice, mientras yo estoy sacando las cosas de la bolsa:

—África, no la voy a borrar.

—Haz lo que quieras —respondo encogiéndome de hombros, con los yogures en la mano—. Yo no la voy a escuchar —digo tranquilamente.

—Sí que lo harás. Quizá ahora no, pero sé que luego, cuando estés a solas, la escucharás. Y me alegraré de que lo hagas, porque es precioso lo que dice. Creo que Juan quiere que la escuches por eso, porque es así como se siente él ahora mismo. Y eso es muy romántico, África. —Yo suspiro y la miro a los ojos. La veo embelesada por esa idílica fantasía que tiene Claudia sobre las relaciones románticas y, al verla pestañear, en lugar de ojos le veo dos corazones. Es como si llevase una de esas gafas tan horteras en forma de corazón, y no puedo evitar reírme—. No te rías. ¿De qué te rías? —pregunta mosqueada.

—De ti. De lo tonta que eres —contesto riéndome y sacando mi móvil del bolso, que acaba

de sonar.

Ella me da un manotazo en el hombro y también se ríe. Cuando veo de quién es el wasap no me sorprende. Llevaba toda la mañana sin saber de él

Juan: «Hola, preciosa. Llevo todo el día sin tener noticias tuyas. Y, aunque puede que no me contestes, quiero que sepas que no me voy a rendir. Siempre tuyo, Juan».

«¿Siempre tuyo? ¡Ja! Y yo voy y me lo creo», pienso irritada, así que decido contestarle. Y en breves instantes tengo su respuesta.

Juan: «Siempre, Afri. Siempre ha sido así. Aunque no lo he sabido ver».

No puedo controlar mi frustración y, resoplando, vuelvo a meter el móvil en el bolso. Este hombre me pone histérica. ¿Y dónde estaba ese «siempre» el sábado? ¿Con Andrea? Parece que el sábado se olvidó completamente de mí y por eso ahora no me sirve. No me sirve que no se haya dado cuenta hasta ahora. Así que no le voy a contestar.

—¿Quién es el que te hace poner esa cara?

¿Juan? —Yo la fulmino con la mirada—. Ya veo que sí —responde riéndose—. ¿Y qué te dice, si se puede saber?

—No me dice nada, Claudia. No quiero hablar del tema —contesto poniéndome de los nervios.

—Está bien, no hables. Ya hablo yo —continúa diciendo sin dejar de mirarme y comiendo un trozo de tortilla de patata que acabo de calentar—. Juan está loquito por ti, África. Te lo digo una y otra vez, pero parece que no lo quieres ver. Sólo tienes que darte cuenta de lo que está haciendo por volver contigo. La canción, los mensajes... Lo que no termino de comprender es por qué ahora no quieres saber nada de él. ¿Qué ha cambiado desde el viernes? La semana pasada estabas diferente. Cada vez que sabías algo de Juan, te brillaban los ojos, pero ahora... No consigo entender qué ha cambiado.

—Claudia, este fin de semana han pasado muchas cosas. Juan me ha hecho mucho daño, me ha traicionado, ha jugado conmigo y con mis sentimientos. Lo sigo queriendo, no te lo voy a

negar, pero ahora mismo sólo tengo sitio en mi corazón para un sentimiento, y no es amor precisamente.

—No sé lo que ha pasado este fin de semana, África. Lo que sí tengo claro es que os queréis demasiado para tirar la toalla. Debes hablar con él y aclarar todo esto.

—Te puedo asegurar que lo que menos me apetece es verlo. Estoy demasiado enfadada como para hablar con él. Y, si lo tengo delante de mí, una de dos: o nos acostamos o discutimos. Y no me apetece ni lo uno ni lo otro.

—Deja que pasen unos días, África. A veces el tiempo te hace ver las cosas de forma diferente.

—Puede que tengas razón. No lo sé. Vamos a hablar de otra cosa, por favor. ¿Qué tal tu fin de semana? —le pregunto desanimada.

—Estupendo. Me fui de tiendas con mis amigas y me he comprado un montón de ropa.

Claudia comienza a enumerar todo lo que ha adquirido, pero yo ya no la escucho. Parece ser que soy la única que cree que Juan no me quiere, y eso me hace pensar si tal vez soy sólo yo la que no

ve las cosas como son en realidad. La semana pasada estaba desesperada por volver con él, veía un poco más cerca esa posibilidad desde que estuve en su piso. Pasamos un día fantástico, me hizo sentir que nada había cambiado. Incluso pensé que podíamos volver a estar juntos, pero cada uno en nuestro apartamento, y de esta manera ir encontrándonos poco a poco de nuevo. Pero ahora estoy tan dolida que no me permito creer lo que los demás ven. Y creo que es porque no quiero volver a hacerme ilusiones y que luego se caigan por su propio peso. No sé si podría aguantar otra sacudida como ésta.

—¿En qué momento has dejado de escucharme? —dice Claudia un poco molesta.

—Lo siento, Claudia —respondo avergonzada.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad? —plantea con dulzura.

—No. Lo siento. Mi cabeza no para de funcionar. Es como una hormigonera dándole vueltas al mismo asunto todo el santo día —comento desmoralizada.

—No pasa nada, lo entiendo perfectamente. ¿Sabes cómo puedes hacer para parar la hormigonera?

—No —contesto intrigada y entusiasmada con esa idea.

—Hablando con él —dice seriamente.

Yo suspiro decepcionada, no quería volver a oír eso.

Son las seis de la tarde y Claudia está cambiándose para irse cuando entro yo.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—Yo también. ¿Quieres que te lleve?

—No, Pablo me viene a buscar. Pero gracias —responde saliendo por la puerta.

—Dale recuerdos de mi parte —le digo mientras se marcha.

Yo hago lo mismo. Me cambio, cierro el local y voy tranquilamente hacia mi coche. «No tengo ninguna prisa, nadie me espera en casa», me digo a mí misma, sacando el móvil del bolso. Veo que

Sara me ha mandado un wasap.

Sara: «¿Qué tal va el día? Espero que estés un poco mejor que ayer».

Sara es un cielo, siempre tan atenta.

África: «Un poco mejor, pero sólo un poco. ¿Tú qué tal?».

Sara: «Bien. Mucho trabajo; la nueva no se entera de nada».

África: «Los principios siempre son duros. Ten paciencia».

Sara: «¡África! ¡¡A este paso me van a beatificar!!».

Yo no puedo evitar reírme, y entre risas le contesto.

África: «Hermana, los caminos de Dios son inescrutables. Ja, ja, ja».

Sara: «¡Mírala, qué graciosa la tenemos hoy!».

África: «No será para tanto».

Sara: «Créeme, tengo el cielo ganado».

África: «Eso no lo dudo. Te dejo. Tengo que conducir».

Sara: «Ok. Cuídate».

África: «Lo haré. Besos».

Entro en casa pensando en una bañera llena de espuma y dejo correr el grifo. «Hoy nadie me lo va a fastidiar», digo mentalmente viendo el caos que sigue habiendo en el baño.

Y justo cuando voy a quitarme la ropa, suena el timbre de casa. Mi corazón se desboca como el de un purasangre. Mi cuerpo se tensa y me quedo quieta conteniendo la respiración. Vuelve a sonar el timbre. «No puede ser», pienso atemorizada. No estoy preparada para verlo cara a cara. ¿No se da cuenta de que mis heridas aún siguen sangrando? ¡Que necesito que cicatricen para enfrentarme a él! Pero vuelve a sonar el timbre de nuevo. Bajo sigilosamente la escalera y miro por la mirilla, con miedo a ser descubierta.

Y entonces todo mi cuerpo se relaja, mis pulmones expulsan el aire que contenían y abro la puerta.

—Hola —me dice con una sonrisa en la boca el chico con el que choqué esta mañana.

—Hola —respondo sorprendida—. Tu madre... ¿le pasa algo?, ¿está bien? —Es lo primero que se me ocurre. Si no, por qué otra cosa va a tocarme el timbre.

—Sí, sí, está bien. —Y antes de que siga, me acuerdo de que tengo el grifo de la bañera abierto.

—Espera un momento, tengo que cerrar un grifo —le digo subiendo la escalera a toda velocidad.

Cuando bajo, él está en medio del salón. Ha cerrado la puerta y curioseá la casa sin ningún pudor. Yo me quedo helada en mitad de la escalera. «¿Quién es este chico? ¿Y qué quiere de mí?», pienso un poco incómoda. Él me ve y vuelve a sonreír.

—Se te cayó esto cuando chocaste con mi madre esta mañana —me anuncia enseñándome la pequeña agenda que suelo llevar en el bolso.

Y siento un gran alivio. Ya empezaba a imaginarme descuartizada; sangre y tripas por todo el salón. «¡África, qué desconfiada eres!», me riño a mí misma.

—Muchas gracias —respondo bajando la

escalera.

—Mi madre y yo nos hemos mudado al piso de mi tía mientras ella sigue fuera —me cuenta tranquilamente y se queda frente a mí a menos de un metro de distancia.

—No sabía que tenía sobrinos. —«Y menos tan guapos», pienso mirándolo de arriba abajo—. ¿Qué tal le va?

—Bien, supongo —dice encogiéndose de hombros—. Este piso es diferente al nuestro. Al de mi tía, quiero decir —añade con curiosidad.

—Bueno, yo lo reformé para tener un poco más de espacio. Así parece algo más grande.

—Te ha quedado muy bien. Me gusta. ¿Vives sola? —Y esa pregunta me desconcierta totalmente. ¿A qué viene?

—Sí —respondo confundida.

—¿Y tienes novio? —Ésta ya me deja KO. ¿Qué más le da si tengo novio o no? Mi cara debe de ser un libro abierto para él, porque me observa y añade—: No me malinterpretes, sólo quiero tener las cosas claras. No me importaría pasar la noche contigo, pero si hay alguien... paso. No me

gusta complicarme la vida.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera eso? —
contesto desorientada.

—Nadie. Pero yo soy así. Si veo algo que me resulta atractivo, me gusta ser directo. Y tú esta mañana me has fascinado —afirma mirándome fijamente. Yo me veo a mí misma con la mandíbula desencajada, los ojos fuera de sus órbitas y sin palabras. «¡¡¡Joder con el yogurín!!!», pienso aún sin creermelo que me está diciendo. Esto me parece tan surrealista que no sé qué contestar, y disimuladamente me pellizco en el brazo. «¡Esto no puede ser real!», pienso petrificada—. «La cuestión es que el brazo me duele, así que soñando no estoy»—. ¿Y bien? ¿Te interesa mi oferta? —pregunta con toda la tranquilidad del mundo, acortando la distancia entre los dos.

Yo estiro un brazo para evitar que siga avanzando y él se detiene. Cojo aire y digo:

—Esto no me ha pasado en la vida. Nadie me había planteado tener sexo de esta manera y todavía estoy asombrada. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—¿Y siempre has sido así? ¡Tan directo, digo!

—Sí. Nunca me han interesado las relaciones largas. Y por suerte tengo éxito con las mujeres, así que... cuando quiero algo, lo cojo. ¡Si la otra persona está interesada, claro!

Yo me quedo pensativa y él da un paso hacia delante. La verdad es que el chico no tiene desperdicio. Se ve que se cuida, está moreno y tiene un cuerpo muy atlético. Sus ojos son verdes, el pelo, castaño claro y ligeramente largo, le da un aspecto desenfadado, muy atractivo.

—Te llevo diez años —comento desconcertada.

—¿Y? —pregunta cogiéndome la cara con las manos y dándome un beso.

Yo disfruto esos labios, esa lengua, ese nuevo sabor, un sabor que no me disgusta, que no me desagrada, que es exageradamente refrescante y por un instante me hace sentir viva, pero es extraño para mí. Pongo mis manos en su pecho y lo aparto.

—Creo que esto no es muy buena idea —le

digo mirándolo a los ojos—. Es muy tentador, pero no está bien. Deberías irte.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—Sí —respondo sinceramente.

—Está bien, como quieras. Pero... si cambias de opinión... ya sabes dónde estoy.

—Lo tendré en cuenta. Gracias. Pero no creo que cambie de opinión.

—Te estoy ofreciendo sexo sin complicaciones —continúa seguro de sí mismo.

—Creo que me gustan las complicaciones —suelto riéndome.

—Entonces conmigo no cuentas —contesta desilusionado. Y antes de salir por la puerta se vuelve y me dice—: Por cierto, me llamo Julio.

—Yo, África. —Y cierro.

«Es lo más alucinante que me ha pasado en toda la vida», pienso aún sin terminar de creer lo que me acaba de suceder.

«¡Esto debería pasarme a diario! Que un yogurín como ése se presente en tu casa y te plantee sexo fácil y sin ataduras es muy halagador y te levanta la autoestima en dos segundos. Es la

mejor terapia que he hecho en semanas», expreso en voz alta y sin dejar de pensar en lo ocurrido.

Subo al baño y el agua está fría. Pero hoy no me importa tanto como ayer. «Hoy he tenido un aliciente mucho mejor», pienso mordíendome el labio inferior y recordando el refrescante beso de Julio.

Últimamente no sé qué pasa; primero Oliver, luego el camarero del bar y ahora Julio. Me han debido de poner el cartel en el que pone «Estoy libre» como el de los taxis y yo no me he enterado. O debe de haber alguna feromona que desprendemos cuando no estamos con ningún hombre y ellos la detectan al instante. O simplemente a los hombres les atraen las mujeres desesperadas y al borde de la esquizofrenia. No sé, pero esto no me había pasado nunca.

CAPÍTULO 21

«Hoy es martes 15 de mayo, son las diez de la mañana. Fuera hace un sol espléndido y la temperatura es de 22 grados», oigo que dice la radio mientras me visto para ir a trabajar. En la emisora se oye esa canción de Shakira que me empuja a bailar. Hoy estoy contenta; la visita inesperada de Julio me animó mucho, dio un golpe de aire fresco a este caos emocional que tengo. Lo que yo siento no ha cambiado, pero ahora lo veo con otra perspectiva. Claro que sigo queriendo a Juan, creo que nunca lo podré olvidar, él lo es todo en mi vida, aunque tengo que pensar que nuestra relación nos hace daño y no es buena para mí, siempre llena de altibajos, de idas y de venidas. Ahora necesito estabilidad y para eso debo continuar mi camino. No puedo aferrarme a algo que no puede ser. Debo dejar de poner obstáculos y excusas a las nuevas posibilidades

que se me presenten. Lo que tenga que ser, será. Si en mi destino está escrito que sea Juan el apropiado, que lo sea. Pero si tiene pensado otro hombre, debo darme la oportunidad de conocerlo y dejar de darme de cabezazos contra un muro.

Salgo de casa y conduzco tranquilamente, no como ayer. Hoy voy con tiempo de sobra para trabajar, hasta las once y media no tengo el primer masaje. Oigo el sonido de mi móvil pero no le hago caso; seguro que es Juan, y no quiero que me amargue este día tan estupendo.

—Buenos días, Claudia —le digo nada más entrar, con una voz cantarina.

Claudia está al teléfono pero me saluda con la mano y me sonrío. Se ha dado cuenta de que mi humor ha cambiado completamente, no tiene nada que ver con el de días anteriores.

Me dirijo al almacén y ella viene detrás.

—¿A qué viene esa cara de felicidad? ¿A que lo adivino? —pregunta con picardía.

—No creo —respondo más segura que nunca.

—¿Qué te apuestas?

—No me apuesto nada, Claudia, vas a perder.

Es imposible que lo adivines.

—Si estás tan segura... apuesta lo que quieras. Yo estoy convencida de que voy a ganar —asevera levantando las cejas.

—Vale, como quieras. Pero perderás —le advierto levantando los ojos al cielo.

—¡Tú prueba!

—Me apuesto... —digo pensando en qué es lo que quiero—. Si gano yo, repetimos lo del cine, elijo película y pagas tú.

—Hecho. Y si gano yo, elijo yo y tú serás la que pague. ¿Te parece?

—Venga, va. Ahora ilústreme con tus dotes de médium y dime por qué hoy estoy así de contenta.

—Fácil —contesta con aire de suficiencia—: anoche cuando llegaste a casa escuchaste la canción que Juan te envió, lo llamaste e hicisteis las paces. —Yo me río y ella se queda seria.

—No has dado ni una, Claudia. Tendrás que pagar. Voy a ir mirando qué peli quiero ir a ver —le digo y la dejo intrigada.

—Bueno, pues si no es eso, ya puedes

decirme qué te ha hecho cambiar de la noche a la mañana —plantea apoyándose en la pared y cruzando los brazos desilusionada.

—Nada en especial. Me he dado cuenta de que no merece la pena seguir así. Lo que tenga que ser, será, y ya está, Claudia.

—Me parece bien, es una reflexión muy acertada. Pero la canción la escuchaste, ¿verdad? Eso es lo que te ha hecho cambiar de forma de pensar. ¿No es así?

—¡No! —contesto divertida observando de nuevo en su cara la decepción—. La canción aún no la he escuchado, ni siquiera me acordaba de ella.

—Deberías hacerlo, es precioso lo que intenta decirte Juan a través de Chayanne. Es lo más romántico que he visto hacer por alguien. Pablo no se lo curra nada, ¿sabes? Debería ir aprendiendo.

—Juan sí sabía sorprenderme, en eso es todo un maestro —recuerdo con nostalgia.

—¿Sabes? Yo también puedo sorprenderte —dice con una sonrisita ocurrente.

—¡Ah, ¿sí?! ¿Y dé que se trata? —le respondo con curiosidad.

—Si quieres saberlo tendrás que averiguarlo por ti misma. Sólo te diré una cosa: tiene cita a las cuatro y media. Me voy, tengo trabajo —se despide dejándome con la palabra en la boca y oigo cómo se ríe sola por el pasillo.

Yo me veo a mí misma en una sala de urgencias con médicos por todos lados intentando reanimarme. Oigo hasta sus voces: «El corazón se le ha parado y no responde, doctor». Y todo a causa de pensar que puede ser Juan el de la cita de las cuatro y media.

«Sólo espero que no sea él. No puede hacerme esto, presentarse aquí para que le dé un masaje», pienso dirigiéndome al ordenador para ver la agenda de hoy.

—Lo lleva claro. No voy a poner un dedo en su magnífico cuerpo —digo en voz alta mientras busco en la pantalla su nombre. Pero, para mi sorpresa, no es Juan, sino Oliver. Y entonces es cuando verdaderamente me da algo. «Con lo nerviosa que me pone este hombre cada vez que lo

veo...», pienso notando un escozor en la garganta, como si mi boca se hubiese llenado de arena de repente, impidiéndome tragar—. ¡África, relájate! —me digo a mí misma al sentir cómo todo mi cuerpo se tensa.

Miro el reloj e intento relajarme. Son las once y cuarto. Tengo que estar tranquila, no es más que un masaje como otro cualquiera.

—Esto se lo tengo que contar a las chicas —digo dirigiéndome al almacén en busca de mi móvil. Cuando al fin lo encuentro en el fondo del bolso, veo el wasap que me ha sonado en el coche. Efectivamente, era Juan.

Juan: «Buenos días, Afri. Veo que quieres torturarme de verdad: ni me escribes, ni lees los *emails* o, si lo haces, no me lo dices. Lo siento, Afri, lo siento mucho. Por favor, perdóname».

¡Es verdad! ¡La canción que me dijo Claudia! No la he escuchado y cada vez me pica más la curiosidad. Pero ahora no tengo tiempo ni para la canción ni para él.

África: «No os vais a creer lo que me sucedió ayer. Y tampoco lo que va a pasarme

hoy».

Sara: «Por partes, África. ¿Qué es lo que te ocurrió ayer?».

África: «Me ofrecieron sexo a domicilio».

Lola: «¡¡¡Llamaste a un puto!!!».

África:« ¡¿Se te va la pinza o qué?! ¡Cómo voy a llamar a nadie!».

Lola: «Diccionario de Lola, SEXO A DOMICILIO: dicese de la persona que da placeres sexuales por dinero. Por lo tanto, UN PUTO».

Sara: «¿Te quieres callar ya para que nos lo cuente?».

África: «Tengo un vecino nuevo y sus palabras textuales fueron: “Te ofrezco sexo sin complicaciones”».

Lola: «¡Joder, ya me lo estás presentando! ¿Está bueno?».

África: «Luego seguimos, tengo que trabajar».

Sara: «No nos puedes dejar así. Esta tarde quedamos en El Cultural».

África: «Hecho. Ya me diréis la hora. Adiós».

La mañana pasa deprisa. Cada vez que miro el reloj me pongo más nerviosa. No me puedo quitar de la cabeza a Oliver. ¿Qué pretende? Ya le dije que estaba esperando a alguien. Y, además, él tiene muchas amigas con las que pasar un buen rato. Yo no estoy buscando eso; si lo buscara, llamaría al yogurín.

Son las tres y media. Claudia ya ha comido y yo no tengo mucha hambre, así que sólo pruebo un poco de verdura que he traído de casa y algo de fruta. Mientras como, mi cabeza comienza a tener toda una conversación interna conmigo misma:

«—Tranquila, África, tal vez no pretenda nada, tan sólo viene a darse un masaje como cualquier otro.

»—Es cierto, tengo que tranquilizarme. No tiene por qué venir sino exclusivamente para darse un masaje.

»—Lo que estás pensando lo puede hacer en cualquier otro lugar, ya intentó ligarte el otro día en el bar.

»—¡Es verdad, es verdad! No tengo por qué agobiarme. Tan sólo querrá un masaje, nada más».

El sonido del móvil me saca de mi monólogo interior.

Juan: «Como sigas sin contestarme, me voy a volver loco. No me castigues de esta manera, no sé nada de ti y eso me mata».

Al final me apiado de él y decido contestarle, aunque sea para seguir torturándolo.

África: «Te lo mereces».

Juan: «Lo sé, y no veas cómo me arrepiento. ¿Has visto mi *email*?».

África: «Sí, pero no lo he abierto».

Juan: «¿Por qué?».

África: «Sigo enfadada, ¿recuerdas?».

Juan: «¿Tan enfadada estás que ni siquiera abres los correos?».

África: «Deberías estar contento, pues te estoy contestando... No tienes a la suerte, no me vaya a volver muda de nuevo».

Juan: «¡No! Eso no, por favor. ¿Te puedo llamar?».

África: «NO».

No estoy preparada para oír su voz. Aún no tengo fuerzas para eso. Ahora que parece que todo mi mundo deja de tambalearse bajo mis pies, no puedo permitirme otro terremoto por parte de Juan. No lo soportaría.

Juan: «Entonces, de vernos, ni hablar, ¡claro!».

África: «Juan, confórmate con lo que tienes, no vayas a perderlo todo».

Juan: «Está bien, Afri. Es lo que menos me apetece. No podría vivir sin ti».

África: «En esta vida todo se aprende, Juan. Y tú igual que todos».

Y mientras escribo esto es como si un puñal rasgase mi pobre y dolorido corazón, pero tengo que ser fuerte, Juan debe aprender que no voy a lanzarme a sus brazos sin pensármelo dos veces. Ya lo he hecho antes y estamos en el mismo punto una y otra vez. Mis celos, que al parecer no eran tan disparatados, sus gritos, nuestras broncas y luego nuestra reconciliación, la mejor recompensa después de una guerra a sangre fría.

Juan: «¿Qué pretendes decirme, Afri?».

África: «No pretendo decirte nada, Juan, sólo mostrarte las diferentes situaciones en las que la vida te puede poner. Y, tanto de las buenas como de las malas, siempre hay algo que aprender».

Juan: «No me interesa aprender a vivir sin ti. Eres algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar».

África: «Tú mismo, Juan. Tengo que seguir trabajando. Te dejo».

Juan: «Yo preferiría que dijese: “Hasta luego, Juan”. No me gusta ese “Te dejo”».

África: «Hasta luego, Juan».

Juan: «Gracias. Hasta luego, Afri».

Aun me quedan veinte minutos hasta que Oliver venga. Esta conversación estaba consiguiendo entristecerme de nuevo, y no me apetece, hoy no. Por primera vez en muchos días me he levantado contenta y no quiero que esa alegría desaparezca.

Claudia sale de su sala con un chico. Ella va con retraso, así que le digo:

—Ya le cobro yo, Claudia. Ve atendiendo a Úrsula.

—Gracias, África —me contesta metiéndose

en su sala con Úrsula, que llevaba quince minutos esperando.

—Hola, Fran. Te has hecho lo de siempre, ¿verdad? —Él mueve la cabeza afirmando—. Entonces, cincuenta euros.

Me da el dinero y se va. Justo cuando estoy registrando el cobro en el ordenador, llega Oliver.

—Hola, África —me saluda al entrar por la puerta.

Va tan guapo como la última vez. Lleva una camiseta blanca ajustada que le queda fantástica. Me sonrío y un escalofrío recorre mi espalda. No digo nada, parezco lela, como siempre que está él cerca. «¡Joder, África, reacciona! Deja de hacer el ganso», me riño a mí misma.

—Hola, Oliver. Perdona, estaba pensando en mis cosas. ¿Pasamos ya? —le pregunto indicándole con la mano.

—Como quieras, aquí tú eres la que manda —responde divertido.

—Pasa —le señalo al abrir la puerta. Oliver observa la sala. En el centro está la camilla. A un lado hay una mesa con una silla y, junto a ella, dos

estanterías: una con aceites, flores de Bach y gemas y otra con toallas. En el extremo contrario hay un lavabo—. Y bien... cuéntame. ¿Qué es lo que te ocurre? —le comento rodeando la camilla y apoyándome sobre la mesa.

—Nada. Sólo quería darme un masaje. Ya sabes, para desconectar.

—¿No te duele nada?

—La espalda tal vez la tenga un poco cargada, pero dolor, lo que se dice dolor, no. He venido más por placer que por otra cosa. —Y cuando dice esto, veo cómo su boca se queda entreabierta y se humedece los labios suavemente con la lengua.

Yo inevitablemente me pongo nerviosa y casi me caigo de la mesa en la que estaba apoyada.

—Bien. Quítate la ropa y tumbate. La ropa la puedes dejar detrás. —Le señalo la percha.

Él comienza a desnudarse y yo no puedo evitar fijar los ojos en su cuerpo. Contemplo su tórax, bien dibujado pero sin ser excesivo. Disfruto de su espalda, esa espalda que dentro de poco voy a tener en mis manos. Observo sus

piernas, su culo, y todo en él me gusta.

—¿Esto también? —pregunta tirando de la cinturilla de su bóxer. Yo no puedo evitar sonrojarme y él se ríe.

—No, eso no hace falta —consigo responder tartamudeando. Él parece divertido. «Me alegra divertirme», pienso un poco irritada—. Túmbate boca arriba —le pido volviéndome para coger una toalla y taparlo—. ¿Estás bien? —pregunto bajando la intensidad de la luz y subiendo un poco el volumen del hilo musical.

—No podría estar mejor —dice mirándome con una sonrisa en los labios.

—Bien.

Pongo un poco de aceite en un bol y añado esencia de azahar y limón. Unto mis manos con aceite y comienzo a masajear uno por uno los dedos de sus pies. Noto la tensión en su cuerpo. No está tan relajado como pretende hacerme creer; está tan nervioso como yo. Tal vez pueda engañar a mis ojos, pero no a mis dedos.

Mis manos ascienden por su pierna y noto cada uno de sus músculos. Él cierra los ojos y yo

lo agradezco. Me pone nerviosa que me mire, debo concentrarme. Esto no me suele pasar; normalmente mis manos saben qué hacer y se mueven sin que yo les preste atención, ellas son mis ojos. Pero hoy no, hoy tengo que pensar cada uno de los movimientos que deben realizar.

Le tapo la pierna y comienzo con la otra. Al igual que antes, empiezo por sus pies y poco a poco voy ascendiendo. Cuando estoy en la parte más alta del muslo, noto cómo se tensa, y eso me pone aún más nerviosa. Termino con las piernas. Destapo su tórax y extendiendo aceite en él. Mis dedos notan su vello recortado y eso me gusta. Notan su abdomen plano y bien definido.

—Boca abajo —le ordeno, destapándolo para que se dé la vuelta.

—Tienes unas manos divinas, África —me dice en un susurro.

—Gracias —consigo responder.

Lo tapo de nuevo y dejo al descubierto una pierna, por la que se van a deslizar otra vez mis manos. Siento cómo poco a poco su cuerpo va eliminando la tensión, ayudando a que me relaje.

Se nota que está más cómodo boca abajo y eso hace que el ambiente sea más distendido, menos tirante.

Coloco las manos en su espalda y me estremezco. Algo dentro de mí se libera al notar su piel bajo mis dedos. Me recreo en el tacto de su piel y lo que me hace sentir al estar en contacto con la mía. Esto no me había pasado nunca trabajando, y tengo que morderme el labio inferior para controlar mi instinto.

Me acerco más de lo estrictamente necesario, para poder olerlo, y le digo cerca del oído: «Ya hemos terminado. Quédate un rato así y, cuando quieras, te levantas». Y salgo de la sala.

Voy al almacén y abro la nevera, necesito beber algo fresco, algo que baje la temperatura de mi cuerpo. Cojo una lata de Nestea y me la bebo casi entera.

—¡Esto ha sido demasiado! —exclamo soltando una gran bocanada de aire y sin dejar de sentir la electricidad que corre aún por todo mi cuerpo.

Cuando vuelvo a entrar, Oliver ya está

vestido y sentado en la camilla. Yo subo la intensidad de la luz y él me mira de arriba abajo sin dejar de sonreír.

—¿Qué tal? —le pregunto con naturalidad.

—¡¡Colosal!! Te lo prometo, África, ha sido maravilloso. Nunca antes había sentido ese despliegue de sensaciones a través de un masaje. Tienes unas manos extraordinarias.

—Gracias —contesto sin poder dejar de mirar esos ojos tan penetrantes—. Me alegro de que te haya gustado —le digo abriendo la puerta para que salga.

Entonces pone la mano en mi cintura y, acercándose a mi oído, me dice con una voz muy sensual:

—Ha sido más que eso, África.

Salimos al pasillo y Claudia está cobrando a una clienta. En la sala de espera me aguarda Sonia. Aprovecho la oportunidad y le digo:

—Claudia te cobrará, Oliver. —Y me vuelvo hacia Sonia para indicarle que ya puede pasar.

—¡África! —me llama antes de que me vaya.

—¿Sí? —respondo girando sobre mí.

—Me preguntaba si ya te has pensado lo del gimnasio. Me encantaría verte en mi clase —dice con un tono de voz muy sugerente.

—Ya te comenté que no sé si es lo mío.

—Por favor, ven un día de esta semana con Lola. Sé que te gustará —asegura pretendiendo convencerme.

—Está bien, esta semana iré un día a probar. Pero no te prometo nada —digo alzando las manos y poniendo los ojos en blanco.

—¡Estupendo! —contesta con una sonrisa jovial.

«África, te estás metiendo en la boca del lobo, como dice Lola. Igual no deberías hacer caso a lo que acabas de sentir, a esa electricidad que ha recorrido todo tu cuerpo hace breves instantes, a esa corriente eléctrica que todavía sientes. O tal vez sí, no lo sé. Pero lo voy a descubrir», pienso para mí.

CAPÍTULO 22

Cierro el local al terminar de trabajar y me dirijo a El Cultural. He quedado allí con las chicas dentro de media hora, así que no me da tiempo de pasar por casa para poder darme una ducha. Cuando llego, el coche de Lola está aparcado en la puerta. Entro, la veo sentada a una mesa y me dirijo hacia donde se encuentra.

—Hola, África. Está todo ocupado. —Señala los rincones que tanto nos gustan.

—Hola. ¿Has pedido?

—No, os estaba esperando.

—¿Qué quieres tomar?

—No sé. ¿Qué vas a tomar tú?

—Yo una caña con limón.

—Venga, yo otra —dice Lola.

Me acerco a la barra, le indico a Luca lo que queremos y vuelvo a sentarme con Lola.

—Te veo diferente, África. No sé, como más

ligera. —Y mueve las manos.

—Me encuentro mejor.

—¿Y bien? Estoy deseando saber quién es ese hombre que te ofrece placeres carnales sin complicaciones. —En sus labios se dibuja una sonrisa traviesa.

—Se llama Julio, es guapísimo y tiene veintidós años.

—¿¿Qué?! ¿Te has acostado con él?

—¿¿Pero qué dices, Lola?! Le llevo diez años, por favor...

—¿¿Y qué más da?! No lo entiendo. El chico es mayor de edad, sabe lo que hace y lo que quiere. Se podría decir que lo tiene más claro que tú.

—Eso sí. No tiene ninguna duda sobre lo que quiere y cómo lo quiere. De eso puedes estar segura.

En ese momento viene Luca con nuestras bebidas y nos informa:

—Se acaba de quedar libre uno de los rincones. Lo digo porque sé cuánto os gustan. ¿Os vais a cambiar?

—Sí —respondemos las dos al unísono.

—Os dejo allí las bebidas entonces.

Lola y yo nos levantamos para cambiarnos y en ese momento entra Sara por la puerta. La esperamos. Le pide a Luca una Coca-Cola y nos sentamos. Yo le cuento lo que le acabo de decir a Lola y reacciona igual que ella, pero siendo Sara me sorprende muchísimo.

—Pero ¿por qué diablos pensáis que me he acostado con él?

—Supongo que por lo bien que se te ve hoy, África. Estos días estabas hecha unos zorros y hoy... ¡mírate! ¡Hasta la piel la tienes más luminosa! —asegura Sara tocándome la cara.

—Debe de ser porque he decidido que, lo que tenga que ser, será. Estoy dispuesta a aceptar todo lo que el destino tenga planeado para mí. Sea lo que sea —afirmo convencida de ello.

—Puede que sea eso —asiente Sara dando un sorbo a su vaso—. ¿Y hoy qué es lo que te ha pasado?

—Lo de hoy ha sido muy fuerte. Aún noto un cosquilleo por la piel. ¿Estáis preparadas? —les

pregunto para dar más suspense a la noticia—. Ha venido Oliver a que le diera un masaje —anuncio como si soltara la bomba de Hiroshima.

—¿Qué? Estuve con él ayer y no me dijo nada —responde Lola perpleja—. ¿Y qué tal? ¡Han saltado chispas, ¿eh?! —Choca su hombro con el mío.

—Más que chispas, Lola. Ese hombre tiene algo que me pone supernerviosa. Le he dicho que esta semana iría al gimnasio contigo.

—O sea, yo llevo diciéndote que me acompañes desde que Juan se fue de casa y te lo pide él y le contestas que sí a la primera. —Parece un poco ofendida.

—Lola, no te lo tomes así, es que Oliver me altera, me pone nerviosa. Y a veces no sé ni lo que digo.

—¿No será que te gusta? —cuestiona Sara.

—¡Oh, por Dios, Sara! Claro que le gusta, ¿no la ves? Parece una quinceañera.

—Sí, pero no es amor. No es como lo que siento por Juan. Lo de Juan es...

—¿Insufrible? —contesta Lola riéndose. Yo

la miro levantando una ceja—. No me mires así, África. Te he dicho un millón de veces que sé que Juan te quiere. Pero no se decidió en su momento y ahora eres tú la que no quiere dar su brazo a torcer. Todo por orgullo, ya te lo comenté. No estoy de acuerdo con que compliques más las cosas liándote con Oliver, pero parece que tú ya has tomado la decisión incorrecta.

—No he tomado ninguna decisión. Y tampoco entiendo por qué dices que Juan es insufrible.

—Porque lo va a ser. En cuanto se entere.

—No se va a enterar de nada porque no ha pasado nada. Y, si pasase, no es asunto suyo.

—Bueno, bueno. Yo ya te lo he advertido.

Dos veces, para ser precisa —dice Lola levantando en el aire dos dedos—. Luego no me vengas con lágrimas, porque te diré que ya te lo advertí.

—No seas así, Lola. Tiene que hacer caso de lo que le pida el corazón. Si en estos momentos está tan dolida con Juan que ni siquiera puede verlo, y en su lugar hay un chico dispuesto a curar ese dolor, pues... No sé, Lola, tal vez... debería

probar —dice Sara justificándome.

—¡Tú, eso, dale ánimos! No es el corazón el que le pide nada, más bien está escuchando otra parte de su anatomía. ¿Tengo razón? —pregunta mirándome, pero, como yo no digo nada, Lola sigue hablando—. Sara, ¿no te das cuenta de que va a acabar peor de lo que estaba? Lo que tiene que hacer es hablar con Juan y solucionarlo. ¿Es que soy la única que ve lo fáciles que son las cosas? ¿No os dais cuenta de que sólo va a perder el tiempo y a acabar apaleada? ¡Joder, si se quieren con locura! —exclama Lola exasperada.

Yo las contemplo a las dos hablando como si yo no estuviera, como si fuesen ellas las que tuviesen que decidir por mí.

—Bueno, calmaos. Ya os he dicho que no he tomado ninguna decisión. Estoy dispuesta a aceptar lo que el azar tenga preparado para mí. Si tiene que ser Juan, será Juan. Y si tiene que ser otro, entonces será otro. Es lo único que tengo claro. Ya se irá viendo —concluyo dando por terminada esta conversación.

Seguimos hablando pero yo ya no estoy en el

ojo del huracán y eso ayuda a que me relaje un poco. No deseo agobiarme más por lo que quiero y no tengo o por lo que tengo y no quiero. Prefiero disfrutar de lo que venga. Sea lo que sea.

Cuando llego a casa tengo hambre, así que me hago dos huevos fritos y me siento a comérmelos. Y en ese momento, recordando cuánto le gustan a Juan los huevos fritos, me acuerdo de que aún no he escuchado la canción.

Termino, friego el plato y entro en su estudio. Hacía mucho que no entraba aquí. Deslizo los dedos sobre la mesa, sobre la silla, como si al tocar estos muebles lo tocara a él. Me siento en la silla y me acomodo. Noto cómo mi espalda se adapta a su forma, esa que es producto de las horas que Juan ha estado sentado en ella. Deslizo las manos sobre los reposabrazos y pienso que son sus brazos los que sujetan los míos.

—¡Juan, cuánto te echo de menos! —digo en un suspiro.

Enciendo el ordenador y abro mi correo.

Subo el volumen de los altavoces y ahí está. Se oye la voz de Chayanne pidiéndome perdón, diciéndome que está arrepentido, que se equivocó y que no puede vivir sin mí. Vuelvo a poner la canción para saborear cada una de sus palabras, imaginando que es Juan quien me las dice. Así... difícilmente puedo resistirme a la tentación de mandarle un wasap.

Juan: «Acabo de escuchar la canción; es preciosa. Gracias, Juan».

Y una vez más vuelvo a ponerla desde el principio, dejándome seducir por ella. Cierro los ojos y me deslizo en la silla, y una pequeña lágrima se escapa de uno de mis ojos. Es entonces cuando suena mi móvil. Yo me sobresalto y lo cojo sin mirar quién me llama.

—¿Sí? —digo con una voz turbada.

—Hola. —Oigo su voz ronca y que tanto me gusta.

No esperaba su llamada pero me encanta escucharlo, y esto me revela todo lo que significa para mí.

—Hola, Juan —respondo despacio.

—¿Cómo estás? —Habla con prudencia.

—Bien. —Nuestras voces suenan extrañas.

—¿Puedo ir a verte?

—No —respondo por miedo a sucumbir a sus brazos.

—¿Por qué no? Necesito que hablemos —suplica.

—Ya estamos hablando.

—Necesito verte. —Se hace el silencio, y luego él continúa—: ¡África, por favor!

—Juan, necesito tiempo —digo seriamente.

—Es irónico, ¿verdad?

—¿El qué?

—¡Que era yo quien decía eso antes! —Y yo me callo. Tiene razón, es cierto. Pero todavía me duele oírlo, así que verlo me destrozaría. Aún siento rabia en mi corazón, y antes de vernos necesito que esa rabia desaparezca—. ¡África!

—¿Qué? —respondo con voz quebrada.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? No dudes nunca de cuánto te quiero.

—Juan, me ha gustado oír tu voz pero tengo que colgar. Estoy cansada.

—De acuerdo, Afri. A mí también me ha gustado y más me gustaría verte. Pero de momento eso no puede ser, ¿no?

—No —contesto tajante—. Hasta luego, Juan —digo para evitar decir «te dejo», que sé que a él no le gusta.

—Gracias, Afri. —Noto una leve muestra de alegría en su voz y cuelgo.

Pienso en todo lo que me ha pasado a lo largo del día y en lo diferente que me he sentido en cada momento: por la mañana, alegre; con Oliver, excitada, y ahora con Juan, nostálgica, rozando el sufrimiento. Apago el ordenador y subo la escalera para meterme en la cama.

Por la mañana me levanto mejor de lo que me acosté, no tan contenta como ayer martes, pero me siento bien. Me ducho tranquilamente y me visto. Cuando salgo por la puerta me encuentro a Julio y a su madre esperando el ascensor y mi espalda se agarrota. Él me sonríe de una forma radiante, traviesa, y no puedo evitar sonrojarme.

—Buenos días. ¿Qué tal se encuentra? —
pregunto educadamente y dirigiéndome a ella.

—Estoy bien, gracias. Por lo que veo, hoy no
llegas tarde —dice con una media sonrisa y
sujetando la puerta del ascensor para dejar que
entre—. Pasad —nos indica con la mano.

—Gracias. No, hoy voy bien de tiempo —
comento.

Julio ha entrado primero, luego yo y ella al
final, así que me encuentro en la parte de atrás del
ascensor, con mi hombro pegado al de Julio y con
su madre dándonos la espalda.

—¿Has cambiado de idea? —dice Julio
refiriéndose a lo que me propuso.
Inconscientemente doy un respingo.

—No —respondo nerviosa.

—Es una pena —susurra, y a la vez me pasa
lentamente la mano por la parte más baja de mi
espalda. Yo clavo los ojos en los suyos y él me
regala una sonrisa centelleante y divertida. Pero no
aparta la mano, todo lo contrario, la baja un poco
más. Yo no consigo moverme del sitio, estoy rígida
como una tabla de planchar. El ascensor llega

abajo y los tres salimos. El viaje ha terminado—. Adiós, África —se despide exultante.

—Adiós —consigo decir.

Y veo cómo se vuelve y se va. Yo no puedo evitar examinar cada centímetro de su figura, ese cuerpo de veintidós años tan sugerente y tentador.

El día pasa rápidamente y, excepto por el pequeño percance de la mañana, nada hace que mis nervios afloren. De Juan no he tenido noticias en todo el día y eso me da una tregua.

Llego a casa, como algo y enciendo la tele. Paso de canal en canal sin lograr ver algo que me guste y entonces mi teléfono suena. Juan es la primera persona que me viene a la mente, pero es mi madre quien llama.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal estáis?

—Hola, cariño. Nosotros bien, ¿y tú?

—Bien, mamá, estoy bien.

—Se te oye mejor que cuando te llamé el domingo para decirte que habíamos llegado —dice más tranquila.

—El domingo estaba con resaca, mamá —
miento. No le puedo contar realmente por qué el
domingo no tenía fuerzas para hablar con nadie.

—Me dejaste preocupada, pensé que te
pasaba algo. Pero tampoco quería agobiarte a
preguntas, preguntas que seguramente no me
habrías contestado y por las que hubiésemos
terminado discutiendo.

«Cierto, mamá, muy cierto», digo
mentalmente.

—Estoy bien, mamá. Quédate tranquila —
trato de calmarla—. ¿Qué tal papá? —le pregunto
para cambiar de tema.

—Muy bien. Te lo paso, tiene algo que
explicarte.

«Algo importante para que se ponga al
teléfono», pienso yo.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Bien, papá. —Mi voz suena monótona, es
la tercera vez que contesto a esa pregunta.

—Me alegro. Sólo quería decirte que ya he
estrenado tu llavero —me anuncia con alegría. Y
entonces me doy cuenta de lo que eso significa.

—¿Ya? —me sorprendo—. Pero ¿a ti no te gustaba más la sierra?

—Sí, pero he encontrado una casita junto a la playa que es preciosa. Tu madre está contentísima y yo más.

—Me alegro mucho, papá. Estoy deseando verla —expreso entusiasmada.

—Bueno, te paso a tu madre. Sólo quería comentarte eso.

—Vale, papá.

—África, una cosa más: me gusta oírte así —dice seriamente.

—¿Así, cómo, papá?

—Jovial, como eres tú. —Y al oír eso pienso en lo bien que me siento. Mi padre tiene razón, poco a poco voy volviendo a ser yo misma.

—Gracias, papá. A mí también me gusta verme así.

—Cuídate, hija. Te paso a tu madre —se despide con cariño.

—¡Al final, playa, como nosotras queríamos! Ahora sólo me queda darle mi toque personal. La casa está muy bien, pero hay que cambiar algunos

muebles. Ya verás como te encanta, África. Nosotros nos vamos a quedar por aquí algún tiempo, así que, en cuanto puedas, te vienes. ¿Vale?

—Sí, mamá.

«No estaría nada mal una escapadita de fin de semana», digo para mí.

—Bueno, cariño, te dejo, que es tarde y seguro que mañana madrugas. Un beso.

—Un beso, mamá. Adiós.

Cuelgo el teléfono y pienso en lo complicado que tiene que ser ejercer de padre. Parece que no te conocen y, sin embargo, a veces te sorprenden al ver más allá de lo que tú misma ves; dejan que encuentres tu camino, visualices un objetivo y luches por él; observan cómo caes constantemente, pero te empujan a que te levantes por ti misma, porque es la única manera que tienes de aprender. Eso es lo que han hecho ahora mis padres, han dejado que me enfrente sola a este maremágnum, porque soy yo la única responsable de cómo me siento y la única que tiene la clave para ser feliz.

Hoy es jueves y esta semana transcurre mucho más deprisa que las anteriores, y eso me gusta. Los días largos y tenebrosos van dejando paso a otros en los que permito que algunos rayos de sol penetren en mi vida.

Salto de la cama y me meto en la ducha. Llevo dos días durmiendo decentemente. Sigo despertándome por la noche, buscando a Juan en mi cama, pero el dolor ha desaparecido y eso me ayuda a seguir con la rutina. Es cierto que a veces tengo miedo de que las suturas cedan y dejen que las heridas vuelvan a sangrar, pero en eso es mejor no pensar.

Salgo de la ducha y un wasap me da los buenos días.

Juan: «Buenos días, preciosa. Espero que hayas dormido bien. Ayer me prometí a mí mismo darte un respiro, pero hoy no he podido contenerme».

Hoy estoy de muy buen humor, así que le contesto nada más recibir su mensaje.

África: «Buenos días a ti también. Gracias

por el respiro. Espero que tengas un buen día».

Su respuesta no se hace esperar.

Juan: «Te noto más contenta que estos días de atrás y eso me gusta, Afri».

África: «Estoy mucho mejor. Gracias».

Juan: «¿Te apetece que quedemos luego?».

África: «Que esté más contenta no quiere decir que vayamos a quedar. De momento prefiero seguir así».

Juan: «Tenía que intentarlo».

No entiendo muy bien el porqué, pero ese «tenía que intentarlo» me hace sonreír.

África: «Me voy a trabajar, Juan. Hasta luego».

Juan: «Hasta luego, Afri».

Me seco el pelo, me visto con lo primero que pillo, unos vaqueros y una camisa sin mangas. Salgo por la puerta y me alegro de no encontrarme a Julio. El incidente de ayer me puso muy nerviosa y con su madre al lado no supe cómo reaccionar.

Llego al trabajo y Claudia, como de

costumbre, está allí.

—Buenos días, Claudia —saludo alegremente.

—Hola, África. Se te ve muy bien esta mañana —dice mirándome de arriba abajo—.

¿Algo que contar? —pregunta con curiosidad.

—Sí, que hace un sol radiante y eso me agrada —respondo bromeando y ella me sonrío.

—Te ha llamado Lola —comenta alzando la voz para que la oiga mientras me alejo por el pasillo.

—¿Lola? ¿Y por qué no lo ha hecho al móvil? ¿Te ha dicho qué quería? —le pregunto dándome la vuelta.

—Te ha llamado, pero no se lo has cogido. Ha pedido que la llames.

Saco mi móvil del bolso y veo su llamada. Me sorprende no haber oído el teléfono.

—Gracias, Claudia. Ahora lo haré. Voy a cambiarme.

«No sé qué es lo que querrá», medito mientras marco su número.

—Hola, África. ¿Dónde estabas?

—Me has debido de llamar cuando me estaba secando el pelo. ¿Qué pasa?

—Nada. Me han obligado a llamarte... —Yo levanto una ceja, no entiendo a qué se refiere—. Oliver no para de preguntarme por ti y ayer me hizo prometerle que hoy hablaría contigo. En realidad me pidió tu número, pero no quise dárselo.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Ya sabes lo que quiere... —responde Lola un poco incómoda.

—Lola, no tengo ni idea —digo ignorándolo por completo.

—¿Has olvidado que le dijiste que esta semana me ibas a acompañar al gimnasio?

—¡Es verdad! No me acordaba. Eso son las pocas ganas que tengo.

—Eso es perfecto, África —contesta contenta—. Si no tienes ganas, no vengas. Yo ya he cumplido, te he llamado y a ti no te apetece venir. No hay más que hablar.

—Claro, y así la que queda mal soy yo, ¿no? —le digo molesta.

—Haz lo que quieras, África, pero eres tú la que ha dicho que no quería venir. Yo ya te he explicado cuál es mi opinión. Oliver no merece la pena, África.

—Bueno, eso ya lo decidiré yo. Además, por ir tampoco pierdo nada.

—Como quieras —acepta con resignación—. Entonces, ¿mañana te paso a buscar o no?

—Sí. ¿A qué hora es la clase?

—Yo iba a ir por la mañana, pero si vienes vamos por la tarde. Te paso a buscar a las seis. ¿Te parece?

—Sí. Lo único es que me tendrás que recoger en el trabajo.

—Vale. *Ciao*.

—Adiós, Lola —digo al colgar.

«Pero ¿qué es lo que acabo de hacer? —me riño. No me apetece nada ir al gimnasio y tan sólo iré por llevarle la contraria a Lola—. ¡Pareces tonta, África!»

El día pasa deprisa y varias veces estoy a punto de llamar a Lola para decirle que no venga a recogerme, pero en el último segundo me

arrepiento, y pienso que es porque una parte de mí desea ir.

Es viernes y hoy a las seis he quedado con Lola. No paro de pensar en eso todo el día. Son las cinco de la tarde y he acabado de trabajar antes de lo que pensaba. Claudia hace rato que se ha ido, así que ahora me toca esperar, lo que provoca que mi paciencia se consuma y mis nervios se agudicen.

Por fin llega Lola. Me subo en su coche y nos vamos.

—¿Nerviosa? —me pregunta riéndose.

—¿Tanto se me nota? —le digo yo abriendo los ojos demasiado.

—Un poco. —Se encoge de hombros.

Llegamos al gimnasio. Lola le comenta a la chica de recepción que vengo a probar y ella responde que Oliver ya se lo había dicho. Me mira de arriba abajo y me sonrío.

Para llegar al vestuario pasamos al lado de la sala de máquinas y junto a ésta hay una sala vacía.

—Ahí es donde hacemos yoga —me explica señalándome la sala—. Y aquí están los vestuarios —anuncia abriendo la puerta que queda enfrente de las salas.

Pasamos al vestuario, que es amplio, lleno de taquillas y cabinas individuales. Cuando salimos, Oliver ya está esperándonos junto con tres chicas más con las que habla. Al verme, las deja y se acerca a nosotras.

—¡África! Cuánto me alegro de que al final te hayas decidido a venir. —Me da dos besos—. Ya verás como te gusta tanto como a mí el masaje que me diste —dice recalcando lo del masaje.

Él está tan guapo como siempre y yo me alegro de haberme puesto las mallas que mejor me quedan. Lola y yo nos colocamos en una esquina mientras esperamos a alguien más.

—¿Qué es lo que ha querido decir con eso del *masaje*? —pregunta haciendo un gesto con los dedos para poner dos comillas a la palabra—. ¿Qué coño de masaje le diste, África? —pregunta Lola confundida sin dejar de mirarme.

Mierda. Lola también se ha dado cuenta.

Pensaba que era yo la que lo había interpretado mal, pero ya veo que sus palabras tenían doble sentido.

—¡Y a mí qué me estás contando! Yo no hice nada raro, sólo le di un masaje como a otro cualquiera.

Por lo que veo, para él fue tan diferente como para mí. Pero eso no se lo cuento a Lola.

Llegan las últimas chicas y la clase comienza. Oliver pone una música relajante y enciende una lámpara de sal del Himalaya. El silencio es absoluto y su voz es lo único que se oye.

—Bien, chicas, hoy vamos a ir despacio. Tenemos a una compañera nueva y no queremos que se agobie. —Noto cómo todos los ojos de la sala me miran y me pongo roja como un tomate maduro—. Comenzaremos con unas respiraciones y luego realizaremos el saludo al sol —continúa diciendo Oliver con voz alta y clara. Y veo que se va acercando a mí—. No te preocupes, África. Tú y yo vamos a ir despacio. Tú serás la que me

marque el ritmo y poco a poco yo iré corrigiendo tus pasos.

Oigo su voz muy cerca de mi oído y cada una de sus palabras suena erótica. La respiración se me acelera y no dejo de pensar que hubiese sido mejor quedarme en mi casa. «¡Eso te pasa por bocazas, África!», me reprendo en voz baja.

—Separamos un poco los pies y estiramos el tronco. Juntamos las manos a la altura del pecho y buscamos una respiración tranquila. —«¡¡Qué coño de respiración tranquila quiere que busque si va a estar pegado a mi culo todo el rato!!», pienso nerviosa—. Llevamos los brazos hacia el techo, como si lo quisiéramos tocar. —Yo estiro los brazos todo lo que puedo—. Bien —me dice Oliver colocándose detrás de mí—. Desde aquí doblamos ligeramente las rodillas. —Y noto que una de sus manos sujeta mis caderas y la otra la coloca en la espalda, obligándome a enderezarla. Mi respiración se acelera—. Y con el pecho hacia delante bajamos hasta que nuestras manos se colocan a los lados de los pies. —Estoy doblada con las manos y los pies en el suelo y todo mi culo

en su punto de mira. Lo tengo justo detrás de mí. Coloca las manos en los laterales de mis caderas y sonríe. Veo cómo me mira el trasero; creo que verme así le gusta. ¡Esto es muy incómodo! Mi respiración ahora mismo no es nada tranquila, sino todo lo contrario. Yo miro a Lola, pero ella sigue a lo suyo—. Inspiramos y llevamos la pierna derecha hacia atrás y apoyamos la rodilla. Dejando la izquierda doblada, alargamos el tronco. —Y vuelvo a notar sus manos en mi espalda, provocando que me tense—. Relájate, África, estás muy tensa. —Me dice en voz baja al oído—. «¡Pero éste qué se piensa, que me pongo nerviosa por gusto! ¡Si se preocupase más de la clase y menos de mí, seguro que conseguía relajarme!»—. Separamos la rodilla derecha del suelo y llevamos la izquierda junto a la derecha. Mantenemos el cuerpo recto. Ahora apoyamos las rodillas en el suelo y flexionamos los codos. —Estoy prácticamente a cuatro patas y veo en su mirada la excitación—. Colocamos el pecho entre las manos y apoyamos el pubis en el suelo. —Noto su mano justo donde la espalda pierde su nombre,

y por segunda vez en esta semana me soban el culo sin permiso—. Elevamos la cabeza y el pecho —dice Oliver con voz sensual—. Ahora apoyamos los dedos de los pies y, sin mover los pies ni las manos, levantamos las caderas, estirando los brazos y toda la espalda. —«¡Y ahí lo tengo otra vez, justo detrás!», pienso suspirando. Noto cómo vuelve a poner las manos en mis caderas, las echa hacia atrás dejándolas muy cerca de las tuyas y siento esa electricidad que recorre todo mi cuerpo —. Tienes que estirar la espalda, África —me indica deslizando una de sus manos por mi espalda.

—Esto no me puede estar pasando a mí. Tierra, trágame —digo con crispación sin que apenas se me oiga.

Oliver sigue comentando cada uno de los pasos que tenemos que dar y en cada uno planta las manos en mi cuerpo, haciendo que toda la clase sea un suplicio para mí. «¡Es imposible que en todas las posturas haya algo que corregir! —pienso ofuscada—. Creo que sólo lo hace porque nota lo nerviosa que me pongo cada vez que me

toca, y me apuesto el cuello a que eso le divierte.»

—¡África, tienes que intentar relajarte! — vuelve a decirme al oído. Yo lo fulmino con la mirada y él se ríe. «Sí, estoy segura de que le divierte verme retorciéndome en mil y una posturas comprometedoras, es lo que más le pone. ¡Capullo engreído!», pienso cada vez más arrepentida de haber venido.

Después de unos minutos de relax en los que estamos tumbadas boca arriba, con los ojos cerrados, y en los que por fin no me toca, dice: «Muy bien, chicas. Hemos terminado».

Yo abro los ojos y ahí está, de cuclillas junto a mí mirándome con esos ojos de color avellana y una sonrisa radiante.

—¿Qué tal la clase, África? —pregunta con una mirada sexi y juguetona. Pero antes de que pueda contestarle, una chica lo llama. Oliver se levanta y se acerca a ella. A mí me viene de perillas para largarme lo más deprisa que pueda. Tiro de la mano de Lola, que aún sigue en el suelo.

—Venga, vámonos —ordeno
atropelladamente.

—Ya voy, ya voy. Espera un minuto —
responde Lola, confusa—. ¿A qué viene tanta prisa
ahora?

—¡Por favor, Lola, vámonos! En el coche te
lo explico —le digo mirando a Oliver que, por
suerte, sigue conversando con la chica.

—Está bien. Vamos a decirle a Oliver que
nos marchamos. —Se levanta.

—¡No! —exclamo abriendo los ojos como
platos. Lola arquea las cejas y se ríe.

—¡Esto me lo vas a tener que explicar,
señorita Fernández! —dice señalándome con su
dedo índice y con una sonrisa traviesa. Yo pongo
los ojos en blanco pero al fin consigo que nos
marchemos.

Entramos en el vestuario, nos duchamos y, en
cuanto subimos al coche, Lola me pregunta:

—¿Qué es lo que pasa, África? ¿No te ha
gustado la clase? —Se ríe para fastidiarme.

—Lo que no me ha gustado es lo nerviosa que me pone este hombre. No paraba de tocarme una y otra vez. Se supone que era para que hiciera bien los movimientos, pero... ¡pobrecita de mí, soy tan patosa que no hago ni un solo movimiento correctamente! —exclamo con ironía, poniendo ojitos y cruzándome de brazos.

—¡No seas tonta, claro que los hacías bien! ¡No es tan complicado! —Me habla como si fuese una niña—. Era la excusa perfecta para poner sus garras sobre la presa y así, más adelante, poder hincarle el diente —comenta divertida escenificando el juego de palabras que ha empleado.

—Eso es lo que me ha parecido a mí —digo riéndome con Lola.

—¿Vas a volver?

—Ni loca. ¿Tú sabes lo mal que lo he pasado? Si Oliver quiere jugar, que juegue. Pero que busque a otra candidata, porque a mí no me vuelve a ver el pelo.

—¿Quieres que salgamos mañana? —pregunta Lola.

—Me encantaría. Mañana le mando un wasap a Sara y quedamos. ¿Vale?

—Vale, África. Mañana nos vemos —se despide dejándome junto a mi coche, que está aparcado en la puerta de mi trabajo.

CAPÍTULO 23

Abro los ojos en mitad de la noche. No recuerdo muy bien mi sueño, pero un escalofrío de dolor recorre mi espalda. Algo me ha despertado y no llego a saber qué. Llevo dos días bastante bien, mi subconsciente me quiere decir algo. ¿Qué puede ser? No lo sé, y no tengo ni la más ligera idea.

Intento volver a dormirme pero ahora no puedo. Una quemazón de malestar se ha instalado en mi cuerpo y me impide recuperar el sueño. Doy una vuelta, otra y otra más, pero nada. Al final termino levantándome. Busco en mi bolso las flores de Bach y me las tomo. Voy a la cocina, me preparo una infusión y miro el reloj.

—Las cuatro de la mañana y yo aquí igual que un búho. Menos mal que mañana es sábado y no trabajo —digo sentándome en el sofá con mi infusión en la mano.

Enciendo la tele, pero no ponen nada. «¿Qué

es lo que habré soñado? —me pregunto intentando recordar algo—. Lo único que llego a vislumbrar es que era algo relacionado con Juan. Pero, por mucho que me esfuerce, no alcanzo a saber más.»

Paso de uno en uno por todos los canales, pero no hay nada que me guste, así que después de un rato apago la tele y me dirijo al estudio. Quiero volver a escuchar la canción que Juan me envió.

Cuando suena esa melodía, noto cómo me relaja, me acuna. Hace que mi mente se disperse y mis nervios se apacigüen. Entonces cojo el móvil y, sin pensar muy bien lo que hago, le mando un wasap a Juan.

África: «Hola, Juan. Sólo quería contarte que he tenido una pesadilla y eso me ha desvelado. La canción que me enviaste es como una dulce nana para mis oídos, y poco a poco siento que mis párpados van pesando más y más. Gracias, ha sido el antídoto que ahora mismo necesitaba».

Apago el ordenador y me dirijo a mi habitación para continuar durmiendo. Pero, nada más poner el pie en el primer peldaño, el sonido del móvil me sobresalta y no puedo contener la

alegría que eso me produce. Cruzo el salón rápidamente y cojo el teléfono.

Juan: «Siento que hayas tenido una pesadilla, pero soy egoísta y en el fondo me alegro, ya que ha sido la causa de volver a saber de ti».

África: «¡No esperaba que estuvieras despierto!».

Juan: «Y no lo estaba».

África: «Lo siento, vuelve a dormirte. Yo haré lo mismo».

Juan: «¡Ahora que me has desvelado, vas a tener que compensarme por ello!».

Y mientras leo es como si estuviera viéndolo por un agujerito. «Ahí está mi Juan, travieso y divertido, planeando algo en su cabeza», pienso mientras subo a mi habitación y me tumbo en la cama.

África: «Ja, ja. Muy gracioso. No creo que estés en posición de exigir».

Juan: «¡África, son las cuatro de la mañana! ¡Me has despertado! ¡Me merezco algo!».

África: «Está bien. Estoy dispuesta a escuchar en qué estás pensando, pero no te

prometo nada».

Juan: «¿Puedo ir a verte?».

Este hombre está loco. Sería capaz de salir de su cama, de su casa, a las cuatro de la madrugada por estar conmigo. Y eso me recuerda que ya lo hizo una vez y que, si le dejo, lo repetirá. Así que, sintiéndolo mucho, no. Sé que aún no es el momento.

África: «No. Prueba otra cosa».

Juan: «Está bien».

Entonces suena mi teléfono y las comisuras de mi boca se elevan.

—Hola, Juan —le digo contenta y relajada.

—Hola, Afri. Me encanta oír tu voz. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Sin más, trabajando. Hoy he ido al gimnasio con Lola.

—¿Al gimnasio? ¡Me parece casi increíble! Y qué, ¿te ha gustado?

—No. Ya me conoces. Lola ha estado muy pesada estos últimos días y era la única forma de que me dejara tranquila —respondo ocultando la verdadera razón. Oigo cómo se ríe y, aunque

aparento enfadarme, me encanta volver a escuchar su risa—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tú, Afri. No veas cuánto me divierte oírte decir eso.

—¡Pues no entiendo por qué!

—Muy fácil: sólo tienes que mirar atrás y acordarte de la última vez que fuimos al gimnasio.

—Al oír eso soy yo la que se ríe.

Recuerdo aquel día. Me pasé toda la semana quejándome de que había engordado un par de kilos y diciendo que quería ir al gimnasio para deshacerme de ellos. Pero no me gustaba ir sola, así que lo obligué a acompañarme. No llevábamos más de unos veinte minutos cuando le dije: «Juan, creo que esto no es lo mío. Y me he dado cuenta de que tampoco se me notan tanto estos dos kilos de más, así que deberíamos irnos a casa y, si es el caso, bajarlos de una forma mucho más placentera». A Juan casi se le salen los ojos al oírme decir esto. Me cogió por la espalda y me atrajo hacia él, dándome un beso que aún recuerdo, para acto seguido decirme: «Yo también quiero quemar calorías como tú dices; es mucho

más saludable. Vámonos».

—Nunca me ha gustado mucho hacer deporte.

—Lo sé. Y, aparte de eso, ¿algo más?

—No. Tan sólo trabajo. ¿Y tú? —le pregunto inocentemente. Aunque en el fondo no sé si quiero saber nada que tenga que ver con su trabajo, y mucho menos con Andrea.

—He tenido dos juicios esta semana. Los he ganado.

—Me alegro por ti, Juan.

—Gracias, Afri... ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Si quieres que te la conteste, primero tendré que saber de qué se trata.

—¿Por qué el otro día no hablamos así?

—¿Así, cómo?

—No te hagas la tonta, Afri. Conmigo no — dice seriamente.

—No sé, Juan. Supongo que el otro día... era la primera vez que volvía a oír tu voz desde que... bueno, ya sabes —contesto un poco melancólica.

—Sí, ya sé... —dice bajando el tono de su voz, y mostrando de esta manera su

arrepentimiento.

—Hoy estoy mejor. Mucho más contenta, más relajada. Creo que hasta te podría perdonar...

Oigo cómo las palabras salen de mi boca sin previo aviso, saltándose todas las barreras que mi cabeza suele poner para que este tipo de cosas no sucedan, para no decir lo que aún no estoy dispuesta a compartir. Pero ahora ya es tarde, ya lo he dicho y seguro que Juan lo ha escuchado.

—¡Eso sería fantástico, Afri! No sabes cuánto lo deseo —dice como si acabara de quitarle una gran losa de encima que le impedía respirar, como si los niños de San Ildefonso hubiesen cantado su número de lotería.

—Juan, creo que deberíamos colgar. Por hoy ya hemos tenido suficientes confesiones. ¿No te parece?

—No. Me gustaría escuchar muchas más. Pero si quieres irte a dormir...

—Sí, creo que es lo mejor. Hasta luego, Juan.

—Hasta luego, Afri.

Cuando me levanto de nuevo son las once y media de la mañana. Después de hablar con Juan me dormí enseguida. Fue una conversación muy reveladora; oí a mis labios expresar lo que llevo tiempo negando. Y es que, por más que me empeñe, hace días que perdoné a Juan. Si no, seguiría sin hablarle. Así que creo que ya va siendo hora de encontrarme con él y enfrentarme a mis miedos.

Desayuno tranquilamente con el móvil en la mano. Lola acaba de mandarnos un wasap.

Lola: «¡Esta noche fiesta! Cenaremos lasaña en mi casa. Y luego nos emborracharemos».

África: «Yo llevo el vino. Si hay pasta, llevaré lambrusco».

Sara: «Venga, me gusta el plan. Yo llevaré algo de postre».

Lola: «Ok. ¿Os parece que quedemos a las nueve, como el otro día?».

África: «A las nueve en tu casa. Perfecto».

Sara: «Allí estaremos. Besos».

Lola: «Ciao».

Paso el día sin hacer nada, tumbada en el sofá. He comido plantada frente a la tele y aún sigo aquí. Son las siete menos cuarto y debería ir pensando en levantar el culo para arreglarme, pero la pereza puede conmigo y alargo la hora hasta lo inevitable. A las siete y media salgo disparada hacia la ducha, sólo tengo una hora y todavía debo comprar el vino antes de ir a casa de Lola.

Mientras me pongo crema por el cuerpo, observo mi armario para ver qué es lo que me voy a poner y una idea me surge en la cabeza.

África: «Esta noche voy a salir con las chicas, tengo cena en casa de Lola. No estaría mal que nos encontráramos por ahí. Podríamos tomar una copa juntos y hablar».

Estoy nerviosa, hace días que no lo veo. Juan es un poco ermitaño, pero sé que en cuanto lea el mensaje hará planes, llamará a su hermano y saldrán a dar una vuelta. Y si el destino quiere que nos encontremos... entonces ya veremos cómo se plantea la noche. Pero hoy me siento con fuerzas para enfrentarme a él.

Juan no me contesta inmediatamente como de costumbre. Así que sigo buscando entre mi ropa qué ponerme. La idea de encontrarme con Juan de nuevo me seduce y quiero estar rompedora. Entonces veo lo que necesito. Saco mis vaqueros negros ajustados y el corpiño negro que a Juan le gusta tanto. «¡Esto te va a encantar, Juan!», digo mientras abrocho cada uno de los corchetes.

Encima del corpiño me pongo una camisa de gasa negra que deja ver perfectamente lo que llevo debajo. Me miro al espejo y me encuentro atractiva y sexi. Me seco el pelo concienzudamente y me maquillo.

—¡Esta noche quiero estar espectacular! — exclamo al contemplar mi obra de arte.

Me pongo los zapatos negros de tacón y antes de salir pitando a comprar el vino miro el móvil, pero Juan sigue sin responder, así que me voy.

Estoy esperando el ascensor cuando Julio sale de casa. Veo cómo me mira de arriba abajo. Incluso tiene el valor de regodearse y girar a mi alrededor.

—¿Se puede saber qué coño haces? —

pregunto histérica.

—Examinar meticulosamente lo que me he perdido —contesta con una mirada reflexiva—. ¿Estás segura de que no has cambiado de idea? —dice apoyando el hombro en la pared, mirándome a los ojos y rozando sus labios con el pulgar.

Los minutos que tarda el ascensor en llegar se me hacen eternos.

—Sí, completamente segura. —Estoy más convencida que nunca.

—Es una pena. No me importaría nada perder mis manos en ese cuerpo —me dice con una voz tremendamente seductora.

—Si no recuerdo mal, ya las perdiste el miércoles en el ascensor. ¡Con tu madre delante! ¡Y sin permiso! —le espeto abriendo mucho los ojos.

—Lo siento, estuvo mal, lo sé. Pero no pude contenerme. Los espacios pequeños me ponen... cómo lo diría sin que suene mal... me ponen un poco nervioso. —Abre la puerta del ascensor y me mira provocadoramente—. ¿Entras? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Yo me quedo pasmada. Este chico es un seductor en potencia. Tan sólo tiene veintidós años y ya ha conseguido inquietarme. No me quiero ni imaginar lo que puede llegar a obtener de las chicas de su edad. Normal que tenga éxito con las mujeres, como él mismo dijo.

—¡Me lo estoy pensando! —respondo levantando una ceja. Él se ríe y su sonrisa es deslumbrante.

—Prometo tener las manos quietas —asegura poniéndolas en alto mientras sujeta la puerta con el pie. Eso me hace reír a mí también y entro en el ascensor. Julio pulsa el botón y me pregunta—: Y dime, África, ¿adónde vas tan guapa? —No deja de mirarme, pero ya de una manera más natural.

—He quedado con mis amigas.

—¿Y siempre te pones tan guapa cuando quedas con tus amigas? ¡No lo creo! Seguro que no me estás diciendo toda la verdad —comenta divertido.

Y observo cómo lo vuelve a hacer, cómo vuelve a seducirme. «¡Este chico es un hipnotizador de mujeres y seguro que es un dios

del sexo! —pienso para mis adentros—. No se me ocurre a nadie que no tenga que hacer un esfuerzo para no lanzarse en sus brazos »

—Bueno... puede que vea a mi ex —le explico tímidamente. No sé por qué le tengo que decir nada, pero es casi imposible resistirse.

—Eso lo explica todo. Un hombre afortunado, tu ex —afirma con un brillo en los ojos.

—¿Por qué? —le pregunto yo cuando salimos del ascensor.

—Porque ya te tiene... —responde acercándose lentamente a mi oído antes de irse, y de una forma tan espectacularmente sensual que a cualquier otra se le derretirían las bragas—. Adiós, África. —Se despide dándome un beso en la mejilla.

—Adiós, Julio —le digo yo sin moverme del sitio y observando cómo se va.

El sonido del móvil me saca del trance. Lo cojo y veo que es Juan.

Juan: «Nada me gustaría más, África, pero estoy en la playa. Hacía días que no estaba con mis padres y necesitaba poner tierra de por medio

entre tú y yo. Me estaba volviendo loco. Y si no me iba después de lo que me dijiste ayer, no podría controlarme. No me hubiera importado presentarme en tu casa, derribar la puerta y hacerte mía de nuevo. Y es algo que podría empeorar los pequeños pasos que hemos dado estos días. Así que, cuando me he despertado esta mañana, he cogido el coche y me venido a pasar el fin de semana con mis padres. Lo siento».

Algo dentro de mí se entristece. Esta noche estaba dispuesta a darlo todo, pero parece ser que el destino no tiene eso pensado para mí.

Llego a casa de Lola y dejo el lambrusco en la nevera. Lola tiene un piso muy diáfano, todo en blanco y con espacios muy amplios. En el salón hay una chimenea que en invierno, cuando la enciende, proporciona un ambiente muy acogedor.

Suena el timbre. Lola abre la puerta; es Sara.

—¡Pero bueno, chicas! ¿Qué es lo que pretendéis esta noche? —pregunta Sara al vernos —. ¡Estáis guapísimas!

Lola lleva una minifalda de plumas negras con una camiseta de tirantes anchos que le queda sensacional.

—Tú también estás muy guapa —corresponde Lola.

Sara lleva un vestido palabra de honor ajustado que resalta su figura.

—Parece que nos hemos puesto de acuerdo —digo yo señalando que vamos las tres de negro. Y nos echamos a reír.

La lasaña está deliciosa. Sara ha traído *coulant* de chocolate de postre, que está para chuparse los dedos. Ya no queda más vino. Las tres estamos llenísimas. Lola prepara unos gintónicos para facilitar la digestión.

Nos sentamos en el sofá y Lola nos dice:

—Esta semana he estado con Yago. —Sara y yo nos miramos sin decir nada.

—¿Y...? —pregunta Sara con ansiedad tras unos segundos.

—Estuvimos hablando y eso. Pero nada más

—dice encogiéndose de hombros.

—Lola, no puedes soltar un bombazo y luego pretender callarte. ¿De qué estuvisteis hablando?

—Le doy un sorbo a mi combinado.

—Vino a pedirme un traslado. Quiere venir a trabajar aquí —nos cuenta bajando la mirada.

—¡Lola, eso sería fantástico! —dice Sara ilusionada.

—Yo no lo veo así, me complicaría las cosas —comenta Lola con incertidumbre.

—¿Y eso es malo? —suelto arqueando las cejas. Las dos me miran boquiabiertas y noto cómo contienen la respiración—. A ver, no me malinterpretéis, pero miradme a mí. He vivido unas semanas de auténtica tortura, y por fin comienzo a ver las cosas claras. Y cada vez creo estar más cerca de saber lo que quiero. En el fondo pienso que las complicaciones son buenas; al principio cuesta verlo de esta manera, pero, cuando todo se va tranquilizando, cuando reúnes el valor suficiente para sacar la cabeza de ese oscuro agujero, comienzas a ver los primeros rayos del sol y os aseguro que brillan con más fuerza que

nunca. De verdad, Lola, creo que merece la pena. ¡Arriésgate! —la animo con el corazón en la mano.

—¿Y si sale mal? —pregunta con miedo en la voz.

—¿Y si sale bien? —le planteo yo.

Lola se queda pensativa, no dice nada y tampoco creo que sea el momento de preguntarle qué es lo que va a hacer. Al final es ella la que tiene que decidir, la que tiene que arriesgarse y jugárselo todo a una carta, la que tiene que derribar esos muros invisibles que le impiden avanzar.

—¡Lola! —exclama Sara sacándola de sus cavilaciones—. ¿Quién es el que aprueba los traslados?

—Yo —dice ella con un hilo de voz.

—¿Y cuándo tienes que darle una respuesta?

—No sé, lo antes posible. Él quiere venirse a trabajar conmigo. Si no apruebo el traslado, se despedirá.

—Entonces no tienes otra solución. Trasládalo o lo perderás para siempre —le digo sinceramente.

—Ya lo sé. Pero me está obligando a tomar una decisión que no quiero tomar. ¿Por qué me hace esto? ¿No puede conformarse con lo que tenemos? Para mí sería mucho más sencillo — responde demostrando cuánto le afecta tomar esta decisión.

—Lola, déjalo. No pienses más en eso. Antes o después vas a tener que concederle el traslado, así que hoy vamos a pasárnoslo bien, soltémonos la melena y hagamos alguna locura — propone Sara toda animada.

Nos terminamos nuestros gintónicos y salimos de casa de Lola.

La noche se presenta prometedora, así que ninguna queremos conducir. Pedimos un taxi y nos vamos al local que inauguraron hace poco y al que hemos ido estos últimos días. Está lleno de gente y la música nos encanta. El ambiente es genial. Lola se va a pedir a la barra y Sara y yo nos dirigimos a la pista de baile. Bailamos desenfrenadamente, divertidas y escandalosamente entusiasmadas.

«Hemos decidido soltarnos la melena, como ha dicho Sara, y hoy la pista de baile va a ser de las tres», pienso mientras Lola trae nuestras copas.

Bebemos, bailamos y cantamos. Alzamos las manos y movemos las caderas. Es una noche fantástica. El alcohol corre por nuestras venas y nos incita a hacer locuras. Sara se sube encima de un banco para bailar y nosotras la vitoreamos desde abajo.

De repente alguien se acerca a mi espalda, une sus caderas con las mías y desliza las manos por mi cintura. Por un segundo deseo que sea Juan con todas mis fuerzas, pero rechazo esa idea, él está en la playa. Voy a volverme para ver quién es y él me lo impide. Agarra más fuerte mi cintura y me susurra al oído:

—¡Te fuiste muy deprisa el otro día! Esperaba poder hablar contigo después de clase, pero ya no estabas. —Y esa carga electromagnética que desprende al tocarme invade todo mi cuerpo. Me vuelvo y ahí lo tengo, es Oliver. Veo cómo me mira y es una mirada ardiente, una mirada que me abrasa—. ¿Y bien?

¿Cómo es que te fuiste tan pronto? —pregunta sin dejar de concentrarse en mis ojos.

—Tenía prisa —le digo encogiéndome de hombros y cogiendo sus manos para librarme de su abrazo. Pero ahora son las manos lo que no me suelta.

—¿Te gustó la clase?

—No sé, ya te dije que el deporte y yo no hacemos buena pareja. Ya viste lo pato que soy; tuviste que corregir mi postura una y otra vez —contesto intentando escaquearme.

—No lo hiciste tan mal. Lo que pasa es que es complicado resistir la tentación de tocarte.

Es la segunda vez hoy que oigo decir que soy irresistible, antes a Julio y ahora a Oliver, y me sorprende mucho, la verdad. No es que sea fea, que no lo soy, pero tampoco me considero miss universo, más bien soy una chica como otra cualquiera con sus encantos y sus curvas pero nada más. La única cosa destacable que se podría decir que tengo son los labios, que son carnosos y sugerentes.

—Eso es lo que me parecía a mí, que tocabas

más de lo necesario —le digo seriamente poniendo los brazos en jarra.

Oliver se ríe tímidamente y sus manos se aferran a mi cintura otra vez, obligándome a acortar la distancia entre los dos.

—¿Como ahora? —dice con una sonrisa radiante.

—Sí, más o menos como ahora. —Noto con más fuerza la intensa electricidad que genera mi cuerpo cuando me toca.

—África, no sé qué me pasa contigo, pero no consigo sacarte de mi cabeza. El otro día durante el masaje... ¡uau!... indescriptible. Lo que me hiciste sentir fue prodigioso —comenta levantando las cejas y abriendo mucho los ojos—. No le quise dar mucha importancia, pero ayer en clase me pasó lo mismo, consigues poner mi mundo patas arriba. —Sus manos se aferran a mi espalda, obligándome a estar tan cerca de él que noto su respiración, y entonces sus labios buscan los míos. Y yo lo permito. Es un beso intenso y unos labios jugosos que hacen que toda esta electricidad que siento chisporrotee por toda mi piel. Mis manos rodean

su espalda y noto su cuerpo fibroso debajo de ellas—. ¿Nos vamos? —me pregunta sugerentemente tirando del lóbulo de mi oreja con los dientes.

Y sin pensármelo dos veces, respondo:

—Sí. —Él tira de mi mano, pero antes de irnos miro a Lola—: Te llamo —le digo haciendo un gesto con la mano.

Veo que ella abre los ojos como platos y niega con la cabeza. No le gusta esto, lo sé, pero tengo que intentarlo, tengo que saber qué es toda esta carga eléctrica, qué siento al estar cerca de él.

Llegamos a su piso. Es pequeño y sencillo. El salón está separado de la cocina por una barra americana que hace a la vez de mesa y al fondo está el dormitorio, que se deja ver porque la puerta está abierta.

—¿Quieres tomar algo? —Abre la puerta de la nevera.

—Sí. No. No sé —termino diciendo. Estoy más nerviosa de lo que pensaba.

Oliver me mira, levanta una ceja y se ríe. Cierra la puerta de la nevera y se acerca a mí.

—África, no tienes que hacer nada que no desees. —Y me besa tiernamente en los labios.

—Sí que lo deseo —respondo contundentemente—, lo que pasa es que estoy un poco...

Él no me deja acabar la frase, pone un dedo en mis labios y dice:

—Está bien. Tengo una idea: nos tomamos algo y luego ya veremos. —Vuelve a abrir la nevera y me pregunta—: ¿Quieres una cerveza?

—Sí, por favor.

Saca dos botellines, los abre y los deja encima de la mesa para que pueda coger el mío. Entonces mi cabeza empieza a funcionar como una locomotora, dando vueltas a la misma idea: «¡África! ¿A qué coño has venido aquí si no es a acostarte con él? ¿A jugar al Scrabble?». Y sin pensármelo dos veces, y guiada por esa carga eléctrica que me hace sentir, me acerco a Oliver, que está apoyado en la barra bebiendo de su cerveza. Aparto la mía en una esquina y me siento

sobre la mesa. Tiro de los extremos del cuello de su camisa negra y lo atraigo hacia mí, dándole un beso cargado de energía, la misma que recorre mi cuerpo desde hace rato.

Voy desabrochando uno a uno los botones de su camisa, observando su torso desnudo, y una fuerza extraña emana desde mi interior. Él hace lo mismo: desabrocha mi camisa y besa con suavidad la parte alta de mis pechos. Coge mis piernas y las amarra alrededor de su cintura, pasa mis brazos por su cuello y me lleva a la cama, dejándonos caer sobre ella. Nuestros cuerpos se rozan. Me besa, me muerde, tira de mi pelo y todo eso me excita. Se levanta y desabrocha los botones de su pantalón uno a uno, dejándome ver el nacimiento de su vello púbico. Se detiene y baja la cremallera de mis pantalones, tirando de ellos para quitármelos. Yo me quedo con un diminuto tanga negro y el corpiño; apoyo los codos en la cama y veo cómo se quita primero los pantalones y luego los bóxer. Se queda completamente desnudo ante mis ojos y éstos agradecen lo que ven. Él sonrío, se tumba a mi lado y me vuelve, haciendo que me

quede boca abajo. Desabrocha tan despacio los corchetes de mi corsé que hace que mi libido aumente. Roza mi espalda con la punta de los dedos y me besa con dulzura el hombro. Introduce la mano por la goma de mi tanga y me lo quita. Yo me vuelvo, lo beso con fuerza y me pongo encima de él con las piernas abiertas. Noto su erección rozando mi sexo y eso me cautiva. Él agarra mi cuello exigiendo mis labios y en ese momento me penetra, de forma suave y con ritmo. Consigue que poco a poco la electricidad se acumule en un solo punto, ese que me hace viajar hacia un lugar soñado, ayudándome a alcanzar mi sueño.

Me tumbo a su lado mirando al techo y me es imposible no comparar esto con lo que conozco. Con Juan la sensación es diferente. Me ha gustado, no lo voy a negar, pero me siento vacía y eso con Juan no me pasa.

Después de un par de minutos, me incorporo sobre la cama cruzando las piernas, miro al hombre que hay a mi lado y es como si no lo

conociera.

—Creo que debería irme —le digo en voz baja.

Él se recuesta de lado y toca mi rodilla. La electricidad que producían sus manos ya no está y ya no veo el brillo de sus ojos.

—¿No quieres quedarte un poco más? —me pregunta con naturalidad.

—No. Creo que es mejor que me vaya a mi casa —respondo cogiendo la ropa del suelo para ponérmela.

—Como prefieras —dice volviendo a tumbarse y cerrando los ojos.

Me visto apresuradamente y me voy sin decirle adiós.

Cuando llego a casa me tiro sobre el sofá y me doy cuenta de lo estúpida que he sido. Lola tenía razón; «Oliver no merece la pena», me dijo ella, pero yo no la quise escuchar y ahora no puedo evitar sentirme culpable. «Menos mal que Juan está en la playa», pienso mientras se

humedecen mis ojos.

—¿A quién pretendías engañar, África? —me recrimino en voz alta—. Has querido fingir lo que no era. Has jugado con fuego y te has quemado. Y lo más importante: te has equivocado. Pero aquí la única que ha salido perdiendo eres tú, porque te has traicionado a ti misma no queriendo ver la realidad y ocultándote el verdadero amor —digo censurando mi comportamiento de esta noche—. Sólo has conseguido hacer daño a la persona que más quieres —continúo con un intenso dolor, acurrucándome en el sofá. Y cierro los ojos para dejarme llevar por un agónico sueño.

CAPÍTULO 24

Son las siete de la mañana. Otra vez me despierto sobresaltada y con la espalda empapada en un sudor frío y desagradable. Estoy tumbada en el sofá del salón; ayer cuando llegué a casa no tuve fuerzas ni de subir a la cama. No esperaba sentirme así después de acostarme con Oliver, pero me lo tengo merecido por no ser fiel a lo que siento, a lo que he sentido siempre y a lo que siempre sentiré.

Subo al piso de arriba y me ducho queriendo borrar las huellas invisibles que Oliver dejó en mi piel. Froto todo mi cuerpo tan fuerte como puedo hasta que lo tengo totalmente enrojecido, hasta que considero que han desaparecido por completo, y es entonces cuando salgo de la ducha. Me pongo unas bragas y una camiseta de Juan que saco de su cajón. En ese momento una idea invade mi cabeza: «Juan nunca se fue, nunca vino a por todas sus

cosas», pienso abriendo los armarios de par en par. Y con este placentero descubrimiento me meto en la cama para seguir durmiendo.

Son las diez de la mañana y el insistente sonido del timbre me despierta. Yo me tapo los oídos con la almohada, pero el timbre sigue sonando. Al final me levanto furiosa de la cama y bajo a abrir la puerta, pero cuando lo hago ya no hay nadie. «Tal vez lo haya soñado», me digo confusa. Me meto en la cama y vuelvo a dormirme.

A eso de la una me levanto, me preparo una café con tostadas y, antes de sentarme, el timbre vuelve a sonar, y ahora sí estoy segura de que es real. Abro la puerta y veo a Julio con una caja y una sonrisa resplandeciente. No puedo evitar resoplar y le digo, poniendo los ojos en blanco:

—¿Qué quieres ahora, Julio?

—No me extraña que tengamos a hombres enloquecidos merodeando por aquí si habitualmente abres así la puerta —dice observándome de arriba abajo.

Me miro a mí misma y me doy cuenta de que sólo llevo la camiseta de Juan. La estiro tanto como puedo y le digo un poco molesta:

—¿Tocabas el timbre porque...?

—Ah, sí, perdona, me he despistado al verte con tan poca ropa. —No puedo contener la crispación y él se da cuenta. Entonces extiende los brazos diciéndome—: Han dejado esto para ti.

—¿Quién? —pregunto sorprendida.

—No sé, no me ha dicho quién era. Sólo me ha entregado la caja y me ha pedido que te la dé.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, a eso de las diez más o menos.

—Gracias —le digo cerrando la puerta.

Pero él la empuja con la mano y asoma su cabeza.

—África, ten cuidado. Ayer también lo vi, pero no le di demasiada importancia. Además, no me dio muy buena espina. Parecía... no sé, desquiciado...

—Vale, tendré cuidado. ¿Puedo cerrar ya? —pregunto impaciente por ver lo que contiene la

caja y saber de quién es.

—Sí. Perdona, África —se disculpa cerrando la puerta.

Pongo la caja encima de la mesa del salón. «¿De quién podrá ser?», me pregunto mientras la observo. Quito con cuidado el papel que la envuelve y veo que es una vieja caja de zapatos. La curiosidad puede conmigo y al abrirla veo ¡un millar de fotos! Las contemplo con asombro. «¿De dónde salen todas estas fotografías?» Hay muchas que ni siquiera sabía que existían.

Las examino una por una y no puedo evitar emocionarme: Juan y yo besándonos, Juan y yo en la playa, Juan y yo en el parque cogidos de la mano, Juan y yo... Y así podría pasarme todo el día, recordando los momentos más felices de mi vida. Y entre todas esas fotos aparece una nota.

África, éste es mi último cartucho. Estoy convencido de que el pasado no desaparece de la noche a la mañana. Intentémoslo de nuevo. Siempre tuyo,

No entiendo a qué viene esto. «¿Qué es lo que me quieres decir, Juan?» Y entonces dentro de mi cabeza aparece una imagen. Una pequeña luz va ganando intensidad en la penumbra, alumbrando a un hombre cabizbajo y deprimido. En sus facciones se ve el dolor, un dolor muy agudo y de gran intensidad. Tal es el sufrimiento de este hombre que no lo reconozco a primera vista, pero al mirarlo con más detenimiento veo que es Juan. Y es cuando me doy cuenta de dónde viene esta imagen. «Es lo que he soñado estas dos últimas noches», digo en un susurro agónico. Y al averiguar lo que mi subconsciente intentaba decirme en mis sueños, comprendo el daño que le he causado.

Guardo a toda velocidad las fotos en la caja y subo a mi habitación lo más deprisa que puedo. Me pongo los primeros vaqueros que saco del armario y unas deportivas. Bajo, cojo la caja de zapatos entre mis brazos, el bolso y salgo zumbando de casa. No tengo tiempo de esperar el

ascensor, así que bajo por la escalera atropelladamente. Subo a mi coche y salgo disparada. Piso el acelerador a tope y aparco lo más cerca posible de la puerta. Salgo corriendo del coche hasta llegar a su portal. Voy a tocar el timbre, pero en ese momento sale alguien. Entro a toda pastilla. «Venga, vamos —digo con impaciencia pulsando varias veces el botón del ascensor. Entro de un salto y pulso el último piso. Una vez aquí intento calmarme, respiro profundamente varias veces, pero no consigo nada. Estoy demasiado nerviosa—. ¿Qué es lo que voy a decirle cuando lo vea?», me pregunto sin saber la respuesta.

Salgo del ascensor y toco el timbre de su piso. Nadie abre la puerta y yo vuelvo a pulsar el botón. Por fin Juan abre, pero es un Juan que no reconozco. Su cara es el vivo retrato de la tortura que padece. Sus ojos reflejan tal suplicio que es imposible refrenar este impulso que siento por abrazarlo. Me abalanzo sobre él sin dejarle decir nada y busco su boca, sus labios, su lengua. Nuestros cuerpos chocan y caemos al suelo

estrepitosamente, y con nosotros todas las fotos. Él me tira del pelo con agresividad y me muerde la mandíbula. En sus ojos comienza a crecer una chispa de lujuria que reconozco. Da una patada con el pie a la puerta y la cierra de un golpe. Yo me quito su camiseta dejando mis pechos al aire, él los coge con fuerza y de mi garganta surge un gemido a causa del fuego incandescente que sale de mi piel. Agarro su pelo entre las manos, obligándolo a besarme apasionadamente. Subo sus brazos encima de su cabeza y le quito la sudadera que lleva. Me abalanzo sobre su pecho desnudo y mi lengua se desliza por su piel con lascivia. Me pongo de pie y me desprendo de mis vaqueros, de mis bragas, y contemplo cómo cada una de las señales de dolor que reflejaba su rostro van desapareciendo. Él me sonrío y eso me hace feliz. Desabrocho los botones de su pantalón vaquero, encontrando lo que busco. Me pongo a horcajadas sobre él y nuestros cuerpos se unen.

—¡Me encanta cuando estás dentro de mí! —
le digo entre gemidos.

Juan se vuelve con agilidad sin que nuestros

cuerpos se separen y ahora estoy debajo. Cruzo las piernas alrededor de sus caderas, consiguiendo que en cada embestida llegue más adentro, más profundo. Él empuja con fuerza, con rabia, con reproche. Y en cada uno de sus movimientos, en cada una de nuestras miradas, hay palabras nunca dichas, sentimientos no expresados. Nuestros cuerpos se están pidiendo perdón por todas las heridas que nos hemos causado. Y al final consigo rozar el nirvana con la punta de los dedos, y es una sensación tan gratificante y placentera que me siento llena. Mi cuerpo se estremece y los dos nos abrazamos, nos besamos. Pero ahora de una forma más dulce.

—Te quiero, Juan —le digo sosteniendo su cabeza entre mis manos y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Yo más. Yo siempre —responde dándome un beso lleno de amor y dejándose caer a un lado.

Y es entonces cuando no puedo evitar sentirme culpable. Me siento en el suelo, abrazo mis piernas y escondo la cabeza dentro de ellas, para no verlo.

—Juan, me acosté con Oliver. —Él no responde. Yo levanto la mirada y observo la tensión en su mandíbula. El daño que le hacen mis palabras.

—Lo sé, Afri. Pero eso ya no importa. Sólo me importas tú —dice mirándome a los ojos.

—¿Lo sabes? —pregunto intrigada—. ¿Cómo lo sabes?

—Cuando ayer por fin leí que querías verme, no me lo podía creer, pero estaba a kilómetros de distancia, con mis padres. Hacía poco que había llegado y no podía irme. «¿Y por qué no?», pensé en el último momento. Así que cogí el coche y volví. No quise decirte nada, preferí darte una sorpresa. Nunca me imaginé que la sorpresa me la llevaría yo... Os vi besaros en la pista de baile, vi sus manos sobre tu piel y creí enloquecer —me cuenta presionándose los lacrimales con los dedos—. Todo mi mundo se desmoronaba bajo mis pies y yo no podía hacer nada. ¡Te fuiste con él! Cuando al final reaccioné, me dirigí a tu casa. Necesitaba verte, quería impedir con todas mis fuerzas lo que estaba a punto de suceder. Pero no estabas allí.

—No... —respondo con un susurro apenas audible lleno de amargura.

—Te esperé un rato, pero al final me fui. No podía dormir, el dolor me estaba matando y entonces se me ocurrió lo de las fotos. —Un destello de alegría aparece en sus ojos—. Estuve en el despacho e imprimí todas las fotos que tenía en mi ordenador. Era lo único que me quedaba y puse toda mi esperanza en estas fotos. Y, por lo que parece, han cumplido su cometido —dice cogiendo una de ellas entre los dedos.

«Ahora lo entiendo todo: el hombre desquiciado que vio Julio, lo que ponía en el papel...», pienso.

—Juan, lo siento. ¿Me perdonas? —le pregunto acercándome lentamente a él con miedo a su rechazo.

—África, te he perdonado nada más verte en la puerta —contesta atrayéndome a su cuerpo con un brazo.

Permanecemos unos minutos tumbados en silencio, entre las fotos, entre los momentos que hemos compartido. Entonces a mí se me ocurre

algo. Saco el móvil de mi bolso, lo levanto por encima de nuestras cabezas y le digo a Juan:

—Sonríe. —Y el *flash* del móvil impacta en nuestras retinas.

Después de un rato, nos levantamos, nos vestimos y vuelvo a observar las fotos.

—¿Te acuerdas de ésta? —le digo con una sonrisa, estirando un brazo para que la vea.

En ella aparecemos Juan y yo manchados de pintura. Fue cuando estábamos pintando mi piso. Él me ensució el pelo sin querer y yo unté mis dedos en el bote y se los restregué por la cara. Entonces Juan hizo lo mismo y acabamos los dos tan pintados como las paredes. «Fue divertido», pienso al verla.

—Afri, he visto todas y cada una de las fotos que hay en esa caja. Me he pasado horas y horas inspeccionando cada uno de los detalles que aparecen. He reído y he llorado con ellas. Pero al final ha merecido la pena, estás aquí, conmigo. Y eso es lo que cuenta. Las fotos son tuyas, haz lo que quieras con ellas.

Y sin decirme más, las guardo todas en la

caja; sé que le duele verlas, le hacen recordar por lo que pasó al encontrarme con Oliver y yo no quiero hacerlo sufrir más.

* * * * *

Los días pasan. Juan ha vuelto a casa y recorreremos cada uno de los rincones de ella amándonos. Cualquier excusa es buena para quitarnos la ropa y dejar salir el fuego que irradian nuestros cuerpos por el deseo, un deseo que no se acaba nunca. Nuestra relación se ha fortalecido.

He guardado todas las fotos en un álbum y cada día que puedo añado una nueva. No quiero olvidarme nunca de cada uno de los momentos que he compartido con Juan. Lo amo y él me ama, y eso se refleja en cada una de las fotos. Es lo que representa este álbum: lo que hemos compartido, lo que hemos superado y lo que nos hemos perdonado.

Seguimos conservando su piso de alquiler y

hoy, como otros muchos días, permanezco tumbada al sol con Juan a mi lado. Yo estoy como él me visualizó el primer día que vio esta tumbona, desnuda, y él está sentado refugiándose del sol, con el portátil encima de la mesa.

—¡Afri! —me llama.

—¿Sí? —respondo con los ojos cerrados.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Miércoles, 20; ¿por? —pregunto tranquilamente. Veo cómo Juan se ríe, y yo lo miro curiosa.

—Hoy hace un mes que nos reconciamos —dice acercándose a mí como una pantera a su presa y con las pupilas dilatadas por la excitación.

Sé lo que busca y, si lo quiere, lo va a encontrar. Se tumba a mi lado y me besa. Sus manos rozan mi piel tostada por el sol, se deslizan por mi vientre y yo alzo las caderas buscando sus dedos. Pero en ese momento algo resuena en mi cabeza. Aparto sus manos, me siento en la tumbona y me levanto de golpe.

—¿Qué pasa? —se sorprende.

—Tenemos que celebrarlo, Juan —le contesto

mientras me visto rápidamente.

—Es lo que pretendía hacer, Afri —dice alzando las manos.

—Ya, pero... es una fecha muy importante para nosotros y debemos celebrarlo en condiciones. —Él suelta todo el aire de sus pulmones y se levanta resignado—. Voy a llamar a las chicas y haremos una barbacoa. ¿Te parece? Tú puedes llamar a David y a tu hermano Luis, si quieres.

Pero Juan ya no me escucha. Lo he dejado con las ganas y no le interesa lo que le digo. Se ha sentado de nuevo frente al ordenador.

—Como tú digas, Afri —responde con voz monótona.

—Voy a organizarlo todo. —Le doy un casto beso en los labios y me voy.

Entro en el coche de Juan y llamo a Lola. Necesito contárselo.

—Dime, África —me responde con alegría.

—Lola, tengo un problema: creo que estoy

embarazada y no sé de quién es.

Tras decir estas palabras hay un silencio. Lola no dice nada y yo empiezo a ponerme más nerviosa de lo que ya estoy. No puedo creer que esto me esté pasando a mí ahora que todo empieza a funcionar. Sencillamente ahora no es el momento.

—¿Qué?! África, ¿pero tú no tomas la píldora? —me pregunta reaccionando al fin y sacándome del torbellino mental que tengo ahora mismo.

—Sí, y cuando lo dejé con Juan la seguí tomando, pero después de lo del teatro... —No puedo acabar la frase, me duele recordar eso y más me duele pensar que puedo volver a perder a Juan.

—Después de lo del teatro, ¿qué? —oigo que me dice tan nerviosa como yo.

—Estaba destrozada, Lola. Y en lo que menos pensaba era en tomarme las dichas pastillitas. Se me olvidaron varias veces y hoy me he dado cuenta de que hace por lo menos un mes y medio que no me baja la regla —le cuento con la voz quebrada.

—Bueno, no te agobies, igual es un retraso. De todas formas... usaste una goma con Oliver, ¿verdad?

—No —digo con la cabeza gacha como si pudiera verme, sabiendo lo inconsciente que fui.

—¿Cómo que no, África?! —Está histérica —. ¡Póntelo, pónselo! ¿Te suena de algo? Fue una campaña publicitaria muy buena en nuestros tiempos.

—¡Joder, Lola! No te enfades, ya estoy bastante nerviosa como para que encima te cabrees.

Se supone que la que tiene el problema soy yo, pero Lola se lo está tomando muy a pecho.

—Es que no me puede entrar en la cabeza, África. ¡¡¡¿Cómo coño no usasteis protección?! —dice irritada.

—Había bebido y estaba muy nerviosa. Me dejé llevar, sólo eso —respondo excusándome, aunque sé que no es razón suficiente, hice mal y punto. Y ahora me toca afrontar las consecuencias.

—¿Te parece poco?

—¿Qué voy a hacer, Lola? —le pregunto

desesperadamente.

—A mí no me preguntes, África. Soy la menos indicada para ayudarte. Habla con Sara.

—¿Cómo que hable con Sara? ¡No quiero hablar con Sara! ¡Te he llamado a ti! —exclamo desconcertada.

—Lo único que te puedo decir es que hables con Juan. Cuéntaselo.

—¿Cómo se lo voy a contar? ¿Estás loca? No puedo decírselo, si se lo digo, me dejará. No puede ni ver el álbum de fotos que me regaló... como para enterarse de esto. Ahora estamos muy bien y esto lo estropearía.

—Pues no sé qué decirte, África, lo siento. ¿Te has hecho el test de embarazo?

—No.

—Háztelo, y luego habla con Juan. O con Sara, si te parece mejor. Pero yo no te puedo ayudar. —La voz se le quiebra antes de colgar y eso me descoloca.

No sé qué es lo que le pasa a Lola, su reacción me ha dejado totalmente desorientada, pero en una cosa tiene razón.

Arranco el coche y me dirijo a la primera farmacia que encuentro, compro un test de embarazo y me voy al trabajo. «No me puedo arriesgar a que Juan se entere», pienso para mí. Por suerte Claudia no está, así que me meto en el baño y espero. Y esta espera me desespera; en tiempo real no es mucho, un par de minutos, pero, cuando todo depende de lo que te diga un test de embarazo, esos minutos se hacen eternos y cada segundo, infinito.

Por fin el test confirma mi sospecha. Todo mi mundo se derrumba y con él me derrumbo yo. Mis piernas no me sostienen y mis lágrimas comienzan a brotar. No puedo creer lo que veo, no quiero ver lo evidente. ¡¡¡Estoy embarazada!!! Y lo peor de todo es que no sé quién es el padre. Ahora sólo me queda tomar una decisión, y sea cual sea va a tener consecuencias. ¿Consecuencias para las que estoy preparada? No lo sé. Lo único que sé, lo único que tengo claro, es que no estoy dispuesta a perder a Juan.

Sobre la autora



Nací en Tudela-Navarra el 5 de septiembre de 1977. Desde bien pequeña siempre me ha gustado fantasear y crear en mi mente mi propio mundo imaginario. Algunas de esas historias con las que

soñaba las plasmaba en papel, pero no solía acabarlas y las escondía para que nadie las leyera.

Pero un día como muchos otros comencé a escribir *Rozando el Nirvana*. Poco a poco las líneas se fueron convirtiendo en párrafos y los párrafos en capítulos, y sus personajes cobraron vida.

Cuando por fin lo terminé, quería más. Me había divertido tanto escribiendo que no podía parar. Las ideas seguían quitándome el sueño (como aún hoy lo hacen) y me negaba a renunciar a todo aquello, así que me marqué una nueva meta: conseguir ver mi libro publicado.

Es difícil de explicar lo que siento cuando escribo, pero puedo decirte que me hace pensar que el Nirvana, ese estado de felicidad supremo que predicán los hinduistas o los budistas, existe.

Desde entonces, los pasos que he dado supongo que son como los de cualquier autora novel que persigue cumplir su sueño. Ver que la gente disfruta leyendo sus historias tanto como ella ha disfrutado escribiéndolas.

En la actualidad soy dueña de un centro de

estética en Tudela.

Encontrarás más información de la autora y su obra en twitter (@ArantxaAnoro) y Facebook <https://www.facebook.com/profile.php?id=100006331098315&fref=ts>

Rozando el Nirvana

Arantxa Anoro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, HconQ --Shutterstock

© de la fotografía de la autora, Foto Alfredo

© Arantxa Anoro, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2015

ISBN: 978-84-08-14325-3

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com